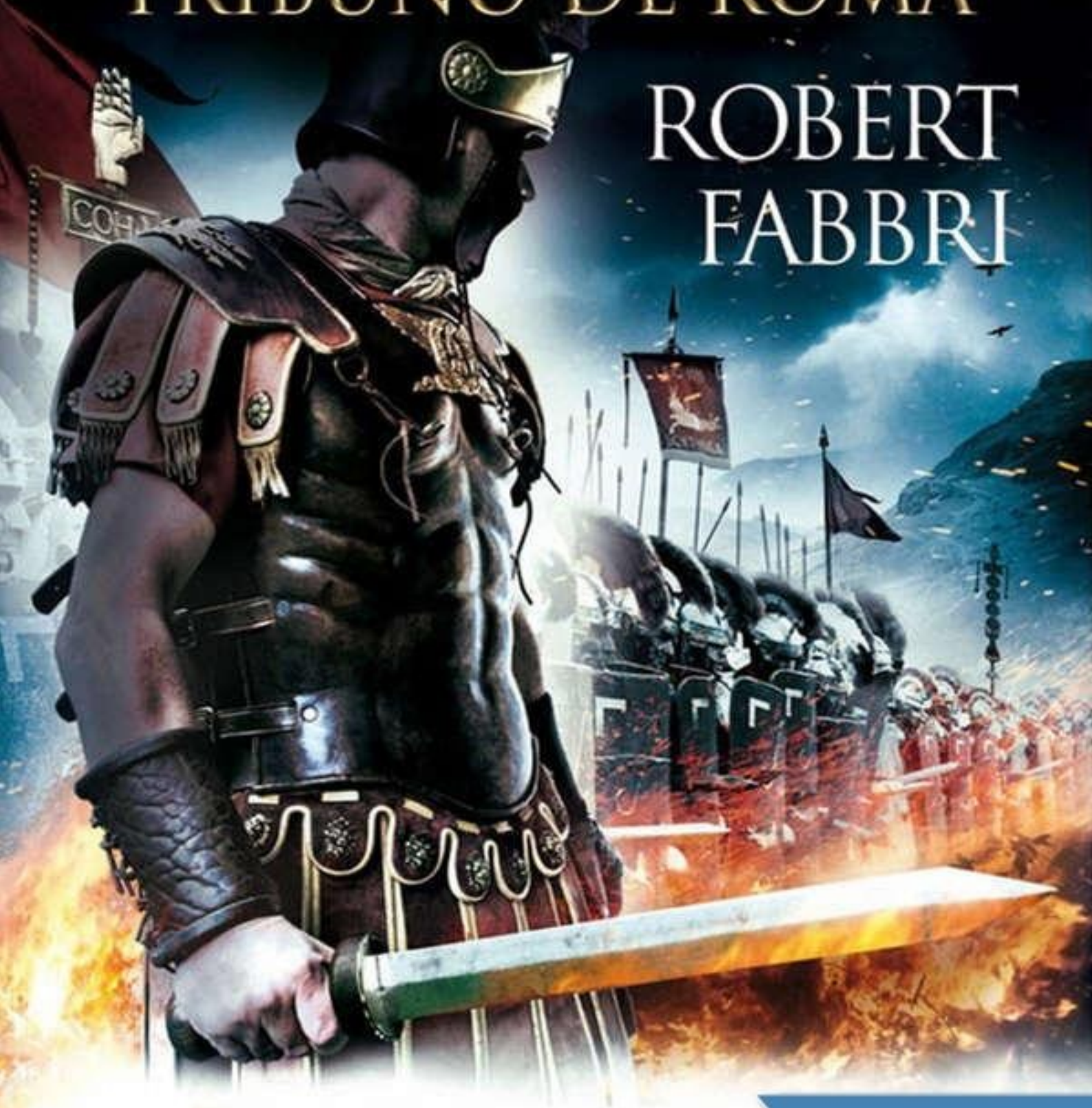


VESPASIANO

TRIBUNO DE ROMA

ROBERT
FABRI



Lectulandia

Con apenas dieciséis años, Vespasiano deja la granja en la que vive con su familia para alistarse en el ejército, pero a su llegada a Roma, los acontecimientos le arrastran por otros derroteros y al inicio de una de las carreras políticas más fulgurantes de su tiempo. Mientras el emperador Tiberio se encuentra retirado en Capri, el poder recae en las garras de Sejano y su Guardia Pretoriana, que ha puesto en marcha una grandiosa maquinaria de informantes para evitar cualquier ataque contra su autoridad. Es en este ambiente donde el joven Vespasiano se introducirá —y el lector con él— en el círculo de algunos hombres importantes de Roma, y donde hará tanto a peligrosos enemigos como a no menos peligrosos amigos, como es el caso de Calígula, hasta el punto de verse involucrado en una conspiración contra Tiberio. Enrolado en el ejército, tendrá ocasión de descubrir una compleja trama para derrocar a Tiberio, al tiempo que lucha contra los temibles partos.

Con su atención a los detalles, a las descripciones de olores y sonidos, con su talento para situar a los personajes en su tiempo y recrear tanto sus acciones como sus pensamientos, Robert Fabbri ha escrito una novela histórica excepcional que nos permite revivir la carrera de quien llegaría a ser el primer emperador de la dinastía Flavia.

Lectulandia

Robert Fabbri

Tribuno de Roma

Vespasiano - 1

ePub r1.4

turolo 01.10.15

Título original: *Tribune of Rome*

Robert Fabbri, 2011

Traducción: Gregorio Cantera

Editor digital: turolero

Corrección de erratas: watsodeleche y ArrakisII

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Leo, Eliza y Lucas, con todo mi cariño

Prólogo

FALACRINA, OCHENTA MILLAS AI NORDESTE DE ROMA, AÑO 9 DE NUESTRA ERA

—Que los dioses nos sean propicios y tengan a bien aceptar este sacrificio. Te suplico, padre Marte, que, si ésa es tu voluntad, purifiques mi casa, mis tierras y mi linaje.

Mientras recitaba la antigua oración para implorar los favores de la divinidad protectora de su estirpe, Tito Flavio Sabino mantuvo alzadas las palmas de las manos hacia el cielo. Como muestra de respeto al dios cuyo favor invocaba, se había cubierto la cabeza con el borde de su blanquísima toga. Estaba rodeado de los suyos: su esposa, Vespasia Pola, con el recién nacido en brazos, y junto a ella, su hijo mayor y la madre de él. No tardarían en ser cinco de familia. A sus espaldas, los libertos, de ambos sexos; y más atrás, los esclavos. Estaban todos reunidos alrededor del mojón que marcaba el extremo norte de la propiedad y respiraban el fragante aroma de resina de pino que les llegaba de los montes Apeninos.

Terminada la plegaria, bajó las manos. Su hijo mayor, que llevaba su mismo nombre, se encaramó a la piedra y, por cuatro veces, la golpeó con una rama de olivo. Con ese gesto concluyó la solemne procesión que había recorrido la hacienda de Tito y el cortejo se dispuso a emprender el camino de vuelta a la casa de campo de la familia.

Desde el amanecer, habían tardado ocho horas en hacer todo el recorrido y, a ojos del joven Sabino, nada especial había pasado hasta entonces. Su padre había recitado la plegaria acostumbrada en los cuatro puntos cardinales de la finca; no había atisbado el vuelo de ningún pájaro de mal agüero; tampoco había observado ningún relámpago que surcase el frío y claro cielo de finales del mes de noviembre; el buey, el cerdo y el carnero para el sacrificio no se habían alejado de la comitiva.

Sabino iba al cuidado del carnero que, con los cuernos engalanados con cintas de colores vivos y ojos carentes de expresión, miraba a todas partes, contemplando sin darse cuenta las que habrían de ser las últimas impresiones que se llevara de este mundo.

En circunstancias normales, la muerte inminente del carnero no le habría inquietado en absoluto. Muchas veces había visto cómo sacrificaban o descuartizaban animales, incluso había echado una mano a Palo, el hijo del mayoral, a retorcer el pescuezo a las gallinas. Era algo natural: la muerte formaba parte de la vida. Sin embargo, lo que ahora deseaba era impedir aquel sacrificio que iba a purificar una nueva vida, la de su hermano pequeño. Le hubiera gustado echar a perder la ceremonia que estaba a punto de llegar a su punto culminante, pero de sobra sabía que, si lo hacía, atraería sobre sí la ira de los dioses, a quienes temía tanto como

odiaba a su nuevo hermano. Nueve días atrás, en la fecha de su nacimiento, Sabino había sorprendido a su abuela Tertula contándole a su padre que de la encina consagrada a Marte que crecía en la heredad había brotado una rama tan fuerte que más parecía un árbol que un simple retoño. Al nacer su hermana, sólo había dado un brote minúsculo, esmirriado y deslucido, que al poco tiempo se había marchitado y había acabado muñéndose, al igual que la pequeña. Cuando él nació, el brote había sido robusto y frondoso, por tanto de buena fortuna, pero nada comparado con los auspicios que rodearon la llegada de su hermano. Oyó que su padre daba gracias a Marte por aquel hijo y prometía al dios que sacrificaría a sus mejores bueyes, cerdos y carneros como víctimas propiciatorias en la ceremonia de purificación en la que reconocería al pequeño por hijo suyo y le impondría un nombre.

—Haré cuanto esté en mi mano para que salga adelante, madre —dijo Tito, dándole un beso en la mejilla—. Este niño llegará lejos.

—Con lo joven que eres, y ya chocheas, Tito —exclamó Tertula, riendo a carcajadas—. Desaparecida la república y con el imperio en manos de un solo hombre, ¿adónde piensas que llegará el vástago de una familia de ítalos del orden ecuestre?

—Ríete cuanto quieras, madre, pero si los presagios apuntan a la grandeza es que tal es la voluntad de los dioses, y ni siquiera el emperador podría cambiar sus designios.

Tras escuchar aquella conversación, cada vez que veía a su madre con su hermano en brazos le entraban ganas de llorar. Durante casi cinco años, había sido el niño mimado y protegido de la familia, pero ahora alguien le iba a arrebatar parte de esos miramientos y, por si fuera poco, habría de situarse por encima de él.

Recuperó el aplomo a medida que se acercaban a la casa familiar. Sabía el papel que tenía que desempeñar en la ceremonia y lo llevaría a cabo con la dignidad de los Flavios, ilustre familia de la Sabina en cuyo seno había nacido. No estaba dispuesto a darle un disgusto a su padre.

El cortejo se adentró en el patio de las cuadras y se congregó en uno de los extremos ante un altar de piedra dedicado a Marte, en el que había un montón de leña embadurnada de aceite. A la derecha del ara, en un asidero de hierro, se hallaba una tea encendida; a la izquierda, encima de una mesa de madera, un hacha y un cuchillo.

Tras asegurarse de que el carnero se quedaba quieto a su derecha, tal como le habían dicho que hiciera, Sabino echó un vistazo a la comitiva. Junto a su padre, sosteniendo a su hermano recién nacido envuelto en pañales, estaba su madre, vestida para la ocasión con una túnica negra, o *stola*, que le llegaba a los tobillos, y ataviada con un manto de color púrpura, la *palla*, que llevaba recogido en el antebrazo izquierdo y sólo a medias ocultaba su cabello negro trenzado. Al observar el gesto de su hijo, le devolvió la mirada y sus finos labios esbozaron una sonrisa que iluminó su rostro afilado. Sus ojos oscuros no eran sino el reflejo del amor y el cariño que sentía por el joven que estaba allí de pie, con su toga y todo, una imagen en miniatura de su

marido.

La abuela estaba a su lado. Había venido desde su casa de campo en Cosa, situada a orillas del mar al norte de Roma, para estar presente en el nacimiento del niño y en la ceremonia en que se le impondría el nombre. A pesar de tener más de setenta años, se peinaba al estilo de la última época de la república: cabellos estirados y trenzados en forma de moño a la altura de la nuca, y unos rizos que le orlaban la frente, acentuando la redondez de su rostro, rasgo que habían heredado tanto su hijo como sus nietos.

Unos pasos por detrás de la familia, estaban los libertos de ambos sexos. Entre ellos, Salvio, el mayoral, quien cada vez que se cruzaba con Sabino se las ingeniaba para darle un pastelillo de miel o un higo seco, llevaba al buey por el ronzal; a su lado, Palo, su hijo de veinte años, sujetaba al cerdo por la cabeza. Los dos animales aguardaban con mansedumbre, mientras una suave brisa jugueteaba con las cintas de colores llamativos que también lucían. Más atrás, había una veintena de hombres y mujeres, a quienes Sabino conocía de vista, pero de cuyos nombres y obligaciones casi nada sabía.

Más lejos todavía, estaban los esclavos, casi cincuenta, a los que trataba como seres inexistentes, pero que aquel día estaban presentes para asistir a la imposición del nombre al recién nacido y tomar parte en las celebraciones que vendrían a continuación.

Tito se acercó al altar, inclinó la cabeza y musitó una breve plegaria para sus adentros; retiró después la tea encendida del asidero y la hundió en la madera untada con aceite, que prendió fuego al instante, arrojando un espeso humo negro cuyas volutas se alzaron al cielo.

—Padre Marte, haz que mis cosechas, mis cereales, mis viñedos y mis campos maduren y den buenos frutos, y acepta estas ofrendas que te presento con las que he recorrido mis tierras. Vela por la salud de mis mulas, mis pastores y mis rebaños. Vela también por mi salud, así como por la de mi familia y por mi hijo recién nacido.

Con delicadeza, Vespasia colocó al pequeño envuelto en pañales en sus brazos. Hosco y silencioso, Sabino contempló como su padre alzaba al niño.

—En tu presencia, y ante Nundina, diosa de la purificación, como testigo, lo acepto como uno más de mi familia, le impongo el nombre de Tito Flavio Vespasiano y lo declaro ciudadano romano libre. Con esta *bull*a, lo pongo bajo tu protección.

Pasó a continuación una tira de cuero con un amuleto de plata por la cabeza del pequeño: lo habría de llevar colgado al cuello para protegerse del mal de ojo hasta que entrase en la edad viril.

Tito dejó al recién nacido en brazos de su mujer y se hizo con un ánfora de vino y tres tortas finas y planas hechas con harina y sal. Puso unas gotas de vino en cada oblea, y las desmigajó sobre las cabezas de las tres víctimas. Asió el hacha y se acercó al buey. Tras pasarle la hoja por el pescuezo, levantó el brazo para descargar el golpe mortífero. El buey agachó la cabeza como si aceptase su suerte. Desconcertado

ante la resignada aceptación del sacrificio por parte del animal, Tito se quedó con el brazo en alto y miró a su alrededor. Al verlo, su esposa, con un leve gesto de cabeza, le indicó que continuase, y alzando la voz al cielo azul y despejado, dijo:

—Padre Marte, dignate aceptar como víctima propiciatoria al mejor de mis bueyes, que ahora te ofrezco, y purifica mi hacienda, mis tierras y mis campos.

Con un movimiento seco y brutal el hacha rasgó el aire; el buey se estremeció cuando la cuchilla afilada de la hoja se le hundió limpiamente en el pescuezo, cercenándole casi la cabeza, y comenzó a sangrar a chorros, que salpicaron a Sabino y a los hombres y animales que estaban a su lado. Dobló las cuatro patas a un tiempo y cayó al suelo, muerto.

Cubierto de sangre, Tito dejó el hacha a un lado y cogió el cuchillo. Se acercó entonces a Palo, que era quien sujetaba al cerdo, ajeno por lo visto a la muerte violenta que acababa de presenciar. Repitió la misma plegaria junto al desdichado animal y, levantándole la cabeza con la mano izquierda, por debajo de la mandíbula, le asestó un certero tajo mortal en el gáznate.

Le tocó entonces al carnero. Sabino se sacudió unas gotas de sangre tibia y pegajosa que le habían saltado a los ojos y sujetó con fuerza el lomo de la res, mientras su padre repetía la invocación una vez más. El carnero alzó la cabeza y emitió un balido mirando al cielo, mientras Tito le hundía el cuchillo hasta el mango en el pescuezo; la sangre corrió a borbotones, empapando las patas delanteras del animal, que empezó a temblar y las dobló. Sabino sujetó a la bestia moribunda, que no trató de zafarse, mientras se desangraba hasta morir. Pronto cedieron sus patas traseras y, tras unos pocos latidos, su corazón hizo otro tanto.

Salvio y Palo colocaron las reses panza arriba para que Tito las abriese en canal. Todos los presentes contuvieron la respiración al ver cómo los dos hombres agrandaban la incisión y con esfuerzo separaban las costillas. Un acre hedor a vísceras impregnó el aire mientras Tito hundía las manos en las entrañas del buey, del cerdo y del carnero y, con gran destreza, les arrancaba el corazón, que arrojó a la pira como ofrenda a Marte. Completamente empapado de sangre, les sacó los hígados y los colocó sobre la mesa de madera. Al adecentarlos, puso unos ojos como platos e hizo señas a los demás de que se acercaran y examinasen las vísceras, que él les fue mostrando una por una. En la superficie de cada órgano se observaban grandes manchas. Sabino sintió cómo se le aceleraba el corazón: no eran normales. Había presenciado suficientes sacrificios como para saber que un hígado con una mancha anómala era el peor de los presagios que podía uno encontrarse, pero observar aquellas imperfecciones en los tres era, sin duda, una calamidad. Marte no recibía con buenos ojos a aquel renacuajo.

Cuando se acercó, Sabino pudo observar con claridad la forma de aquellas manchas. Habrían de pasar muchos años, sin embargo, antes de que llegase a comprender su verdadero significado.

Parte I

Aquae Cutiliae **Cincuenta millas al nordeste de Roma** **Año 25**

Capítulo I

Cuando a lomos de su montura recorría los últimos centenares de pasos que, ladera arriba, llevaban a la casa de campo de sus padres en su nueva propiedad de *Aquae Cutiliae*, a Vespasiano le llegó un succulento aroma a cerdo asado. Aún se dejaba sentir el calor del sol que, antes de ocultarse, le daba en los ojos, y sus caricias arrancaban destellos rojizos, ambarinos y cobrizos de los achaparrados edificios de piedra y tejas de arcilla, que resplandecían entre las oscuras coníferas y las higueras que los rodeaban. Era agradable regresar a un rincón tan hermoso, en la parte alta de las estribaciones de los Apeninos, flanqueado de montañas por el norte y el este, y desde donde, ya se mirase al sur o al oeste, se dominaba la llanura donde se alzaba Reate. A punto de cumplir los dieciséis, aquél había sido su hogar durante los últimos tres años, el lugar a donde se había trasladado su familia gracias al dinero que su padre había acumulado como recaudador del impuesto imperial sobre el grano en la provincia de Asia.

Deseoso de llegar a casa, Vespasiano hincó los talones en los ijares cubiertos de sudor de su montura, apremiando al ya fatigado caballo para que fuese más deprisa. Los tres días que había estado fuera habían sido agotadores, juntando y guiando más de quinientas mulas desde los pastos estivales, en el extremo oriental de la hacienda, hasta unos campos situados cerca del caserío, antes de que el invierno se les echase encima. Allí, al resguardo de las nevadas y los fuertes vientos que se abatirían desde las montañas, encontrarían cobijo y alimento durante los meses más fríos. En primavera, las venderían al ejército; para entonces, los animales ya habrían parido una nueva manada de potros, y el ciclo volvería a empezar. Como era de temer, las mulas se habían mostrado reacias a irse, lo que había dado pie a una cansina contienda de la que Vespasiano y los suyos habían salido bien librados gracias al uso a discreción, pero cabal, del látigo. Sin embargo, el número de cabezas que echaron en falta durante el recuento final empañó en parte la satisfacción del joven por haber llevado a buen término la tarea.

Con él iban seis libertos, y Palo, que había pasado a ser el mayoral tras el asesinato de su padre Salvio, acaecido dos meses antes, en la calzada que iba de *Aquae Cutiliae* a la heredad que la familia poseía en Falacrina, donde Vespasiano había nacido. Desde entonces, nunca iban solos ni desarmados, ni siquiera dentro de las lindes de la propiedad. Enclavada entre colinas y barrancos, *Aquae Cutiliae* era un paraje propicio para salteadores y esclavos huidos que buscaban dónde esconderse, robaban ganado y asaltaban a los viajeros que se aventuraban por la *Via Salaria*, cuyo ramal sur discurría entre Roma y Reate antes de adentrarse en los montes Apeninos, camino del mar Adriático. En los tiempos que corrían, sólo a un insensato se le ocurriría seguir esa ruta sin escolta, a pesar de lo cerca que pasaba de una ciudad importante como Reate, situada en lo alto de una colina nueve millas más allá, hacia el oeste.

A medida que se acercaban a la casa, se intensificó el olor a comida y se percataron del trajín de los esclavos. Al reparar en que el ajeteo que se observaba en la alquería no era normal, Vespasiano se volvió a Palo y, de muy buen talante, le dijo:

—Cualquiera diría que mis padres han organizado un recibimiento como es debido para celebrar el retorno de los heroicos ganaderos tras su enfrentamiento anual con los enemigos de cuatro patas.

—Seguro que nos obligan a pintarnos nuestros colores de guerra y han preparado un cortejo por la finca para celebrar nuestro triunfo —contestó Palo, dejándose llevar por el buen humor del joven amo—. Ojalá nos hubiéramos apiadado de unos cuantos y los hubiéramos traído cautivos para sacrificarlos a Marte Vencedor como ofrenda de gratitud por nuestra victoria.

—¿Piedad, dices? —replicó Vespasiano, más animado—. ¿Misericordia con un enemigo tan despiadado e implacable como el que hemos combatido? Jamás. Todas las mulas de la finca se sublevarían y no tardarían en exhibirnos durante su triunfo; tú, Palo, serías el esclavo que acompañaría a la mula general en su carro y le susurraría a sus largas orejas: «¡Recuerda que sólo eres una mula!».

Seguido por las risotadas y rebuznos burlones de sus compañeros, Vespasiano cruzó el pesado portón de madera por el que se accedía a la casa de campo.

El caserío se alzaba alrededor de un patio rectangular de sesenta pasos de largo por treinta de ancho. La casa de los amos ocupaba todo el lado derecho; los establos, los graneros, las dependencias de los libertos y las naves de los esclavos que trabajaban como peones en el campo, los demás lados. A excepción de las cuadras, en cuya planta superior se alojaban los esclavos que atendían la casa, el resto de los edificios era de un solo piso. El patio estaba lleno de gente que iba de un lado para otro —esclavos, libertos y hombres libres—, aunque no por eso descuidaban presentar sus respetos al joven hijo del amo cuando Vespasiano pasaba a su lado. Echó pie a tierra y, tras dejar el caballo en manos de un mozo de cuadra, le preguntó a cuento de qué venía tanto jaleo. El muchacho, poco acostumbrado a que un miembro de la familia le dirigiese la palabra, se sonrojó y, con un marcado acento del Lacio, contestó balbuceando que no sabía nada. Pensando que nadie que no fuera de la familia sabría darle razón de lo que pasaba, Vespasiano prefirió esperar para preguntárselo a su padre, quien sin duda lo mandaría llamar, una vez que hubiese escuchado el informe del mayoral sobre las caballerías. Despidió al chico y se dispuso a entrar en la casa principal por la puerta excusada que daba al peristilo, un jardín rodeado de soportales, en uno de cuyos extremos se encontraba su aposento. Todas las esperanzas que había albergado de evitar a su madre se vinieron abajo cuando la vio salir del *tablinum*, la sala de recibir por la que se pasaba al atrio.

—Vespasiano —lo llamó, obligándolo a detenerse.

—¿Qué tal, madre? —contestó receloso, al ver el gesto severo con que lo miraba.

—Mientras tú te dedicabas a tus juegos de terrateniente, recibimos noticias de tu hermano. Vuelve a casa. Lo esperamos al anochecer.

Tan adusto fue el tono que empleó su madre que se olvidó de lo contento que había vuelto.

—De modo que, a pesar de haberme pasado tres días por el campo, tantos preparativos no son en mi honor —comentó con la esperanza de provocarla.

—No seas insolente —le dijo, al tiempo que le dirigía una mirada burlona—. ¿Cómo se te ocurre pensar que íbamos a recibirte con honores por realizar tareas propias de siervos en tierras que son de nuestra propiedad? Sabino ha estado sirviendo a Roma. El día que, en lugar de corretear por las colinas confraternizando con libertos y mulas, te decidas a seguir su ejemplo, entonces podrás esperar un recibimiento digno. Ve a asearte. Confío en que esta noche te comportes como es debido con tu hermano, aunque mucho me temo que nada hayan cambiado tus sentimientos hacia él a pesar de los años que ha estado fuera de casa. En cualquier caso, no estaría de más que lo intentaras y trataras de llevarte bien con él.

—Y lo haría, madre —replicó Vespasiano, pasándose una mano por sus sudorosos y rapados cabellos oscuros—, si le cayese bien, pero nunca hizo otra cosa que meterse conmigo y humillarme. Ahora tengo cuatro años más y soy mucho más Inerte, así que ya puede andarse con cuidado, porque no voy a soportar que me zahiera como cuando tenía once años.

Vespasia Pola escudriñó el rostro redondeado y de piel aceitunada de su hijo y no se le pasó por alto la determinación inflexible que brillaba en sus grandes ojos castaños, normalmente alegres y chispeantes. Nunca antes le había visto aquel gesto.

—Muy bien. Hablaré con Sabino cuando llegue y le diré que haga cuanto esté en su mano para tener la fiesta en paz. Espero que, por tu parte, hagas lo mismo. No olvides que, si bien llevas cuatro años sin verlo, pronto hará ocho que tu padre y yo nos separamos de él, porque estábamos en Asia cuando se alistó en la milicia. No me gustaría que vuestras disputas echasen a perder el reencuentro.

Sin esperar una respuesta por parte de su hijo, se fue a las cocinas. Seguro que para meter el miedo en el cuerpo a alguna de las pobres esclavas que allí trabajaban, pensó Vespasiano, mientras se dirigía a su cuarto para adecentarse. La desagradable noticia del regreso inminente de su hermano había acabado de amargarle el buen humor con que había vuelto a casa.

Desde luego que no había echado en falta a Sabino durante los cuatro años que éste había servido como tribuno militar, el grado más bajo de la escala de mando, en la Legión Novena Hispana, en Panonia y África. No entendía por qué nunca se habían llevado bien ni, a decir verdad, le importaba; el caso es que Sabino no podía ni verlo y él, por su parte, lo detestaba. Pero eran hermanos, eso no tenía vuelta de hoja. Y, si bien con frialdad, como tales se comportaban en público, porque en privado era otro cantar y, desde muy pequeño, Vespasiano había aprendido que más le valía no quedarse a solas con su hermano.

En su angosto cuarto, encontró un barreño de agua caliente encima del arcón. Echó la cortina de la entrada, se desnudó y se sumergió en la tina para quitarse el

polvo acumulado durante los tres días que había estado guiando mulas. Después, se restregó con un paño de lino, se vistió y se ciñó una túnica blanca con una estrecha franja púrpura que por delante le bajaba hasta los pies y lo distinguía como perteneciente al orden ecuestre. Cogió un punzón y un papiro sin usar y se sentó al escritorio, el único mueble aparte de la cama que había en su pequeño cuarto, y sirviéndose de las notas que había tomado en una tablilla de cera, comenzó a echar cuentas del número de mulas que habían acercado. En realidad, eso era tarea del mayoral, pero a Vespasiano le encantaba echar cuentas, tomar nota de todo. Pensaba que no le vendría mal para el día en que, por herencia, le tocara administrar alguna de las propiedades de la familia.

Aunque algunos de sus iguales fruncían el ceño ante la sola mención del esfuerzo físico, siempre se le habían dado bien las labores agrícolas. Durante los cinco años que los dos hermanos habían pasado en Cosa, mientras sus padres estaban en Asia, su abuela siempre le había animado a realizar esas tareas, de forma que, a lo largo de aquellos años, prestó más atención a lo que hacían libertos y esclavos en los campos que a su *grammaticus*, o tutor particular. En consecuencia, no poseía grandes dotes para la retórica y sus conocimientos literarios dejaban mucho que desear, pero estaba al tanto de todo lo que había que saber sobre mulas, rebaños y viñedos. Consciente de su importancia a la hora de llevar las cuentas de pérdidas y ganancias de una propiedad, la aritmética era la única disciplina en que había seguido con atención las explicaciones del maestro.

Casi había dado por concluidos los cálculos cuando, sin avisar, apareció su padre. Vespasiano se puso en pie, le dedicó una reverencia a modo de saludo y esperó a que le dirigiera la palabra.

—Palo me dice que hemos perdido dieciséis cabezas el mes pasado. ¿Es eso cierto?

—Sí, padre. Estaba acabando de echar las cuentas, pero sí, dieciséis me parece una cifra correcta. Es tan vasto el terreno que los manaderos aseguran que se las ven y se las desean para que los bandidos no se lleven alguno de los animales que se apartan de la manada.

—Habrás que ver la forma de pararles los pies, o esos malnacidos acabarán por chuparnos la sangre. Con Sabino en casa, ocasión tendremos de tender una celada a esas sabandijas y, con un poco de suerte, crucificaremos a unos cuantos. Ya veremos qué prefieren, si verse clavados de pies y manos, o apartar sus sucias manos de estas puñeteras tierras.

—No es mala idea, padre —acertó a decir el muchacho, al ver que su padre se disponía a retirarse.

Tito se detuvo en el umbral, y se volvió a mirar a su hijo.

—Buen trabajo, Vespasiano —añadió, con voz más serena—: acercar todas esas caballerías con tan pocos hombres...

—Gracias, padre. Lo hago con gusto.

—Lo sé, lo sé —asintió Tito con una media sonrisa apesadumbrada, y a continuación se fue.

Animado por el elogio que le había dedicado su padre, Vespasiano terminó las cuentas y comprobó que, efectivamente, habían perdido dieciséis cabezas; puso orden en el escritorio y se tumbó en la cama a descansar un rato hasta que llegase su hermano. Sin armar escándalo, éste se presentó al cabo de media hora. Vespasiano se había quedado dormido.

* * *

Se despertó sobresaltado; ya se había hecho de noche. Temeroso por si llegaba tarde a la cena, saltó de la cama y se dirigió al peristilo, iluminado con antorchas para la ocasión. Oyó la voz de su madre en el atrio y hacia allí dirigió sus pasos.

—Deberíamos recurrir a los buenos oficios de mi hermano Cayo para que, en cuanto sea posible, el chico acceda al rango de tribuno militar —estaba diciendo su madre; al comprender que se refería a él, Vespasiano aminoró el paso—. El mes que viene cumplirá los dieciséis. Si los augurios que acompañaron su nacimiento son ciertos y tan lejos ha de llegar, no podemos consentir que siga perdiendo el tiempo en la finca, haciendo caso omiso de sus deberes para con Roma y con la familia.

Intrigado por lo que había oído acerca de una profecía, Vespasiano se acercó un poco más.

—Entiendo tu inquietud, Vespasia —replicó su padre—, pero el chico ha pasado casi toda su adolescencia dedicado a las labores de la hacienda y poco sabe de lo que hace falta para mantenerse a flote en el mundo de la política romana, por no hablar de los ejércitos.

—Si la profecía ha de cumplirse, la diosa Fortuna mirará por él como por la niña de sus ojos.

Vespasiano trató de serenarse. ¿Por qué su madre no podía ser un poco más clara?

—¿Y qué hacemos con Sabino? —quiso saber Tito—. Como primogénito que es, ¿no deberíamos poner en él nuestras miras?

—Ya has hablado con él. Es un hombre hecho y derecho, ambicioso, lo suficientemente decidido como para abrirse paso por su cuenta; puede aspirar incluso a algo más que a un puesto de pretor, no como mi hermano, lo que sería un gran honor para la familia. Por supuesto que lo apoyaremos en todo lo que emprenda, pero nada más. Sabrá arreglárselas solo. ¿No te das cuenta de que Vespasiano es la única posibilidad que le queda a nuestra familia para salir de la mediocridad? Creo que ha llegado el momento. Hemos invertido bien el dinero que ganaste como recaudador de impuestos en Asia. Compraste estas tierras a buen precio, y has sabido cómo sacarles un magnífico rendimiento. Con eso y con lo que yo aporté como dote al matrimonio, disponemos de más de dos millones de sestercios, según el último censo. Dos millones, Tito. Entre eso y las amistades de mi hermano, podemos aspirar a dos

puestos en el senado. Pero hay que hacer méritos, y éstos no se consiguen así como así, por las buenas, correteando por las colinas de la Sabina.

—Creo que no te falta razón. Vespasiano ha de empezar a labrarse un porvenir, y sí, habrá que darle un empujoncito. Pero no de inmediato. Ahora que Sabino está en casa, había pensado que entre los dos resolviesen antes otro asunto. Por otra parte, nada se puede hacer hasta que los magistrados del año que viene asuman sus cargos en enero.

Vespasiano escuchaba con tanta atención que no se dio ni cuenta de la sombra que, sigilosa, se le acercaba por la espalda hasta que una mano le tiró del pelo.

—¿Conque figsando y escuchando a hurtadillas como siempre, hermanito? No has cambiado mucho, por lo que veo —reconoció la voz pausada de Sabino, mientras le tiraba del pelo con más fuerza.

Vespasiano le propinó un codazo en la barriga y se apartó de él; cuando se volvía para hacer frente a su hermano, esquivó un puño que iba en busca de su nariz y respondió con otro puñetazo. Sabino paró el golpe y, con una mano que parecía de hierro, poco a poco le obligó a bajar el brazo, machacándole los nudillos, retorciéndole la muñeca y forzándole a ponerse de rodillas. Al ver que se había salido con la suya, dejó de pelear.

—¿Aún te quedan ganas de seguir peleando? —dijo Sabino, dirigiéndole una mirada cargada de rencor—. Vaya esto por tus malos modales, ¿o te parece normal saludar así a un hermano al que no ves desde hace cuatro años?

Vespasiano alzó los ojos. Mucho había cambiado su hermano. Ya no era el chico gordinflón que, cuatro arios antes, a los dieciséis, lo traía a mal traer. Era todo un hombre. Donde antes había grasa, ahora era todo músculo; había crecido un par de dedos. Hasta su cara redonda parecía más alargada y cuadrada, pero mientras desde lo alto de la prominente nariz ancha, tan característica de todos los varones de la familia, clavaba sus ojos castaños en él, su mirada aún conservaba el mismo destello malévolo. Daba la impresión de que la vida militar le había sentado bien. Le pareció tan altivo y digno que se guardó para sí los sarcasmos que se le hubieran podido pasar por la cabeza.

—Lo siento, Sabino —balbució, poniéndose en pie—. Pensaba salir a recibirte, pero me he quedado dormido.

Al escuchar aquella confesión tan sincera, Sabino arqueó las cejas.

—Pues ya lo sabes, hermanito: la noche se hizo para dormir. Más vale que lo tengas en cuenta ahora que eres casi un hombre. ¡Qué curioso, todavía hablas como la gente de por aquí! Vamos, nuestros padres nos esperan.

Se dirigió a la casa, mientras Vespasiano, avergonzado, se quedaba rezagado. Había quedado como un patán delante de su hermano, que no sólo le había echado una buena regañina, sino que lo había dejado fuera de combate. Lamentable. Tras prometerse a sí mismo que nunca volvería a sestear de día, echó a correr tras los pasos de Sabino, sin dejar de pensar en aquel enigmático comentario sobre una

profecía. Sus padres estaban al tanto, seguro. Pero ¿quién más? ¿Sabino, quizá? Imposible. Su hermano debía de ser muy pequeño por entonces y, de haberlo sabido, jamás le diría nada. ¿A quién preguntar? ¿A sus padres, y admitir que los había estado espiando? ¡Ni hablar!

Entraron en la casa principal por el *tablinum* y pasaron al atrio. Sentados en dos sillas de madera profusamente pintadas, junto al *impluvium*, el aljibe apuntalado por cuatro columnas donde se recogía el agua de lluvia que caía a través de un agujero rectangular abierto en el techo, Tito y Vespasia esperaban la llegada de los dos hermanos. El rojo oscuro de las columnas contrastaba con los delicados tonos verdes, azules y amarillos de la composición del mosaico que cubría el suelo, donde se representaba el origen de la fortuna de la familia y sus ratos de esparcimiento.

Era una noche del mes de octubre y fuera hacía frío; el atrio, en cambio, estaba caldeado gracias tanto a la gloria y al hipocausto como a la buena fogata que ardía en el hogar, a la derecha del *tablinum*. El vacilante resplandor de las llamas y de una docena de lámparas de aceite alumbraba las inquietantes máscaras mortuorias de cera de los antepasados de los Flavios que, desde su emplazamiento, entre el hogar y el larario, el altar dedicado a los dioses lares, velaban por la familia. Apenas visibles bajo aquella luz tenue, pintados en llamativos colores rojo y amarillo, interrumpidos tan sólo por las oquedades que daban paso a estancias menos ostentosas, unos frescos decorativos sobre temas mitológicos adornaban las paredes.

—Poneos cómodos, chicos —les dijo su padre con afecto, sin poder ocultar la alegría que sentía al verse rodeado de nuevo de los suyos al cabo de ocho años.

Los hermanos se sentaron en dos escabeles frente a sus padres. Una esclava joven les frotó las manos con un paño húmedo; otra les puso delante una copa de vino caliente y especiado. Vespasiano reparó en cómo Sabino siguió con la mirada a las muchachas cuando éstas abandonaron la estancia. Tito derramó unas gotas de vino por el suelo.

—Doy gracias a los dioses que velan por nuestro hogar, que me han devuelto sano y salvo a mi hijo mayor —dijo con voz solemne, al tiempo que alzaba su copa—. ¡A vuestra salud, hijos míos!

Los cuatro apuraron las copas y las depositaron en la mesa baja que había entre ellos.

—Bueno, Sabino, el ejército te ha tratado bien, ¿no es así? No te has dedicado sólo a tareas de rutina, sino que has entrado en combate. Seguro que ni tú mismo creías que pudieras tener tanta suerte, ¿a que no? —aventuró Tito, riendo entre dientes, orgulloso de aquel hijo de quien, con veinte años, ya podía decirse que era todo un veterano.

—Así es, padre —contestó Sabino, mirándolo a los ojos, con una sonrisa de satisfacción—. Creo que todos nos llevamos una decepción cuando me destinaron a la Novena Hispana en Panonia; aparte de los consabidos escauceos fronterizos, difícilmente iba a destacar en nada.

—Hasta que Tacfarinate se alzó en armas en Numidia; eso fue tu salvación —medió Vespasia.

—Tenemos que dar gracias a los dioses por esos reyezuelos revoltosos que se creen más de lo que son —añadió Tito, levantando su copa y sonriendo a su hijo mayor.

Sabino respondió al brindis de su padre con entusiasmo.

—Por Tacfarinate, el insensato que amenazó con interrumpir el suministro de grano que, desde África, llega a Roma, y hasta envió emisarios para negociar con el emperador.

—Ya estamos enterados —dijo Tito entre risas—. Por lo visto, Tiberio ordenó que los ejecutasen en su presencia, afirmando que ni siquiera Espartaco se había atrevido a tanto.

—Así que nos destinaron a África como refuerzo de la leí cera Augusta, la única guarnición que había en la provincia —añadió Sabino, muerto de risa.

Mientras su hermano se explayaba relatando sus correrías, Vespasiano no paraba de preguntarse en balde quién podría contarle algo sobre los auspicios que habían rodeado su nacimiento, hasta que de repente acabó por reparar en aquello que de verdad le tenía preocupado: el asunto de los ladrones de mulas, mucho más importante, desde luego, que esos cuentos sobre rebeliones y marchas agotadoras de las que nada sabía y tan poco le interesaban. Aunque el griego Hierón, su maestro de armas y lucha libre, lo había adiestrado en el manejo del gladio y de la lanza corta, el *pilum*, y podía tumbar a casi todos sus oponentes en el cuadrilátero gracias a sus fornidos y anchos hombros musculosos, no por eso olvidaba que era, ante todo, un hombre apegado al terruño: ése había de ser el escenario de su lucha diaria con la naturaleza si quería sacar el mejor rendimiento posible de las tierras de su familia. Que Sabino siguiera, pues, su camino y ascendiera en el *cursus honorum*, esa alocada carrera de empleos civiles y militares.

—Recuerdo cómo me sentía cuando íbamos a la guerra —al reparar en la melancolía que teñía las palabras de su padre, Vespasiano se metió de nuevo en la conversación—. Con la moral alta y seguros de alcanzar la victoria, porque eso es lo que Roma esperaba de nosotros, el imperio no puede permitirse una derrota. Rodeados de bárbaros como estamos, no podemos dar muestras de flaqueza. Tienen que convencerse de que si se atreven a atacarnos, sólo les queda una única e inevitable salida: la muerte, en el caso de los varones, y la esclavitud para su familia.

—¿Aun a costa de muchas vidas? —dejó caer Vespasiano.

—Un soldado ha de estar siempre dispuesto a dar la vida por Roma —fue la respuesta de su madre—, con la certeza de que, por mucho que lo intenten quienes pretenden acabar con nuestro pueblo, su gesto servirá para que los suyos sigan disfrutando en paz y como mejor les plazca de lo que tienen.

—¡Así se habla, esposa mía! —exclamó Tito—. Éste es el lazo que mantiene unidas a nuestras legiones.

—Con esa convicción, nunca nos desanimamos durante los dos años que pasamos allí —aseveró Sabino—. Estábamos dispuestos a lo que fuera con tal de ganar. Fue una guerra sucia. Nada de batallas campales; sólo incursiones, represalias, escarceos. Hasta que logramos obligarlos a salir de sus madrigueras en las colinas y, tribu por tribu, conseguimos doblegarlos. Incendiamos sus plazas fuertes, redujimos a la esclavitud a mujeres y niños, y acabamos con todos los varones en edad de luchar. Una labor tenaz, agotadora, pero nunca cejamos en el empeño.

—¿Qué te había dicho yo, Vespasiano? —añadió Tito alborozado—. Con Sabino en casa, contamos con alguien que sabe cómo hacer frente a esas sabandijas que acechan en las colinas. No habrá de pasar mucho tiempo sin que veamos crucificados a esos malditos ladrones de mulas.

—¿Bandidos, padre? ¿Dónde? —inquirió Sabino.

—En las montañas que se alzan al este de la finca —contestó Tito—. Y no sólo han robado mulas, nos han arrebatado también ovejas y algunos caballos, por no hablar del asesinato de Salvio, hace un par de meses.

—¿Salvio ha muerto? De veras que lo siento —lo interrumpió Sabino, compungido al recordar con afecto a aquel hombre entrañable que, de niño, siempre le trataba con cariño—. Motivo más que suficiente para pagarles con la misma moneda. Me pasaré por allí con unos cuantos libertos, y ocasión tendrán de ver cómo se las gasta un romano con la gente de su ralea.

—Así se habla, hijo mío. Sabía que les darías un buen escarmiento. Que tu hermano vaya contigo. Ya va siendo hora de que vea algo que no sea la grupa de una mula —dijo, mientras sonreía a Vespasiano para hacerle ver que le estaba tomando el pelo, aunque su hijo menor ni se había dado por aludido; la idea de poner a aquellos ladrones de mulas en su sitio le había levantado el ánimo: siempre sería bueno para la finca. Ése era el tipo de enfrentamiento que según él merecía la pena, y no guerrear contra exóticas tribus en tierras lejanas que sólo le sonaban de oídas.

Sabino, en cambio, no parecía tan entusiasmado con la idea, por lo que su padre insistió.

—Será una buena oportunidad para que lleguéis a conoceros mejor como hombres que sois y dejéis de pelearos como mocosos.

—Lo que tú digas, padre.

—Pues, claro. Juntos podéis emprender vuestra campaña africana a escala reducida y crucificar a unos cuantos rebeldes, ¿qué os parece? —dijo Tito, entre risas.

—Si los chicos son capaces de atraparlos con la ayuda de tan sólo unos cuantos libertos —añadió Vespasiano cautelosa, enfriando un tanto el entusiasmo de su esposo—, será como un eco lejano de las batallas que pueden librarse cuando se cuenta con el respaldo de una legión.

—No te preocupes, madre. Durante los dos años que pasé en África aprendí bastante sobre cómo obligar a plantar cara en campo abierto a esos revoltosos que sólo buscan el pillaje. Ya me las arreglaré —replicó Sabino, con tanta seguridad que

Vespasiano se lo creyó.

—¿Lo ves, Vespasia? —continuó Tito, alargando el brazo por encima de la mesa y dando una palmadita en la rodilla a su hijo mayor—. Ha vuelto del ejército hecho un hombre, igual que me pasó a mí; lo mismo que volverá Vespasiano antes de que nos demos cuenta.

Vespasiano se puso en pie de un salto, y se quedó mirando a su padre con ojos de susto.

—No quiero alistarme en el ejército, padre. Estoy muy a gusto aquí, ocupándome de la finca. Es lo único que se me da bien.

Sabino se mofó de su hermano.

—El hombre que no ha peleado por la tierra no tiene ningún derecho sobre ella, hermanito. Si no has luchado junto a los de tu rango, ¿cómo vas a presentarte en Roma con la cabeza alta?

—Tu hermano tiene razón, Vespasiano —afirmó su madre—. Se reirían de ti, del hombre que cultiva una tierra que nunca ha defendido. Sería una afrenta intolerable tanto para ti como para el buen nombre de nuestra familia.

—En tal caso, no iré a Roma. Ésta es mi tierra, el lugar donde me gustaría morir. Que Sabino se abra camino en Roma. Yo me quedaré aquí.

—¿Y pasarte la vida a la sombra de tu hermano? —le imprecó Vespasia—. Dos hijos tenemos y los dos han de sobresalir. Que uno de ellos deje de lado sus obligaciones para dedicarse a la agricultura sería un agravio imperdonable para los dioses que velan por esta familia. Siéntate, Vespasiano, no hay más que hablar.

Su padre se echó a reír.

—Faltaría más. No puedes pasarte la vida aquí en las colinas, como uno más de esos paletos provincianos. Irás a Roma y te alistarás en el ejército. Ésta es mi voluntad.

Cogió la copa, apuró el vino que quedaba y, de improviso, se puso en pie.

—Como de sobra sabéis, a un hombre se lo juzga ante todo y sobre todo por los logros de sus antepasados —guardó silencio un momento y, con un gesto, señaló la hornacina que albergaba las máscaras mortuorias, junto al larario—. Así las cosas, si poco valgo yo, menos valéis vosotros dos. Si lo que pretendemos es mejorar la posición de nuestra familia, no os quedará más remedio que, como advenedizos, entrar en la liza del *cursus honorum*. Es difícil, pero no imposible, como Cayo Mario y Cicerón tuvieron a bien enseñarnos durante la república. Nada tiene que ver, sin embargo, esa época con los tiempos que nos ha tocado vivir. Para mejorar nuestra posición, no necesitamos contar sólo con el apoyo de personas que ocupen puestos de influencia, sino también con el respaldo de funcionarios que estén cerca del emperador; si aspiramos a que se fijen en nosotros, hemos de destacar en las dos disciplinas que gozan de mayor prestigio en Roma, a saber, la destreza militar y la administración de los asuntos públicos. Sabino, tú ya has demostrado que eres un buen soldado. Vespasiano, tú no tardarás en seguir el mismo camino, pero, gracias a

lo que has aprendido por haberte ocupado de las propiedades de la familia, asunto por el que tan poco interés ha mostrado tu hermano, has dado sobradas pruebas de que eres un administrador capaz.

Una leve sonrisa cargada de ambición cruzó el rostro de Vespasia, que miró de frente a sus dos hijos: acababa de darse cuenta de qué se estaba proponiendo Tito.

—El primer paso será que Vespasiano sirva en las legiones como tribuno militar. El siguiente será que tú, Sabino, ocupes un cargo administrativo en Roma: serás uno de los veinte magistrados *iuniores* del *vigintiviratus*. Mi idea es que, durante los dos próximos meses, ambos compartáis lo que sabéis y os esforcéis en suplir las carencias del otro en vuestros respectivos terrenos. Vespasiano te enseñará cómo se lleva una hacienda; por tu parte, tú le enseñarás los ejercicios militares más elementales, los que realizan los legionarios rasos, para que no sólo salga adelante, sino que medre en las legiones.

Incapaces de salir de su asombro, Vespasiano y Sabino se quedaron mirando a su padre.

—No hay más que hablar. Ésta es la decisión que he tomado y, por muy mal que os llevéis, ambos la acataréis. Lo digo por el bien de nuestra familia y, en consecuencia, con miras que superan con creces las pequeñas diferencias que podáis tener entre vosotros. A lo mejor así aprenderéis a valoraros el uno al otro de un modo que antes ni os habíais imaginado. Os pondréis a ello en cuanto hayáis resuelto el asunto de los ladrones de mulas. Sabino ejercerá el papel de tutor el primer día; al día siguiente, le tocará a Vespasiano. Y así seguiréis hasta que estime que ambos estáis en condiciones de ir a Roma —a continuación miró a sus hijos y les sostuvo la mirada—. ¿Os parece bien? —preguntó en un tono que no dejaba lugar a dudas en cuanto a la respuesta que esperaba.

Los dos hermanos se quedaron mirándose. No había otra salida.

—Muy bien, padre —respondieron ambos.

—Estupendo. A cenar, pues.

Tito, al frente de los suyos, se acercó al triclinio, donde ya estaban preparados los lechos de mesa para la cena, y dio una palmada. Al instante, la estancia se animó con la aparición de unas esclavas de la casa con bandejas de comida. A un gesto de Varrón, el intendente, esperaron a que, con la ayuda de unas criadas serviciales, los miembros de la familia se acomodasen en tres grandes divanes colocados alrededor de una mesa baja y cuadrada. Las muchachas sustituyeron las sandalias de los varones por unas babuchas, dejaron unas servilletas para cada comensal y de nuevo procedieron a las abluciones de manos. Cuando hubieron terminado, Varrón ordenó que depositaran en la mesa los entrantes, o *gustatio*.

Sabino se quedó extasiado contemplando las bandejas de aceitunas, salchichas de cerdo asado con almendras, lechuga con puerros, y trozos de atún con finas rodajas de huevo cocido. Se decidió por una succulenta y crujiente salchicha, la partió en dos y, volviéndose a su hermano, le preguntó:

—¿Cuántos bandidos andan por las colinas?

—A decir verdad, no lo sé —contestó Vespasiano.

Sabino hizo un gesto de asentimiento, se llevó un trozo de salchicha a la boca y comenzó a masticarlo con la boca abierta.

—En tal caso, eso será lo primero que hagamos mañana por la mañana.

Capítulo II

—Suelen aparecer por ahí —le dijo Vespasiano a su hermano, señalando las escarpadas colinas que tenían enfrente—. Más allá, sólo millas y millas de colinas y barrancos.

Era la hora tercia. Habían echado pie a tierra antes de llegar a lo alto de una colina y, agazapados, habían subido a cuatro patas hasta la cima desde donde, sigilosos, estaban oleando el horizonte.

Abajo se extendía una ancha pradera que, tras aproximadamente media milla, terminaba en un barranco que la separaba de la ladera rocosa oriental. A su derecha, desde la cima de la colina bajaba un bosque hasta quedarse a medio camino del barranco.

Tras estudiar el terreno durante un rato, Sabino elaboró un plan.

Los dos hermanos habían partido poco antes del amanecer. Con ellos iban Palo, seis libertos y dos docenas de mulas. Palo, que quería vengar la muerte de su padre, era quien había elegido a los hombres que habrían de acompañarlos, todos eran libertos de la finca, donde trabajaban como capataces de esclavos, jefes de cuadrilla o artesanos de capacidad más que sobrada. Los más jóvenes, Hierón, Laques y Simeón, habían nacido esclavos, como el propio Palo. Los otros tres, Baseos, Atafanes y Ludovico, un germano corpulento de cabellos pelirrojos, habían caído prisioneros en el curso de algún escarceo fronterizo, y por la razón que fuese, en lugar de ejecutarlos, los habían vendido como esclavos. Todos, sin embargo, tenían algo en común. Tito los había manumitido por los leales servicios que habían prestado a la familia, y eran ciudadanos romanos que, con orgullo, llevaban el sobrenombre de Flavios y estaban dispuestos a dar la vida por él si llegaba el caso. A lomos de sus monturas llevaban un haz de diez lanzas cortas cada uno; a la derecha, un gladio colgaba del cinturón. Excepto Baseos, un escita mayor, regordete y bizco, y Atafanes, un parto alto y esbelto de edad mediana, que llevaban unos arcos macizos, cortos y alabeados, como los que usan los jinetes de Oriente, los demás portaban arcos de caza.

—Vamos a preparar la encerrona, muchachos —dijo Sabino, al cabo de un rato—. Vespasiano, Baseos y tú llevaos las mulas ladera abajo y amarradlas de una en una en el terreno que hay entre el lindero del bosque y el barranco. Luego, montad una tienda de campaña y preparad una buena hoguera de leña algo húmeda, a ser posible, para que eche mucho humo. Queremos que sepan que andamos por aquí. Palo, ve con Laques y Simeón, bordead esa colina por la parte de atrás y llegaos a unas dos millas al norte del barranco. Luego, regresad por abajo hasta la parte más alejada del terreno. Una vez allí, acercaos lo más posible a las mulas, cuidando de que no os vean, no vaya a ser que alguien nos aceche desde las colinas del otro lado. Los demás y yo alcanzaremos las lindes del bosque y nos acercaremos a las mulas tanto como podamos. Vespasiano, calcula una hora hasta que todos estemos en posición; en ese

momento, Baseos y tú cabalgad colina arriba como si anduvierais de caza; luego, regresad por el bosque y uníos a nosotros. Esperaremos, y si, con un poco de suerte, hemos conseguido llamar la atención de nuestra presa, dejaremos que se acerquen a las mulas, momento en el que nos abalanzaremos sobre ellos. Palo y sus hombres les cortarán la retirada por el barranco y caerán en nuestras manos. Adelante, muchachos, manos a la obra —concluyó Sabino, muy ufano de sí mismo, mientras miraba a los hombres; todos hicieron gestos de aprobación: parecía un plan bastante sensato.

* * *

Vespasiano y Baseos regresaron por el bosque a lomos de sus caballos. Atrás dejaban las mulas amarradas con unos cordeles largos, la tienda que habían levantado y una imponente y humeante hoguera. A lo lejos, delante de ellos, veían el lindero del bosque, donde los esperaban Sabino y los suyos, que habían atado los caballos a unos árboles. Vespasiano se sentó junto a su hermano.

—He visto a Palo y a sus hombres adentrarse en el barranco a unas dos millas hacia el norte. Espero que nadie más los haya visto —susurró Vespasiano.

—Y si los han visto, poco importa —rezongó Sabino—. No hay nada que los relacione con las mulas. Lo más probable es que piensen que se trate de otro grupo de furtivos que ha salido de caza.

Se dispusieron a esperar. A unos cien pasos más allá, ladera abajo, las mulas pacían tranquilamente. El día siguió su curso con lentitud; la hoguera se fue apagando hasta que tan sólo quedó un hilillo de humo.

—¿Qué vamos a hacer cuando oscurezca? —preguntó Vespasiano, mientras partía una hogaza de pan por la mitad y le daba un trozo a Sabino.

—Les diré a dos de los hombres que aviven la hoguera y echen un ojo a las mulas, pero confío en que no tengamos que esperar hasta entonces —contestó Sabino, venciendo la antipatía natural que le inspiraba su hermano al tiempo que cogía el trozo de pan—. Así que, por lo visto, hermanito, se trata de que yo te enseñe a ser legionario y de que tú me enseñes a contar mulas, o lo que sea que hagas. Más te vale que sea algo que de verdad merezca la pena.

—No se trata tan sólo de llevar las cuentas del ganado, Sabino. La hacienda es enorme, y son muchos los asuntos que hay que atender. Por un lado, están los libertos que trabajan para nosotros. A cambio de una pequeña parcela que les arrendamos, fabrican en la herrería aperos de labranza, esquilan las ovejas, están pendientes a la hora de cruzar las yeguas con los asnos sementales, cuidan de aquellos corderos y mulas recién paridos que parecen más enclenques, vigilan las labores de los esclavos en el campo y otras muchas tareas por el estilo.

»Luego, están los esclavos —a pesar de la mirada glacial que observaba en el rostro de su hermano, Vespasiano se iba animando mientras hablaba—. Han de realizar diferentes trabajos, según la estación del año, a saber, arar la tierra, podar los

viñedos, recoger las cosechas de trigo y de uva, trillar el grano, prensar las aceitunas para obtener aceite, pisar las uvas, hacer ánforas. No tendría ningún sentido disponer de trescientos sextarios de vino o de aceite, si no hubiera dónde almacenarlos. Siempre hay que ir un paso por delante, para asegurarnos de que sacamos el mejor rendimiento de la mano de obra con que contamos y de cada hombre en particular, en todas las épocas del año.

«Además hay que alimentar, vestir y alojar a toda esa gente, lo que nos obliga a adquirir mercancías muy diversas, que es mejor comprar de antemano cuando están más baratas, de modo que siempre tenemos que estar al tanto de cómo anda el mercado. Por otra parte, necesitamos dar salida a nuestros productos en la época del año que más nos convenga. Un paso por delante, Sabino, siempre un paso por delante. ¿Se te ocurre qué estamos vendiendo en este momento?».

—No tengo ni idea, pero doy por sentado que no te vas a privar de contármelo.

Vespasiano le dedicó a su hermano una sonrisa un tanto burlona.

—Piénsalo; ya me lo dirás mañana, durante nuestra primera lección.

—Muy bien, vanidoso mierdecilla. Lo haré, pero no será mañana, porque mañana me toca a mí —precisó, y con mirada aviesa añadió—: Comenzaremos con una marcha de veinte millas en cinco horas, seguida de unos ejercicios con la espada.

Vespasiano se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, pero no dijo nada. Mientras partía un trozo de pan y se lo llevaba a la boca, pensó que, de los dos, Sabino tendría todas las de ganar durante los dos meses que les quedaban por delante. Tratando de no darle demasiadas vueltas a una perspectiva tan poco alentadora, echó un vistazo a su alrededor, mientras comía el pan.

Hacía rato que el sol había alcanzado su cénit y ya se había situado a sus espaldas dando de lleno en la ladera rotosa del otro lado del barranco. Vespasiano volvió la vista hacia aquel lado y observó un fugaz centelleo. Dio un codazo a Sabino.

—Allí, junto al árbol caído —susurró, señalando el lugar donde refulgía el sol—. Acabo de ver un destello.

Sabino dirigió la mirada en la dirección que su hermano le indicaba: otro destello. A pesar de la reverberación del aire que provocaba la calima, alcanzó a distinguir a un grupo de unos doce hombres que, llevando las monturas por las riendas, recorrían andando un angosto sendero que, entre rocas y peñas, serpenteaba hasta el borde del barranco. Al final de la pendiente, volvieron a montar y, siguiendo la quebrada, cabalgaron unos cien pasos ribera abajo en dirección sur, donde el camino no era tan abrupto; haciéndoles carantoñas, consiguieron llevar las caballerías hasta el fondo, cruzaron el arroyo y subieron por el otro lado hacia los pastos de los Flavios.

—Muchachos, ya los tenemos aquí. Antes de abalanzarnos sobre ellos, esperaremos a que hayan desatado casi todas las mulas de forma que los animales en libertad les corlen la retirada. En el momento del ataque, me gustaría que armáramos el mayor escándalo posible. Los que sepáis cabalgar y manejar el arco al mismo tiempo, hacedlo; los demás, esperad a que los tengamos al alcance de nuestras lanzas

antes de hacer uso de ellas, y procurad no malherir a las mulas.

—No te preocupes por las mulas, Sabino —replicó Palo con gesto sombrío—. No voy a desperdiciar ni una sola lanza con esas pobres bestias.

Los demás sonrieron abiertamente, y fueron en busca de sus caballos.

—Hermanito, tú siempre a mi lado, o cerca de Palo —refunfuñó Sabino, mientras montaban procurando no hacer mucho ruido—. Padre quiere que vuelvas de una pieza. Así que nada de heroicidades. Vivos o muertos, nos da igual; el caso es atrapar a esos malnacidos.

Al considerar la posibilidad de que quizá tuviera que matar a un hombre con sus propias manos, Vespasiano se quedó trastornado. Nunca antes, a lo largo de la vida en cierto modo apacible que había llevado hasta entonces, se había visto en la situación de ajusticiar a unos bandidos. Pero, mientras guiaba su caballo hasta colocarse al lado de Sabino, pensó que sabría estar a la altura de las circunstancias. No estaba dispuesto a ofrecer a su hermano una nueva oportunidad para empeorar el escaso concepto que de él ya tenía. Apretó con fuerza los muslos y las pantorrillas contra la panza de su montura, y aferró cinco de las lanzas que llevaba consigo. Sostuvo cuatro en la mano izquierda, la misma con que sujetaba las riendas, y empuñó la quinta con la mano derecha. Introdujo el dedo índice en la lazada de cuero que sobresalía a mitad del asta que, como una honda, aumentaba considerablemente el alcance y la velocidad del venablo en el momento de lanzarlo. Nunca había estado tan atento a lo que hacía. Echó una ojeada a sus compañeros y observó que ellos también estaban tentando sus armas, pero con la despreocupación que les aseguraba la costumbre. Todos habían pasado por eso alguna vez, él era el único novato en tales lides. Tenía la boca seca.

Aguardaron en silencio, observando como, con cautela para no asustar a las mulas, los furtivos avanzaban colina arriba. Dos de los que formaban parte de la cuadrilla se habían apostado en el barranco para cubrir la retirada.

—Palo y sus hombres se encargarán de ellos —dijo Sabino, más tranquilo al ver que había disminuido el número de bandidos con los que tendrían que enfrentarse.

Vespasiano se entretuvo en contarlos: once en total, a lomos de caballos y potros que sin duda habían robado en sus tierras o en las de sus vecinos. Iban cubiertos de harapos; algunos sólo llevaban calzones, como los bárbaros del norte y del este. Un par de ellos lucían espléndidas capas, prendas que probablemente habrían pertenecido a ricos viajeros que, en su día, hubieran caído en sus garras. Llevaban semanas sin afeitarse; con aquellas barbas desaliñadas y las largas greñas, tenían un aspecto tan fiero que, según imaginaba Vespasiano, en poco habrían de diferenciarse de las amenazantes hordas tribales que se agolpaban en las fronteras del imperio.

Alcanzaron el lugar donde estaban las mulas. Seis hombres se apearon y se acercaron a la tienda de campaña con sigilo. A una señal, la embistieron con las lanzas y traspasaron el cuero con la intención de ensartar a quienes estuvieran dentro. Tras comprobar que la tienda estaba vacía, volvieron junto a los animales y

comenzaron a desatarlos. El resto de la partida, con los venablos y los arcos en las manos para, caso de que volviesen, plantar cara a los muleros, formó en círculo y se fue acercando despacio de forma que las caballerías, intranquilas, no se dispersasen.

Sabino espoleó su caballo, gritando con todas sus fuerzas, y se lanzó contra ellos.

—¡Acabemos con esos cabrones, muchachos! ¡Que no escape ni uno!

Sin orden ni concierto, el resto lo siguió al galope, lanzando los diferentes gritos de guerra de sus respectivos pueblos. En un momento estuvieron a medio camino de los furtivos, que no salían de su sorpresa. Los que habían desmontado fueron a toda prisa en busca de sus caballerías en medio de las mulas espantadas, que arrastraban los ronzales de acá para allá tropezando y haciendo tropezar a hombres y caballos.

Baseos y Atafanes lanzaron las primeras flechas. Vespasiano se olvidó hasta de gritar mientras, asombrado, contemplaba la rapidez con que tensaban la cuerda, la soltaban, colocaban otra flecha y tensaban los arcos de nuevo, hasta el punto de que podían verse dos flechas disparadas por el mismo arco surcando el aire al mismo tiempo, a la vez que con la sola ayuda de las piernas mantenían el control de las monturas.

Los primeros dardos cayeron sobre aquella caótica aglomeración, abatiendo a dos de los furtivos y a una mula que, entre relinchos estremecedores, se desplomó lanzando coces a su alrededor, llevando a las demás a recular y corcovear asustadas.

—Os dije que tuvierais cuidado con las jodidas mulas, cretinos —les gritó Sabino a Baseos y Atafanes, cuando éstos desviaban sus monturas hacia la izquierda para no verse envueltos en la refriega.

Los bandidos que, a lomos de sus monturas, habían conseguido librarse de aquella barahúnda espolearon los caballos ladera arriba para hacer frente a los atacantes, al tiempo que les lanzaban flechas. Vespasiano escuchó el zumbido de una que le pasó silbando junto a la oreja izquierda y sintió un pánico que lo dejó paralizado, mientras Sabino, Ludovico y Hierón arrojaban sus lanzas. Al ir cuesta abajo, a la fuerza con que las lanzaban se sumaba el impulso que llevaban. Dos de ellas dieron en el blanco; una atravesó limpiamente la barriga de uno de los jinetes y acabó clavándose en la grupa de su montura, que, enloquecida de dolor, trataba de quitarse de encima como fuera a su acompañante, que no paraba de gritar; otra le acertó de lleno en la cabeza a uno de los caballos; el animal cayó fulminado, aplastando al jinete y empapándole a él y a sus compañeros de sangre caliente y pegajosa. Aquello bastó para que los tres que quedaban en pie diesen media vuelta y se dirigieran al barranco a toda prisa para descubrir que ya no estaban los dos compañeros que hubieran debido cubrirles las espaldas.

—¡Ya se encargarán de ellos Palo y los suyos! —gritó Sabino, mientras Ludovico y él espoleaban sus monturas hacia el lugar donde estaban las mulas.

Vespasiano, reconcomido de vergüenza por no haber sabido estar a la altura de sus compañeros, fue tras ellos, dejando que Hierón se ocupase del furtivo descabalgado que había conseguido zafarse de su montura. Con esfuerzo, éste logró

ponerse en pie y se estaba limpiando la sangre del animal, que le nublaba los ojos, cuando vio como la espada de Hierón cortaba el aire a la altura de su cuello. Separada del cuerpo, la cabeza fue a dar en el suelo y allí se quedó mirando, sin acabar de creérselo, su cuerpo decapitado que se retorció mientras perdía las últimas gotas de sangre que aún quedaban en su cerebro, llevándose su vida con ellas.

Por su lado, Baseos y Atafanes no se habían quedado de brazos cruzados. Otros tres bandidos yacían en la pradera cubiertos de flechas, mientras el sexto trataba de alejarse de ellos. Sabino enarboló la espada y se fue tras él. Por encima del hombro, el esclavo miraba hacia atrás y, aunque debió de darse cuenta de que no tenía posibilidad alguna de escapar, trató de correr más deprisa. De poco le sirvió. Al cabo de un momento, Sabino ya lo había alcanzado; le dio un golpe en la nuca con la hoja de la espada y lo dejó en el sitio.

Vespasiano dirigió la mirada ladera abajo hacia el barranco y vio que uno de los tres jinetes que se habían dado a la fuga caía de espaldas sobre su montura, traspasado por una flecha. Los que quedaban, al percatarse de que no tenían ninguna escapatoria y que sus dos antiguos compañeros yacían en el suelo degollados, espolearon al instante sus caballos hacia la izquierda y, al galope, se dirigieron en dirección al norte bordeando la quebrada. Dándose cuenta de que, a menos que les cortase el paso, iban a escapar, Vespasiano puso su caballo al trote. A las ganas que tenía de que aquellos dos hombres recibieran su merecido vino a sumarse la necesidad perentoria de lavar su reputación, lo que despertó en él una nueva y desconocida sensación: la sed de sangre. El viento agitaba las crines de su caballo mientras emprendía el galope colina abajo a media ladera, aproximándose a los dos fugitivos. Por las voces que oía instándolo a esperarlos, supo que Sabino y Hierón iban tras sus pasos, pero también sabía que no había tiempo que perder.

La distancia que lo separaba de los perseguidos se redujo con rapidez. Alzándose por encima de la silla, arrojó con todas sus fuerzas una lanza contra el jinete que iba en cabeza. El venablo fue a alojarse en la panza del caballo y el animal acabó por el suelo retorciéndose de dolor y patas arriba, yendo a caer sobre el jinete, al tiempo que se escuchó un chasquido escalofriante: le había partido el espinazo. El hombre que iba tras él tuvo que moderar la velocidad que llevaba para tratar de sortear al animal malherido, lo que dio a Vespasiano la oportunidad de colocarse a su altura. Su adversario actuó sin contemplaciones y apuntó su espada a la cabeza del romano, pero éste logró esquivarla y aprovechó la ocasión para arrojarla sobre el jinete, que mientras tanto había perdido el equilibrio. Con gran estrépito, los dos se fueron al suelo y comenzaron a rodar uno sobre otro, tratando ambos de encontrar un asidero firme, ya fuera un brazo, el cuello, el pelo o cualquier otra parte, en el cuerpo de su oponente. Cuando dejaron de rodar por el suelo, jadeante y desorientado, Vespasiano se dio cuenta de que había quedado atrapado debajo del fugitivo. Mientras se debatía tratando de respirar, el otro le estampó un puñetazo en la cara; sintió un dolor punzante y escuchó con toda claridad el crujido de su nariz antes de quedar aplastada;

la sangre le saltó a los ojos. Dos fuertes manos le apretaron el cuello y, en ese instante, cayó en la cuenta de que luchaba por su vida: el deseo que sentía de matar cedió ante el instinto de supervivencia. Aterrorizado, en un vano esfuerzo por evitar que su contrincante siguiera atenazándolo, se retorció con violencia a derecha e izquierda; los ojos se le salían de las órbitas. A pesar de la sangre que lo cegaba, se fijó en el rostro del hombre, en sus agrietados labios contraídos en una mueca de odio que dejaba al descubierto unos dientes rotos por los que exhalaba un aliento nauseabundo que le aturdiría los sentidos. Agitó los brazos propinándole feroces golpes en las sienes, pero la presión que sentía en la tráquea iba en aumento. A punto estaba de perder el sentido cuando escuchó un golpe sordo y notó que su atacante se estremecía. Vespasiano alzó la mirada. De repente, el hombre puso unos ojos como platos y se le desencajó la mandíbula: por el orificio derecho de la nariz le asomaba la punta de una lanza ensangrentada.

—¿Qué te había dicho a propósito de heroicidades, estúpido mierdecilla?

A pesar de la sangre, Vespasiano acertó a distinguir a Sabino, de pie, sujetando una lanza con ambas manos, sosteniendo en alto el cuerpo sin vida del furtivo. Con un gesto de desdén, Sabino arrojó el cadáver a un lado y tendió una mano a su hermano para ayudarlo a ponerse en pie.

—Bueno —añadió con una sonrisa maliciosa—, si alguna vez pensaste que podías tener cierto atractivo, nada de eso queda después de esta travesura. A lo mejor así aprendes a hacer caso de quienes no sólo son mayores, sino también mejores que tú.

—¿Acabé con el otro? —acertó a preguntar Vespasiano con la boca ensangrentada.

—No, mataste al caballo, y el animal acabó con él. En marcha, queda uno con vida y vamos a crucificarlo.

* * *

Vespasiano arrancó un trozo de tela de la túnica que llevaba el maleante muerto y se lo aplicó sobre la nariz ensangrentada, mientras se disponía a volver a subir la colina; apestaba, pero el hedor lo ayudó a no perder el sentido. Al recuperar la compostura, le dolía tanto la cabeza que parecía que iba a estallarle. Respiraba de forma trabajosa y caminaba con ayuda de Sabino. Detrás, iba Hierón con los caballos.

Llegaron al lugar donde estaban las mulas, ya más tranquilas tras concluir la refriega. Aparte de ocho caballos de los forajidos, Baseos y Atafanes habían traído de vuelta las caballerías que se habían escapado. Palo y Simeón se dedicaban a atarlas formando un cordón. Sólo habían muerto dos ínulas; otras cuatro presentaban heridas que sanarían con el tiempo.

—No se nos ha dado mal el día, ¿verdad, muchachos? Dos mulas de menos y ocho caballos de más. No creo que padre vaya a castigaros por tener tan mala

puntería —les dijo Sabino a Baseos y Atafanes, riéndose entre dientes.

Baseos se echó a reír.

—Podríamos haber vuelto a casa con tres caballos más, si vosotros, lanzadores de palos, hubierais apuntado a los jinetes y no a las monturas.

Atafanes le dio una palmada en la espalda.

—Así se habla, retaco. Si ya lo decían en tiempos de mis abuelos, y bien claro, hace más de setenta años, en Carras: como arma, el arco es mucho más eficaz que la lanza corta.

A Sabino no le hizo gracia que, en su presencia, mencionasen la humillante derrota que Roma había sufrido en Oriente, cuando todas las legiones a las órdenes de Marco Craso cayeron en un solo día bajo la continua lluvia de flechas con que los hostigaran los partos. Aquel día se perdieron las águilas de siete legiones.

—Ya basta, redicho larguirucho de nariz ganchuda. Tras haber sido capturado por valientes soldados que dan la cara y pelean en lugar de lanzar flechas y salir corriendo, tú, por lo menos, sigues con vida. ¿Qué pasó, que os quedasteis sin flechas?

—Cierto, aquí estoy, pero soy libre, mientras que los huesos de los hombres de vuestras legiones derrotadas yacen para siempre en las arenas del suelo de mi patria y nunca saldrán de allí.

Sabino no supo qué responder. Los hombres habían luchado bien, y había que consentirles aquella salida de tono. Echó un vistazo en busca del prisionero que, tumbado boca abajo, seguía inconsciente.

—Venga, vamos a clavarlo en una cruz y volvamos a casa. Laques, cava un hoyo. La plantaremos aquí mismo.

Al poco rato, Ludovico y Hierón salieron del bosque portando dos ramas fuertes que acababan de cortar. Con las herramientas que habían llevado para tal menester, retiraron un par de nudos de los maderos, los dispusieron en forma de cruz y comenzaron a clavarlos. Al oír el ruido, el prisionero volvió en sí, levantó la cabeza para echar un vistazo alrededor y, nada más ver la cruz, comenzó a dar alaridos. Vespasiano reparó en que era algo más joven que él.

—Sabino, no le hagas eso; no debe de tener más de catorce años.

—¿Tienes alguna idea mejor, hermanito? ¿Qué te parece si le damos un tirón de orejas, le decimos que no sea malo y que no vuelva a robar mulas en adelante, y lo enviamos de nuevo con su amo, que lo crucificará de todas formas, si tiene dos dedos de frente?

El terror que acababa de sentir ante la posibilidad de perder la vida cuando aún era tan joven hizo que Vespasiano se pusiera de parte de aquel ladronzuelo.

—Podríamos llevarlo con nosotros y que trabajase la tierra como esclavo. Parece fuerte. Aparte de caros, no es fácil encontrar buenos peones.

—¡A tomar por culo! Este cabroncete ya se ha escapado una vez. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que no volvería a hacerlo? Además, tenemos que crucificar a uno,

y ha tenido la mala pata de que le ha tocado a él. ¿Te sentirías más tranquilo si lo vieras cosido a flechazos y, en su lugar, nos dispusiésemos a crucificar a un viejo canoso? ¿Qué diferencia habría? Iban a morir, de todos modos. Vamos, traedlo.

Vespasiano contempló al muchacho que, fuera de sí, no apartaba de él sus ojos suplicantes. Pero se hizo cargo de que Sabino tenía razón y le dio la espalda.

Venciendo su resistencia, que no fue mucha, entre Hierón y Palo colocaron encima de la cruz al prisionero, que no paraba de gritar.

—Compasión, piedad, misericordia, os lo suplico, amos. Os daré lo que queráis. Haré cualquier cosa, lo que sea. Os lo suplico.

Palo le dio un bofetón.

—Deja de lloriquear, mierdecilla. Además, ¿qué podrías ofrecer aparte de un bonito culo prieto? Una sabandija como tú acabó con la vida de mi padre, así que ni siquiera tendrás el placer de que te empale.

Le escupió a la cara, cortó las ligaduras que lo maniataban, y Laques y él lo asieron por los brazos y lo tumbaron sobre la cruz venciendo su resistencia. Hierón y Baseos le sujetaron las piernas mientras, con un mazo y unos clavos, Ludovico se acercó al lugar. Se arrodilló junto al brazo derecho del chaval y colocó uno de los clavos que llevaba a la altura de la muñeca, debajo de donde empezaba el pulgar. Resonaron unos mazazos y un clavo de media pulgada de grosor le traspasó la muñeca y, tras destrozar huesos y desgarrar tendones, fue a clavarse en la madera. Vespasiano jamás se habría imaginado que un ser vivo, no digamos un ser humano, pudiera dar los alaridos que profirió el muchacho mientras le infligían el tormento: gritos estremecedores, que le salían del alma, un rugido que dejó de ser gutural para convertirse en un chillido escalofriante.

Ludovico se puso manos a la obra con el otro brazo, que no tardó en quedar clavado a la cruz. Ni siquiera Palo disfrutaba con el espectáculo, al ver cómo los clavos atravesaban los dos pies del muchacho, que se retorció de dolor. De repente, dejó de gritar: sin apartar los ojos del cielo, respirando trabajosamente, con la boca contraída en un gesto de dolor, había perdido el conocimiento.

—Gracias a los dioses —dijo Sabino—. Alzadlo y colocad las dos mulas muertas al pie de la cruz. El mensaje no puede ser más claro.

Clavaron la cruz en el hoyo y la sujetaron, mientras introducían unos calzos para asegurar la base. Al poco de haber concluido, los gritos comenzaron de nuevo, aunque sincopados: al chico le faltaba el aire. La única forma que tenía de respirar era alzar el pecho apoyándose en las muñecas y haciendo fuerza sobre los clavos que le atravesaban los pies. Pronto se daría cuenta, sin embargo, de lo doloroso que resultaba aquel ejercicio y caería rendido para enseguida volver a percatarse de que se ahogaba, círculo infernal que no dejaría de repetirse hasta que muriera al cabo de uno o dos días.

* * *

Rodeados de aquellos gritos que retumbaban por el aire, dejaron atrás la colina. Vespasiano estaba seguro de que jamás olvidaría el terror que reflejaba la cara de aquel muchacho.

—¿Y si aparecen sus amigos y lo bajan, Sabino?

—Podría ser, pero no lo desclavarán. En el improbable caso de que sobreviviera al suplicio, nunca podría volver a usar sus manos y se quedaría cojo de por vida. No; si aparecen, le clavarán una lanza en el corazón y se irán por donde han venido. Pero habrán aprendido la lección.

Los gritos les acompañaron durante lo que les pareció una eternidad, hasta que, de pronto, cesaron. Habían llegado los amigos del chico.

Capítulo III

Todavía era de noche cuando el pie derecho de Sabino fue a parar a la nalga izquierda de su hermano Vespasiano, que rodó de la cama al suelo.

—En pie, legionario —le gritó poniendo voz de centurión—. Si quieres tomar algo caliente para desayunar antes de que nos pongamos en marcha al amanecer, ya puedes ir encendiendo una hoguera.

Aturdido, Vespasiano se quedó sentado en el suelo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —acertó a preguntar, todavía atontado.

—Sólo digo que si quieres tomar algo, más vale que te pongas manos a la obra. Nos pondremos en marcha a la salida del sol. En la parte de atrás, encontrarás leña, astillas, víveres y utensilios de cocina de la legión.

—¿Y tú? —preguntó Vespasiano poniéndose en pie.

—No te preocupes por mí, hermanito. Como no soy yo quien va a hacer ejercicio, desayunaré en el triclinio.

Y allá se dirigió mientras, a oscuras, dejaba a Vespasiano peleándose con las sandalias y echando pestes por lo que le dolía la nariz. El día anterior, ya de vuelta en el caserío, Cloe, una anciana griega, una de las esclavas que atendían la casa, hija de un médico griego, se la había entablillado. Era la única persona de la finca que sabía algo de tales menesteres. Tras haber echado una mano a su padre hasta que éste falleciera, para no morir de hambre se había vendido a sí misma como esclava. Le había colocado el cartílago en su sitio, un arreglo mucho más doloroso que el puñetazo que lo desplazara; le había aplicado, a continuación, un emplasto de arcilla húmeda con hierbas y miel, y se lo había sujetado con unas vendas. Durante la noche, la arcilla se había endurecido, comprimiendo la hinchazón.

Al salir, vio las provisiones amontonadas en el suelo. Se echó la capa por encima de los hombros para protegerse del relente de la madrugada, y trató de encender una fogata como buenamente pudo en plena oscuridad. Cuando consiguió una llama decente, alcanzó a distinguir las vituallas: un tazón de cebada, una gruesa loncha de tocino, un trozo de queso duro, un sextario de agua y un odre de vino áspero; al lado, un simple cazo de cocina. Como, aparte de asar un conejo o un pollo de vez en cuando, nunca se había ocupado de nada más, no supo qué hacer. Tampoco tenía mucho tiempo, así que mezcló todo, menos el vino, en el cazo y lo puso a calentar.

Al cabo de un rato, se había formado un engrudo tan indigesto y poco apetitoso que a duras penas se podía comer. Gracias al vino ya había logrado tragar la mitad de las gachas que había preparado, cuando se presentó Sabino a caballo. El delicado resplandor rojizo de la primera luz del sol bañaba las ocres colinas escarpadas y el canto estridente de las cigarras anunciaba el amanecer de un nuevo día.

—Apaga ese fuego y cubre los rescoldos de tierra. Mete los cacharros aquí —gritó mientras le arrojaba un pesado palo, ahorquillado en uno de los extremos, del que colgaba un enorme morral.

—¿Qué es eso? —preguntó Vespasiano.

—Esto, audaz hermanito, es la diferencia que hay entre un agradable paseo por el campo y las marchas normales que ha de hacer un legionario. Pesa más o menos lo mismo que la impedimenta que les dan o, si lo prefieres, que tienen que llevar los legionarios. Como ya no me acordaba muy bien, he preferido pecar por exceso —añadió Sabino, poniendo cara de ingenuidad.

—¡Ya me lo imagino, ya! —gruñó Vespasiano, mientras arrojaba las sobras del desayuno a la fogata y echaba tierra por encima.

Ató los utensilios de cocina a un lado del morral y se echó el palo al hombro, de forma que la carga colgase a sus espaldas. Al ver lo que pesaba, torció el gesto. Sabino se quedó mirándolo.

—Ahora entenderás por qué a los legionarios se les llama también «las mulas de Mario». Teniendo en cuenta el cariño que sientes por esas bestias, no te importará demasiado que te ofrezca la oportunidad de sentirte como una de ellas. ¡Paso ligero, hermanito!

Riéndose de su propia ocurrencia, espoleó su montura para que Vespasiano se pusiera en marcha.

—¿Por qué no marchas tú también, igual que yo? —le preguntó a voces.

Sabino se volvió y, dedicándole una sonrisa malévolamente, le dijo:

—Te lo advertí: no soy yo quien tiene que ejercitarse.

* * *

Llevarían andando alrededor de una milla, cuando Sabino refrenó al caballo para que su hermano se pusiese a su altura. Sacó un caramillo de la albarda, sopló, hizo una pausa y volvió a soplar.

—Éste es el paso normal en el ejército: tres pasos por cada redoble de tambor durante cinco horas, con dos paradas breves para beber agua y, al cabo, habrás recorrido veinte millas —Sabino se interrumpió un momento, echó un trago de agua de la cantimplora para dar más visos de veracidad a lo que decía, y continuó su clase—. Ésta es la velocidad normal a que se desplaza una legión, o un destacamento menor, si no se hace cargo de las máquinas de asedio y de los carruajes que transportan la impedimenta. Si, por alguna razón, hubieran de andar más ligeros, los hombres marcharán a razón de tres pasos y medio por cada redoble de tambor, es decir, veinticuatro millas en cinco horas. En cualquier caso, si se trata de todo un ejército, con su impedimenta logística, en cinco horas no recorrerá más de diez o doce millas, puesto que tendrá que acomodar su paso al de los que se desplazan más lentamente, a saber, los bueyes que tiran de los carruajes de avituallamiento y las máquinas de asedio —Sabino observó a su hermano, que comenzaba a sudar a medida que el calor iba a más—. En nuestro caso, vamos a pensar que somos una avanzadilla. Si eres capaz de mantener el paso, marchar en formación te parecerá

como salir de paseo— y siguió adelante, tocando el caramillo para marcar el paso que debía seguir su hermano.

—¿Por qué andan sólo cinco horas? —quiso saber Vespasiano al cabo de unos centenares de pasos—. No es que quiera ir más deprisa, entiéndeme —se apresuró a añadir.

—Párate a pensarlo. ¿Dónde se despiertan las legiones cuando se hace de día? —dijo Sabino, dejando de soplar el caramillo, pero sin hacer un alto.

—En el campamento —respondió Vespasiano.

—Muy bien. ¿Y dónde dormirán esa noche?

—En otro campamento.

—Exacto. ¿Y quién habrá de montar ese otro campamento, o crees que basta con un chasquido de dedos por parte de los dioses? —Sabino se lo estaba pasando en grande.

—Los legionarios, claro está —contestó Vespasiano, amoscado; con la piel pegajosa por el sudor, el emplasto comenzaba a resultarle molesto.

—Por ahí iba yo, hermanito. Hay que cavar un foso defensivo, levantar una empalizada, montar las tiendas y, lo más importante de todo, preparar la cena, tareas que les llevarán casi todas las horas que queden de luz solar. Esto es lo esencial del día de un legionario: despertar, comer, levantar el campamento, unas cuantas horas de marcha, disponer un nuevo campamento, comer y dormir. Aparte de otras muchas cosas, claro está. Como hacer guardia, ejercitarse, dar de comer a los animales, cavar letrinas, ver cómo está la impedimenta y otras por el estilo. Y todo con un único fin: que el legionario llegue a su punto de destino en condiciones y pueda llevar a cabo su verdadera tarea, a saber, pelear y matar, ya sea durante una escaramuza o en el curso de una gran batalla.

—¿Has participado en alguna de esas grandes batallas? —le preguntó Vespasiano, cuya curiosidad era capaz de vencer la antipatía que le inspiraba su hermano.

—Lo de África no fue para tanto. El ejército nómada de Tacfarinate en realidad no eran sino unas hordas de infantería y caballería ligeras. Una panda de cabrones haraganes, que se presentaban en el momento más inesperado, cayendo sobre cualquiera que se hubiera alejado del campamento, atacando a quienes iban en busca de forraje, incapaces de presentar batalla de cara. La única vez que lo hicieron, cuando empezó la revuelta, la Tercera Augusta les dio para el pelo. A partir de entonces, cambiaron de táctica: se mantenían lejos de la legión y sólo se dejaban ver en emboscadas de poca importancia. De esa forma, consiguieron acabar con toda una cohorte de la Tercera Augusta unos meses antes de que llegásemos nosotros.

—¿Cómo es posible? —insistió Vespasiano, sin dejar de dar vigorosas zancadas para coronar una pendiente cada vez más empinada.

—Se abalanzaron sobre ellos cuando regresaban de una operación de castigo en campo abierto. La cohorte se dispuso para la lucha cuerpo a cuerpo, pero los nómadas prefirieron no darse por enterados. Su caballería rodeó a los nuestros, arrojándoles

lanzas sin parar mientras, desde una distancia prudente, la infantería dirigía contra nosotros sus hondas y sus arcos. Cada vez que la cohorte intentaba atacarlos, se retiraban, pero no por eso dejaban de acosarlos. Fue como lo de Carras, pero en pequeño. En cuestión de cuatro horas, acabaron con la mayoría de los nuestros. A los pocos que tuvieron la mala suerte de sobrevivir, les sacaron los ojos, los castraron, los clavaron con estacas en el suelo y allí los dejaron, desnudos, bajo el sol del desierto. Al enterarse de aquella humillación, el procónsul Lucio Apronio montó en cólera y ordenó diezmar al resto de la legión, aunque no tuvieran nada que ver con el suceso.

—No me parece justo —comentó su hermano. Las sandalias empezaban a hacerle rozaduras en los talones.

—¿Quién está hablando de justicia? La legión, como tal, había recibido un buen varapalo. La pérdida de una cohorte, cuatrocientos ochenta hombres nada menos, a manos de los rebeldes representaba una ofensa para la legión como cuerpo del ejército. Sólo la sangre podía reparar semejante desastre. Así que, desarmados y cubiertos sólo con un sayo, Lucio Apronio los hizo formar en su presencia, y los fueron numerando. Contaban hasta nueve y al hombre que le había tocado le daban una espada con la que tenía que degollar al décimo, al siguiente por la izquierda. Daba igual si era su mejor amigo, alguien a quien conociera desde hacía años, o un compañero de tienda con quien hubiera compartido batallas, juergas o mujeres. Como si era un perfecto desconocido, uno de esos jovencuelos que acababan de alistarse. Eso era lo de menos. Si alguien vacilaba, ya sabía cómo acabaría él también.

Sabino se tomó un respiro, rebuscó en una de las albardas que colgaban de la silla de montar y sacó un sombrero flexible de paja para protegerse del sol, uno de esos gorros de los tesalios que Augusto había puesto de moda durante su reinado. Se cubrió la cabeza y siguió adelante, sin preocuparse de las penalidades por las que estaba pasando su hermano.

—Así me lo contó uno de los tribunos de la Tercera al poco de llegar nosotros. Me dijo que era lo más terrible que había visto en su vida: una legión en posición de firmes, bañada en la sangre de sus compañeros, frente a una montaña de más de cuatrocientas cabezas cortadas, y suplicando al procónsul que los dejara con vida. Como resultas de aquello, creció en su interior un odio tan hondo y duradero contra Tacfarinate y los suyos, a quienes consideraban responsables de lo que habían pasado, que pusieron todo su empeño en acabar con ellos. Hasta que, por fin, unos meses después de que hubiéramos hecho el trabajo sucio y nos hubiéramos ido, cercaron a los rebeldes que aún quedaban con vida en un fortín que se erguía en un lugar conocido como Auzera, que cayó en sus manos al cabo de tres meses de asedio. Los de la Tercera Augusta no perdonaron la vida a nadie, ni siquiera a un número considerable de esclavos. Por desgracia, Tacfarinate tuvo tiempo de suicidarse arrojándose sobre su espada antes de que lo capturasen, pero sus esposas y sus hijos, que seguían con vida, se llevaron su merecido.

Habían llegado a la cima de la colina. Sabino tiró de las riendas de su montura y

le pasó la cantimplora a Vespasiano que, con ansia, se la llevó a la boca.

—Así que, según tú, Lucio Apronio hizo lo que tenía que hacer —comentó, mientras se limpiaba el agua que le caía por la barbilla.

—Claro que sí —replicó Sabino—. Una legión no puede entrar en combate y alzarse con la victoria a menos que todos y cada uno de sus hombres tengan una fe ciega en sus compañeros de armas. Al demostrar que eran capaces de quitar la vida a sus camaradas dejaron bien sentado que podrían acabar con cualquiera y, de ese modo, recuperaron la confianza en sí mismos.

Vespasiano se quedó mirando a su hermano; recordó las palabras de su padre a propósito de los lazos que forjan la cohesión de la legión, y pensó que si llegaba el día en que tuviera que alistarse, le gustaría hacerlo teniendo a hombres como Sabino a su lado.

Los dos se quedaron callados un momento, contemplando las colinas que formaban parte de su propiedad. Hacia el nordeste, a lo lejos, se veía la cumbre del monte Tétrica, a la espera de las nieves invernales que habrían de coronarla ese mismo mes. Más abajo, por el sur, discurría el río Aventus, uno de cuyos afluentes era el arroyo que atravesaba la quebrada donde habían atrapado a los bandidos el día anterior. Perpendicular al río, avistaron el trazado de la Via Salaria, que se abría paso por el valle hacia el este camino del Adriático, tras salvar el río gracias a un imponente puente de piedra que, precisamente en aquel momento, una nutrida partida de jinetes se disponía a cruzar por el otro extremo.

—Parece que llevan prisa —comentó Vespasiano, sirviéndose de una mano como visera para que la luz no le cegase.

—Que es mucho más de lo que se puede decir de ti. Vamos.

Sabino espoleó su caballo y se dirigió colina abajo, volviendo a tocar el caramillo. Cansado, Vespasiano lo siguió, sin apartar los ojos de los jinetes que galopaban por el camino que discurría más abajo. Calculó que serían unos veinte; parecía que iban armados, y no había duda de que llevaban prisa. Cuando llegaron al puente, aminoraron el paso y pusieron sus monturas al trote. Una vez que lo cruzaron, el jinete que iba al frente llevó su caballo fuera del camino y siguió el curso del río. Los otros fueron tras él.

—¿Dónde crees que van? —preguntó Vespasiano.

—¿Qué dices? —contestó Sabino, pensando en otra cosa.

—Esos jinetes... Se han apartado del camino y siguen el curso del río, lo mismo que nosotros.

Sabino se fijó entonces; aun estando a cinco o seis millas de distancia, reparó en que iban armados. Las puntas de las lanzas y los cascos relucían a la luz del sol.

—Está claro que no son soldados. No llevan atuendo militar, y avanzan de forma desordenada —dijo Sabino, mientras dirigía una mirada interrogativa a su hermano—. Si no son soldados, pero van armados y siguen el mismo camino que nosotros, mucho me temo que deberíamos ponernos en lo peor, ¿no te parece, hermanito?

—¿Furtivos?

—Y dispuestos, me parece, a tomarse la revancha por lo de ayer. Más vale que nos volvamos cuanto antes. Deshazte del morral, y súbete a la grupa.

Presintiendo lo que podía pasar, Vespasiano no dudó en hacer lo que le decía su hermano. Sabino obligó al caballo a dar media vuelta y, con su hermano a sus espaldas, se puso al galope tan rápido como le fue posible, dispuesto a desandar las siete millas que llevaban recorridas. En la posición en que iba, Vespasiano se aferró con fuerza al animal que, en aquel terreno desigual, se movía a trompicones. A cada bote, sentía el traqueteo de su nariz rota bajo el emplasto, y se retorció de dolor.

—Si podemos mantener este paso —le gritó Sabino a su hermano—, deberíamos estar de vuelta en el caserío una media hora antes que ellos. Tendremos, pues, tiempo suficiente para armar y desplegar a todos los hombres disponibles. Los que anden ya por los campos tendrán que ponerse en manos de la diosa Fortuna y arreglárselas como puedan.

—¿Qué te propones? —le preguntó Vespasiano, con la esperanza de que su hermano tuviera en mente un plan ingenioso.

—No lo sé. Estoy pensando —fue su respuesta poco tranquilizadora.

Mientras regresaban a casa tan deprisa como les era posible, Vespasiano se imaginó la rabia de los bandidos al encontrarse con el muchacho crucificado y los cadáveres de sus compañeros pudriéndose al sol. Se preguntó por qué a ninguno de ellos se le había pasado por la cabeza que pudiera haber represalias, y llegó a la conclusión de que habían menospreciado a sus rivales. Los habían tomado por un hatajo de ladrones mal organizados y peor equipados, incapaces de ir más allá de robar mulas o desvalijar a incautos viandantes, cuando, en realidad, allí los tenían, dispuestos a lanzar un ataque en toda regla contra la casa de campo de los Flavios. Cayó en la cuenta de que estaba a punto de producirse un sangriento enfrentamiento, que los salteadores ni se esperaban, aunque parecían dispuestos a todo.

* * *

Los dos hermanos cruzaron el portón como una exhalación e irrumpieron en el patio, espantando a los pollos y niños pequeños que andaban por allí. En el momento en que se disponían a echar pie a tierra, Palo salía ya a todo correr de las dependencias del intendente.

—Palo, aprisa —le gritó Sabino—; dales armas a los hombres y a los esclavos que sean de tu confianza, y llévate a las mujeres y a los niños a algún lugar seguro dentro de la casa. Avisa a todos los que hayan salido al campo para que vuelvan cuanto antes. En una media hora, tendremos aquí a unos veinte salteadores, dispuestos a tomarse cumplida venganza por lo de ayer. Pretenden atacarnos por sorpresa, así que vamos a dejar que piensen que han conseguido su propósito. Dejaremos las puertas abiertas. Ordena a dos de tus hombres que se escondan detrás

de las hojas. Si observan que no hay nadie fuera para hacerles frente, entrarán en tromba hasta el patio; en ese momento, los dos hombres cerrarán el portón, cortándoles la salida, y estarán en nuestras manos. Que los demás, con arcos y lanzas cortas, permanezcan apostados en los tejados y también en las dependencias que están encima de las cuadras. Hierón, llena de agua todos los calderos que encuentres, y súbelos a las techumbres, no vaya a ser que a esos cabrones se les ocurra prender fuego al caserío. Vespasiano, ve a avisar a nuestros padres de lo que pasa.

* * *

Al cabo de un momento, Vespasiano volvió al patio junto con su padre. Habían dejado a Vespasia y a las esclavas de la casa a buen recaudo en la mansión, al cuidado de Varrón, a quien Tito había ordenado que ayudase a su esposa a quitarse la vida, caso de que fueran derrotados. Que su madre se aviniera a hacerlo bastó para que Vespasiano tomase conciencia de la gravedad de la situación.

La actividad en el patio era frenética. Habían llevado un carruaje a la parte exterior del portón para que no pudieran abrirlo. Por todos lados se veían espadas y dagas, montones de lanzas cortas, haces de flechas. Diseminados por los tejados, a los que sólo se podía acceder por unas escalas, que podían retirarse una vez utilizadas, se hallaban varios cubos llenos de agua. Maniataban y encerraban en los graneros a grupos de esclavos que trabajaban de peones en el campo, para así evitar que ayudasen a los asaltantes, con quienes estarían dispuestos a unirse a las primeras de cambio.

Vespasiano ayudó a su padre a subir al tejado de la mansión y se quedó a su lado.

—¡No sabes la ilusión que me hace! —comentó Tito, esbozando una sonrisa—. Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que arrojé una lanza con verdadera saña, y con un blanco tan apetecible seguro que disfrutaré por partida doble.

Vespasiano echó un vistazo a las cubiertas del caserío. Contó hasta quince hombres; otros tres estaban apostados en las ventanas de las dependencias de los esclavos, en la parte superior de las cuadras. Simeón y Ludovico estaban agazapados tras las hojas del portón, dispuestos a cortar el paso a los intrusos; Laques y Palo se habían colocado justo arriba. A caballo, Baseos y Atafanes paseaban por delante del portón, tensando los arcos para matar el tiempo.

—¿Qué hacen? —le preguntó Vespasiano a Sabino, que se encontraba un poco más allá en el mismo tejado de la casa principal; llevaba en la mano el cabo de una soga que caía hasta el patio, lo cruzaba de lado a lado y volvía a subir hasta una ventana del piso superior del edificio que se alzaba enfrente, donde se encontraba Hierón.

—Necesitamos que haya alguien ahí fuera; de lo contrario, tanta quietud despertaría sospechas. Tan pronto como aparezcan los bandidos, volverán grupas a toda prisa y cruzarán el portón, con la esperanza de que eso sirva de cebo para

nuestros atacantes —le explicó Sabino, al tiempo que alzaba la voz para que todos los del patio le oyesen—. Recordadlo bien: permaneced agazapados hasta que crucen el portón. No queremos que vean cabeza alguna en lo alto de un tejado, no vayan a sospechar la que les tenemos preparada. Que irrumpen en el caserío, ajenos a lo que les espera. Todo esclavo que dé muestras de valor será libre —declaración que fue acogida con una breve ovación—. Palo, atento; los demás, agachad la cabeza y no os mováis. No atacéis hasta que no veáis por lo menos a diez de ellos en el patio porque, para entonces, habrán entrado con tanto brío que no podrán refrenar sus monturas así como así. Que Fortuna y Marte se apiaden de nosotros.

Bajo el abrasador sol del mediodía, se dispusieron a esperar. El tiempo empezó a transcurrir con lentitud, y el inquietante silencio que reinaba en el patio no ayudaba a que pasase más deprisa. Por un momento, Vespasiano sopesó la posibilidad de si aquel pánico no sería fruto de la imaginación calenturienta de su hermano y él, y pensó en la humillación que sentiría cuando todos se dieran cuenta de que había sido una falsa alarma, hasta el punto de que respiró aliviado cuando escuchó los primeros gritos sofocados, las primeras voces que se oían a lo lejos. Los atacantes seguramente habían tropezado con una cuadrilla de peones que se encontraba demasiado lejos para que los pudieran advertir de lo que se les venía encima, y estaban despachándolos para ponerse a tono. Los hombres que se hallaban en el patio se pusieron tensos al escuchar los gritos de sus compañeros de fatigas. Sabedores de que no tardarían en vengarlos, decidieron desentumecerse y, de paso, probar las armas. Cesaron los gritos. El silencio se adueñó de nuevo del patio del caserío. Hasta que, apagado y a lo lejos, escucharon un retumbar de cascos al galope. A medida que el ruido aumentaba, comprendieron que los salteadores iban derechos hacia ellos y que no tardarían en aparecer.

—Los veo —gritó Palo—. Están a una media milla de aquí. Llevan antorchas encendidas.

—Atentos, muchachos, y preparados; manteneos agazapados —rezongó Sabino.

—Ya han visto a Baseos y a Atafanes. Ya los tenemos aquí.

El retumbar de los caballos iba *in crescendo*; podían oír incluso las voces de los jinetes. Vespasiano pensó que, si lo que pretendían era sorprenderlos, no habían elegido la mejor forma de hacerlo. Pero, al ver cómo Baseos y Atafanes, a la velocidad del rayo, cruzaban el portón, dirigiéndose uno a la izquierda y el otro a la derecha en busca de las escalas que les habían dejado, apartó semejante idea de su cabeza. Se apearon y, en un abrir y cerrar de ojos, se encaramaron hasta el tejado y recogieron las escalas, en el preciso instante en que los primeros asaltantes, con antorchas encendidas, irrumpían en el patio, seguidos muy de cerca por el grueso de los forajidos. Los jinetes que iban en cabeza traspasaron la soga que estaba en el suelo y, con rabia, arrojaron las antorchas que llevaban contra las ventanas que estaban abiertas.

—¡Ahora! —gritó Sabino.

Sin hacer distinciones, ya fuesen jinetes o monturas, una lluvia de proyectiles dio la bienvenida a los atacantes. Cuatro quedaron en el sitio. Los que venían detrás llevaban tal velocidad que fueron incapaces de detenerse a tiempo. Cruzaron el portón e irrumpieron en el patio, momento en el que descubrieron que estaban hollando los cadáveres de sus compañeros muertos. Una vez que los últimos jinetes hubieron entrado en el recinto, Simeón y Ludovico salieron de su escondite y cerraron el portón. Furioso por aquel ataque contra su casa, Vespasiano, por segunda vez, sintió que en él crecía rabiosamente la sed de sangre. En esta ocasión, estaba dispuesto a matar. Conforme las flechas y las lanzas daban en el blanco, el patio se iba llenando de gritos. Sin dudarlo, arrojó un venablo contra el jinete que tenía más cerca, un hombre mayor, de barba poblada, cara picada por la viruela y cabellos oscuros recogidos en forma de moño, al estilo de los germanos. El dardo le acertó en mitad del pecho, destrozándole el esternón, mientras la punta seguía adelante hasta alojarse en la columna vertebral, seccionándole la médula espinal. Paralizado al instante de la cintura para abajo, las piernas del hombre parecían las de un pelele. Se desplomó del caballo, fue a parar al suelo y allí se quedó, paralizado, mientras la sangre se le subía a la garganta, consciente de que aquel estertor era el último.

Sabino tiró con todas sus fuerzas de la cuerda que atravesaba el suelo del patio. Al tensarse, llegó a la altura del pescuezo de dos caballos, que recularon, arrojando a sus jinetes a los pies de los animales que venían detrás, los cuales, a su vez, se fueron derechos contra la soga. Fue tal el impacto que a Sabino se le fue de las manos y, desde el tejado, acabó rodando por el suelo. Se las compuso para caer a cuatro patas y, en menos de un segundo, estaba en pie blandiendo la espada. Los dos jinetes descabalgados, armados con lanzas y puñales curvos de aspecto poco tranquilizador, se fueron a por él. Estaban tan cerca de él que los defensores no se atrevieron a hacer nada. Con una lanza cada uno, Vespasiano y Tito corrieron por el tejado hacia donde estaba Sabino, tratando de encontrar una posición mejor para lanzar el arma.

El primero de aquellos hombres, con la lanza a la altura de la cabeza, arremetía contra Sabino apuntando a su cara. Tras inclinarse a la izquierda, Sabino le asestó una cuchillada de través que le rajó la barriga, como si de un higo en sazón se tratase, y le dejó a la vista las tripas, que fueron a parar al suelo. El hombre dio un alarido y soltó la lanza mientras, con las dos manos, trataba de contener las vísceras que se le escapaban por la herida.

El otro, un ibero fornido y musculoso, que ya se había dado cuenta de que se enfrentaba a alguien que sabía luchar, se mostró mucho más cauteloso. Mientras tanto, dos de los pocos jinetes que aún quedaban en pie se lanzaron contra Sabino arrojándole sus lanzas. Viendo por el rabillo del ojo lo que se disponían a hacer, pudo esquivar la primera; pero la segunda, que llevaba una trayectoria mucho más baja, le atravesó la pantorrilla derecha. El ibero no quiso desaprovechar semejante oportunidad, dio un salto adelante y apuntó con la lanza al pecho desprotegido de su oponente. No fue más allá del gesto porque, de repente, se detuvo y, sin acabar de

creérselo, contempló cómo el último venablo que le había quedado a Tito le asomaba entre las costillas.

Espada en mano y dando feroces gritos, los dos jinetes se abalanzaron sobre un Sabino inmovilizado. Sin pensárselo dos veces, Vespasiano saltó del tejado y, haciéndose con la lanza del hombre que yacía en el suelo destripado, aterrorizado pero decidido a todo, se colocó al lado de su hermano. Al ver que tenían un nuevo blanco, uno de los jinetes giró a la derecha y decidió atacarlo, dirigiendo la espada contra el pecho de Vespasiano, sin apartar su mirada sanguinaria del objetivo. Encendido, con la sangre hirviéndole en las venas mientras calculaba la velocidad de su contrincante, le pareció que el tiempo discurría más despacio. Sentía los atronadores latidos de su corazón en los oídos y, a pesar del miedo que tenía, una sensación de calma inundó todo su ser: había matado y se disponía a hacerlo de nuevo. En el último momento, dio un salto a la derecha, clavó el asta de la lanza en la tierra y la inclinó en oblicuo. Un caballo de media tonelada se abalanzó sobre la moharra: se le quedó clavada en el corazón, que, reventado, roció de sangre oscura a Vespasiano y a su hermano. El animal cayó muerto, catapultando al jinete por encima de su cabeza contra Vespasiano. Al pasar a su lado, el segundo jinete dirigió una estocada contra Sabino, quien, con aquella lanza hundida en la pantorrilla, carecía de la agilidad necesaria para esquivarla; la punta de la espada le acertó en el hombro derecho y se fue al suelo. Vespasiano reaccionó con rapidez y, librándose del cuerpo del jinete que se le había venido encima, desenvainó su espada; tirándole del pelo, alzó la cabeza del hombre postrado y le rebanó el cuello. Al ver que el segundo jinete volvía grupas de inmediato azuzando al caballo para renovar la embestida contra Sabino, se tumbó sobre el cuerpo de su hermano. El jinete no había dado ni cinco zancadas cuando dos flechas lo alcanzaron a un tiempo en la espalda. Profirió un alarido, se desplomó de la montura y rodó por el suelo, partiendo los astiles de las flechas, hasta ir a parar al lado de Vespasiano, sin que sus ojos ya exentos de vida pestañearan siquiera bajo la luz del sol.

Se oyó una sonora ovación. Vespasiano echó un vistazo a su alrededor y comprobó que era el único que quedaba en pie. Tendidos en tierra, todos los asaltantes estaban muertos o moribundos mientras, en pequeños grupos, los caballos que seguían con vida esperaban pacientemente. Volvió la mirada hacia su hermano que, con los dedos cubiertos de sangre, se llevaba la mano al hombro herido.

—Así se pelea, hermanito —masculló, apretando los dientes—. Creo que debo darte las gracias por haberme salvado la vida, algo que eché en falta ayer cuando hice lo mismo por ti.

Vespasiano le tendió la mano.

—Acepta este gesto como muestra de agradecimiento —dijo, mientras le ayudaba a ponerse en pie.

—Mejor sería que me lo agradecieses arrancándome esta maldita cosa que llevo clavada en la pierna.

Vespasiano se arrodilló para examinar la herida. A su alrededor, satisfechos, los hombres bajaban de los tejados, trataban de apagar los escasos incendios que se habían producido y remataban a los salteadores que aún quedaban con vida.

—Lo habéis hecho muy bien, hijos míos: toda una exhibición —gritaba Tito mientras bajaba por la escala—. Sabino, confío en que esa herida no sea de consideración.

—Saldré con bien de ésta, padre. Sólo necesito que Cloe me dé unas cuantas puntadas, y... —de repente soltó un grito estremecedor: aprovechando que estaba distraído hablando con su padre, Vespasiano le había arrancado la lanza. Su hermano se puso lívido y estuvo a punto de perder el conocimiento—. Por todos los dioses, ¡qué daño me has hecho, mierdecilla! Seguro que has disfrutado de lo lindo. Anda, ayúdame a llegar a casa.

Con paso inseguro se acercaron a la puerta, que su madre había desatracado al oír los gritos de entusiasmo. Los esperaba en el umbral para acompañar a su hijo al interior de la mansión.

—A propósito: lana —acertó a decir Sabino.

—¿Qué dices? —preguntó Vespasiano, pensando que su hermano deliraba.

—Lana es lo que tendríamos que vender en este tiempo. El invierno ya está cerca, y es lo que más falta hace.

—Ah, te referías a eso. Tienes toda la razón del mundo. Ésa era la respuesta —respondió Vespasiano.

—No ha sido cosa mía. Se lo pregunté a Palo cuando volvimos ayer —confesó Sabino con una sonrisa maliciosa—. Anda, y que alguien te eche un ojo a ese emplasto. Tienes un aspecto grotesco.

Vespasiano dirigió una media sonrisa a su hermano y, meneando la cabeza, pensó que probablemente nunca cambiaría. Lo dejó al cuidado de las mujeres de la casa.

Se volvió y contempló el espectáculo del patio. Apagados los incendios, sólo se observaban hilachos de humo desperdigados allí donde el fuego había prendido. Estaban sacando a los esclavos maniatados de las dependencias de los peones para que volviesen a sus quehaceres. Al otro lado del portón, Palo y otros hombres formaban una pira con los cadáveres de los bandoleros: Vespasiano observó como arrancaban la lanza que había lanzado al germano del pelo recogido en forma de moño y se lo llevaban a rastras fuera del recinto, dejando a su paso un viscoso reguero de sangre. Había sido el primer hombre que había matado en su vida, y lo cierto es que no le había impresionado; del mismo modo había cercenado el cuello del segundo, sin pararse a pensarlo. Había hecho lo que tenía que hacer: seguir con vida y proteger a su hermano. En cualquier caso, sólo eran esclavos, cuyas vidas no valían más de lo que hubieran pagado por ellos en el mercado.

Al verlo contemplando cómo retiraban los cadáveres, Palo se acercó.

—Buen trabajo, Tito Flavio Vespasiano —le dijo con respeto, con el trato que se dispensa a un hombre hecho y derecho—. Tu padre puede estar orgulloso de ti.

—Gracias, Palo. Todos hemos cumplido con nuestra obligación, según el plan certero que ha ideado mi hermano. ¿Cuántos de los nuestros han caído?

—Un muerto y cuatro heridos, aunque no de gravedad.

—¿Quién es el muerto? —quiso saber Vespasiano.

—Breno, uno de los esclavos galos que trabajan en la casa. Una lanza corta en un ojo. Su hijo, Drest, es uno de los heridos —le informó Palo.

—Habría que devolver la libertad a ese muchacho. Sería un aliciente para los otros esclavos, si algo así volviera a pasar. Hablaré con mi padre.

Ya se disponía a irse, cuando se le ocurrió una idea. Se volvió a Palo y, bajando la voz, le preguntó:

—¿Sabes algo de unos augurios que, por lo visto, tienen que ver conmigo, algo que ocurrió cuando yo nací? Porque tú estabas presente, ¿no es así? —Vespasiano miró a Palo a los ojos; en vez de sostenerle la mirada, el mayoral bajó la vista—. ¿Por qué no me respondes? —le apremió el joven.

—Tengo prohibido hablar de eso —musitó el otro visiblemente incómodo.

—¿Por qué? Dime, Palo, ¿quién te lo ha prohibido?

—Los dioses —contestó el criado, mirándole a los ojos.

—¿Qué dioses? Pero ¿qué dices? —insistió nervioso, mientras zarandeaba a Palo por los hombros.

—Todos. Tu madre nos obligó a todos a jurar que nunca diríamos nada del asunto.

Capítulo IV

Con Sabino maltrecho, la instrucción de Vespasiano se vio parcialmente mermada durante unos días. Si bien no hacían marchas, Vespasiano continuó sin embargo haciendo ejercicios de gimnasia, cavando zanjas y adiestrándose en el manejo de las diferentes armas. Pertrechado de una espada de madera y un escudo de mimbre, más pesados que los de verdad para que, al decir de Sabino, se le fortalecieran los brazos de forma que le resultase mucho más fácil manejar las armas reglamentarias, se pasó horas peleando contra un poste de seis pies de altura, practicando las diferentes formas de asestar tajos, propinar estocadas o desviar golpes. Cuando no blandía la espada de madera contra aquel poste, se dedicaba a arrojar pesadas lanzas cortas contra él. A medida que iban pasando los días, realizaba los ejercicios con mayor soltura y, aunque nunca era un rato agradable, el tiempo se le antojó más llevadero.

Como contrapartida, Vespasiano comenzó a instruir a Sabino acerca de la forma de llevar una hacienda. Una vez empezadas las clases, Vespasiano descubrió que sabía mucho más de lo que pensaba y, en su afán por avanzar lo más posible, acabó por abrumar a su hermano, aún convaleciente, con una avalancha de cifras y ejemplos. Al principio, malherido como estaba, Sabino no podía moverse del sitio y no veía el modo de librarse de aquel flujo imparable de datos. Pero, a medida que se fue encontrando mejor, escuchaba las explicaciones de su hermano, bien dando un paseo, bien cabalgando por la finca. En este entorno más relajado, Sabino se hizo una idea bastante aproximada de los complicados problemas de explotación con que ha de enfrentarse diariamente el dueño de una propiedad que aspire a sacar el máximo partido de la tierra y los brazos de que dispone. Comenzó a darse cuenta de que una propiedad era como un ejército en pequeño, incluso como Roma, si le apuraban, y comprendió que aquellos conocimientos le serían muy útiles para medrar en la vida pública. No tardó en descubrir que merecía la pena escuchar lo que Vespasiano le explicaba; éste, por su parte, notó que las enseñanzas que trataba de transmitir a su hermano le ayudaban no sólo a poner en orden sus ideas, sino a sentirse más seguro de lo que ya sabía.

Aparte del reconocimiento de cada uno acerca de las enseñanzas que el otro le inculcaba con vistas al futuro, entre los dos se estableció una relación de confianza.

A medida que iban pasando las semanas, no sólo ellos, sino también sus padres, se quedaron gratamente sorprendidos. Las cenas al atardecer dejaron de ser el escenario de agrias disputas entre los dos para convertirse en un rato en que los dos hermanos daban cuenta de las cosas que había aprendido uno o de las hazañas que había realizado el otro durante el día.

En circunstancias tan agradables, noviembre pasó sin que ni siquiera se diesen cuenta. Las nieves cubrieron las cumbres que rodeaban la propiedad y las labores de la hacienda fueron perdiendo fuelle según se acercaba el invierno, estación en que se limitaban a adecentarlo todo, a saber, a reparar desconchones, preparar nuevos aperos

de trabajo, levantar otro granero, en definitiva a acometer y rematar un sinfín de tareas que habían dejado postergadas durante el verano.

Sabino supo sacar partido de la situación: pidió que le fabricasen una ballesta pequeña y enseñó a su hermano los rudimentos del lanzamiento de proyectiles. Colocó una cornamenta de buey delante de una piel extendida y se dedicó a instruir a su hermano en el arte de la trayectoria, la velocidad y la dirección cambiante del viento. Al cabo de una semana, Vespasiano ya acertaba a dar en el centro de la cornamenta a una distancia de cien pasos con la misma facilidad con que Sabino preparaba un turno de trabajo para cincuenta esclavos y sus capataces correspondientes, o cuadraba una cuenta de pérdidas y ganancias.

* * *

Con sus banquetes y regalos, llegaron tan pronto como se fueron las celebraciones que cerraban el año, las Saturnales. Tres días después de las festividades, el veinticinco de diciembre, cuando Sabino acababa de celebrar el misterioso nacimiento, en una cueva y con unos pastores como únicos testigos, de Mitra, un nuevo dios oriental en cuyos misterios se había iniciado durante el tiempo que había pasado en el ejército, su padre reclamó la presencia de los dos hermanos.

—Hijos míos, ya se nos echa el mes de enero encima —comenzó, sin invitarles a que tomasen asiento siquiera—. Vosotros habéis cumplido con vuestra parte del trato, de modo que yo mantendré mi palabra. He dispuesto que, igual que hicimos contigo, Sabino, cuatro años atrás, nos traslademos a casa de mi hermano político, vuestro tío Cayo Vespasio Polión, lo que nos permitirá codearnos con los círculos sociales más distinguidos de Roma, e incluso entrar en contacto con miembros de la casa imperial, Cayo cuenta con el apoyo de Antonia, hermana política de nuestro ilustre emperador. Como sabéis, Cayo no tiene hijos y, para él, sería un motivo de orgullo que vosotros, los hijos de su hermana, llegarais lejos. Os presentará a gente rica y con influencias, y escribirá tantas cartas de recomendación y presentación como necesitéis. Deberéis respetarlo y honrarlo porque quién sabe si a lo mejor no se decide a adoptar a uno de vosotros —tomó aire y se quedó mirando fijamente a sus dos hijos—. Me ha impresionado el esfuerzo que ambos habéis hecho, así como la capacidad que habéis demostrado para dejar de lado vuestras infantiles diferencias personales y trabajar codo con codo. Ésta es una de las cualidades más excelsas que han de adornar a un noble romano. Os adentraréis en una sociedad despiadada y competitiva, donde cada uno mira sólo por sí mismo y por los suyos. Seréis elegidos para desempeñar cargos o servir en las legiones junto a otros hombres que, por razones que no se os alcanzarán, se considerarán rivales vuestros y aspirarán a ser mejores que vosotros. Aun así, habréis de trabajar con ellos, igual que ellos con vosotros, por el bien de Roma. Nunca os fiéis, nunca los perdáis de vista, pero trabajad con ellos porque, si así lo hacéis, no sólo estaréis sirviendo a Roma sino velando por vuestros intereses

también.

—Eso haremos, padre —dijeron los dos hermanos sin dudar.

Tito se puso en pie y, adelantándose a sus hijos, les pidió que lo siguieran hasta el atrio; dejaron atrás la cisterna en que recogían el agua de la lluvia y su fuente cantarina, y llegaron a la estancia que albergaba el altar de los dioses lares donde, en una de las paredes, conservaban las máscaras mortuorias de los antepasados de la familia. Allí, frente a aquella siniestra evocación en cera de la vida o de la muerte, se detuvieron.

—Éxitos y fracasos jalonaron las vidas de todos y cada uno de estos hombres. Pero ninguno dejó de hacer cuanto estuvo en su mano por servir a nuestra familia y a la tribu de los Sabinos. Tras haber conseguido que se nos considerara ciudadanos romanos, sirvieron a Roma. Vosotros, hijos míos, habréis de seguir sus pasos. Sacaréis a la familia de los Flavios de la oscuridad que impera en estas colinas de la Sabina y la llevaréis a la cúspide de la mayor ciudad del mundo. Pondré cuanto esté de mi parte, dinero o relaciones, con tal de que lo consigáis. Pero no viviré para siempre y, cuando falte, tendréis que apoyaros mutuamente. Para eso os he traído aquí, ante la presencia de nuestros antepasados. Porque aquí es donde quiero que juréis que siempre os seréis leales, que siempre velaréis por los dos y, por encima de todo, que siempre contaréis con el apoyo del otro, sean cuales sean las empresas en que os embarquéis.

—Padre, ¿para qué añadir un juramento a lo que la sangre ya se ha encargado de unir? Los lazos de la sangre nos obligan a hacer todo lo que nos pides que juremos —replicó Sabino.

—Lo sé. Pero se trata de un juramento que pronunciaréis no sólo delante de nuestros antepasados, sino de todos los dioses, incluido ese Mitra tuyo. Será, por tanto, el juramento más solemne que hayas formulado en tu vida. Si, andando el tiempo, uno de los dos no fuera capaz de ayudar al otro porque hubiera hecho otra promesa con anterioridad, este juramento habrá de prevalecer sobre tal promesa. ¿Has entendido lo que acabo de decir, Sabino?

Sabino cruzó una mirada con su padre, asintió y se volvió hacia Vespasiano, que parecía ajeno a la conversación. Al ver que su padre le brindaba a su hermano la posibilidad de quebrantar la promesa que había hecho a su madre, comprendió que Sabino estaba al tanto de la profecía. A través de este juramento, Tito le estaba diciendo a su hijo mayor que, cuando lo estimase oportuno, era su deseo que hiciera partícipe a Vespasiano de la profecía.

Tito se volvió entonces a Vespasiano.

—Ésta será la última vez que alguien se dirija a ti como púber —dijo, mientras le sacaba por la cabeza la tira de cuero de la que pendía la *bullā*—. A partir de ahora, hijo mío, quiero que todo el mundo sepa que tú, Tito Flavio Vespasiano, has entrado en la edad viril. Con la dignidad y el honor de un adulto, cumple, pues, con tus deberes como hombre, y prospera para gloria tuya y de la casa de los Flavios.

Vespasiano inclinó la cabeza como muestra de agradecimiento por las venturas que le deseaba su padre.

Tito se volvió, entonces, hacia el larario, donde reposaban las imágenes de los *lares domestici*, los dioses de la familia. Depositó la *bullā* en el altar y alrededor de ella colocó cinco figurillas de arcilla que sacó de una alacena contigua. Se pasó un pliegue de la toga por la cabeza y musitó una breve oración; a continuación llenó un cuenco pando con el vino que contenía un ánfora que había en el altar. De pie, sosteniendo el cuenco con la mano derecha, hizo una libación ante la más destacada de aquellas figuras, el *lar familiaris*, que representaba al fundador de la familia. Con un gesto, indicó a sus dos hijos que se acercasen a ambos lados del altar y ofreció un sorbo de vino a cada uno de ellos, antes de apurarlo y depositar el cuenco sobre el ara.

Envueltos en una tenue luz, los tres hombres se quedaron delante del altar, mientras Tito, tras invocar a los dioses y a los espíritus de sus antepasados, desgranaba la fórmula del juramento que habían de pronunciar sus hijos. Las palabras a las que recurrió para que siempre se mantuviesen unidos resonaron a través de las columnas del atrio bajo la atenta mirada de los ojos vacíos de las máscaras mortuorias, testigos del solemne ritual.

Una vez concluida la ceremonia, se descubrió la cabeza y, de uno en uno, los estrechó entre sus brazos, implorando las bendiciones de la diosa Fortuna para ellos y poniendo el honor de la familia en sus manos.

—Tened siempre presente de dónde venís y la familia a la que pertenecéis. Que cada vez que volváis a casa, mayor sea la *dignitas* que ostentéis, de forma que esta familia prospere merced a la gloria de sus hijos.

Los tres guardaron silencio un momento, mientras formulaban sus peticiones a los dioses para sus adentros. La estancia estaba prácticamente a oscuras. En un rincón, la esclava doméstica que estaba encargada de encender las lámparas y la fogata aguardaba a una distancia prudencial, sin atreverse a interrumpir las oraciones del paterfamilias y sus hijos. No se oía más que el suave murmullo de la fuente.

Al cabo de un momento, Tito rompió el silencio con una palmada.

—Varrón, ¿dónde te has metido? Tráenos un poco de vino. ¿Por qué estamos a oscuras? ¿Qué pasa en esta casa? ¿Os habéis quedado adormilados?

El intendente se presentó al instante, propinándole de paso una patada en el trasero a la esclava encargada de las lámparas, que se apresuró a cumplir con su cometido.

—Lo siento, amo. Estábamos esperando a que... —dijo, antes de desaparecer.

—Sí, sí, lo sé. Hiciste bien. Pero ahora quiero vino y luz.

Al poco, la estancia se llenó de luz gracias a las numerosas lámparas de aceite que encendieron y a la fogata que crepitaba en el hogar. Cuando Vespasia llegó, se encontró a los hombres de la casa sentados junto al hogar, con unas copas de vino en la mano.

—Llegas justo a tiempo, querida —exclamó Tito, poniéndose en pie—. Me disponía a proponer un brindis. Coge una copa.

Le tendió una que estaba casi llena del mejor vino de Cécubo, rebajado con un poco de agua. Alzó la copa que tenía en las manos por encima de su cabeza. Tan emocionado estaba que derramó unas cuantas gotas.

—Mañana saldremos hacia Roma; nos quedaremos en casa de tu hermano. Antes de ponernos en marcha, haremos un sacrificio a los dioses para que velen por nuestros intereses y nos permitan regresar a casa sin percances. ¡Por Roma y por la casa de los Flavios!

—¡Por Roma y por la casa de los Flavios! —respondieron los suyos, apurando sus copas.

Parte II

Roma

Capítulo V

La nube plomiza que se cernía sobre el horizonte parecía extenderse cada vez más. Aquella mañana, la tercera desde que se habían puesto en camino, a medida que se acercaban a la ciudad más espectacular del mundo, Vespasiano se percató de que su prosperidad llegaba mucho más allá de los parajes que la rodeaban. Bastaba con echar una mirada: labrantíos y caseríos daban paso a inabarcables huertos donde millares de esclavos cuidaban de las interminables hileras de lechugas, puerros, cebollas y otras verduras. Tras los portones dorados y recargados que daban acceso a imponentes villas con espléndidas vistas a las laderas que las circundaban, vigilantes armados escrutaban a los viandantes, como si de salteadores en potencia se tratase. Nunca había imaginado una calzada tan atestada. Mientras avanzaban por la Via Salaria, se cruzaron con vehículos de toda clase y condición, pero los carruajes volcados, con los ejes partidos y la carga desparramada por el suelo, por no hablar de las lentas columnas de cautivos encadenados, les llevaban a pensar que iban mucho mejor manteniéndose cerca de la orilla y más cómodos, desde luego, a lomos de sus monturas.

Al frente de la expedición, Vespasiano, su hermano y su padre, los tres a caballo, abrían paso a Vespasia, quien, instalada en un carruaje de cuatro ruedas tirado por mulas, o *raeda*, iba reclinada en blandos cojines, bajo un toldo que dos criadas no dejaban de acomodar mientras el pesado vehículo daba tumbos de un lado a otro colina abajo. Detrás, guiado por dos esclavos de los que atendían la mansión, un carro cargaba con los enseres familiares. A lomos de mulas, cerraban el cortejo otros tres esclavos de la casa, los criados personales de los amos. Por otra parte, Tito había contratado como escolta a tres veteranos de la legión a caballo, cuya presencia, hasta el momento, había bastado para asegurarles un viaje sin percances.

La lenta y penosa marcha de la *raeda* les había impedido avanzar más deprisa por la Via Salaria. Como contrapartida, en lugar de una, hasta dos veces hicieron noche por el camino, y se alojaron con familias con las que tuvieron la oportunidad de trabar lazos de hospitalidad. Las dos familias aprovechaban la hora de la cena para abordar cuestiones de las que pudiera derivarse algún beneficio para ambas partes. Así, a cambio de una carta de presentación para un magistrado o para un funcionario del círculo imperial, Tito les había prometido que su cuñado Cayo, que había sido pretor, se interesaría por la marcha de un pleito o un litigio civil, tomo Vespasia le había asegurado que no dejaría de cumplir cualquier promesa razonable a un precio que, claro está, algún día tendría que pagar, Tito estaba encantado de negociar esos canjes en nombre de su cuñado. En cuanto a Vespasiano, lo más provechoso había sido observar de primera mano cómo a los dos paterfamilias, en un momento dado, no les importaba llegar a un acuerdo en aras del beneficio común, aun sabiendo que más adelante, en circunstancias muy diferentes, podían llegar a ser enconados rivales.

A medida que el pequeño séquito se acercaba a su lugar de destino, Vespasiano se

detuvo a pensar en cómo se las arreglaría para desenvolverse en aquella sociedad tan hostil, donde sólo se tenía en cuenta la fidelidad inquebrantable a Roma, a la familia y al honor y a la dignidad de cada cual, y en la que no le quedaba otra que integrarse. Observó la nube de color pardo a lo lejos mientras su caballo se esforzaba por llegar a lo alto de una colina, y se preguntó no sólo si estaría preparado, sino si en realidad estaba dispuesto a llevar esa clase de vida. Ajena al marcado desnivel, la calzada seguía su curso, de forma que se vio en la cima antes de haber llegado a una conclusión definitiva.

Boquiabierto, no pudo por menos que detenerse. Olvidado de cuanto le rodeaba, atónito contempló el espectáculo más impresionante que hubieran visto sus ojos. Unas cinco millas más allá, aureolada por una espesa capa de color marrón, alimentada por el humo de medio millón de hogares encendidos y el gas procedente de incontables fraguas y curtidurías, con sus siete colinas rodeadas por unas imponentes murallas jalonadas de torres fortificadas, se alzaba el corazón del imperio más poderoso del mundo: Roma.

—Recuerdo lo asombrado que me quedé en este mismo sitio, hace ahora cuarenta años, cuando, con tu misma edad, mi madre me trajo aquí —dijo Tito, tras ponerse a su lado—. Cuando un hombre contempla Roma por primera vez y se hace una idea del poder que representa y de su propia insignificancia frente a ella, se da cuenta de que sólo tiene dos opciones, servirla o sucumbir ante ella: no hay forma de ignorarla.

—En ese caso, no hay otra elección —dijo el joven con voz queda, mirando a su padre.

Tito esbozó una sonrisa y acarició el pescuezo delicado de su montura, mientras admiraba las proporciones de la ciudad que se erguía a sus pies.

—Si hasta nosotros nos quedamos sobrecogidos, imagínale cómo se sentirán esos bárbaros desharrapados de los bosques de Germania o de la Galia al contemplar semejante poderío. ¿Entiendes ahora por qué sus jefes están dispuestos a renunciar a lo que sea con tal de ser ciudadanos romanos? Igual que hace más de cien años nuestros aliados del Lacio se enfrentaron a Roma para reivindicar su derecho a la ciudadanía, también ellos prefieren ponerse a su servicio antes que perecer bajo su dominio. Roma te engulle, hijo mío; preocúpate de que no te escupa.

—Bastará con una lametada a este redrojo para que descubra que, en su caso, nuestra venerada Roma escupe, que no traga —dijo Sabino, riéndose de su propia ocurrencia en el preciso instante en que se le acercaba.

—¡Te creerás muy gracioso, Sabino! —le soltó Vespasiano.

Aunque le divertían los chistes subidos de tono, no estaba de humor para tales chanzas. Espoleó su caballo y comenzó a bajar la colina, mientras Tito reprendía a Sabino por emplear semejante lenguaje.

Impresionado por su grandeza y magnificencia, contempló el centro del imperio, acariciado por el sol de la mañana, impávido en mitad de la llanura que se extendía a sus pies, regurgitando los acueductos y calzadas que le insuflaban vida. Quizá nunca

volvería a sentirse a gusto en el horizonte limitado de las colinas que rodeaban su casa de campo. Quizá nunca volvería a darse por satisfecho con las vulgares tareas agrícolas y ganaderas que hasta entonces había realizado, con las estaciones como único indicio del paso del tiempo. Se disponía a adentrarse en un mundo más vasto y peligroso, en el que sabría cómo salir adelante y medrar. Sin escuchar las advertencias de su padre para que aminorara el paso, emocionado, se lanzó colina abajo, abriéndose camino entre los otros viajeros, deseando llegar lo antes posible.

Al cabo de un par de millas, tuvo que disminuir la marcha y acomodarse al tránsito de los carros que, más lento, discurrían entre las magníficas, pero sencillas, sepulturas que se apiñaban a ambos lados de la calzada. Vespasiano refrenó su montura y sintió el peso de la Historia sobre sus hombros mientras leía los nombres grabados en las lápidas, nombres de familias conocidas junto a otros de los que no había oído hablar en su vida. Algunos de aquellos sepulcros eran muy antiguos; otros parecían recientes. Todos tenían algo en común, sin embargo: albergaban los restos de hombres y mujeres que se habían afanado por que Roma llegase a ser algo más que el puñado de cabañas de adobe que, ochocientos años atrás, se agolpaban en la colina del Capitolio, hasta convertirla en la metrópolis de mármol y ladrillo a los pies de cuyas murallas ahora descansaban. Las satisfacciones y los sinsabores de aquellos antiguos romanos, cuyas almas pertenecían ya al mundo de las sombras, todos sus éxitos y sus fracasos habían contribuido a enaltecer la gloria de su ciudad. Todos ellos habían tenido una oportunidad, y Vespasiano confiaba en que la hubieran aprovechado al máximo porque, una vez arribados a la otra orilla de la Estigia, no había forma de regresar de aquellos parajes tenebrosos. Se prometió a sí mismo que, antes de emprender semejante travesía, haría cuanto estuviera en su mano, por poco que fuese, por engrandecer aquella ciudad en la que estaba a punto de entrar.

Cuando despertó de su ensueño, cayó en la cuenta de que iba muy por delante de los suyos y decidió esperarlos allí, entre las tumbas. Desmontó, ató su caballo a un árbol pequeño, se aflojó la capa y se sentó a aguardarlos mientras, distraído, seguía a los viandantes con la mirada. Al cabo de un rato, un carruaje abandonó la calzada; del vehículo bajaron una familia y sus esclavos. Sin tomarse un respiro, los sirvientes comenzaron a disponer una mesa y unos taburetes ante un modesto sepulcro de factura reciente. El paterfamilias hizo una libación y recitó una plegaria; a continuación, la familia tomó asiento, y los esclavos les sirvieron un almuerzo campestre que parecían compartir con el ocupante de la tumba, puesto que dejaron comida y bebida para el difunto encima de la lápida. Vespasiano siguió con atención aquel singular ritual en que una familia comía y bebía con su pariente fallecido, mientras hablaban con él como si estuviera vivo, ajenos por completo al ruidoso ajetreo que llegaba de la calzada, a tan sólo unos pocos pasos. Era como si la muerte no fuera óbice para que se siguiera rindiendo honores a un hombre si éste, en vida, se los había ganado al servicio de Roma y de los suyos.

Estaban acabando de comer cuando escuchó la voz de su hermano que, a gritos, le

decía:

—Mierdecilla, ¿se puede saber qué haces ahí sentado al borde de la calzada, tan campante? ¿Te has parado a pensar que puedes caer en manos de asesinos o de gentes de la peor ralea que andan por aquí, entre las tumbas? —Sabino echó pie a tierra y le propinó un buen puntapié en el muslo—. Tú y tus ocurrencias; y nuestra madre, medio enloquecida de lo preocupada que está.

Tito se acercó a los dos hermanos.

—Por todos los demonios, ¿dónde tienes la cabeza, Vespasiano? Por atestadas que estén, ¿no te das cuenta de lo peligroso que es andar solo por estas calzadas? ¿Crees que, aunque lo estuvieran cosiendo a puñaladas, alguno de los viandantes se detendría para echar una mano a un joven? Sólo a un imbécil podría ocurrírsele semejante idea, ¿y de qué le serviría? Incluso si vieran que te arrastran detrás de una tumba, nadie en su sano juicio pondría su vida en peligro por ayudar a un mozalbete como tú.

—Lo siento, padre —dijo el joven, levantándose dificultosamente y frotándose la pierna dolorida—. No pensaba que... Sabino acababa de decirme...

—Sube a tu montura y ve a pedir disculpas a tu madre —le interrumpió Tito.

Montó a caballo y se dispuso a hacer lo que le habían ordenado, pero no podía dejar de pensar en el muerto que descansaba en aquella tumba. ¿Llegaría a ser él merecedor de tal honor algún día?

* * *

La calzada se hacía más intransitable a medida que se acercaban a la confluencia con la Via Nomentana, a menos de media milla de la Porta Collina, la puerta por la que iban a entrar en la ciudad. Las tumbas que se alzaban a ambos lados de la calzada daban paso a poblados de chabolas donde se alojaba la escoria de la miseria urbana, aquellos que carecían de un techo tras los muros de la ciudad. El hedor que desprendían aquellas casuchas inmundas, hechas de trozos de madera y de restos de arpillera, junto con el humo de las fogatas donde cocinaban, impregnaba el aire hasta el punto de que respirar resultaba una necesidad tan perentoria como desagradable.

Sólo cien pasos los separaban de las murallas que rodeaban la ciudad, defensas de proporciones sobrecogedoras, verdaderas montañas de ladrillo que se recortaban contra el cielo. Por la parte norte de la ciudad, a unas dos millas a su derecha, contempló los armoniosos arcos del nuevo acueducto de Aqua Virgo, obra de sesenta pies de altura, que se adentraba en el Campo de Marte, tras un recorrido de veintitrés millas, llevando a la ciudad las aguas límpidas de un manantial que, según la leyenda, una joven había enseñado a unos sedientos y victoriosos soldados romanos después de una batalla largo tiempo olvidada.

El griterío de la multitud y el chirrido de las rígidas ruedas metálicas de innumerables carruajes y carretas arrastrados por bestias de carga que resollaban llegó a su punto culminante en la encrucijada donde las dos calzadas confluían.

Vespasiano se quedó mirando aquel desbarajuste de vehículos, personas y animales que, entre empujones y empujones, trataban de abrirse camino para dejar atrás la calzada por donde venían e incorporarse a la otra vía. Nadie parecía dispuesto a ceder el paso porque, de hacerlo, aparte del retraso, se exponían a sufrir la violenta embestida del vehículo que los seguía.

En cabeza, poco a poco, la escolta de legionarios veteranos que acompañaba a la familia trataba de incorporarse a la Via Nomentana, avanzando entre la multitud a fuerza de recios bastonazos. Una vez que consiguieron llegar a la calzada, procedieron más deprisa. A derecha e izquierda del camino, los carruajes y carretas de carga, vehículos a los que no se permitía la entrada a la ciudad durante el día, se echaban a un lado hasta la puesta del sol para, una vez que hubiera oscurecido, continuar viaje hasta sus lugares de destino, un trasiego que, debido al chirrido de las ruedas y las voces de los conductores de los vehículos, daba pábulo a aquello de que ni de día ni de noche había un momento de tranquilidad en Roma.

Nada más pasar la Porta Collina, Tito acababa de ajustar los servicios de una litera para Vespasia cuando, a sus espaldas, oyeron el grave bramido de una trompa y unas voces que se alzaban por encima del griterío que los rodeaba. Al volver la vista atrás, Vespasiano distinguió los cascos con penachos de crines teñidas de rojo de una *turma* de caballería, un escuadrón de una treintena de hombres, que se abría paso entre el gentío.

—Más vale que los dejemos pasar —dijo Tito—. Parecen jinetes de la guardia pretoriana, y éstos no se andan con chiquitas, sobre todo si dan escolta a alguien influyente.

La multitud les cedía el paso a medida que, de cuatro en fondo, se acercaban. Sus altas y blancas monturas, con los ojos desorbitados, echando espumarajos por el bocado del freno, se abrieron camino sin detenerse ante nadie. Quienquiera que tuviera la mala suerte de no apartarse a tiempo se exponía a llevarse un buen testarazo con la hoja de la espada o con el asta de sus lanzas.

—¡Abrid paso, dejad paso, en nombre del emperador! ¡Abrid paso! —gritaba un decurión. El pretoriano que llevaba la trompa hizo sonar su instrumento de nuevo. Las lorigas de bronce y los cascos con incrustaciones de plata refulgían bajo la luz del sol; tras ellos sólo quedaba un ondear de capas rojas de ribetes dorados; su atuendo no era sino la prueba palpable de la riqueza y el poder de la familia imperial por la que velaban. Con férrea disciplina, se mantenían en formación, sin separar los muslos y pantorrillas musculosos de los flancos sudorosos de sus monturas, llevándolos en línea recta por mitad de la calzada. La guardia rodeaba una ostentosa litera de madera labrada y marfil, cuyos ocupantes se ocultaban tras unos pesados cortinajes de color marrón cubiertos de signos astrológicos bordados en oro y plata. A la altura de la cintura, tres esclavos negros portaban cada uno de los varales que sobresalían de los vértices del vehículo; acompañados y a paso ligero, se desplazaban con tanta destreza que la litera parecía ir flotando por el aire, sin que nada perturbase la quietud de su

preciosa carga. Sólo años de práctica, bajo la atenta mirada de capataces más que dispuestos a corregir cualquier desliz a fuerza de latigazos, podían haberlos llevado a adquirir semejante soltura.

—¿Quién será el ocupante, padre? ¿El emperador? —preguntó Vespasiano, mientras observaba cómo el séquito imperial se abría paso por la atestada Via Nomentana.

—Me imagino que no. Cuando no está en Roma, Tiberio pasa cada vez más tiempo en el sur, así que dudo mucho que entre en la ciudad por aquí. Más me inclino a pensar que sea alguien de la familia imperial que tenga propiedades en las colinas que hay hacia el este —contestó Tito en el momento en que la litera pasaba a su altura.

En ese instante, un perro furioso, echando espumarajos por la boca, asustado por el bramido de la trompa y el estruendo de los caballos, salió de debajo de un carro al lado de Vespasiano y se abalanzó contra los negros que iban en cabeza, hincando una dentellada en la pierna izquierda del esclavo que más cerca estaba de la litera, que empezó a dar gritos, tratando de quitarse de encima al animal enloquecido. Los otros portadores se detuvieron de inmediato, haciendo que la carga que llevaban se fuese de un lado a otro del vehículo. La guardia enseguida rodeó la litera inmovilizada, apuntando con sus lanzas a la multitud de mirones, hasta que se acercó el decurión para ver qué pasaba. Echó un vistazo al pobre esclavo, que trataba de zafarse como podía del perro enfurecido. Dos lanzazos bastaron para que acabase con el sufrimiento de ambos. Gritó una orden escueta, la guardia se puso en formación y la columna se dispuso a seguir adelante.

Antes de reemprender la marcha, las cortinas de la litera se entreabrieron con suavidad y una joven asomó la cabeza. Vespasiano se quedó sin aliento: nunca había visto una muchacha tan bella. Los rizos de su espesa cabellera negra, en perfecto contraste con una piel ebúrnea, le caían sobre los hombros livianos. Con joyas en las orejas y alrededor del cuello, sus labios, carnosos y pintados de un color rosa intenso, casaban a la perfección con su delicada nariz respingona y su mentón, firme y altivo. Pero lo que de verdad dejó atónito a Vespasiano fueron aquellos ojos, dos estrellas azules resplandecientes, que fueron a posarse en él durante la fracción de un segundo, antes de que se retirase y la litera se pusiera de nuevo en movimiento.

Un sonoro bufido lo devolvió a la realidad.

—Mira, padre, cómo boquea el más joven de tus hijos: parece una carpa recién sacada del agua en la red de un pescador —dijo Sabino, a carcajadas—. Cualquiera diría que este pobre paleta se ha convertido en blanco de uno de los dardos de Cupido. Me apuesto lo que quieras a que daría su mano derecha por saber quién es esa joven, aunque está tan por debajo de ella que de poco le iba a servir enterarse.

Vespasiano se sonrojó al ver que su padre también se mofaba de él.

—Nunca te había visto tan alelado, hijo mío. No irás a decirme que te ha gustado, ¿verdad? —preguntó mientras, sin dejar de reír, se volvía a los escoltas para

ordenarles que siguieran adelante.

Incapaz de salir de su asombro, Vespasiano se quedó contemplando al perro que, aún muerto, todavía clavaba sus colmillos en el cadáver del esclavo negro. Dos rayos lo habían fulminado en otras tantas horas: el afecto repentino e inexplicable que había sentido por aquella ciudad que, sólo de lejos, había contemplado, y la atracción por aquella joven que había visto tan sólo por un instante. ¿Quién sería? Lo más probable es que no volviera a verla nunca. Poco a poco se fue recuperando y condujo su caballo tras los suyos. No obstante, al cruzar la Porta Collina y entrar en Roma, el corazón le latía con fuerza.

Capítulo VI

Nada más cruzar la puerta de la ciudad, la Via Nomentana se estrechaba tanto que a duras penas cabían dos carretas. Ya no se veían las sórdidas chabolas y las sepulturas que se alzaban a ambos lados del camino; en su lugar, casas de tres, cuatro y hasta cinco alturas, o *insulae*, que, exceptuando una hora a eso del mediodía, no dejaban pasar el sol. En los bajos de los edificios había comercios a pie de calle donde se vendían toda clase de mercancías. Vendedores ambulantes menudeaban por delante de carnicerías que exponían carne de cerdo y curtidores que ofrecían objetos de cuero; no faltaban pollerías, al lado de tabernas, y también barberos, videntes que echaban la buena ventura y puestos de estatuillas de dioses y héroes. Herreros sudorosos martillaban herrajes al lado de zurcidores entregados a sus labores y estantes rebosantes de hogazas, pastelillos y panecillos dulces de las panaderías.

Los gritos de los tenderos voceando sus mercancías retumbaban por el aire, cargado de todos los olores, agradables o fétidos, que aquel trajín tan febril provocaba. Vespasiano se quedó aturdido ante el tropel de hombres libres, libertos y esclavos que, a empujones y empujones, se dirigían a sus quehaceres, procurando no bajarse de las aceras elevadas para no hundir los pies en el fango de la calle, un auténtico lodazal de excrementos humanos y animales.

En el exterior de los edificios más bajos y con el fin de aprovechar al máximo el mayor espacio posible, unas desvencijadas escaleras de madera subían a unas no menos precarias balconadas por donde se accedía a las viviendas del primero y segundo piso. Casi todos los ocupantes de las plantas superiores eran mujeres que se dedicaban a restregar prendas de vestir en tablas de madera bajo hileras de ropa tendida, más o menos limpia, que la brisa se encargaba de mecer, o bien a aderezar la cena, que acabaría de hacerse en el horno del panadero, o a chismorrear con las vecinas mientras, a su lado, en cuclillas, unos niños jugaban a las tabas o a los dados por el suelo. Cacareando bromas obscenas que celebraban con risotadas desvergonzadas, unas prostitutas pintarrajeadas pregonaban sus servicios y tarifas a los viandantes. Entretanto, con sus achaques auestas, unos ancianos contemplaban con envidia aquella explosión de vida que ya les estaba vedada sin moverse de donde estaban.

Rateros, timadores, embaucadores y truhanes de la más baja estofa acechaban a incautos o despistados, abriéndose camino con sigilo entre la muchedumbre en busca de posibles víctimas a las que desvalijar con la pericia propia de quienes han hecho del latrocinio su forma de vida, descartando a aquellos de los que nada podían sacar, que dejaban a merced de la peor escoria: los mendigos. Ciegos, enfermos, tullidos y contrahechos acorralaban y atosigaban a los transeúntes con la ferocidad de quienes no tienen nada que perder con tal de arrancar algo de calderilla o una moneda de bronce de escaso valor a los pocos que se dignaban reparar en ellos.

Gentes de toda calaña se hacinaban allí, excepto los pudientes. Éstos vivían en lo

alto de las colinas de la ciudad, respirando un aire mucho más limpio, lejos del populacho, con el que sólo se mezclaban cuando no les quedaba más remedio que pasar entre aquella inmundicia camino de la ciudad o de regreso a sus espléndidas villas.

La comitiva de los Flavios se dispuso, pues, a recorrer aquella calle que, colina abajo, iba directa como una flecha al centro de Roma.

—Tenemos que seguir esta calle hasta llegar a una bifurcación; una vez allí, torcer a la derecha —les indicó Tito a voces a los legionarios que los escoltaban, que de sobra sabían cómo abrirse camino entre la multitud. Volviéndose al más joven de sus dos hijos, le preguntó—: Entonces, ¿qué te parece?

—Es mucho más grande que Reate, padre —dijo Vespasiano con una sonrisa cargada de ironía—. La verdad es que no sé qué decirte... Es como me imaginaba, pero multiplicado por diez. Me imaginaba que habría mucha gente, pero nunca creí que tanta. Suponía que habría edificios altos, pero no tan altos. ¿Cómo es posible que se mantengan en pie?

—No siempre, hijo mío —respondió Tito—. Los propietarios suelen construir estas *insulae* a toda prisa y con materiales baratos, alquilándolas a cuantos más mejor. Muchas veces se vienen abajo; cuando eso pasa, se limitan a levantar otra en el mismo sitio y que se pudran los que acaban de morir aplastados. Siempre habrá gente encantada de pagar un alquiler con tal de vivir en la ciudad, aunque sea en uno de esos cuchitriles; o eso, o las chabolas entre las tumbas al otro lado de las murallas: no les queda otra. En la ciudad, al menos, tienen derecho a los repartos gratuitos de grano porque, a no ser que albergue aspiraciones de poner fin a su vida pública, el emperador jamás consentirá que el populacho muera de hambre. Por eso, cualquiera que tenga algo de dinero le dirá que no somos sino un granero permanentemente vacío, donde nunca pasa nada —añadió su padre con una sonrisa—. No es algo que deba quitarte el sueño. A nosotros, ni nos va ni nos viene. Que cada uno se ocupe de sus asuntos; nosotros, a lo nuestro.

Llegaron por fin a la encrucijada. En la bifurcación había una taberna. En el exterior, acomodados en unos toscos bancales de madera, un grupo de hombres malencarados mataban el tiempo bebiendo y jugando a los dados. Cuando la comitiva de Tito torció a la derecha, uno de ellos se puso en pie y se acercó al paterfamilias.

—Si piensas adentrarte en esa calle, necesitarás protección —le dijo con voz pausada y amenazante. Tenía la complexión y las orejas deformadas típicas de un púgil; las cicatrices de su rostro confirmaban que tal era su oficio. Plantado delante de Tito, ni siquiera se movió cuando el romano azuzó su montura dispuesto a seguir adelante—. Te acabo de decir que necesitarás protección, si pretendes ir por esa calle. Me llamo Marco Salvio Magno y esos amigos míos que ves ahí, en la bifurcación, pueden ofrecértela a ti y a los tuyos —insistió—. Un denario, y dos de mis compañeros irán con vosotros para evitaros cualquier percance.

—¿Y de quién habrían de protegernos, Magno? —le preguntó Tito, mordiéndose

la lengua por no decir una barbaridad—. ¿De ti y de la panda de asesinos que te acompaña?

—Tampoco hay necesidad de ser grosero —repuso el luchador—. Lo único que te he dicho es que no vayas por ahí si no te acompañan personas que conozcan el barrio, que sepan por dónde se puede ir y por dónde no. No sé si me explico.

Tito trató de calmarse, no quería perder los estribos delante de semejante granuja.

—¿Puede saberse por qué precisamente nosotros necesitamos protección? —preguntó, al tiempo que señalaba con el dedo a otro grupo de viajeros—. ¿Y éstos? ¿Por qué no se la ofreces a ellos?

—No tienen pinta de que puedan permitírsela. Si no pueden permitírsela es porque no la necesitan y, si no la necesitan, es que son muy pobres como para que alguien tenga la ocurrencia de desplumarlos. Tu séquito, sin embargo, parece que sí puede costeársela, lo que significa que la necesitáis —replicó Magno, quedándose tan ancho ante la lógica de su argumentación.

—El caso es que ya llevamos una escolta, tres guardias armados que mirarán por ellos y por nuestra seguridad —dijo Tito, volviendo la cabeza hacia los legionarios veteranos, que habían echado pie a tierra y empuñaban sus dagas.

—Y además no tienen mala pinta, señor. Pero son sólo tres, y te aseguro que en esa calle hay mucha gente de poco fiar.

—Me hago cargo —apostilló Tito—. ¿Y qué podría pasarnos si decidimos no seguir tu prudente recomendación?

—Que correríais un grave peligro y pecaríais de insensatos, si quieres que te sea sincero —contestó Magno con una sonrisa que mal casaba con lo que decían sus ojos. A sus espaldas, sus compañeros habían comenzado a ponerse en pie; la situación empezaba a ser delicada.

—Págale lo que te pide, padre —musitó Sabino, pensando que si se enfrentaban con ellos llevaban todas las de perder.

—¡Para cobrar tendrá que pasar por encima de mi cadáver! —replicó Tito, con determinación.

—Esperemos que no haya que llegar a tanto. Si te ofrezco nuestros servicios es para evitar una desgracia. Así que dinos adónde vais, y velaremos por vosotros para que lleguéis sin percance —insistió Magno, quien, aún cercado por la escolta de los Flavios, ni siquiera dio un paso atrás.

—¿Qué pasa, Tito? —preguntó Vespasia tras bajarse de la litera y ponerse al lado de su esposo.

—Estos desalmados... pretenden que...

—Como ya te he dicho, no hay necesidad de ser grosero —le interrumpió Magno.

—¡Grosero! ¿Quién te has creído para hablar así, repugnante mono salvaje? —gritó Vespasia—. ¿Cómo te atreves a cruzarte en nuestro camino? En cuanto lo vea, yo misma pondré al tanto a mi hermano de vuestro comportamiento.

—¡Chitón, querida! Mucho me temo que tus palabras no nos van a ayudar a salir

del apuro —dijo Tito, mientras vigilaba a los compañeros de Magno, que les impedían seguir adelante y también les cortaban la retirada; echó cuentas, comprendió que no valía la pena meterse en una trifulca y, no sin prometerse a sí mismo que algún día daría una buena lección a esa chusma, les espetó a regañadientes—: Nos dirigimos a casa de Cayo Vespasio Polión, en la colina del Quirinal.

—¿Adónde dices? ¿A casa del que fue pretor? ¿Por qué no lo has dicho antes, amigo mío? Ése es otro cantar. Somos viejos conocidos. No os costará nada. Os ruego que tengáis a bien disculpar este malentendido. Saludad de mi parte al honorable senador.

—No seré yo quien lo haga, bribón insolente —replicó Vespasia furibunda, mientras se daba media vuelta y echaba a andar hacia la litera.

—Aun así, tendremos el placer de escoltaros a tu séquito y a ti hasta esa casa. Sexto, Lucio, venid conmigo. Vamos a acompañar a esta noble familia hasta su lugar de destino —y echó a andar por la calle de la derecha, haciéndoles señas de que le siguieran.

—¿A cuento de qué este barullo, padre? —inquirió Vespasiano a medida que se adentraban en la calle.

—Esto, hijo mío, ha sido un buen ejemplo de cómo actúan los más poderosos de Roma, después del emperador y sus pretorianos, a saber, las cuadrillas que vigilan las encrucijadas —contestó Tito, todavía sorprendido por la rapidez con que todo se había resuelto—. Son bandas que suelen apostarse en los cruces de las principales arterias que discurren por los barrios más pobres de la ciudad y exigir dinero a los comerciantes y a quienes residen en esas zonas, igual que a la gente que pasa por ellas, a cambio de protección. Si les pagas lo que te piden, no te robarán. Si no les das lo que te exigen, te desplumarán. Así de sencillo.

—¡Al margen de la ley, claro! —acertó a decir Vespasiano, sorprendido—. ¿Por qué el emperador no hace nada al respecto?

—Aunque te parezca extraño, tales actividades se toleran porque no son pocos los beneficios que de ellas se derivan.

—¿Qué bien puede deparar esa bazofia que lo único que hace es reclamar dinero con amenazas? —preguntó su hijo, con sorna.

—Pues, para empezar y aunque te parezca mentira, hay menos delincuencia en las zonas que ellos vigilan. Si otros ladrones invadieran su territorio, puedes estar seguro de que se llevarían su merecido. Párate a pensarlo un momento: garantizar el orden en esas zonas redundaría en interés suyo porque, cuantos más comerciantes se establezcan, más rentable les resultará el negocio. A juzgar por cómo han reaccionado al pronunciar su nombre, está claro que tu tío cuando menos los tolera, si es que no está de su parte.

—Por lo que me estás contando, padre, son una maravilla: una panda de fervientes mozalbetes que sólo piensan en lo mejor para la gente de sus barrios, con

el apoyo de hombres rectos y poderosos.

—Y en cierto modo, eso es lo que son —contestó Tito en el momento en que dejaban atrás la calle principal y se encaminaban hacia la colina del Quirinal—. Sin embargo, también hay que decir que tienen la fea costumbre de desquitarse con los miembros de otras bandas rivales, y que, en el circo, son muy dados a protagonizar reyertas con los seguidores de quienes lucen colores distintos de los que ellos apoyan.

A medida que ascendían la colina, las *insulae* desaparecieron para dejar paso a casas de una sola planta, desprovistas de ventanas al exterior, de las que sólo se veía la puerta de entrada. Unos minúsculos callejones separaban unas de otras, de forma que la primera impresión era la de un muro interminable salpicado de puertas. Había poca gente por la calle; las contadas personas con que se cruzaron tenían mejor pinta; hasta los esclavos iban mejor vestidos. Notaban incluso la diferencia en el aire que respiraban. Una brisa suave alejaba los efluvios de la ciudad que veían a sus pies. Allí sólo llegaba el apagado murmullo de la algarabía que reinaba más abajo.

Tras haber girado unas cuantas veces a derecha e izquierda, Magno se detuvo frente a una casa pintada de color amarillo.

—Ésta es la casa del senador Cayo Vespasio Polión, amigos míos —les dijo, mientras hacía sonar la campana—. Aquí concluye mi cometido. Si alguna vez puedo hacer algo por vosotros para enmendar este desafortunado malentendido, no dudéis en buscarme.

Trató después de ayudar a bajar de la litera a una Vespasia enrabiada, y se ganó una bofetada. Con una reverencia, le presentó sus disculpas, les deseó a todos que pasaran un buen día y se fue con sus dos compañeros, dejando a sus hasta entonces protegidos a la espera de que alguien les abriera la puerta.

—Ya hablaré yo con mi hermano acerca de este sujeto tan desagradable —aseguró Vespasia, acercándose a su marido—. ¿Cómo es posible que semejante escoria se atreva a amenazar a personas tan por encima de él?

—Salvo por ayudarles a hacerse una idea de cuánto podrán sacarles, creo que poco les importa el rango social de sus víctimas —respondió Tito. Vespasia torció el gesto pensando que su marido le estaba tomando el pelo, pero no dijo nada porque en ese momento abrió la puerta un hombre muy entrado en años, tan encorvado que parecía que iba a quebrarse, que se los quedó mirando con ojos vidriosos, inyectados en sangre.

—¿A quién debo anunciar? —preguntó con voz estridente.

—Tito Flavio Sabino, su esposa Vespasia Pola, y sus dos hijos, Sabino y Vespasiano —contestó Tito.

—¡Ah, sí! Ya me habían advertido de vuestra llegada. Pasad y esperad en el atrio. Voy a llamar al amo —dijo el anciano criado con respiración fatigosa, inclinándose aún más mientras pasaban por delante de él. Vespasiano se intranquilizó ante la posibilidad de que no volviera a ponerse derecho pero, con ayuda de una garrota, se enderezó, cerró la puerta y, cojeando, se fue en busca del senador, tan despacio que

todo apuntaba a que habrían de esperar un buen rato.

Vespasiano echó un vistazo a la estancia. Era casi el doble de espaciosa que la de su casa y mucho más suntuosa. Frescos de colores vivos de jóvenes desnudos cazando o peleando, por no hablar de otras actividades menos nobles, adornaban las paredes. Estatuas de dioses apuestos, pintadas de tal forma que parecía que estuvieran dotadas de vida propia y que nada dejaban a la imaginación, se erguían en las hornacinas que había entre los frescos. En el suelo, un hermoso mosaico, primorosamente trabajado, representaba a un imponente y musculoso Aquiles rematando a un Héctor de mirada incrédula, desnudos ambos también por alguna razón que no se le alcanzaba. A Vespasiano no se le pasó por alto el gesto de su madre al entrar en la estancia y darse cuenta de que era la única representante del género femenino que allí había.

—No comparto los gustos de mi hermano en lo que a la decoración se refiere —le musitó a su marido—. Es de lo más vulgar, y nada apropiada para los chicos. ¿Cómo no me lo advertiste, Tito? Al fin y al cabo, ya habías estado aquí.

—Y Sabino, no lo olvides, y nadie diría que se sintiera incómodo —repuso su esposo, en voz baja también, dando una palmada en el hombro a su hijo mayor—. Además, ¿qué habrías hecho si te lo hubiese dicho? ¿Cambiar de planes? Siempre has sabido cuáles eran las debilidades de tu hermano, así que no hay razón para que te escandalices. En todo caso, aquí estamos, y no podemos irnos a no ser que queramos ofenderlo gravemente.

—¿Debilidades, dices? —rezongó Vespasia—. ¿A eso llamas tú debilidades?

Sabino dirigió entonces una mirada de entendimiento a su hermano.

—Cuando estés con el tío, ya sabes lo que tienes que hacer, hermanito: la espalda contra la pared.

—Ya basta, Sabino —murmuró Tito—. Debéis honrar y respetar a vuestro tío.

—Que no es lo mismo que plegarnos a sus deseos —masculló Vespasiano, sin poder disimular una sonrisa, lo que le valió una mirada de reproche por parte de su madre.

—Sea lo que sea, mi hermano es un hombre muy influyente. De modo que haz caso a tu padre y ahórrate los comentarios.

Vespasiano asintió con la cabeza, y trató de no mirar los frescos.

—¡Vespasia! ¡Qué alegría volver a verte! —tronó una voz grave con una entonación que Vespasiano pensó que se parecía mucho a la suya—. Tito, amigo mío, ¡qué placer!

Al alzar los ojos, el muchacho vio a un hombre de gordura descomunal que, en ese instante, entraba en la estancia dando tumbos. Vestía una túnica blanca con una ancha banda de color púrpura por delante que a duras penas ocultaba la voluminosa barriga; si llevaba algún ceñidor, éste había desaparecido bajo aquellas roscas de grasa que subían y bajaban cuando andaba. Realzaban su cara redonda, maquillada con colorete en las mejillas y *kohl* en los ojos, unos rizos castaños cuidadosamente

peinados con pinzas que le cubrían las orejas y la frente. Llevaba unas delicadas zapatillas de cuero rojo en los pies, demasiado pequeños para semejante corpachón. Atónito, Vespasiano, que no había visto a nadie tan estrafalario en su vida, tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una inconveniencia.

Cayo se acercó a Vespasia y le dio un abrazo. Aunque no le gustaba la vida que llevaba su hermano, y aún no repuesta de su sorpresa al ver lo gordo que estaba, parecía encantada de volver a verlo y aceptó el cariñoso saludo.

—¡Cuánto tiempo, Cayo! —dijo, tratando de librarse de aquellos michelines—. Espero que te encuentres bien.

—Nunca he estado mejor, nunca —contestó, apretando con fuerza el brazo de su cuñado—. Tienes buen aspecto, amigo mío. El aire del campo te sienta bien por lo que veo. ¿Será ésa la razón de que no vengáis a Roma con mayor frecuencia? El caso es que aquí estáis, y encantado de tener la oportunidad de ofreceros mi casa. Sabino, han pasado cuatro años desde la última vez que estuviste por aquí. Y hará por lo menos diez que no veía a Vespasiano.

Los dos hermanos dieron un paso adelante e inclinaron la cabeza ante su tío, quien, apoyando una mano en el hombro de cada joven, los miró de arriba abajo.

—Espléndidos muchachos, Tito, espléndidos. Supongo que estarás orgulloso. Sabino, ardo en deseos de que me cuentes cosas de tu paso por la milicia. Seguro que te sirvió para hacerte un hombre.

—¡Y que lo digas, tío! —respondió Sabino—. Ahora aspiro a un puesto de magistrado *iunior*.

—Haces bien, y ten por seguro que lo conseguirás, hijo —dijo Cayo, al tiempo que se volvía a Vespasiano—. ¿Y a qué aspira este jovencito?

—A servir a Roma y a mi familia —contestó el chico.

—Así se habla, muchacho. Con esa disposición, llegarás lejos —lo animó Cayo, apretándole el brazo—. Pero ¿por dónde quieres empezar? ¿Por el ejército, quizá?

—Así es, tío. Quiero ser tribuno militar, como Sabino.

—Excelente idea. Seguro que podré arreglarlo. Todavía tengo conocidos en las dos legiones en que serví.

Al ver los ojos de asombro del chico, Cayo se echó a reír.

—Querido muchacho, ¡no pensarás que siempre he estado así de gordo!

Al darse cuenta de que su tío había descubierto lo que pensaba, Vespasiano se ruborizó avergonzado.

—Pues claro que no. Hubo una época de mi vida en que era tan esbelto como vosotros, y aquí está vuestra madre que podrá confirmároslo. Sin embargo, ahora ya veis cómo estoy, aunque quizá debería decir que me gusta la buena vida: eso es lo que me hace estar así. Al contrario que su predecesor, el divino Augusto, un mojigato de vida austera, que aspiraba a que todo el mundo siguiese su ejemplo, el emperador actual es más tolerante con quienes llevan una vida parecida a la mía. Que los dioses colmen de bendiciones a Tiberio, que me permite darme este gusto y ser gordo y feliz

—le explicó a Vespasiano con una sonrisa—. Bueno, confiemos en que pueda echaros una mano a los dos en esta ciudad espléndida, que es la nuestra. Al fin y al cabo, para eso habéis venido, ¿no es así? —bromeó Cayo.

—Así es, tío. Gracias —dijeron los dos hermanos a la vez.

—No, no me deis las gracias todavía. Aún no he movido un dedo. Esperad a haberlo conseguido. Entonces sí que será el momento de que me lo agradezcáis —y, dirigiéndose a su hermana, añadió—: Vespasia, estoy seguro de que, después del viaje, os apetecerá tomar un baño y cambiaros de ropa, así que voy a ordenar que os acompañen a vuestros aposentos. Los baños de esta casa son magníficos, a no ser, claro está, que prefieras ir a los establecimientos públicos.

—No, Cayo, prefiero utilizar los tuyos —contestó su hermana.

—Como quieras. Ordenaré que los preparen de inmediato.

Dio una palmada, y cuatro esclavos domésticos, cuatro adolescentes de cabellos rubios hasta los hombros, ataviados con unas túnicas coloradas, demasiado cortas en opinión de Vespasiano, salieron de un rincón de la estancia.

—Estos muchachos os acompañarán a vuestros aposentos —dijo Cayo, mientras dirigía una mirada suplicante a su hermana—. Lo siento, Vespasia, pero en esta casa no hay esclavas. Confío en que hayas traído las tuyas.

—Así es, hermano. Están a la puerta, con el resto de nuestros enseres.

—Estupendo. Le diré a Prisco, el intendente, que les busque acomodo. Os lo ruego, haced como si estuvierais en vuestra propia casa. Estaré con vosotros en cuanto os hayáis aseado; ocasión tendremos entonces de hablar de estos hijos vuestros.

* * *

El baño fue reconfortante, aunque tanto Sabino como Vespasiano no ocultaron su sorpresa cuando, con destreza, los masajearon y frotaron dos guapos chavales que, a pesar de su edad y sus largos bucles dorados, parecían no tener ni rastro de vello en su cuerpo.

Tras el baño, fueron en busca de sus padres; los encontraron sentados a la sombra en el jardín del patio, presidido por una desmesurada estatua de Apolo, colocada en el centro de la alberca que había en mitad del recinto. Cuando Cayo apareció, Vespasiano, sentado en el borde del estanque, deslizaba indolentemente los dedos por el agua.

—No hagas eso, muchacho —lo advirtió su tío—. Ahí tengo las lampreas, que bien podrían darte un mordisco y dejarte sin un dedo en un abrir y cerrar de ojos. Es una lástima, pero sienten tanto placer al devorarnos como nosotros las disfrutamos cuando nos las comemos —añadió de forma despreocupada, mientras se acomodaba en un taburete que le acercaba otro hermoso criado—. El año pasado, uno de mis esclavos se cayó al estanque; acabaron con él antes de que pudieran sacarlo. Por lo

que me contaron, se abalanzaron sobre él con tantas ganas de hincarle el diente que parecía que el agua estaba hirviendo. Creo que el pobre se murió de la impresión. La verdad es que no me hizo ninguna gracia, porque ese muchacho me gustaba mucho y hacía poco que lo había comprado.

Sin dudarlo, Vespasiano se alejó del estanque y fue a sentarse junto a su padre. Aparecieron otros dos esclavos. Uno llevaba una mesa; el otro, una bandeja de pastelillos.

—Siempre me gusta tomar algo dulce a estas horas —comentó su tío, mientras uno de los chicos disponía la mesa—. Confío en que me acompañéis, porque aún tardaremos un poco en cenar.

El joven que llevaba la bandeja se inclinó ante Vespasia para ofrecerle un pastelillo, dejando al aire un par de nalgas bien formadas y un escroto sin trazas de vello, que Cayo examinó complacido. Vespasiano notó que su padre se revolvía intranquilo en la silla, y se preguntó cómo reaccionaría su madre cuando el joven atendiera a los convidados que estaban sentados al otro lado de la mesa. Por suerte, Cayo reparó en lo incómodos que se sentían sus invitados y, antes de que Vespasia contemplase semejante espectáculo, le dio un azote en el trasero al muchacho.

—Arminio, ¿cómo se te ocurre atender a mis invitados sin llevar nada encima? Anda, ve a ponerte un taparrabos de inmediato.

Sorprendido, el adolescente se quedó mirando a su amo. Caso de tenerla, estaba claro que éste nunca le había pedido que llevase tal prenda.

—¡Haz lo que te he dicho! —gritó Cayo—. Deja los pastelillos encima de la mesa.

El pobre chico hizo lo que le ordenaban y salió corriendo. Con una sonrisa de oreja a oreja, el senador les aclaró a sus invitados:

—Debo pedirlos disculpas, pero ya sabéis lo olvidadizos que son estos germanos: buenos trabajadores, pero un tanto descuidados.

—Por descontado, Cayo. No pasa nada —respondió Tito.

¿Todos tus esclavos son germanos? Tenía entendido que eran muy caros.

—Y lo son. Pero bien valen lo que pagas por ellos —contestó su cuñado, con mirada ausente—. Casi todos son germanos, aunque también tengo un par de mesopotamios y un britano.

—¿De dónde son los britanos? —inquirió Vespasiano.

—Britania es una isla al norte de las Galias. Supongo que habrás leído a César que, hace más de setenta años, hasta en dos ocasiones anduvo por aquellos parajes; descubrió que se trataba de unas hordas indomables y nunca llegó a someterlos. Ten por seguro que algún otro lo intentará más adelante. Vamos a ver, Tito, ¿acaso no has dado una esmerada educación a tus hijos? Seguro que habrán leído a los clásicos.

—Mucho me temo que a Vespasiano siempre le han interesado más las labores del campo que la Historia. No, no creo que sea muy leído.

—Habrá que poner remedio a esa situación. Le dejaré al muchacho mi ejemplar

de la *Guerra de las Galias*, de César, donde se enterará de todo lo que hay que saber sobre Britania, la Galia y Germania. Si quieres ser soldado, has de saber esas cosas. ¿Quién sabe adónde te destinarán? Muchachos, mientras estéis aquí, pongo mi biblioteca a vuestra disposición.

—Muy amable por tu parte, querido hermano —dijo Vespasia—. Me ocuparé de que saquen el máximo provecho de la oportunidad que les brindas.

—Como no tenemos esclavo que nos sirva —añadió su hermano señalando los pastelillos con la mano—, tened la bondad de tomar lo que os apetezca. Ésos de almendra y canela son deliciosos. ¡A zampar, chicos! Mañana va a ser un día muy ajetreado, y tendréis que ponerlos fuertes.

—¿Qué planes tienes para mañana, Cayo? —preguntó la madre de los jóvenes.

—Presentar a tus hijos para que la gente los vaya conociendo —contestó Cayo, llevándose un pastelillo a aquella boca de labios gruesos y húmedos—. Mañana es fiesta. ¿Qué mejor ocasión de presentarlos y de que se den a conocer que la carrera de carros que se celebrará en el Circo Máximo?

Capítulo VII

Al despuntar el día, el anciano criado franqueó la puerta de la mansión al numeroso grupo de clientes que esperaban litera para presentar sus respetos matutinos al patrón. Sentado en un taburete junto al hogar, Cayo fue dando la bienvenida, de uno en uno, atendiendo a su rango, a los más de cuarenta visitantes que habían acudido a verlo. Flanqueado por Vespasiano y Sabino, presentó a sus sobrinos sólo a aquellos que, a sus ojos, le merecían mayor consideración. De pie, a sus espaldas, un joven secretario anotaba en una tablilla de cera las reclamaciones que, de forma verbal, formulaban en presencia de su amo, y recogía las peticiones que, por escrito, le presentaban algunos clientes acerca de asuntos que, en su opinión, sólo el patrón podía ayudarles a resolver.

Aquellos con quienes Cayo quería tratar de algún asunto aquel día aguardaban en la antesala de su gabinete para mantener una conversación en privado con él. Mientras, los demás tomaban algo y, en respetuoso silencio, se quedaban junto a la puerta a la espera de que el patrón abandonase la estancia. Como era día de carreras, todos salían con una pequeña bolsa repleta de monedas para hacer sus apuestas. Finalizado el recibimiento, Cayo se instaló en su gabinete y despachó los favores que quería solicitar a los que estaban en deuda con él. Impresionado, Vespasiano observó la serena dignidad con que se comportaban clientes y patrón, tratando de sacar el máximo provecho de las relaciones de colaboración que mantenían.

Concluidas las conversaciones, Cayo salió dando tumbos de la estancia y, al ver a Vespasiano, le dijo:

—Muchacho, ten la bondad de ir a buscar a tus padres. Ya es hora de irnos. Las calles estarán atestadas.

Cuando la familia se congregó en el atrio, Cayo hizo una ofrenda a sus dioses lares, musitó una plegaria y se dispuso a salir seguido de los suyos; detrás, iban sus clientes. Para sorpresa de Vespasiano, Magno y seis de sus compañeros de encrucijada, pertrechados todos de recios bastones, aguardaban para escoltar al numeroso séquito por las calles de la ciudad hasta el circo.

—¿Qué pintan estos hombres aquí, Cayo? —preguntó Vespasia—. Son los mismos que ayer nos amenazaron, sin mostrar consideración alguna por quienes están tan por encima de ellos. Pensaba que anoche me había expresado con claridad.

—Buenos días, señora. Acepta mis disculpas por el malentendido de ayer... —empezó a decir Magno.

—Ordena que le den unos cuantos latigazos para que aprenda modales, Cayo —exigió su hermana.

—Calma, querida —dijo Cayo tratando de suavizar la situación—. Magno es...

—¿Magno? —exclamó Vespasia sorprendida—. Demasiado noble como nombre para un rufián de tres al cuarto.

—Mi abuelo luchó en las filas de Pompeyo Magno en Farsalia. Llevaba el

sobrenombre de...

—¡No quiero saber nada de tu sórdida parentela!

Cayo se interpuso entre ambos.

—Vespasia, por lo que más quieras. Aparte de una excelente fuente de información, Magno es un buen amigo mío. Te lo suplico: trata de pasar por alto el desgraciado incidente, y pongámonos en marcha hacia el circo. Cuando veas cómo él y los suyos nos abren paso entre las multitudes, caerás en la cuenta de lo que valen.

Vespasia dejó de despotricar y, mirándolos por encima del hombro, observó la reverencia que Magno y los suyos le dedicaban a modo de rastrera disculpa.

—Está bien, hermano. Lo haré por ti —contestó altanera.

Magno asintió en señal de reconocimiento y, volviéndose a Cayo, le dijo:

—Doy por sentado que te diriges al sitio de siempre, a los asientos reservados a los senadores, a la izquierda del palco imperial.

—Así es. Cinco esclavos nos guardan sitio desde antes del amanecer.

Rodeado de sus familiares, sus clientes y su escolta, Cayo se dispuso a abandonar la colina del Quirinal. Ladera abajo, Vespasiano reparó en las numerosas comitivas que, encabezadas por hombres importantes, atraían a una multitud de pedigüeños. Cuanto más importante era el hombre que encabezaba la marcha, mayor el gentío que iba tras sus pasos. Todos iban en la misma dirección: camino de los juegos.

* * *

Tal como Cayo les había dicho, a medida que se acercaban al circo, el populacho inundaba las calles. Magno y los suyos se las veían y se las deseaban para abrirse camino entre las hordas de seguidores que enarbolaban los colores —rojo, verde, blanco o azul— de sus cuadras preferidas, dando gritos de ánimo a sus correligionarios y silbando y abucheando a los contrarios. Blandiendo banderolas del color que defendían, a voz en grito entonaban himnos que pregonaban los éxitos de los suyos. De vez en cuando, alentadas por la multitud, se producían reyertas entre grupos rivales pero, habida cuenta de que todavía era demasiado temprano y no habían tenido tiempo de beber en demasía, el ambiente era por lo general festivo.

Atrás, camino de las caballerizas del circo, dejaron las reatas de caballos que, procedentes de los establos que las cuatro facciones poseían en el Campo de Marte, al otro lado de la muralla norte de la ciudad, se disponían a participar en las carreras, así como los carruajes pesados cargados con los carros y el equipo de los aurigas.

—Habrán caballos yendo y viniendo durante todo el día —les dijo Cayo alzando la voz por encima del griterío—. A doce carros por carrera, cuadrigas en su mayoría, van a pasar por aquí un buen número de animales.

—Quinientos setenta y seis —dijo Vespasiano, sin pararse a pensarlo.

Sabino se rio para sus adentros, pero no se atrevió a hacer ningún comentario sobre los cálculos de su hermano, no fuera a estar en lo cierto.

—Eso, sin contar con otros doscientos de refresco, cuando menos —precisó Cayo, sorprendido ante la rapidez con que su sobrino había echado la cuenta—. Por no hablar de los *hortatores*, los animadores que están al frente de las cuadras que van a participar en la carrera.

Vespasiano disfrutaba de todo lo que veía. En su cabeza se agolpaban las imágenes de la ciudad que había contemplado a lo largo de aquel recorrido de una milla: los soportales de la Via Sacra; el templo de Júpiter, resplandeciente bajo el sol de la mañana, en lo alto de la colina del Capitolio, por encima del Foro Romano; la Curia y, muy cerca, la Rustra, con los espolones de las naves cartaginesas capturadas en las batallas de Mylae y del cabo de Ecnomus, durante el primer enfrentamiento de los romanos con sus eternos rivales. Atónito había podido admirar las proporciones, el esplendor y la belleza del nuevo Foro de Augusto, del Foro de César y otros edificios públicos, destinados a usos civiles o religiosos, lugares cuya existencia no ignoraba, pero que no había visto en su vida.

Ante ellos, ya se podían ver los muros exteriores del circo. Majestuosas, las cuatro plantas del edificio se alzaban sobre las muchedumbres que, entre empujones y empellones, se abrían paso como podían hasta las puertas que habían de llevarlos al interior del recinto. Una vez dentro, avanzarían por entre las pilastras que soportaban los túneles, abarrotados de puestos donde se vendía comida caliente, almohadillas, vino y otras vituallas, antes de dirigirse a alguna de las muchas escalinatas de mármol que desembocaban en aquel recinto descomunal, con capacidad para casi doscientos cincuenta mil espectadores.

A su derecha, en el Foro Boario, el mercado de ganado, situado frente al extremo recto y estrecho del edificio por donde entraban los participantes, Vespasiano contempló las instalaciones provisionales de las cuadras que iban a participar en las carreras. Unos guardias de aspecto amenazante —a su lado, Magno y los suyos parecían los acólitos de una cofradía religiosa— se ocupaban de vigilar el recinto plantando cara a la chusma de aficionados que trataba de echar una ojeada furtiva a los aparejos de las facciones que se disponían a enfrentarse en aquella ocasión.

Tras pasar bajo un arco, se adentraron en las imponentes entrañas del circo. El séquito de Cayo fue reduciéndose a medida que los clientes presentaban sus respetos al patrón, le deseaban buena suerte y se dirigían a algunas de las puertas por las que accedía el pueblo llano. Haciendo un alto de vez en cuando para dejar paso al cortejo de algún personaje de mayor rango y aun aprovechando el camino expedito que dejaba a sus espaldas, a Magno le costó cada vez más abrirse camino entre la multitud que se apiñaba entre las pilastras del pasadizo. Poco a poco, llegaron por fin a las puertas reservadas para los senadores y sus acompañantes.

Mientras avanzaban por entre aquel gentío abigarrado, Cayo se dedicaba a saludar a voces a los conocidos que veía.

—Que lo pases bien, Lucio, que los dioses te sean propicios y te den buena suerte... Póstumo, a ver si esos blancos que tanto defiendes lo hacen un poco mejor

hoy; voy a apostar por ellos en la segunda carrera... —entretanto, ofrecía a sus sobrinos un sucinto retrato del personaje en cuestión y les explicaba lo influyente que podía ser, o no, según el caso.

Cerca de donde estaban, se armó un revuelo cuando, tras haber admitido el número de espectadores estipulados, cerraron una de las puertas, dejando fuera a cientos de personas y obligándolas a dirigirse a otra de las entradas, que, como todas las demás, estaba abarrotada por una multitud enardecida de seguidores dispuestos a lo que fuera con tal de conseguir un asiento en las gradas. Por un momento, sólo se escucharon las voces y los gritos de los que, con la cabeza abierta o algún hueso roto por obra de los bastones que blandían sin miramientos los alguaciles para evitar que echasen la puerta abajo, en cuestión de minutos habían visto frustradas sus ilusiones.

Por fin, Magno y sus compañeros consiguieron alcanzar la entrada reservada a los senadores, que estaba mucho más despejada.

—Aquí me despido —dijo, al tiempo que él y los suyos se disponían a dar media vuelta—. Que la fortuna os favorezca, a ti y a quienes te acompañan.

—Lo mismo te digo, Magno —contestó Cayo, pasándole una bolsa bien repleta—. Úsalo con cabeza, aunque me imagino que lo apostarás todo a tus admirados verdes, sin detenerte a pensar siquiera en quién será el auriga y en qué condiciones correrá.

—Ya sabes; cuando uno de verdad es de los verdes, lo es para toda la vida —repuso muy serio antes de irse.

Cayo esbozó una sonrisa, extrajo una tablilla de madera de entre los pliegues de su toga y se la mostró al alguacil que estaba a la puerta, quien, con una reverencia, permitió que el senador y su séquito se adentraran en el largo pasadizo que llevaba al recinto.

* * *

De nada le habría servido prepararse a Vespasiano ante la imagen que se le ofreció a la vista tan pronto como, al salir del pasillo, vio el circo bajo la luz del sol. Unas doscientas mil personas, la cuarta parte de la población de la ciudad, atestaban los enormes graderíos que rodeaban la pista, de una longitud de un tercio de milla y cien pasos de anchura. En medio, ligeramente retallada en uno de sus lados y más cerca de uno de los lados de la pista que del otro, se alzaba la espina, un largo muro achaparrado de ocho pies de ancho, en cuyos extremos se hallaban unos mojones que señalaban dónde debían girar los carros durante la carrera. Entre ambos hitos, se erguía el obelisco que Augusto había traído de Egipto, flanqueado por descomunales estatuas de diferentes dioses, lo suficientemente separadas como para permitir la visión de lo que ocurría al otro lado de la pista. Por encima de las gradas, unas galerías porticadas recorrían el perímetro del recinto, donde miles de personas que no habían tenido la suerte de conseguir un asiento seguirían a pie firme el desarrollo de

las carreras. Como el Circo Máximo se ubicaba en el valle que se extendía entre el Palatino y el Aventino, tras aquellas galerías situadas a ambos lados del edificio podían verse las espléndidas villas y los ostentosos jardines que salpicaban las dos colinas.

Los alaridos de la multitud atronaban el Circo mientras disfrutaba con las simpáticas cabriolas de un grupo de *desultores*, jinetes acrobáticos, ataviados con un taparrabos y unos extraños gorros de forma cónica, que, antes del comienzo de las carreras, daban vueltas por la pista a todo galope, saltando de un caballo a otro de forma acompasada. Los gritos roncOS y enfervorizados de la muchedumbre resonaban con más fuerza cada vez que saltaban de una montura a otra y hacían restallar sus largos látigos. Como final de fiesta, de pie y a lomos de sus caballos, todos a la vez dieron un salto mortal de espaldas para caer a horcajadas sobre sus monturas. Los espectadores no salían de su asombro.

—Ahí están los esclavos —gritó Cayo, alzando la voz por encima del griterío—. Venid conmigo —añadió mientras, con una agilidad inimaginable para alguien de su envergadura, bajaba los escalones que separaban dos zonas de asientos. A medio camino, torció a la derecha por un estrecho pasillo que discurría entre dos hileras de senadores que, sentados, disfrutaban del espectáculo tanto como el gentío que había a su alrededor, aplaudiendo a los jinetes cuando se disponían a abandonar la pista para que un reducido ejército de esclavos, escoba en mano, comenzase a alisar la arena antes de la primera carrera—. Buen trabajo, muchachos —gritó a cinco angelicales esclavos de su casa, sentados en el extremo de una hilera de asientos—. Magnífico sitio —añadió, dándoles a cada uno de ellos una moneda de plata—. Ya podéis iros, y que os divirtáis. No olvidéis que quiero veros de vuelta en casa una vez que haya concluido la última carrera.

Eso hicieron, no sin antes colocar unos gruesos cojines y dejarles una enorme bolsa con comida y bebida para el espectáculo.

—Se rumoreaba que a lo mejor hoy asistiría el emperador —comentó Cayo mientras tomaban asiento—. Algo insólito, desde luego, porque Tiberio no es muy propenso a aparecer en público, y no le gustan nada las carreras. A lo mejor lo hace para que la gente no se olvide de cuál es su aspecto físico.

—Si así fuera, ¿dónde se sentaría? —inquirió Vespasiano.

—¿Dónde? Ahí, en el palco imperial —respondió su tío, señalando un recinto espléndidamente adornado, a la altura del mojón situado en el extremo más ancho de la pista, a unos veinte pasos a su derecha y un poco más cerca de la arena; por delante de las gradas, sobresalía una cubierta de mármol que reposaba en unas columnas pintadas y proporcionaba sombra a un espacio alhajado con mullidas alfombras, sillas y tumbonas—. Podremos contemplarlo a placer, pero sobre todo, lo que más nos importa, él podrá vernos a nosotros, si lo tiene a bien. Bueno, vamos a hacer las apuestas para la primera carrera —dijo Cayo, antes de colocar el cojín para apoyar cómodamente su tremendo trasero, y una vez encontrada la postura, añadió—: Veréis

montones de esclavos con bolsas de piel atadas a la cintura moverse de un lado para otro entre la gente: son los empleados de los tenedores de apuestas que tienen sus puestos alrededor del perímetro, por encima y por debajo de donde estamos. Antes de cada carrera, se anuncian las cuadras participantes, y los carros desfilan por la pista ante la atenta mirada de los espectadores. Cada uno de los cuatro colores presenta los tres vehículos que van a participar en la competición, de modo que sólo tenéis que elegir entre doce. Podéis apostar como mejor os plazca: por el carro ganador, por el primero y el segundo, por aquel que penséis que no va a acabar la carrera o incluso por los tres de un mismo color, si os parece que tampoco la concluirán. Una vez que os hayáis decidido, llamáis a uno de esos esclavos y ellos os dirán las ofertas que manejan sus amos; elegís al tenedor que mejor os parezca y le entregáis la cantidad que queréis apostar al esclavo, quien, a cambio, os dará una tablilla con el sello de su amo. Si ganáis, el esclavo volverá para entregaros vuestras ganancias, previa presentación de la correspondiente tablilla.

Se produjo cierto alboroto entre la multitud: un grupo de veinte hombres, la mitad con trompas enroscadas alrededor de sus cuerpos y la otra mitad con largas trompetas rectilíneas, apareció en la cubierta del palco imperial. A una señal de su jefe, se llevaron los instrumentos a los labios y se oyó una grave y solemne fanfarria cuyo retumbar parecía que no iba a acabar nunca. Los espectadores guardaron silencio y un hombre con resplandeciente atuendo militar apareció por la parte delantera del palco imperial.

—Ése es Sejano, el prefecto de la guardia pretoriana —susurró Cayo—, una víbora de la peor calaña.

Sejano alzó los brazos.

—Pueblo de Roma —gritó con voz recia, que llegó hasta el último rincón del enorme recinto—. Hoy tenemos la fortuna de disfrutar de la asistencia de nuestro glorioso emperador, que quiere así demostrar su afecto por el cónsul Marco Asinio Agripa, gracias a cuya generosidad se celebran estos juegos. ¡Salve, Tiberio César Augusto!

Un hombre alto, de espaldas anchas, de cabellos ralos y canos, cortos por delante y largos por detrás de forma que le cubrían la nuca, se asomó al palco imperial con el aplomo de alguien acostumbrado a mandar sin encontrar oposición alguna. La multitud se puso en pie y prorrumpió en gritos estentóreos de «¡Salve, Tiberio!», a los que se sumó con entusiasmo Vespasiano cuando, por primera vez en su vida, contempló al hombre más poderoso del mundo. Ataviado con túnica y toga de color púrpura, Tiberio alzó las manos agradeciendo las aclamaciones, al tiempo que reclamaba la presencia a su lado de un hombre que estaba a sus espaldas.

—Ése es Asinio Agripa —dijo Cayo, dejándose oír por encima del gentío—, uno de los hombres más ricos de Roma. Ha organizado estos juegos para estar a bien con el emperador. Se rumorea que aspira a ser nombrado gobernador de Siria cuando acabe su mandato como cónsul a finales de este año. Si Tiberio accede y lo designa

para el puesto, el dinero que ha invertido en estos juegos no será nada comparado con la fortuna que podrá amasar en esa provincia.

Asinio alzó los brazos y se abrieron los portones situados a ambos extremos de la pista, dando paso a un centenar de esclavos con capazos repletos de monedas de toda índole que lanzaban a la multitud delirante.

—Creo que entiendo lo que quieres decir, tío —gritó Vespasiano, mientras atrapaba un sestercio de entre aquella lluvia de metal—, pero me parece desmesurado.

—Desde luego, pero la plebe está contenta, y quizá Tiberio recuerde este día cuando llegue el momento de nombrar nuevos gobernadores.

El joven se percató de que un grupo no desdeñable de los senadores que estaban cerca de ellos no se molestaba siquiera en inclinarse a recoger las monedas que caían a su alrededor, sino que, muy serios, volvían a sentarse con semblante hosco. Estaba claro que, con aquel dispendio exagerado, Asinio había ofendido a una buena parte de sus iguales. Compartiendo la gloria del emperador y halagado por las adulaciones de que era objeto por parte de la multitud, el cónsul no se dio por enterado e hizo otra señal. Trompas y trompetas retumbaron de nuevo; los espectadores guardaron silencio y se sentaron. Abrieron el portón que estaba a la derecha de Vespasiano y salieron las doce cuadrigas que iban a participar en la carrera con que se abría la competición.

Los primeros en hacer su aparición fueron los tres carruajes de los rojos, que iban tirados por caballos ataviados con penachos de plumas teñidas de rojo y con las colas trenzadas por medio de cintas del mismo color. De los pequeños y ligeros carros, hechos de lona fuerte, también roja, tensada mediante una estructura de madera, salían unas limoneras curvadas que terminaban en forma de ariete. Aunque cuatro eran los caballos que componían el tiro, sólo los dos de en medio iban uncidos por la cruz a las limoneras; los otros dos iban enganchados al carruaje con correas. Dos pequeñas ruedas de ocho radios, recubiertas de hierro, contribuían al mayor equilibrio del vehículo, haciendo más fácil su manejo. Los aurigas vestían túnicas rojas sin mangas y tenían el pecho cubierto con unas tiras de cuero rojo entrelazadas para protegerse las costillas si llegaban a chocar con otro carruaje. En caso de verse arrastrados hasta la muerte, entre las tiras de cuero llevaban un puñal curvo con el que, si se iban al suelo, podían cortar las riendas, que llevaban atadas a la cintura. Se cubrían las piernas con unas protecciones de cuero, y completaban su atuendo con un casco de piel endurecida y un látigo de cuatro colas.

Desgañitándose para que los espectadores los oyeran, unos voceadores recorrieron todo el circo gritando los nombres de los aurigas y de los caballos de cada cuadriga, anuncio que fue recibido con aclamaciones por parte de los seguidores de los rojos y con abucheos por el resto de los asistentes. Los azules fueron los siguientes en pisar la pista.

—El primero de los aurigas de los azules es Euprepes, hijo de Telesforo —

gritaban los voceadores—, al frente de un tiro formado por *Arguto*, a la derecha, *Diresor* y *Digno*, en el centro, y *Lino*, a la izquierda.

Sus seguidores los recibieron como correspondía, momento que Cayo aprovechó para susurrarle a Tito:

—Me imagino que ése va a ser el carruaje ganador de esta carrera. Euprepes lleva setecientas victorias, ha dado el triunfo a los azules en no menos de doscientas ocasiones y, con ese tiro de caballos iberos, ha ganado tres veces en lo que va de año; por otra parte, en la posición en que va enganchado, *lino* es el más hábil en acometer las curvas.

—En ese caso, seguiré tu consejo, amigo mío, y apostaré diez denarios al primero de los carros de los azules —dijo Tito, haciendo una señal a un par de esclavos de un tenedor de apuestas que pasaban cerca.

—Padre, ¿no te parece una cantidad excesiva para arriesgarla en una apuesta? —apuntó Vespasiano, frunciendo el ceño; siempre tan mirado en cuestiones de dinero, no acababa de entender el espíritu que presidía aquel día.

—No seas tan agarrado, hermanito —se burló Sabino, mientras los voceadores presentaban los carruajes del equipo de los blancos—. Hemos venido a jugarnos el dinero, no a ver cuánto nos hemos ahorrado. Yo también apostaré diez denarios por el primer carro de los azules.

—¡Por todos los dioses! —comentó Cayo, con cara de preocupación—. ¡Más vale que se alce con la victoria, si no quiero verme metido en un buen lío! No abriré más la boca. No creo que mis nervios estén en condiciones de soportar tanta angustia.

—Eso espero, Cayo —añadió Vespasia, con un atisbo de sonrisa—. No pienses que me entusiasma la idea de jugar —y a continuación se dirigió a uno de los esclavos para preguntarle—: ¿Cómo van las apuestas por el tercero de los carruajes de los blancos?

—Mi amo paga doce a uno por Gencio, o cinco contra uno, si gana uno de los blancos —contestó el primero.

—El mío ofrece quince contra uno, o seis a uno si gana uno de los carruajes de ese color —dijo el otro.

—En tal caso, apostaré dos denarios por el que me paga quince contra uno si gana Gencio.

—¡Madre! —exclamó Vespasiano, sin dar crédito a lo que presenciaba.

—Déjate de mojígaterías. Es sólo una forma de pasar el rato —repuso su madre, entregando las dos monedas y haciéndose con la tablilla de la apuesta—. Si te decidieses a apostar, seguro que, habiendo dinero en juego, disfrutarías más de la carrera.

—No me hace falta apostar para disfrutar de la carrera —replicó Vespasiano de mal humor.

Los voceadores acababan de anunciar los carruajes de los verdes cuando se produjo un cierto revuelo en el palco imperial. Tiberio se puso en pie y, con muestras

de afectado entusiasmo, saludó a una dama de aventajada estatura y elegante, que se cubría la cabeza con una *palla* negra que le llegaba hasta debajo de las rodillas. Bajo el manto, una *stola* de color rojo intenso le alcanzaba los tobillos. Todo en ella indicaba que se trataba de una respetable y poderosa matrona romana de las de antes.

—Antonia, la cuñada de Tiberio —les aclaró Cayo, hablando muy deprisa—. Como parte del acuerdo que concluyó con Augusto, antes de que éste lo adoptase, Tiberio designó como heredero al hijo mayor de Antonia, Germánico, que falleció hace seis años. Eligió entonces como sucesor a Druso, hijo natural suyo, que estaba casado con Livila, hija de Antonia, pero él también murió, cuatro años después. Así que la sucesión está en el aire —añadió mirando a Vespasiano, que no entendía nada de aquel galimatías—. De todos modos, como Claudio, el otro hijo de Antonia, es un pobre imbécil, se rumorea que, saltándose una generación, la púrpura imperial irá a parar a Gemelo, nieto de Tiberio, o a alguno de los hijos de Germánico —nervioso, echó un vistazo a su alrededor y musitó—: Se habla incluso de una posible reinstauración de la antigua república.

Mientras Cayo proseguía su explicación, Vespasiano observó con interés a la dama en cuestión, que, al parecer, movía los hilos de la política imperial.

—Por fortuna, tuve la oportunidad de hacerle un par de favores importantes cuando fui gobernador de Aquitania, y creo que ahora gozo de cierta consideración a sus ojos. Con un poco de suerte, ocasión habrá de que pueda presentaros —concluyó sin dejar de mirar a Vespasiano con la esperanza de que le respondiera con gritos de júbilo, pero descubrió que, embobado, su sobrino no apartaba la vista del palco imperial.

—Pero ¿qué te pasa, hijo mío? Cualquiera diría que hubieras visto un espectro.

Al reparar en el estado de estupefacción en que estaba sumido su hermano, Sabino volvió los ojos en la misma dirección y se echó a reír.

—No, tío; no se trata de un espectro: es sólo una muchacha, que es muy diferente.

—No me interesan ni los unos ni las otras.

Vespasiano apenas si daba crédito a lo que veían sus ojos: en el palco imperial, acompañando a Antonia hasta su sitio estaba la muchacha que iba en la litera y que le había dirigido aquella intensa mirada el día anterior en la Via Nomentana. Era la esclava personal de la mujer más poderosa de Roma.

Capítulo VIII

Los carros habían dado una vuelta a la pista y estaban a la espera de colocarse en los puestos de salida que se hallaban a ambos lados del portón por el que habían entrado al circo, escalonados en forma de semicírculo, de modo que ninguno quedase en desventaja cuando se situaran a la derecha de la espina. De un bombo que giraba sin parar, el juez de salida fue sacando unas bolas numeradas; a medida que cantaba los números de cada equipo, los aurigas escogían el puesto desde donde iban a salir.

—En eso está la gracia —dijo Cayo—. Desde un punto de vista táctico, lo mejor para la cuadriga por la que hemos apostado sería que los otros dos carros de los azules se le colocasen a ambos lados, protegiéndola de sus rivales al llegar a la primera curva donde, y de eso podéis estar seguros, sus adversarios tratarán de arrinconarla contra la espina o contra el muro del Circo.

—¿Les está permitido hacer eso? —preguntó Vespasiano, sin apartar los ojos de la muchacha con la esperanza de que ella se diera cuenta.

—Por supuesto que sí. Pueden hacer lo que les venga en gana. No hay reglas. El ganador será el primero que dé siete vueltas completas al circuito. Cómo lo haga, es cosa suya.

La segunda cuadriga de los rojos ya había elegido el cajón de salida más alejado del centro y el tercer carro de los blancos, que conducía Gencio, el más próximo a la espina, cuando cantaron el número del primer carruaje de los azules. Sin dudar, Euprepes se dirigió al segundo de los puestos de salida que quedaban a su izquierda, al lado de Gencio. Los aficionados aclamaron su audacia.

—Una decisión más que arriesgada —comentó Cayo—. Desecha la posibilidad de descollar en otra posición por quedarse cerca del centro. Debe de pensar que es capaz de acabar con Gencio en la primera vuelta.

Una vez que todos los carros se hubieron colocado en sus correspondientes puestos de salida, gracias a un resorte, unas puertas de doble hoja se cerraron con estrépito y quedaron aseguradas por un perno de hierro. Imposibilitados de ver nada durante un rato, aparte del angosto cajón en que estaban reclusos, los carruajes esperaron al toque de trompetas que anunciaría el comienzo de la carrera.

La tensión entre el público aumentó cuando los *hortatores*, doce también, tres por cada color, aparecieron en la pista. Eran los jinetes que iban por delante de los carros, encargados de guiarlos en medio del polvo y la confusión de la carrera, indicándoles las oportunidades aprovechables que pudieran surgir y advirtiéndoles de los peligros y obstáculos con que se encontrasen.

—Tío, ¿sabes quién es esa joven? —se atrevió a preguntar, al fin, Vespasiano, armándose de valor.

—¿Quién? ¿La esclava de Antonia? Claro que sí —contestó Cayo, sin perder de vista a Asinio que, tras ponerse en pie, se disponía a asomarse al palco imperial.

—¿Y qué sabes de ella?

—¿Qué voy a saber?

—¿Cómo se llama?

—Se llama Caenis. Hazme caso y olvídate de ella. No sólo es una esclava, sino que es la esclava de un personaje muy poderoso, a quien poca gracia le haría enterarse de que alguien desea algo de su propiedad.

—Caenis —repitió Vespasiano, volviendo a mirar al palco imperial. En ese momento, la muchacha volvió la cabeza y, por segunda vez en dos días, sus miradas se cruzaron. Sorprendida, la joven tropezó con su ama, que alzó la vista para observar qué le había llamado tanto la atención. Antonia observó a Vespasiano durante un instante y, al ver que estaba sentado al lado de Cayo, saludó a su tío con una leve inclinación de cabeza, gesto que éste se apresuró a corresponder con exagerados ademanes. Antonia les dio la espalda y le dijo algo a Caenis, que sonrió al escucharla, para luego ponerse a cuchichear con Asinio. Vespasiano, que no podía apartar los ojos del palco imperial, por encima de los hombros de Antonia vio con absoluta seguridad como en un par de ocasiones el cónsul volvía la vista hacia donde él estaba.

Sonó otra vez la fanfarria; Asinio interrumpió la conversación, se acercó a la parte delantera del palco y levantó un paño blanco. Con los ojos puestos en él, la multitud guardaba silencio. Hasta Vespasiano llegaban los jadeos y los relinchos de los caballos, ansiosos por abandonar el cubículo donde estaban encerrados. Los *hortatores*, en hilera, unos cincuenta pasos por delante de los puestos de salida donde aguardaban los carros de sus equipos, hacían lo que podían para retener a sus monturas, intranquilas ante el silencio repentino que se había apoderado del recinto.

Para prolongar la emoción del momento, Asinio mantuvo el brazo en alto y, tras una espera que pareció inacabable, lo dejó caer. El juez de salida tiró de una soga que, a un tiempo, desatrancó los pernos que mantenían cerradas las cancelas. En ese preciso instante, unos palos colocados detrás de cada portillo, sujetos por un extremo a un vergajo bien trenzado y tenso, se fueron contra las hojas y, con estrépito, las veinticuatro puertas se abrieron a la vez, franqueando el paso a los carros que salieron como flechas en medio de una nube de polvo, que el público recibió con un rugido de satisfacción.

En línea recta, los carruajes se precipitaron hacia la parte derecha de la espina. Allí, unos ciento setenta pasos más adelante, se veía una línea blanca que iba desde uno de los mojones hasta el muro interior del circo. Una vez cruzada, los aurigas podían tomar el camino que quisieran. La trayectoria curva en que estaban dispuestos los compartimentos donde habían permanecido encerrados hasta ese momento permitía que los doce carros la cruzasen casi simultáneamente a una velocidad superior a las cuarenta millas por hora.

A Euprepes, la jugada no le había salido bien. Nada más cruzar la línea de salida, con un palmo de diferencia entre uno y otro, seguía a la altura de Gencio. En lugar de echarse más a la izquierda y avanzar por la parte interior del recorrido, Gencio continuó en línea recta, obligando a Euprepes a desplazarse hacia el centro de la

pista, acercándose al carro de los verdes, el que corría a su derecha, que trataba de cortar el paso. Ante el inminente riesgo de quedar aplastado entre los dos contrincantes, Euprepes tiró con todas sus fuerzas de las riendas que llevaba atadas a la cintura, moviendo el carro bruscamente a la izquierda y perdiendo una velocidad considerable. Cuando Gencio lo dejó atrás, Euprepes se lanzó tras el carruaje de los blancos, colocándose en la parte de la pista que discurría junto a la espina. Enardecidos por tan arriesgada maniobra, los seguidores de los azules que había entre el público alzaron los puños al aire y prorrumpieron en roncós alaridos.

Sin apartarse del plan que se había trazado, Gencio siguió adelante en línea recta, obligando al carro de los verdes que corría por su derecha a renunciar a su intento de cortar el paso y empujándolo contra el carruaje que venía por su derecha, el cual, a su vez, se desvió con brusquedad más a la derecha provocando una reacción en cadena. Por la parte exterior de la pista, el auriga del segundo carro de los rojos vio lo que se le venía encima y trató de controlar la velocidad que llevaba tras comprobar que el primero de los carros de los blancos iba a cruzarse por su camino. Pese a sus desesperados intentos de aminorar la marcha y abrirse paso por la izquierda, los carros que se le abalanzaban por ese lado le impidieron realizar la maniobra. El caballo de la derecha chocó contra el muro y se dejó un buen trozo de carne del lomo. El animal comenzó a trastabillar, golpeándose la cabeza contra la arena; el impulso que llevaban los otros tres caballos tiró con fuerza del carro hacia delante, arrastrando la bestia herida por los corvejones, con la grupa al aire. Los aterradores relinchos que lanzaba mientras rodaba por el suelo cesaron de inmediato cuando el peso de sus cuartos traseros le partió el cuello, dejándola en el sitio. El carro de los blancos pasó por encima del animal muerto y el carruaje accidentado volcó de lado, desalojando al auriga, que los tres animales, aterrorizados, arrastraron por la arena. Como loco, buscó su cuchillo, mientras las tiras de cuero que unían el carro volcado al peso muerto del caballo sin vida alcanzaban su máxima tensión, hasta que, con un estridente chasquido, partieron el ligero carruaje en dos. Al instante, el desesperado auriga se vio arrastrado hacia delante por tres de las riendas que llevaba atadas a la cintura, mientras la cuarta, unida como estaba al animal muerto, que yacía más atrás, se tensó y lo levantó en volandas, de forma que las dos fuerzas contrapuestas le destrozaron las costillas y le partieron la pelvis a la altura de la espina dorsal. Los tres caballos desbocados redujeron la marcha un instante, pero el impulso que llevaban tiró de las riendas que arrastraban y salieron de estampida, acarreando con ellos los restos del carro y al auriga, descoyuntado y desvanecido.

—Me encanta la primera curva —gritó Cayo, imponiéndose a las voces que daban sus acompañantes—. Muy inteligente la maniobra de tu Gencio, Vespasia. Por un momento, pensé que habíamos perdido lo apostado nada más empezar la carrera.

—Ya, pero ha dejado fuera de la competición a uno de los carros de su color, y ahora son vuestros azules los que galopan dos cuerpos por delante de los demás —replicó Vespasia, en el momento en que el carruaje de los azules, siguiendo las

indicaciones de su *hortator*, se disponía a tomar la primera vuelta.

Euprepes disminuyó la velocidad que llevaba para tomar la curva tan cerca del mojón como le fuera posible; tiró de las riendas y aflojó las correas de la izquierda para evitar que el vehículo volcase. Viró casi en redondo, hizo restallar el látigo contra la cruz de los animales y aceleró al acometer el lado más estrecho de la pista, con los diez carruajes restantes pisándole los talones.

—No debería agotar a los caballos tan pronto, Cayo. Le quedan aún más de tres millas —dijo Tito a voces.

—Lo sé, pero los blancos de Vespasia y el segundo carruaje de los rojos le siguen muy de cerca, igual que toma velocidad el carro de los verdes que va en primera posición —resopló Cayo, con los mofletes enrojecidos por la emoción.

El segundo y el tercer carruaje de los azules salieron dando gritos de la estrecha curva, a un paso de los verdes. Sin dejar de proferir alaridos, hicieron restallar los látigos contra las orejas de las caballerías, alcanzando una velocidad que los puso casi a la altura de los demás. Decidido a no dejarse atrapar entre la espina y dos carruajes rivales, el auriga de los verdes tiró de las riendas a la derecha, consiguiendo que su vehículo se precipitase contra el carro de los azules que corría junto a él. Como el contrincante que avanzaba por ese mismo lado no le dejaba otra salida, antes que aminorar la marcha, el auriga de los azules decidió jugárselo todo a una carta y, cuchillo en mano para cortar las riendas en caso de necesidad, dirigió su vehículo hacia la izquierda, empujando al carro de los verdes contra la espina, que, como consecuencia de la colisión, perdió la frágil rueda de ese lado y fue a impactar contra el muro. El auriga empuñó el cuchillo, cortó las riendas en un abrir y cerrar de ojos y, sin mirar atrás, saltó a la pista por la que sobrevenía el carruaje de los blancos, desapareciendo bajo los cascos de sus caballerías en medio de una nube de sangre y polvo. Liberado del peso del auriga, el carro saltó por los aires y dio una vuelta de campana; los caballos, enloquecidos, en un confuso batiburrillo de patas y lomos, fueron a caer encima de la cuadriga de los azules, arrojando del vehículo al auriga y golpeándole la mano con que empuñaba el cuchillo. El vehículo de los blancos que venía detrás se fue de cabeza contra el carro accidentado al tratar de saltar por encima del obstáculo que se interponía en su camino, con el resultado de que los caballos del centro se destrozaron las patas en el intento. Los cuatro carruajes que iban en último lugar se las compusieron para sortearlo, y una cuadrilla de esclavos acudió a retirar los restos del accidente antes de que las cuadrigas volvieran a pasar de nuevo por allí.

Euprepes ya estaba cerca de la segunda curva, la que marcaba el final de la primera vuelta. Al reducir la velocidad para tomarla vio que el *hortator* que iba delante le indicaba que no había ningún obstáculo en el viraje que, a ciegas, se disponía a realizar. Mientras, Gencio y el carruaje de los rojos que lo seguían más de cerca aceleraron para tomarla más abierta y a más velocidad.

—Tratan de ponerse por delante por el lado exterior de la pista —gritó Vespasia, olvidando por un momento su recato, mientras bajaba el primero de los siete delfines

de bronce que, en hilera, colgaban en el extremo de la espina, indicando que los aurigas habían completado la primera vuelta al circuito.

A pesar de la agitación que reinaba en las gradas, Vespasiano no apartaba los ojos del palco imperial con la esperanza de arrancar otro destello de aquellos hermosos ojos que, sin embargo, se empeñaban en seguir la carrera. Aun así, pensó que la joven se esforzaba por no echar un vistazo a su alrededor.

Decidió, pues, concentrarse en la carrera. Las ocho cuadrigas que quedaban en liza habían superado la estrecha vuelta que había al otro extremo de la pista y enfilaban la recta que las llevaría a pasar por delante del palco de los senadores. Los *hortatores* no dejaban de indicarles el lugar donde habían chocado los carruajes de los blancos y los verdes, mientras la cuadrilla de esclavos trabajaba sin descanso para retirar uno de los vehículos. Aterrorizados, los esclavos vieron como los otros carros se estaban acercando a ellos a toda velocidad y echaron a correr como posesos hacia ambos lados de la pista, abandonando los restos del accidente a diez pasos de la espina. Entre rugidos de aprobación por parte del público, dos *hortatores* sortearon limpiamente el obstáculo. Euprepes, al darse cuenta de que, entre el vehículo accidentado y el muro, sólo había sitio para una cuadriga, enfiló sin dudarlo la brecha que se abría ante él. A su derecha, medio cuerpo por detrás y nervioso, el auriga del carro de los rojos, un celta de cabellos pelirrojos, reparó en que Gencio se había colocado a su altura por el otro lado e intentaba cortar el paso a medida que se iban aproximando al lugar del accidente, por lo que se vio obligado a reducir la marcha e ir tras los pasos de Euprepes. Aquella maniobra permitió que Euprepes y Gencio le sacaran ventaja, y también que el carruaje de los azules que había tomado la curva por la parte exterior de la pista, por detrás de Gencio, se pusiera a su altura en el momento en que superaban la curva que marcaba el final de la segunda vuelta.

Cuando bajó el segundo de los delfines, Vespasiano volvió otra vez la mirada al palco imperial. La muchacha se había ido. El joven trató de fijarse más, pero sólo vio a Tiberio que le comentaba algo a Asinio, situado a su derecha, y a Antonia, que estaba sentada a espaldas de ambos. De pie, en la parte de atrás del palco, quedaban sólo Sejano y cuatro guardias pretorianos. Cayo reparó en que su sobrino estaba abstraído.

—Deja de buscarla, muchacho. Estará cumpliendo algún recado que le haya encomendado su ama. Te estás perdiendo la carrera, que ya va casi por la mitad.

El rugido de la multitud al quedarse fuera de competición el segundo de los carros de los verdes hizo que Vespasiano volviera a fijarse en la pista, en el momento en que bajaban el tercer delfín. La cuadriga de los azules que conducía Euprepes sacaba ventaja a la de los blancos, la de Gencio, mientras, por la recta del otro lado de la pista, el otro carruaje de los azules seguía muy de cerca al celta que llevaba las riendas del vehículo de los rojos. Sólo quedaban siete carros en liza, cuando Euprepes salió de la curva y estuvo a punto de arrollar a cuatro esclavos que retiraban al auriga desvanecido de los verdes.

Con Gencio, el celta de los rojos y el otro carro de su equipo, los azules, pisándole los talones, Euprepes descargó el látigo sin piedad sobre el tiro de caballerías sudorosas para forzarlas a galopar más deprisa. Descendió el cuarto delfín; Vespasiano volvió a mirar al palco imperial y atisbo de nuevo la esbelta silueta de Caenis, que ya estaba de vuelta. Entregó un cofre de madera a Antonia mirando, mientras tanto, hacia donde estaba el joven, y a continuación se sentó frente a una mesa pequeña al lado de su ama. El corazón le dio un brinco: la muchacha se había dado cuenta de que la estaba mirando.

—No creo que Euprepes pueda mantener esa ventaja durante mucho tiempo —le dijo Cayo a voces a Tito, que casi no le oía por el griterío de la multitud—. Los animales están al límite de sus fuerzas, no darán mucho más de sí.

En la pista, los participantes superaban la estrecha curva por quinta vez. Gencio, casi a la altura de Euprepes, no perdía de vista a su rival. Más atrás, el otro carruaje de los azules, alegrándose de que el carro de los rojos hubiera optado por seguir a los dos que iban en cabeza, forzaba la marcha y trataba de dar alcance a Gencio y echarlo de la carrera a la siguiente vuelta. Al ver el peligro que le acechaba, Gencio torció a la derecha, golpeando con una rueda la pata delantera del caballo de los azules que le quedaba más cerca. El dolor encabritó al animal que, corriendo sólo con las patas traseras, trataba de aliviarlo, mientras las otras monturas se le arrimaban, hasta que acabaron todas rodando por el suelo, formando nubes de polvo y volcando el carruaje que arrastraban; las limoneras saltaron por los aires. El auriga tuvo tiempo de cortar las riendas antes de que los caballos enloquecidos se pusieran en pie y, despavoridos, emprendieran la huida por la pista en sentido contrario, abalanzándose contra los tres últimos carruajes. Con un rugido de satisfacción ante el nuevo cariz que tomaba la carrera, la multitud se levantó. Sin auriga que los guiase, nada pudo hacer el *hortator* del tiro desbocado por detener su marcha ni por impedir la catástrofe que se avecinaba.

Al ver lo que se les venía encima con rapidez inusitada, los tres aurigas que iban por detrás se separaron con la esperanza de que los caballos pasasen por el medio, pero, espantados, éstos viraron a la izquierda cruzándose en el camino del carro que avanzaba por el centro. El choque fue frontal y se oyeron crujidos de huesos rotos y madera hecha añicos. El auriga salió despedido por encima de un montón de caballos enzarzados entre ellos que no paraban de relinchar y acabó por caer con un ruido sordo sobre la arena removida, quedándose tendido sin moverse mientras los espectadores, entusiasmados, lo vitoreaban.

Cuando retiraron el quinto delfín, Vespasiano volvió la vista hacia el palco imperial, y vio que Tiberio le daba unas palmaditas en el hombro a Asinio felicitándole por semejante espectáculo. A sus espaldas, Antonia dictaba una carta a Caenis. Le sorprendió que fuera capaz de concentrarse en medio de tanta euforia, pero también pensó que los asuntos de Estado no podían esperar.

—¡Fantástico! —exclamó Sabino mientras, cuchillo en mano, otra cuadrilla de

esclavos se abalanzaba para desenredar a los caballos que aún mereciesen la pena salvar y librar al resto de sus padecimientos.

—Ya veréis que va a ganar mi Gencio —gritó Vespasia satisfecha, en el momento en que los dos aurigas que iban en cabeza, con apenas unos segundos de diferencia entre ellos, dejaban atrás la angosta vuelta por última vez.

Cubiertos de polvo y sudor, se hostigaban entre sí a lo largo de la recta que discurría a los pies de las gradas donde la comitiva tenía asiento. Ambos estaban agotados, y lo sabían. La obstinada determinación de sus rostros cubiertos de arena se acentuó a medida que se acercaban a la curva más amplia por última vez mientras indicaban a los animales cómo tomarla. Un error en ese instante, y todo lo que habían peleado durante las seis vueltas anteriores no les valdría de nada. No había premio para el que llegase en segunda posición.

Los bramidos del público retumbaron por las Siete Colinas de Roma cuando, tras bajar el sexto delfín, dio comienzo la última vuelta. Caenis ya no estaba junto a su ama, Vespasiano trató de saber qué había sido de ella mirando por encima de los senadores que estaban a su alrededor. Al no ver con claridad lo que pasaba en el palco imperial, se dio media vuelta y volvió a centrarse en la carrera.

Euprepes, llevando su carruaje con el arrojo de quien aspira a ganar a toda costa, salió de la última vuelta con unos cien pasos de ventaja. Gencio, dándose cuenta de que no tendría posibilidad de imponerse y tomar la delantera en la recta final si se mantenía por la parte exterior de la pista, echó una ojeada por encima de su hombro izquierdo. El celta de los rojos estaba a casi un cuerpo por detrás de Euprepes. Había sitio para intentarlo. Controlando con suavidad la velocidad que llevaba, viró el carro hacia la izquierda, colocándose entre los otros dos y obligando al celta a reducir la marcha. Poco faltaba ya para la curva, de modo que Gencio apremió a sus caballos hasta que las patas de su tiro casi rozaron la parte trasera del carro que iba en cabeza. Pensando que, si se detenía bruscamente, Gencio lo arrollaría y los dos acabarían fuera de la carrera, Euprepes dejó la prudencia a un lado y acometió la curva a todo galope. Al girar, sus caballos resbalaron y perdieron el control mientras trataban de no perder el paso, haciendo que el carro se desviase a la derecha. Gencio ocupó la posición que la cuadriga de los azules había dejado libre, tomó la curva y aceleró para salir de ella en un postrer esfuerzo.

Los espectadores que, hasta ese momento, habían seguido sentados la carrera se pusieron en pie para animar a sus colores. Con medio cuerpo de ventaja, Gencio puso los caballos a todo galope, mientras Euprepes fustigaba a sus caballerías sin piedad, aunque inútilmente. Gencio pasó como una exhalación el último de los mojones y cayó el séptimo delfín, al tiempo que alzaba el puño al aire antes de disponerse a dar la vuelta de honor. Los blancos habían ganado la primera carrera, y sus seguidores vitoreaban al protagonista de tal proeza. Vespasia estaba que no cabía en sí de gozo.

—He ganado treinta denarios, lo mismo que habéis perdido vosotros tres —exclamó, relamiéndose de gusto; Cayo y Tito se lo tomaron bien, pero Sabino, que no

soportaba perder, estaba furioso.

—Por mí, como si le cuelgan por los huevos al tal Euprepes. Mira que perder cuando tenía la carrera ganada.

—No estoy de acuerdo —apuntó Cayo—. Fue demasiado lapido desde el comienzo, los caballos estaban exhaustos.

Gencio detuvo el carro frente a los escalones que llevaban a la parte delantera del palco imperial. Entre las ovaciones enfervorizadas de los asistentes, los subió, recibió la palma que lo acreditaba como ganador y una bolsa bien repleta que le entregó un exultante Asinio. El día había empezado bien.

La multitud volvió a sentarse para contemplar el espectáculo de malabaristas y gimnastas que realizaban sus acrobacias mientras retiraban de la pista los caballos muertos y las cuadrigas destrozadas y la dejaban en condiciones para la siguiente carrera. Vespasiano dirigió la vista una vez más al palco imperial, pero no vio a Caenis por ningún lado.

—Si buscas a la muchacha —le susurró Cayo al oído—, no miras en la dirección adecuada, querido muchacho. Ahí la tienes.

Vespasiano giró la cabeza y allí, entrando por la misma puerta por la que habían llegado al sitio en el que estaban, vio a Caenis. Bajó por la escalinata hasta el final, y el joven se quedó sin aliento cuando observó que se volvía a la derecha y dirigía la mirada hacia el pasillo en que estaban ellos. Incapaz de dar crédito a sus ojos, vio que la muchacha se detenía delante de su tío y, sin levantar la vista del suelo, le entregaba un billete escrito en un papiro. Cayo lo cogió y, tras leerlo de forma apresurada, se lo devolvió a la joven.

—Dile a tu ama que aceptamos con sumo placer.

Caenis inclinó la cabeza, sin apartar los ojos del suelo, se dio media vuelta y se fue. Expectantes, todos se quedaron mirando a Cayo, que parecía confuso.

—¿Qué decía la nota? —preguntó Vespasia.

—Increíble —respondió Cayo—. Por lo visto, Antonia ha tenido a bien invitarnos a los chicos y a mí a cenar.

—¿Cuándo? —le espetó Vespasiano.

—Mañana, muchacho. Es un gran honor. Pero ¿para qué querrá veros a vosotros dos?

Capítulo IX

El trajín y los cuchicheos de los esclavos de la casa mientras prendían las lámparas, encendían el fuego y preparaban la mesa del desayuno despertaron a Vespasiano. El olor a pan recién hecho y la idea de ver a Caenis lo empujaron a levantarse.

En el atrio, junto al larario, desayunaba su tío Cayo; un esclavo le calzaba las sandalias.

—Buenos días, querido muchacho —lo saludó el vozarrón de su pariente, que estaba frotando un diente de ajo en una buena rebanada de pan—. Espero que hayas descansado bien —añadió, hundiendo el trozo de pan en un cuenco de aceite de oliva que había en su lado de la mesa y dándole un buen bocado.

—Gracias, tío, he dormido a pierna suelta —contestó Vespasiano, al observar con satisfacción que el jovencito que estaba a los pies de Cayo llevaba un taparrabos—. Confío en que tú también.

—Muy bien, muchacho, pero que muy bien —respondió su tío, revolviendo los cabellos del esclavo que estaba de rodillas ante él, quien, tras haber acabado de ponerle las sandalias, dedicó una sonrisa candorosa a su amo, hizo una reverencia y se fue—. Siéntate y desayuna conmigo. Sírvete tú mismo; ahí tienes pan, aceitunas, agua, aceite y algo de queso. ¿Te apetece un poco de vino con el agua?

—Gracias, tío; con eso es suficiente —contestó Vespasiano, tomando asiento.

—Como quieras, lo dejo a tu elección —asintió Cayo, engullendo otro enorme trozo de pan y mirando pensativo a su sobrino mientras lo masticaba—. Dime, Vespasiano, ¿qué te apetece hacer en la vida? —le preguntó—. El emperador necesita rodearse de honrados magistrados así como de buenos generales.

—Yo creía que para abrirse camino en el *cursus honorum* había que servir tanto en la milicia como en la magistratura civil para entender mejor cómo ambos estamentos están ligados —replicó Vespasiano, algo confuso ante la pregunta de su tío.

—Así es, de hecho. Tal como acabas de decir, siempre es posible pasar de uno a otro, aunque con diferentes grados de responsabilidad en cada caso. Plantéatelo así. Si fueras el cesar, ¿nombrarías gobernador de una conflictiva provincia fronteriza como Mesia, pongamos por caso, a un hombre cuya única experiencia en el ejército fuese la de haber servido cuatro años como tribuno militar en la Séptima Macedónica, dedicándose a inspeccionar la construcción de calzadas y la excavación de las zanjas de las letrinas en Dalmacia, y otros dos años como legado en la Cuarta Gálica, disfrutando de los embriagadores placeres de Antioquía, donde, gracias al reciente tratado de paz que hemos establecido con los partos, su única obligación militar hubiese sido la de pasar revista a la legión una vez al mes, el día de paga de la soldada? Por supuesto que no, a menos, claro está, que se tratase de un hombre que te disgustase en extremo y estuvieras dispuesto a perder una provincia y dos legiones con tal de no volver a verlo. Sería mejor darle la orden de que se quitase la vida en el

baño, en su propia casa, ¿no te parece?

—Tienes toda la razón, tío —contestó Vespasiano.

—Ese mismo hombre, sin embargo, podría ser un gobernador muy capaz de otra provincia, como Aquitania, por ejemplo, donde sus obligaciones se limitarían a levantar calzadas y donde no hay que pasar revista a las tropas porque no hay legiones. Ahora bien, si contases con un hombre que hubiese servido al sur de Germania como tribuno militar en la Primera Germánica, peleando contra los chatti o cualquier otra tribu no menos sedienta de sangre, y a continuación, como legado de la Cuarta Escítica, sofocando los levantamientos de los getae y reforzando el mantenimiento de la frontera norte, ése sería el hombre al que nombrarías gobernador de Mesia y al que darías todas las oportunidades de alcanzar la gloria militar y las prebendas económicas que la acompañan. Y ahora te repito la pregunta: ¿qué te apetece hacer en la vida? —insistió su tío Cayo.

—Me gustaría ser como el segundo de esos hombres, tío. Cuanto más alto llegue como persona y como servidor público, mayor será la consideración de que goce mi familia.

—Pero deberías ganarte también el reconocimiento del emperador y de quienes lo rodean que, sabedores de que en ellos se apoya, se aferran al poder con uñas y dientes. Ni el uno ni los otros se fiarían mucho de un hombre que los eclipsase. Así que mucho ojo con servir demasiado bien a Roma. Después de todo, ¿qué haría un emperador con un general triunfador? —Cayo guardó silencio un momento, mientras partía otro trozo de pan antes de pasarle la hogaza a su sobrino—. El primero de los hombres que te he descrito —añadió, mientras mojaba el pan en el aceite— se traslada a Aquitania, provincia que administra el senado, que no el emperador, y se contenta con pasar un año placentero construyendo calzadas y llenándose los bolsillos con lo mejor que pueda ofrecerle esa tierra, gracias a las sustanciosas ganancias que obtiene de los lugareños a cambio de pequeños favores.

—Pero eso no está bien —lo interrumpió Vespasiano.

—¿Por qué lo dices?

—Porque abusa de la posición que ostenta en su propio beneficio.

—Querido muchacho, ¿de qué guindo te has caído? —dijo, atragantándose de risa—. No se trata de eso. Se sirve de la posición que ostenta para enriquecerse. A fuerza de favores, obras públicas, juegos, celebraciones y otras minucias, ¿acaso te haces una idea de lo que cuesta medrar en esta ciudad y conseguir el apoyo del senado y del pueblo de Roma? Verdaderas fortunas, hijo mío, así, en plural. Y si no has tenido la suerte de nacer de ilustre cuna, ¿qué te queda? Pides dinero prestado, dineros que tendrás que devolver y con intereses. Nada esperas con tal de servir a Roma. Lo que hacemos por Roma lo hacemos por amor, claro está —añadió mirando a Vespasiano con dureza para ver si su sobrino se había dado por enterado, antes de continuar—: De modo que el primero de nuestros hombres vuelve a Roma con la bolsa repleta de oro. Casi desapercibido, regresa a la ciudad con un arcón rebosante de denarios.

Como no ha tenido tropas bajo sus órdenes, no representa ningún peligro ni para el emperador ni para quienes lo rodean. Piensa ahora en el segundo de esos hombres, que también vuelve a casa, pero cubierto de oro y gloria, y recibe las insignias del triunfo de manos de un emperador agradecido, provocando, de paso, el recelo de quienes lo rodean. Nada de aspirar a algo que se parezca ni de lejos a un retiro tranquilo, nada de eso. El emperador prefiere tener cerca, observados y vigilados, a quienes puedan representar una amenaza para su poder —Cayo guardó silencio y miró de nuevo a su sobrino—. Y ahora dime, muchacho, ¿sigues queriendo ser como el segundo de los hombres que te he descrito?

—Así es, tío —repuso Vespasiano—. Al menos tiene la satisfacción de saber que ha hecho cuanto ha podido por servir a Roma y enaltecer el nombre de su familia.

—¿Acaso no lo he hecho yo?

—¿Cómo dices?

—Creía que ya lo habías entendido. Yo soy como el primero de nuestros dos hombres, Vespasiano —exclamó Cayo, dándole una palmada en el hombro—. No te preocupes, no tiene importancia. Elegí mi camino, igual que tú te dispones a seguir el tuyo. Preferí pasar desapercibido, razón por la que, dicho sea de paso, he conservado mi acento provinciano. Al oírlo, los patricios me miran por encima del hombro y, en consecuencia, no me ven como una amenaza —dijo mirando a su sobrino a los ojos—. Hoy tendrás la oportunidad de conocer a una de las mujeres más poderosas de Roma. Si le causas buena impresión, ella podría servirse de su influencia, que es mucha, para echarte una mano si llegaras a verte en una situación comprometida. Quiero que te des cuenta de las consecuencias de haber merecido su atención y de la deuda que contraes con ella, porque los poderosos no suelen ser muy indulgentes con nosotros, pobres mortales.

* * *

Sólo de pensar que iba a ver a Caenis de nuevo, Vespasiano tenía la sensación de que el tiempo no pasaba lo suficientemente deprisa, o se le antojaba más largo de lo normal ante la perspectiva aterradora de entablar una conversación con Antonia. Aparte de una furtiva mirada cuando, hacia el mediodía, abandonó el palco con su ama, Caenis no había vuelto a posar los ojos en él durante el resto de las carreras. Aquel destello fugaz bastó, sin embargo, para que dejase de prestar atención al espectáculo, que sólo recordaba como una confusa mezcla de ruido, galopadas y polvo.

Por fin llegó la hora de partir. Tito y Vespasia salieron a despedirlos.

—Recordad que sólo debéis hablar cuando os dirijan la palabra —les hizo hincapié su madre—. Un imitado discreto y correcto siempre tendrá más probabilidades de volver a ser invitado que un parlanchín petulante.

Cayo y los dos hermanos se fueron Quirinal abajo y remontaron las exclusivas

laderas del Palatino. Vespasiano no había visto nunca mansiones tan imponentes. Algunas eran de dos alturas, con largas escalinatas de mármol que subían hasta grandiosas entradas de puertas doradas. Más separadas entre sí que en el Quirinal, cada residencia disponía de su propio jardín arbolado, de forma que, bajo el sol del final de la tarde, el recinto se asemejaba a un parque.

El senador se detuvo ante una gran casa de una sola planta que, si bien espléndida y grandiosa, era menos ostentosa que las mansiones que se veían a su alrededor: los muros enjalbegados no tenían ventanas, la entrada era sencilla, y por lo general carecía de oropeles innecesarios.

Su tío llamó a la puerta. Un chirrido procedente del interior dejó al descubierto la ranura de la mirilla y, por un instante, dos ojos oscuros los estuvieron observando. Un joven portero de aspecto más que saludable les franqueó la puerta y, sin decir palabra, los invitó a entrar. Pasaron a un amplio atrio de techos altos, donde, ataviado con un quitón, una túnica griega de color azul pálido, los esperaba un hombre de veintitantos años, cabellos oscuros, fornido y con barba.

—Encantado de daros la bienvenida, amos —dijo, con una leve inclinación de cabeza.

—Me alegro de verte, Palas —contestó Cayo, a quien nunca dejaban de sorprenderle los modales del joven intendente.

—Si tenéis la bondad de acompañarme, pronto estará lista la cena.

Los precedió a lo largo del atrio, una estancia espaciosa, con el suelo de mármol pulido de tonos rosa y blanco, adornada con elegantes estatuas y bustos de mármol veteados y bronce. A lo largo de las paredes y alrededor del estanque central, había muebles de delicada factura: unos divanes de madera tallada con incrustaciones de marfil estaban colocados en torno a unas mesas, también de mármol, que descansaban sobre doradas patas de leones o grifos. A ambos lados del atrio, unos amplios pasillos conducían a no menos amplios salones de recibir, a una biblioteca y un recinto de baños privados.

Salieron a un frío jardín porticado, donde unos cuidados matorrales y arbustos, podados con mimo para el invierno, esperaban la llegada de la primavera, momento en el que florecerían en un estallido de color. Al llegar a un extremo de los soportales, Palas llamó a una puerta reluciente, recubierta de laca negra.

—Adelante —dijo, desde dentro, una voz enérgica.

Palas abrió la puerta y, con respeto, se dirigió a su ama:

—*Domina*, el senador Cayo Vespasio Polión, y sus sobrinos, Tito Flavio Sabino y Tito Flavio Vespasiano.

—¡Cayo, no sabes cuánto me alegra verte por aquí! —exclamó la dama, al tiempo que se adelantaba con la mano tendida. Vista de cerca, para ser una mujer de sesenta años, era mucho más hermosa de lo que Vespasiano jamás se hubiera imaginado: su oscuro cabello, recogido en intrincadas trenzas sujetas con preciosos alfileres, destacaba bien alto en su cabeza; en la piel, todavía tersa, sólo se le apreciaban

algunas arrugas alrededor de sus ojos verdes y chispeantes; casi sin maquillar, sus pómulos altos, su barbilla enérgica y sus labios carnosos apenas si necesitaban retoques.

—Es un honor que nos hayas distinguido con tu invitación, *domina* —respondió Cayo, con una inclinación de cabeza.

Antonia se volvió entonces a los dos hermanos. Sabino le sostuvo la mirada.

—Sé bienvenido a mi casa, Sabino. Mi cuñado, el emperador, me ha hablado de tu arrojío durante la reciente revuelta de África —le dijo con una sonrisa, mientras el joven se sonrojaba de orgullo—. Debes de haber dado muestras de un comportamiento ejemplar para que hasta el mismísimo emperador haya reparado en ti.

—Si ya es un honor que mi nombre le suene, imagínate si habla bien de mí —repuso Sabino.

—Reconocer los méritos de cada cual es uno de los principios que sigue a rajatabla, aparte de estudiar con atención las aptitudes de los jóvenes oficiales que destacan. ¿Cómo, si no, sabría a quién poner al frente de los ejércitos, garantía de la paz que disfruta nuestro imperio?

—Tienes toda la razón, *domina* —intervino Cayo—. El emperador lee todos los despachos que le envían sus legados en las legiones. Que Sabino haya figurado en alguno de ellos es un honor para nuestra familia.

Antonia miró entonces a Vespasiano.

—Así que éste debe de ser el muchacho que tiene en vilo a mi sirvienta —dijo, con fingida gravedad. Incapaz de pensar una respuesta sensata, Vespasiano no se atrevía a levantar los ojos del mosaico del suelo, hasta que la mano delicada de Antonia vino en su ayuda sacándole del apuro—. No te preocupes, Vespasiano, no me parece mal. Lo normal es que cualquier joven de tu edad, y más si es bien parecido como tú, rompa los corazones de las muchachas a su paso.

Vespasiano le sonrió con gratitud. Nadie le había dicho nunca que era un chico bien parecido.

—Gracias, *domina* —acertó a decir.

—Adelante, y poneos cómodos, mientras esperamos al comensal que falta.

Los invitó a entrar a una estancia presidida por un enorme ventanal que, para mayor sorpresa de Vespasiano, estaba acristalado. El sol del atardecer se colaba a raudales a través de unas lascas de vidrio casi traslúcidas, encajadas en las nervaduras de una especie de celosía, que permitían atisbar una imagen curiosamente deformada de los jardines. Junto al ventanal, tres divanes de piel de color claro, con respaldos de nogal tallados con primor, reposaban sobre unas livianas patas de bronce, dispuestos en torno a una mesa baja, también de nogal, tan perfectamente pulida que, reflejados en ella, los rayos del sol centelleaban entre los frescos que adornaban el techo. En un extremo de la estancia, se veía un macizo escritorio de roble, cubierto con un paño de color marrón, en el que se hallaban unos rollos de papiro. Al lado, en el suelo, delante

de un fresco de motivos pastoriles, había un recio cofre de hierro con adornos de cobre y sólidos cerrojos a ambos lados.

Antonia dio una palmada. De detrás de una cortina que quedaba a su izquierda, salieron tres esclavas que esperaron a que los hombres se despojasen de las togas, antes de ponerlas a buen recaudo.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una vez más Antonia.

Palas anunció:

—El cónsul Marco Asinio Agripa, *domina*.

—¡Cónsul, qué gran honor! —exclamó Antonia, cuando la retaca y calva silueta de Asinio apareció en la estancia.

—Lo mismo digo —respondió el aludido, mientras con unos ojos inquietos y oscuros dedicaba una rápida mirada al resto de los comensales para cerciorarse de que sólo estaban los que le habían anunciado, y a continuación añadió—: Espero que estés bien, senador.

—Gracias, cónsul, creo que nunca me había sentido mejor —contestó Cayo—. Si me lo permites, voy a presentarte a mis sobrinos Sabino y Vespasiano.

—Encantado de saludaros —dijo Asinio, con una leve inclinación de cabeza, al tiempo que dejaba la toga en manos de una esclava que esperaba a sus espaldas.

—Amigos míos, poneos cómodos y pasemos a cenar —intervino Antonia, dirigiéndose al diván que estaba en el centro—. Cónsul, Cayo y tú os colocaréis a este lado —dijo señalando el diván de los invitados distinguidos, el que estaba situado a la mano derecha de la anfitriona—. Los muchachos tomarán asiento a mi izquierda.

Palas retiró la cortina, y aparecieron de nuevo las esclavas para retirar las sandalias de los invitados y lavarles los pies, calzándoles a continuación con las babuchas que cada uno, por su lado, había llevado; una vez que los comensales se hubieron tumbado en los divanes, extendieron ante ellos unas enormes servilletas blancas.

Las esclavas se llevaron las sandalias, y aparecieron otras cinco con cuchillos, cucharas, platos y unos cuencos para beber. A Vespasiano el corazón le dio un vuelco al comprobar que la última era Caenis, que iba a atender a su ama. Trató de no mirarla cuando se inclinó sobre la mesa y su sencilla túnica dejó al descubierto su busto, mostrando dos hermosos pechos de delicados pezones sonrosados, que se mecían suavemente de un lado a otro mientras disponía los cubiertos y el resto de los utensilios delante de su ama. Vespasiano sintió cómo la sangre se le agolpaba en la entrepierna y trató de acomodarse en el diván para no dar el espectáculo. Antonia reparó en el nerviosismo del joven; imaginándose cuál era el motivo, sonrió para sus adentros.

—Cónsul, me veo en la incómoda situación de ejercer como anfitriona sin tener a mi lado a un anfitrión que me eche una mano, de modo que te agradecería que te hicieses cargo de semejante responsabilidad y seas tú quien indique cómo rebajar el

vino.

—Faltaría más. Será un placer —dijo Asinio, mientras dirigía una mirada a Palas—. Comenzaremos con una cuarta parte de vino y tres cuartas partes de agua.

El intendente asintió e hizo una seña a las esclavas que, pacientemente, aguardaban detrás de los comensales para traer el primer plato. A fin de no agravar lo que ya le suponía un problema de dimensiones no desdeñables, Vespasiano hizo un esfuerzo por no mirar a Caenis cuando ésta salió de la estancia, y se maldijo a sí mismo por haberse encaprichado de una esclava con la que ni siquiera podía hablar estando en el mismo aposento, y menos aún soñar con poseerla.

Con las formalidades de rigor, la cena transcurrió en un ambiente sosegado. Tras la *gustatio*, les sirvieron una bandeja de enormes langostas con una guarnición de espárragos, a las que siguieron unos salmonetes traídos de Córcega; después hígado de oca con trufas y setas, y, para finalizar, jabalí asado con salsa de vino y cominos.

Antonia trajo a colación una retahíla de asuntos intrascendentes, dando siempre tiempo a que sus invitados expresasen la opinión que les merecían y escuchando con especial atención las de Asinio en caso de que fueran discrepantes. Vespasiano fue serenándose y, aparte de algunas miradas a Caenis, más tranquilo, disfrutó de la cena, interviniendo en la conversación en contadas ocasiones y de forma un tanto atropellada. Atendidos en todo momento por las serviciales esclavas que se movían a su alrededor sin hacer ruido, pasaron una velada de lo más agradable. Para cuando llevaron los platos de peras, manzanas e higos, el sol ya se había puesto; encendieron las lámparas y, a pesar de la agradable gloria que discurría bajo el suelo, trajeron un par de braseros portátiles para caldear más la estancia. Privado ya de luz natural, el ambiente se tornó más acogedor, y la conversación fue animándose, debido en parte a la decisión de Asinio de disminuir la cantidad de agua añadida al vino.

Tras comprobar que los comensales estaban servidos, Palas hizo una seña a las esclavas para que se retiraran. Se aseguró de que ninguna se hubiera quedado en el cuarto del servicio tras la cortina o al otro lado de la puerta, dirigió un gesto de asentimiento a Antonia con la cabeza, y se retiró a un rincón en penumbra de la estancia donde, de forma discreta, se dispuso a permanecer, atento a cualquier indicación de su ama.

Antonia cogió una pera y comenzó a pelarla con el cuchillo.

—Bueno, ha sido una velada muy agradable. Pero ya te imaginarás, Cayo, que no te he invitado a ti y a tus encantadores sobrinos para hablar de la reciente campaña de África, ni de las carreras, ni de los abusivos precios que hoy se pagan por los buenos esclavos. Hay un asunto político que debemos abordar con la mayor urgencia, esto es, el cada vez mayor ascendiente que Sejano ejerce sobre el emperador: si nadie le pone freno, no tardará en hacerse con todo el poder —hizo una pausa, dejó la piel de la pera a un lado, cortó un trozo y se lo llevó a la boca—. Supongo que nuestro estimado cónsul no tendrá inconveniente en hacerte un breve resumen de la situación.

Asinio asintió y, tras soltar un sonoro eructo, comenzó a hablar.

—Por supuesto, pero antes quiero darte las gracias por tan espléndida cena — tomó un sorbo de vino, lo paladeó con deleite y dijo—: Cuando, tras los desastres de los años de la guerra civil, el divino Augusto tomó la decisión de crear la guardia pretoriana, lo hizo con el propósito de dotar a la ciudad de una fuerza capaz de hacer frente a los peligros que, desde el exterior, pudiesen suponer las legiones rebeldes y, al mismo tiempo, estrangular la amenaza que, desde el interior, representaban los agitadores que, como hongos, proliferaron en los últimos días de la república, sin perder nunca de vista lo más importante, a saber, el mantenimiento del poder del emperador. De ahí que, con la prudencia que lo caracterizaba, decidiera nombrar dos prefectos para la mencionada guardia, de forma que ninguno de los dos llegase a ostentar demasiado poder. Sejano fue designado para el puesto durante el último año de Augusto, cargo que compartió con su padre, Lucio Sejo Estrabón, hombre honrado en el mejor sentido de la palabra, tanto es así que una de las primeras decisiones que, como emperador, tomó Tiberio fue la de nombrarlo gobernador de Egipto. Por desgracia, Tiberio no se ocupó de quién habría de sustituir a Estrabón, de manera que desde hace más de diez años, Sejano, él solo, está al frente de la guardia pretoriana, tiempo que ha aprovechado para ganarse por completo la confianza del cesar —hizo un alto para tomar otro sorbo de vino, y continuó—: Y ahora, tras los inesperados fallecimientos de tu añorado Germánico, *domina*, y de Druso, el hijo del emperador, piensa que ha llegado el momento de intrigar para convertirse en el heredero de Tiberio.

—¿Inesperados? ¡Puaj! —dijo Antonia, lanzando un escupitajo ante la asombrada mirada de Vespasiano. Durante toda la velada se había comportado como una anfitriona perfecta, amable, pausada y pendiente de los comensales; pero, en aquel preciso instante, tuvo ocasión de observar un destello del carácter que la había convertido en la mujer más influyente de su generación, una mujer de armas tomar—. A mi hijo Germánico lo envenenó el gobernador de Siria, Galpurnio Pisón, obedeciendo órdenes de Sejano y, aunque no tengo pruebas, es posible que lo hiciera hasta con el visto bueno del propio Tiberio. De todos modos, a mi modo de ver, el suicidio de Pisón durante el proceso que se inició contra él constituye una prueba irrefutable de su culpabilidad. En cuanto a Druso, su esposa Livila, esa arpía traicionera que es hija mía, a la que amamanté, envenenó a su marido y, aunque tampoco tengo pruebas, estoy segura de que eso fue lo que pasó. Sejano y ella son amantes; él tuvo el atrevimiento de solicitar el consentimiento del emperador para casarse con ella este año. Tiberio se lo negó y les prohibió que volvieran a verse. Sin embargo, sigue siendo la amante de Sejano, aunque los dos actúan con taimada cautela para que nada llegue a oídos de Tiberio.

—Me dejas de piedra, *domina* —dijo Cayo, tratando de asimilar el alcance de tales confidencias—. Lo que acabas de dar a entender es que nada lo detendría si se propusiese acabar con la vida del emperador.

—No, es demasiado astuto para exponerse hasta tal punto —repuso Antonia—.

Sabe que si lo hiciera y tratase de hacerse con la púrpura, el senado y la mitad de las legiones se alzarían contra él, y nos veríamos abocados a largos años de guerra civil.

—Ha demostrado ser mucho más listo de lo que creernos —aseveró Asinio, con una sonrisa—. Se las ha arreglado para librarse de Tiberio sin tener que matarlo.

—Pero si ayer mismo estaba en el Circo Máximo —apuntó Vespasiano, un comentario completamente fuera de lugar.

—No te falta razón, muchacho. Allí estaba, pero seguramente por última vez —dijo Asinio, tomando otro sorbo de vino—. Durante los dos últimos años, hemos asistido a un claro incremento de los procesos por traición, la mayoría de ellos sustentados en acusaciones falsas que, de todos modos, han concluido en condenas. De eso se ha servido Sejano para llevar al emperador a ver conspiraciones hasta debajo de las alfombras. De sobra sabe que nunca ha sido un hombre popular; es más, nunca se ha sentido seguro desde que las legiones del Rin se alzaron contra él cuando accedió al trono. Trató de congraciarse con el senado, dejando en sus manos las decisiones políticas, tanto las internas como las tocantes a nuestras relaciones con otros pueblos, dando por buenas las votaciones aunque fueran en contra de sus intereses, incluso cedía el paso a los cónsules cuando se los cruzaba por la calle. Ahora, sin embargo, piensa que esa política se ha vuelto en su contra, que el senado considera su actitud conciliatoria como una muestra de debilidad por su parte, y que está tratando de deponerlo.

—En cuanto a Tiberio —añadió Antonia—, no hay mejor prueba que las condenas dictadas por los tribunales en los procesos por traición.

—¡De modo que todo es un montaje! —acertó a decir Cayo, sin dejar por eso de admirar la belleza de semejante estrategia.

—Desde luego; desaparecidos los dos herederos naturales, Sejano se las ha arreglado para convencerlo de que el senado trata de reinstaurar la república, algo por lo que ya hace unos cuantos años Tiberio denunció ante Augusto a su propio hermano, el marido de Antonia, cuando éste mencionó tal posibilidad en una carta privada. La jugada de Sejano es perfecta: ha presentado pruebas a Tiberio que lo reafirman en sus peores temores, ocultándole de paso la naturaleza de la verdadera amenaza que se cierne sobre él. Apelando a su seguridad, le ha aconsejado que con el nuevo año, una vez que los nuevos cónsules hayan jurado sus cargos, abandone Roma y fije su residencia oficial en Capri.

—Sin embargo —apuntó Cayo, pensando que había encontrado un resquicio en aquel plan tan bien urdido—, si el emperador, la única persona que lo protege, se va, Sejano estará en el punto de mira de los ataques de los senadores.

—En circunstancias normales, no te diría que no —apuntó Antonia, más tranquila—. Pero Sejano ha logrado convencer a Tiberio para que designe como cónsules a Gneo Cornelio Getúlico y a Gayo Calvisio Sabino.

—Estoy al tanto. Ninguno de los dos es gran cosa. Getúlico escribe poemas obscenos que hacen las delicias de la milicia; Calvisio Sabino es un poco retrasado.

—¿Un poco, dices? —replicó Antonia, muerta de risa—. A su lado, hasta mi hijo Claudio parecería un dechado de talento.

—Así las cosas, ¿quién estará al frente del senado a lo largo del año que está a punto de empezar? —hizo notar Asinio—. Un idiota y un hombre que es popular entre la soldadesca, cuya hija, mira tú por dónde, va a desposarse con el hijo mayor de Sejano.

—¡Vaya! —dijo Cayo, boquiabierto.

—¡Y que lo digas, amigo mío! —le hizo coro Antonia—. Pero aún hay más.

Vespasiano y Sabino intercambiaron una muda mirada, preguntándose qué otras intrigas habría urdido Sejano y, sobre todo, qué pintaban ellos, muchachos rústicos y poco avezados, en tan enjundiosa conversación.

—Tiene todos los hilos en la mano. Es un plan perfecto —reconoció Cayo, realmente sorprendido—. Tiberio, en una isla apartada y custodiado por los pretorianos, que sólo le transmitirán las novedades que Sejano les dicte. El senado, dirigido por un tonto, incapaz de limpiarse el culo si no tiene a mano las instrucciones para tan intrincada operación; y, finalmente, alguien que es casi de la familia. Brillante. ¿Hay algo que no haya tenido en cuenta?

—El ejército —dijo Vespasiano pausadamente.

—Exacto, muchacho, eso es, el ejército —dijo Asinio, mirándolo con respeto y lanzando una mirada de aprobación a Antonia—. Ése es el problema que le queda por resolver, pero ya se ha puesto manos a la obra.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Vespasiano.

—¿Quién estaba detrás de la revuelta de Tacfarinate el año pasado poniendo a su disposición las decenas de millares de denarios recién acuñados que se encontraron en sus arcas? ¿Quiénes instigaron la rebelión en Tracia contra nuestro aliado el rey Remetalces, que aún sigue? ¿Por qué los enviados de los partos que vinieron a Roma este año, tras haber zanjado los asuntos que habían venido a tratar con el emperador y el senado, celebraron una reunión secreta con Sejano? Los conflictos fronterizos mantienen ocupados a nuestros ejércitos y, cuanto más numerosos sean, más ocupados estarán, tanto como para no darse cuenta de lo que pasa en Roma. Os apuesto lo que queráis a que este año padeceremos unas cuantas incursiones de las hordas del otro lado del Rin y del Danubio, y que observaremos algunos movimientos de los partos a las puertas de Armenia. Nada me extrañaría incluso que la invasión de Britania se convirtiera en el eje central de la política de nuestro emperador: otras cuatro legiones ocupadas para cuando Sejano se decida a hacerse con el poder. Así, cuando a Tiberio le llegue su hora, el todopoderoso Sejano se encontrará en posición ideal para asumir la regencia hasta la mayoría de edad de uno de los nietos del emperador, ya que a uno de ellos le corresponderá llevar la púrpura.

—Y una vez nombrado regente, con el apoyo de la guardia pretoriana, ya se las arreglará para que le otorguen poderes tribunicios y ya no habrá nada que hacer —dijo Cayo, con una sonrisa preñada de amargura—. Es listo, muy, pero que muy listo.

Un hombre digno de admiración.

—Y tanto que sí —aseguró Asinio—, y lo que es más importante, un hombre al que respeto, porque es capaz de ver las cosas a largo plazo. Paciente para disimular su astucia, sutil para enmascarar su crueldad. Un adversario formidable que, por el bien de Roma, ha de ser aniquilado. El problema es que no disponemos de pruebas irrefutables que podamos usar contra él. Necesitamos tiempo para reunirías y, en ese sentido, Antonia y yo hemos pensado en ti para que nos eches una mano.

—Si no presentamos pruebas, Tiberio ni me escuchará, y pensará que sólo busco la forma de vengarme de Sejano, a quien culpo de la muerte de mi hijo —precisó Antonia.

Cayo asintió con la cabeza para dar a entender que se hacía cargo. Asinio fue a servirse un poco más de vino, pero descubrió que el cuenco que contenía la mezcla de vino y agua estaba vacío. Antonia echó una mirada al intendente que, sin decir palabra, seguía en el rincón.

—Palas, ten la amabilidad de traernos un poco más de vino.

El criado inclinó la cabeza y desapareció tras la cortina. Un instante después, oyeron un grito y el estruendo de una vasija al estrellarse contra el suelo. Vespasiano y Sabino se pusieron en pie de inmediato y se precipitaron al cuarto destinado al servicio, donde, a pesar de la penumbra, acertaron a distinguir a Palas forcejeando con alguien en el suelo. Sabino agarró al hombre por la espalda, lo apartó del sirviente griego y lo puso de cara contra el suelo. Le clavó la rodilla en la espalda a la altura de los riñones, le echó la cabeza atrás tirándole del pelo, y le aplastó la cara contra las losas del suelo; el intruso emitió un grito sordo y se quedó inmóvil: en el impacto se había roto la nariz y la mandíbula.

—¿Quién es? —preguntó Antonia, asomándose a la entrada del cuarto.

—No lo sé —acertó a decir un Palas todavía jadeante—. Estaba tan oscuro que no he llegado a verlo.

—Traedlo aquí —dijo, mientras retiraba la cortina; Sabino y su hermano arrastraron al hombre por los pies, dejando atrás un charco de sangre en el que flotaban unos cuantos dientes rotos. A la luz de las lámparas que alumbraban el aposento, le dieron la vuelta—. No sé quién es —dijo la dueña de la casa—; con ese aspecto, ni su propia madre podría reconocerlo.

Aquella cara ensangrentada era, en efecto, todo un espectáculo: la nariz aplastada hacia un lado; trozos de dientes incrustados en los labios tumefactos; la mandíbula, desencajada, colgando de cualquier manera.

—¡Palas, Palas, ven aquí ahora mismo!

—Voy, ama; lo siento —masculló el intendente al otro lado de la puerta; cojeando, entró en la estancia y echó un vistazo al intruso.

—¿Quién es? —se impacientó Asinio.

—Eumenes, el portero.

—¡Uno de mis esclavos! —exclamó Antonia, fuera de sí—. ¿Cuánto hace que lo

compré?

—Menos de un año, ama. Empezó como esclavo de la mansión. Él y su hermano tomaron la decisión de irse de Creta, de donde proceden, en busca de fortuna, y acabaron por venderse como esclavos con la esperanza, imagino, de que un día serían libres y ciudadanos romanos. Asombrado por la valentía que habían demostrado, hace unos tres meses le ordené que estuviera al cuidado de la puerta. No sabes cuánto lo siento, ama. Es probable que, desde entonces, haya pasado una relación de las personas que han venido a verte.

—Eso es lo de menos, en este momento. ¿Cuánto tiempo crees que habrá estado escuchando lo que hablábamos?

—No mucho, ama, porque de vez en cuando he echado un vistazo detrás de la puerta y la cortina.

—Vamos a enterarnos de lo que sabe y del nombre de la persona para la que trabaja.

Capítulo X

Para cuando volvió en sí, Eumenes estaba desnudo y atado con correas encima de la mesa del cuarto que utilizaban los criados. Se quejó a voz en grito, pero sus lamentos enseguida cesaron: con la mandíbula rota, cualquier gesto bastaba para que el dolor se le hiciera insoportable. Notó una mano fuerte que le estrujaba los genitales y, aterrorizado, abrió los ojos. Borroso, entre la sangre, contempló el rostro inquisitivo de su ama.

—Ahora, minúscula mierdecilla desleal —susurró Antonia con los dientes apretados—, vas a decirme por qué me estabas espiando —y a continuación le apretó los testículos con todas sus fuerzas hasta hacerle gritar de dolor, mientras los cinco hombres que estaban a su lado, sin querer, no sabían cómo contener un gesto de lástima.

Sin acabar de creérselo, Vespasiano observaba a Antonia mientras apretaba y aflojaba la mano. Nada en su rostro indicaba que disfrutase con lo que estaba haciendo: era un gesto que repetía con determinación calculada. Nunca toleraría que nadie se interpusiese en su camino. Por fin, lo soltó y cesaron los alaridos. Se limpió las uñas ensangrentadas con un trapo. Con desprecio, contempló el pecho jadeante del esclavo.

—Bueno, Palas —dijo con gesto adusto—; puesto que parece que no quiere responder a mi pregunta por las buenas, veamos si, por las malas, se aviene a razones.

El asistente dedicó un gesto de asentimiento a su ama y, con ayuda de unas tenazas, sacó un trozo de carbón al rojo vivo de uno de los braseros. Se lo enseñó al portero que, aterrorizado, volvió la vista a otro lado. Palas dirigió una mirada a su ama.

—Adelante —le ordenó ésta.

Hasta Vespasiano llegó el olor a carne quemada, a medida que el tizón churruscaba la piel del muslo del esclavo y se incrustaba en el músculo. Sus gritos retumbaban por toda la mansión.

—Déjalo donde está y coge otro.

Palas la obedeció y repitió la misma operación, pero esta vez en la barriga del portero que, entre alaridos, se retorció de dolor, sin soltar prenda.

—Otro más —gritó Antonia, cada vez más irritada.

Vespasiano se acordó del muchacho crucificado. ¡Qué fácil era infligir dolor a una persona indefensa! Sabino sonreía con ferocidad. Tensos y ceñudos, Asinio y Cayo contemplaban la escena: ambos sabían que sus vidas dependían de la confesión del esclavo.

Cuando el tercer tizón le abrasó el pezón derecho, Eumenes perdió el sentido. En la estancia no se oía ni el vuelo de una mosca. Todos miraban aquel cuerpo retorcido y humeante, sin dejar de preguntarse qué clase de lealtad o de terror más allá de aquellos muros podía llevarle a soportar tales sufrimientos.

—Retira los carbones y haz que vuelva en sí —dijo Antonia sin vacilar—. Vamos a ver si, en lugar de quemaduras, prefiere unos cuantos cortes.

Palas le arrojó un barreño de agua por encima; salió humo de la carne quemada.

—Habrás que ir con cuidado para no excedernos —comentó Cayo, nervioso—. No queremos que se nos muera.

—¿Acaso piensas que es la primera vez que torturo a un esclavo? —le replicó Antonia, exasperada.

—Te pido disculpas, *domina*.

Dos barreños de agua bastaron para que el desdichado volviera en sí. Comenzó a gemir.

—Enséñale el cuchillo —ordenó Antonia, arrastrando las palabras.

Palas blandió una larga y estrecha hoja, curva y afilada como una cuchilla, y la sostuvo ante los ojos de Eumenes que, aterrorizado, se quedó mirando el pulido instrumento en el que se reflejaba el rojo resplandor del brasero.

—Ten por seguro que acabarás por hablar —dijo Antonia, con voz pausada y amenazante—. Sólo de ti depende el número de orejas, dedos o huevos que quieras que te queden cuando lo hagas.

—No puedo —susurró.

—¿Qué te lo impide?

—Tienen a mi hermano.

—¿Quiénes?

Eumenes negó con la cabeza.

—Empieza por las orejas.

Palas le agarró la cabeza con la mano izquierda y se la acercó.

—¡No, no! —suplicó el portero.

Un destello del cuchillo, un golpe sordo, y la oreja fue a parar encima de la mesa que, al instante, se empapó de sangre.

—La otra.

Palas apartó la cabeza del esclavo y dejó al aire el otro lado de la cara.

—Hará cosa de dos meses —gritó Eumenes, a pesar de tener la boca rota—, un hombre llamó a la puerta.

Antonia alzó una mano y le hizo un gesto a Palas para que se detuviese.

—¿Quién era? —lo apremió.

—Hasdro, el liberto de Sejano. Me entregó un paquete; me dijo que lo abriera cuando estuviera a solas, que volvería más tarde y que, entonces, me diría lo que tenía que hacer. Una vez en mi cubículo, lo abrí, como me había dicho —echaba bocanadas de sangre que le corrían por las mejillas mientras hacía denodados esfuerzos por hablar.

—¿Qué contenía? ¡Suéltalo ya! —le instó Antonia.

—Una mano con un anillo, por el que supe que era la de mi hermano —resolló Eumenes, quien, a pesar del dolor que sentía, se puso pálido al recordarlo.

—¿Qué te dijo cuando se presentó de nuevo? —le apremió Asinio, con los labios apretados; se notaba que tenía prisa por liquidar el asunto.

—Me dijo que tenía que recordar los nombres de todas las personas que venían a verte. Nada de listas, como si no supiera escribir. Ya me entiendes.

—Sí, muy bien. Continúa —insistió Antonia, a quien poco interesaban en aquel momento las habilidades del esclavo como calígrafo.

—Alguien se pasaría por aquí de vez en cuando, y yo habría de darle los nombres. De lo contrario, mi hermano perdería la otra mano —dijo entre sollozos al recordarlo.

—Si sólo te pidió nombres, eso no explica por qué nos estabas espiando —aseveró Asinio.

—Cuando ese hombre vino ayer, comprobó que, por tercera vez en las cinco últimas ocasiones, figuraba tu nombre. Me dijo que escuchara vuestras conversaciones la próxima vez que vinieras por aquí, y que procurase que la información mereciera la pena, si no quería que mi hermano lo pasase muy mal.

—¿Quién es el amo de tu hermano? —inquirió Antonia.

—Es uno de los esclavos de la casa de tu hija, Livila.

—¡Víbora venenosa! —exclamó Antonia sin poder contenerse—. Espiando a su propia madre, husmeando en mis asuntos, pasándole toda la información a ese monstruo de Sejano, mientras él se la clava en ese culo agradecido, horadándola para sacarle información. Debí estrangular a esa zorrita el día que nació.

Tras semejante estallido, los hombres allí presentes guardaron silencio.

Antonia temblaba de rabia. Tratando de recuperar la calma echó un vistazo al acongojado Eumenes.

—Vamos ahí al lado para reflexionar sobre lo que nos acaba de decir. Amigos míos... —dijo, al tiempo que señalaba la puerta que estaba detrás de la cortina; volviendo la vista atrás, hizo a Palas un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

Mientras Vespasiano franqueaba la puerta, tuvo tiempo de escuchar el chasquido de un certero corte y las bocanadas de un postrer estertor. Sintió un poco de pena por el pobre Eumenes, pero se hizo cargo de que Antonia de sobra sabía que no podía mantenerlo a su servicio ni tampoco venderlo. Si, como les había contado, el portero hubiera satisfecho la curiosidad del agente de Livila, al individuo en cuestión no se le pasaría por alto que el esclavo había confesado, y su hermano perdería la otra mano, o algo peor. Por otra parte, si Antonia decidía venderlo, estaba claro que hablaría. Su muerte era, posiblemente, la única, si bien remota, esperanza que le quedaba a su hermano.

* * *

Se acomodaron de nuevo en los divanes, y Antonia le comentó al cónsul.

—Y bien, Asinio, ¿qué tienes que decir?

—Que nos ha sonreído la suerte —respondió, mientras se disponía a servirse un

poco más de vino, pero enseguida se acordó de que el cuenco estaba vacío, y Palas, ocupado en otros menesteres—. Si Sejano te está espiando, es probable que esté haciendo lo mismo con todos los parientes del emperador, puesto que no hay razón para que sospeche que ni tú ni ninguno de los tuyos esté tramando algo contra él. Si Eumenes le hubiera informado de lo que aquí se ha hablado esta noche, estaríamos en peligro. Pero no lo hará, como tampoco ninguna de las personas que han pisado esta casa. En ese sentido, podemos seguir adelante con los planes que nos habíamos fijado.

Los dos hermanos clavaron los ojos en su tío que, con la mirada, trató de decirles que podían estar tranquilos.

—Creo que no te falta razón, cónsul —dijo Antonia, tras reflexionar un momento—. Lo único que sabe de ti y de mí es que, a lo largo del último mes, has venido a verme unas cuantas veces. Debemos repetir esos encuentros con la misma asiduidad, de forma que piense que nada sabemos de sus intenciones. Pero hemos de ir con pies de plomo —se volvió a Cayo y le dijo con una sonrisa—: Me gustaría pedirte un favor.

—Lo que necesites, *domina*.

—Necesito poner algo a buen recaudo.

Se puso en pie y se acercó al arcón; sacó dos llaves de una cadena que llevaba colgada alrededor del cuello, las introdujo en los cerrojos que lo aseguraban por cada lado y las giró al mismo tiempo. Con un chirrido estridente, ambos saltaron y levantó la tapa.

—Para que Sejano pueda llevar a cabo sus propósitos, antes habrá de eliminar a todos aquellos que gozan de la consideración del emperador. Aunque no es mi intención dejar que me quiten de en medio, si eso pasase, estoy segura de que rebuscarían entre mis documentos y no dudarían en destruir unos cuantos —dijo mientras sacaba cuatro papiros del arcón—. Te entrego dos copias: una para el senado, y otra para el emperador. Llegado el caso, te encarezco que te asegures de que las lean.

—Confío en que nunca me vea obligado a hacer lo que me estás pidiendo. Pero las guardaré en un lugar seguro, que sólo yo conozco, durante el tiempo que consideres oportuno —aseveró Cayo, cogiendo los rollos.

—Creo que es hora de dar por concluida esta conversación —continuó Antonia, tras volver a ocupar su sitio, en el momento en que Palas, descompuesto todavía, hacía acto de presencia.

—Gracias a los dioses. Palas, tráenos más vino —le encargó Asinio al intendente, que asintió con la cabeza—. Sin tener pruebas de cargo contra él, y reunirías nos llevará su tiempo, no podemos plantar cara a Sejano. Lo que sí podemos hacer es entorpecer sus tejemanajes en el senado. En ese sentido, Cayo, te ruego que asistas a cuantas sesiones te sea posible, que expongas los más diversos puntos de vista y hables largo y tendido sobre los asuntos que allí se traten. He pedido lo mismo a otros

senadores y yo haré otro tanto, de modo que nadie pueda señalarte con el dedo. Explayándonos en asuntos puntuales, quizá seamos capaces de retrasar sus planes a largo plazo. Por nuestra parte, Antonia y yo, con la ayuda de nuestros confidentes, reuniremos pruebas irrefutables, y Tiberio habrá de reconocer la deslealtad del pretoriano. Cuando eso ocurra, puedes dar por hecho que ese consulado, con el que tanto tiempo llevas soñando, estará al alcance de tu mano.

—Puedes contar conmigo, cónsul —respondió Cayo con una sonrisa, más aliviado tras saber que lo único que se le pedía era que disertase, y cuanto más, mejor—. Pero ¿qué suerte les aguarda a mis sobrinos? Esta noche, han oído lo suficiente como para que Sejano trate de acabar con ellos, si alguna vez llega a enterarse de lo que aquí se ha hablado.

—A eso iba —guardó silencio un momento al ver que Palas volvía con el vino, llenó el cuenco y clavó la mirada en los dos inquietos muchachos—. Creo que puedo echarles una mano a ambos para que salgan adelante de la forma más conveniente para todos. Sabino, tras haber cumplido tu servicio como tribuno militar, supongo que aspirarás a ser uno de los veinte magistrados *iuniores* del *vigintiviratus*. Creo que puedo arreglar las cosas para colocarte en la ceca imperial. En ese puesto, estarás al tanto de los caudales del Estado y podrás controlar el uso que Sejano haga de los dineros públicos.

Sabino se dio cuenta al instante de cuál era el propósito del cónsul. Aparte de ser muy útil a Asinio, acumularía una experiencia considerable que le vendría muy bien para aspirar a un puesto de cuestor cuatro años más tarde, cuando llegase a los veinticuatro, la edad establecida para desempeñar tal cargo.

—Gracias, cónsul. Estoy en deuda contigo.

—Lo sé, no lo olvidaré, y espero que tú tampoco.

—Eso no ocurrirá —dijo Sabino, con una inclinación de cabeza.

—En cuanto a ti, Vespasiano, habrás de adquirir experiencia militar.

El muchacho notó que se le hacía un nudo en el estomago. Ni por lo más remoto esperaba tener la posibilidad de servir a Roma a poco de llegar a la ciudad.

—Escribiré a mi pariente Pomponio Labeón, legado imperial de la Cuarta Escítica, que sirve a las órdenes de Cayo Popeo Sabino, gobernador de Mesia, Macedonia y Aquea, y que está tratando de sofocar los levantamientos que se están produciendo en el vecino reino de Tracia, súbdito nuestro. No sé si simpatiza con nuestra causa, pero me debe algunos favores y te aceptará como tribuno militar en la legión que tiene bajo sus órdenes. Necesitamos pruebas de que Sejano apoya a las tribus rebeldes que tratan de deponer a nuestro amigo, el rey Remetalces. Debe de contar con algún agente en las legiones allí destacadas que les proporcione información y dinero. Desenmáscalo, y tráete a Roma las pruebas de que dispongas.

—Se trata de un asunto que me afecta de forma muy directa —intervino Antonia—. La madre de Remetalces, la reina Trifena, es prima mía y, además, una amiga muy querida. Mi difunto padre, Marco Antonio, era bisabuelo suyo. Conocí a

Remetalces cuando era niño. Vivió aquí, en mi casa, durante tres años, y le tomé mucho cariño. Si consiguieras la prueba de que Sejano está poniendo en peligro a mis parientes, lo consideraré como un favor muy especial por tu parte.

Vespasiano tragó saliva. Sin experiencia militar, ¿cómo iba a descubrir a un agente a sueldo de Sejano que, con toda seguridad, sería tan astuto y taimado como su jefe? Como si hubiese adivinado lo que estaba pensando, Antonia le dedicó una sonrisa.

—Tendrá que ser alguien como tú, Vespasiano, joven y sin experiencia. El espía te considerará como otro niño, otro joven tribuno que trata de abrirse paso en el ejército. Nunca te verá como una amenaza, y hasta es posible que trate de ganarte para su causa. De modo que no te fíes de nadie y mantén los ojos bien abiertos.

—Eso haré, *domina*, —contestó Vespasiano, sin tenerlas todas consigo.

—Confío en que, a lo largo de este mes, tendré vuestros nombramientos —añadió Asinio, tomando otro trago de vino—. Como sabéis, dentro de dos días dejaré el consulado y habrán de pasar algunos meses antes de que me incorpore a la provincia que se me asigne. De modo que habrá que darse prisa, amigos míos. Se trata de atrapar a una serpiente.

Capítulo XI

—Tito, tienes que decirles a los chicos que nos cuenten de qué hablaron durante la cena —le dijo Vespasia a su marido al día siguiente, mientras desayunaban. Ni por un momento se había creído lo que le contaran sus hijos y su hermano, a saber, que había sido una cena entre amigos, cuando daba la casualidad de que el cónsul era el único invitado aparte de ellos y que sus hijos habían conseguido lo que querían sin que les pidiera nada a cambio, aparte de recordarles que estaban en deuda con él—. Nunca he visto que nadie logre un ascenso sin que tercie alguna componenda, y me gustaría saber a qué se han comprometido.

—Tranquilízate, querida. Si nos están ocultando algo, y creo que así es —contestó Tito, dirigiendo una mirada de entendimiento a sus hijos—, será por nuestro bien. Antonia y Asinio se mueven en un mundo muy alejado del nuestro y, para nuestra tranquilidad, quizá sea mejor que no sepamos nada de los compromisos políticos que hayan aceptado.

—Por eso lo digo. Si se trata de algo que entraña algún peligro, ¿deberíamos estar al corriente! ¿Quién te asegura que no se han metido en líos que ni les van ni les vienen?

—Sea lo que sea lo que hayan acordado, es tarde para volverse atrás. No es posible cambiar de opinión con alguien como Antonia y luego esperar salir adelante en Roma, como si nada hubiera pasado. La suerte está echada. Deberíamos alegrarnos de que Sabino y Vespasiano hayan conseguido tan pronto aquello para lo que vinimos. Nuestra única preocupación ha de ser que conozcan al mayor número de personas influyentes antes de que Vespasiano se traslade al norte. Me hace ilusión ver al pequeño con el petate al hombro —con tales palabras dio por concluida aquella conversación, mientras sus dos hijos lo miraban con ojos agradecidos por haberse puesto de su lado, conscientes de que, si el paterfamilias les hubiese pedido que revelasen los términos del acuerdo que habían alcanzado, se habrían visto en una situación muy difícil.

No puso inconveniente, sin embargo, a que Vespasia, aun sin sacar nada en limpio, atosigase a Cayo a preguntas. Su hermano acudía a todas las sesiones del senado y, fiel a la promesa que le había hecho a Asinio, disertaba largo y tendido acerca de asuntos muy diversos que hasta entonces poco o nada le habían interesado, o incluso desconocía por completo, allanando el camino a otros senadores que, sin ambages, tampoco dudaban en hacer alarde de tan insospechado como renovado celo. Durante las veladas, organizó una serie de cenas por las que desfilaron los pretores, ediles y cuestores de aquel año, así como otros senadores y *equites*, caballeros romanos del orden ecuestre, que, según los casos, consideraba que podían ser útiles para las carreras de sus sobrinos, o perjudiciales, razón de más para tenerlos de su parte en lugar de evitarlos.

Un par de días después de los idus de enero, tras uno de esos banquetes, cuando ya todo el mundo se había ido, alguien llamó a la puerta. Cayo, pensando que uno de sus invitados se había dejado algo por descuido, fue a abrir y se encontró con Palas en el umbral.

—Buenas noches, amo. Lamento importunarte a estas horas —dijo el intendente griego en un latín impecable.

—Lo mismo te digo. Pasa. Supongo que has venido por encargo de tu ama.

—Así es —le confirmó Palas, echando un rápido vistazo al exterior y dirigiéndose al atrio—. Me he cerciorado de que nadie me siguiera hasta aquí. Se trata de un asunto de máxima urgencia que ha de tratarse con la mayor reserva.

—En ese caso, hablaremos en mi gabinete. Ven conmigo.

Se adelantó al intendente, cruzaron el atrio y se dirigieron al aposento, en el extremo izquierdo de la estancia. Al pasar por delante de la puerta abierta del triclinio, antes de entrar en el cuarto donde Cayo solía despachar sus asuntos en privado, Palas hizo una leve inclinación de cabeza a Sabino y Vespasiano que, junto con sus padres, seguían recostados alrededor de la mesa.

—¿Quién es ése? —les preguntó Vespasia a sus dos hijos—. Está claro que os conoce.

Ante la imposibilidad de negar la evidencia, Sabino respondió:

—Es el intendente de Antonia, pero no tengo ni idea de a qué habrá venido —añadió, adelantándose a la siguiente pregunta de su madre.

Vespasia se quedó mirando a su marido.

—Nada bueno ha de salir de una reunión que se celebra en secreto a altas horas de la noche —comentó con gesto sombrío—. Algo tendrá que ver, me imagino, con lo que estuvisteis hablando la otra noche.

Como para confirmar sus sospechas, en ese momento apareció su hermano.

—Vespasia, Tito, ¿tendríaís la bondad de disculpar a vuestros hijos un momento? Tengo que hablar con ellos de un asunto.

—¿Qué te dije? —subrayó Vespasia.

—Faltaría más, Cayo. Será un placer. Adelante, hijos —contestó Tito en tono afable.

—¡Un verdadero placer! —rezongó su madre en el momento en que Vespasiano salió de la estancia.

El gabinete de Cayo era un aposento más amplio de lo que recordaba. En la pared de enfrente, en una estantería de baldas rectas que llegaban hasta el techo y colocadas por orden, se amontonaban cientos de fundas cilíndricas de piel con los libros de su tío. El senador se sentó al otro lado de un escritorio de madera maciza que estaba en mitad del cuarto. A la tenue luz de dos lámparas de aceite y un brasero, Vespasiano distinguió unas estatuillas y unos dibujos que, conociéndolo como lo conocía a esas

alturas, supuso que eran del agrado de su pariente.

—Tenéis que ir con Palas ahora mismo a casa de Antonia —les dijo, sin pedirles que se sentaran siquiera—. Haréis todo lo que os pida, y creedme si os digo que se trata de un asunto de vital importancia.

—¿Qué ocurre, tío? —preguntó Sabino.

—Mejor que os lo cuente la propia Antonia. Mandaré recado a Magno y a los suyos para que vayan con vosotros. A estas horas, es poco recomendable andar por las calles sin escolta. No me explico cómo, viniendo solo, no te ha pasado nada por el camino, Palas.

—¿Qué va a querer nadie de un mísero esclavo como yo, amo?

—¿Mísero? —sonrió Cayo, al tiempo que les decía a sus sobrinos—: Id a por vuestras capas y calaos las capuchas.

* * *

Como si hubiera estado a la espera de recibir el aviso del patrón, Magno se presentó antes de lo que pensaban.

—He pedido a seis de los míos que me acompañen —le dijo a Cayo en cuanto éste salió a la puerta—. Me explico: si tienes que ir a algún sitio con urgencia a estas horas, supongo que no será para hacer amigos.

—Bien pensado por tu parte, aunque supongo que no será para tanto.

—¿Qué no será para tanto, Cayo? —preguntó Vespasia, que no se separaba de la puerta intentando saber qué estaba sucediendo—. ¿Qué hace aquí este hombre otra vez?

—Buenas noches, ama —dijo Magno, inclinando la cabeza.

—No pasa nada, hermana. Les he pedido que vinieran para que escoltasen a Palas, Sabino y Vespasiano a casa de Antonia —le explicó Cayo, temiendo que volviera a repetirse la escena de unos días antes.

—¿A estas horas?

—A estas horas, sí. Por eso está aquí.

—¿Qué ha de ser tan importante que no pueda esperar hasta mañana para que tengan que acudir con tanta cautela, rodeados de una panda de facinerosos?

Magno permaneció impasible. Ya empezaba a estar acostumbrado a que «aquella mujer», como la llamaba para sus adentros, lo pusiese de vuelta y media.

—Vespasia, déjalos en paz —se impuso Tito—. Lo que quiera Antonia de nuestros hijos no es de nuestra incumbencia; es más, deberíamos sentirnos honrados de que los chicos puedan prestar un servicio a una dama de su alcurnia.

Vespasiano y Sabino aparecieron en el atrio con sus pesados capotes de lana y largos cuchillos a la cintura.

—¿Por qué vais armados? —preguntó su madre, intranquila.

—Más vale prevenir que curar, madre —respondió Sabino, con una sonrisa—.

¿Qué tal, Magno? ¿Nos vamos?

—Buenas noches, jóvenes amos. Cuando digáis. ¿Dónde vamos?

—A casa de Antonia, en el Palatino.

—Si no queda más remedio... —comentó Magno, que parecía no tenerlas todas consigo.

—Pues no.

—Andaos con ojo, muchachos. Me temo que la noche será larga. Que los dioses se pongan de vuestra parte —les dijo Cayo, sujetándolos por el hombro y dándoles un abrazo afectuoso.

—No sé qué clase de ayuda esperan de vosotros pero, en estos casos, creo que bastará con que os diga que andéis con mucho cuidado —les aconsejó su padre, estrechando a su mujer con el brazo.

—Lo tendremos, padre —contestó Vespasiano—. No estés preocupada, madre. A Sabino no le pasará nada. Yo velaré por él.

—¡Muy gracioso, mierdecilla! —replicó su hermano, lanzándole una mirada atravesada.

—¡Sabino!

—Disculpa, madre. Nos vemos mañana por la mañana. Hasta entonces.

Seguidos por Palas y Magno, los dos hermanos salieron por la puerta, mientras Vespasia le echaba en cara a su hermano que sus hijos, o más bien ella, se vieran involucrados en asuntos que no entendían ni podían controlar.

* * *

Fuera, aguardaban los hombres de Magno con dos antorchas encendidas. Ya iban colina abajo cuando empezó a caer una suave llovizna. Sus pasos resonaban por la calle desierta. La luz de las antorchas arrancaba resplandores rojizos de las húmedas losas de la calzada.

—Me he tomado la precaución de decirle a uno de los míos que, procurando que nadie lo vea, siga nuestros pasos y se cerciore de que no nos sigue nadie —les comentó Magno a los dos hermanos—. Le dije que contase hasta quinientos y fuera ladera abajo por callejas adyacentes antes de reunirse con nosotros en la calle principal.

—Le llevará un rato —musitó Vespasiano.

Sorprendido, Magno se lo quedó mirando hasta que, por fin, se echó a reír.

—Ya caigo. Tienes razón. No es el más despierto de los nuestros, pero calculo que llegará a quinientos en un plazo de tiempo razonable. Si hubiera sido Sexto, aquí presente, jamás le habría pedido que fuese más allá de doscientos —repuso al tiempo que propinaba a su compañero un codazo en broma, a lo que éste respondió con una risotada campechana.

Cuando llegaron a la calle principal, no hubieron de esperar mucho para que, a

sus espaldas, apareciera un hombretón calvo con un muñón a la altura de lo que un día habría sido su mano izquierda y se uniera al grupo.

—No nos sigue nadie, Magno —resolló casi sin aliento después de la carrera que se había dado por aquellas callejuelas.

—Muy bien, Mario. ¿Qué tal se te dio la cuenta?

—¿Cómo se me iba a dar? —preguntó Mario, que no entendía nada—. Pues bien.

El resto de los hombres se echó a reír. Al darse cuenta de que debía de tratarse de una chanza a su costa, Mario esbozó una tímida sonrisa y acertó a decir:

—¡Muy divertido! —soltó antes de unirse a ellos y, juntos, seguir la calzada que llevaba al Palatino.

* * *

Para cuando llegaron a la mansión de Antonia, llovía sin parar. Después de que el nuevo portero les abriera la puerta, Palas ordenó que acompañasen a Magno y a los suyos a las cocinas y les ofrecieran un refrigerio. A continuación, escoltó a los dos hermanos a los aposentos privados de Antonia, los mismos donde habían cenado en diciembre.

Antonia estaba sola, sentada a su escritorio. Todas las ilusiones que se había hecho Vespasiano de volver a ver a Caenis se vinieron abajo.

—Sabino, Vespasiano, gracias por venir a una hora tan intempestiva.

—Buenas noches, *domina*. ¿Qué podemos hacer por ti? —preguntó el mayor.

—Tomad asiento, por favor —les rogó indicándoles dos sillas colocadas frente a ella. Vespasiano notó una leve corriente de aire. Se dio la vuelta, se fijó en la ventana y reparó en el extremo inferior izquierdo: el cristal estaba roto, recubierto con unas toscas tablas de madera—. Palas, sirve un poco de vino a mis invitados.

El intendente hizo una reverencia y abandonó la estancia. Antonia se quedó mirando a los dos hermanos durante un momento, como si sopesase si tendrían, o no, el temple necesario para llevar a cabo lo que se disponía a pedirles.

—Anoche, alguien rompió el cristal de la ventana y trató de abrir el arcón. Por suerte, los sorprendimos con las manos en la masa, pero, desgraciadamente, lograron escapar, no sin antes herir a uno de mis esclavos con una espada. Ya sabéis que las únicas personas que pueden llevar espadas en la ciudad son los miembros de la cohorte urbana y los pretorianos; los raterillos vulgares se apañan con cuchillos o porras. Suponiendo incluso que no fuera sino uno de esos ladronzuelos, ¿cómo sabía dónde estaba el arcón? Así que no puedo menos que concluir que se trataba de un pretoriano al servicio de Sejano, quien, por mi hija Livila, que se conoce al dedillo la distribución de la casa, sabía dónde estaba.

Antonia hizo un alto en su exposición cuando Palas entró y sirvió el vino a los visitantes, para luego volver a su sitio, al lado de la puerta.

—Si el asalto fue cosa de Sejano, eso querría decir que sospecha que guardo en

casa documentos que lo comprometen, y no va desencaminado. Los dos documentos, cuyas copias se llevó vuestro tío para ponerlas a buen recaudo, por más que su contenido le resultase desagradable, despertarían su interés. En uno de ellos se da cuenta de las sospechas que Asinio y yo os comentamos la noche que estuvisteis cenando aquí acerca de los planes que, a largo plazo, ha concebido para alcanzar el poder y las medidas que estamos adoptando para impedirlo. El otro contiene las pruebas que he reunido hasta ahora sobre su participación en las muertes de mi hijo Germánico y de Druso, el hijo del emperador.

Vespasiano tomó un sorbo de vino, no sin dejar de preguntarse qué pintaba él en aquel embrollo.

—Sea como sea, he de saber si Sejano sospecha que conspira contra él porque, si estuviera al tanto, podría dar un paso fatal. Así pues, he decidido invitar mañana a cenar a Livila, aparentemente para tratar de hacer las paces con ella, pero en realidad con el único fin de observar cómo reacciona al ver el cristal roto. Tal vez eso baste para confirmar mis sospechas. Por ello, esta tarde le he pedido a Caenis, mi doncella, que trasladase mi invitación a Livila, pero ni ella ni el esclavo que iba con ella han regresado.

Vespasiano tragó saliva y, al notar lo, Antonia esbozó una sonrisa.

—Motivos hay para estar preocupado. Pero más que la seguridad de Caenis, lo que me preocupa es lo que sabe.

—¿Qué información de interés para Livila y Sejano podría proporcionarles una esclava? —preguntó Sabino.

—Esclava, sí, pero muy querida para mí. Su madre era esclava mía. Cuando murió, Caenis tenía sólo tres años. La crié en mi casa; la considero casi como la hija que me habría gustado tener. Por eso, está al tanto de todas mis cosas. Como de sobra sabe Livila, no es sólo la esclava que me atiende, sino mi secretaria también. Y conoce el contenido de esos documentos, porque ella fue quien escribió las copias.

Tras caer en la cuenta de lo desesperado de la situación, un gesto de preocupación se dibujó en los rostros de los dos hermanos. Capaz de cometer actos de asombrosa crueldad, Livila podría recurrir a la tortura con tal de que Caenis le revelase el contenido de aquellos documentos y poder así comunicárselo a Sejano, quien no dudaría en cubrirse las espaldas de modo expeditivo.

—De modo que, si queremos rescatar a Caenis con vida antes de que se deshagan de ella, no hay tiempo que perder, amigos míos.

—¿Cómo podemos tener la certeza de que no lo han hecho ya, *domina*? —preguntó Vespasiano, aturdido sólo de pensar que la hermosa muchacha pudiera haber pasado por lo mismo que Eumenes o su hermano.

—Livila asiste esta noche al banquete de despedida del emperador, aunque podéis dar por seguro que querrá estar presente durante el interrogatorio. Las cenas del emperador empiezan siempre muy tarde y nunca se retira hasta altas horas de la madrugada, lo que nos da un leve respiro. Lo más probable es que Caenis esté

encerrada en un sótano que hay detrás de su casa, al que sólo se puede acceder desde el interior de la mansión o por un pequeño túnel que discurre bajo el jardín, acceso que estará vigilado por pretorianos. Le he pedido a mi nieto Cayo que os guíe hasta allí; él conoce bien esa casa, y detesta a Sejano porque sabe que de él partió la orden de que acabasen con su padre. Por otro lado, es uno de los favoritos de Tiberio, así que, si os atrapan, dudo mucho que ningún soldado se atreva a acabar con él o con quienes lo acompañen. Confiemos en que las cosas no lleguen a tal extremo.

Antonia se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Palas os proporcionará todo lo que necesitéis. Tenéis que daros prisa, amigos míos. No disponemos de más de dos horas antes de que Livila vuelva a casa.

Capítulo XII

Antonia acompañó a Vespasiano y Sabino de vuelta al atrio donde, en contraste con aquella mansión principesca, Magno y los suyos, entre risotadas y chanzas, comían trozos de pan y bebían a grandes tragos de un odre de vino que se pasaban de unos a otros. Al ver a Antonia, se quedaron parados.

—*Domina!* —dijo Magno, tratando de tragar el trozo de pan que estaba masticando.

Antonia se quedó con los ojos muy abiertos.

—Tú y yo nos conocemos, ¿no es así?

—Magno, *domina*.

—Ya me acuerdo. Magno, claro. ¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —preguntó de muy mal talante.

—Mis compañeros y yo hemos escoltado a los jóvenes amos hasta tu casa; nos hemos ocupado de que no sufrieran ningún percance, ya me entiendes —respondió de forma atropellada, sin dejar de acariciar el cuchillo que llevaba a la cintura.

—En ese caso, os espera una ardua tarea esta noche. Concluidla con éxito y recibiréis una buena recompensa.

* * *

Magno se inclinó ante ella para darle las gracias, aprovechando el gesto para tragar el trozo de pan que tenía en la boca.

Vespasiano oyó unos pasos acercándose por uno de los pasillos que daban al atrio; se volvió y descubrió a un muchacho de no más de catorce años que entraba en la estancia: alto y delgado, zanquilargo, con las cuencas hundidas bajo unos rizos castaños que le caían sobre la frente despejada y pálida, unos ojos chispeantes observaban con atención todo lo que había a su alrededor.

—Gayo, cariño, te presento a Sabino y Vespasiano, los dos jóvenes a los que habrás de acompañar hasta el pasadizo —lo recibió Antonia, dando un beso en la mejilla a su nieto.

El chaval les dedicó una sonrisa a los dos hermanos.

—Vamos a pasarlo en grande. Me encanta la idea de liberar esclavas de las garras de esa odiosa Livila y esos infames pretorianos en plena noche.

—Esperemos que así sea, Gayo, que todo salga a pedir de boca —contestó Vespasiano, con una sonrisa, sintiendo enseguida simpatía por aquel joven tan desenvuelto y despierto.

—Llámame Calígula, como todo el mundo. Todos menos mi abuela, claro está, que no cree que sea un apelativo respetuoso para un hijo del gran Germánico.

Antonia se echó a reír, y le revolvió el pelo con cariño.

—¿Estos hombres vendrán con nosotros? —quiso saber Calígula, al tiempo que echaba un vistazo a Magno y a los suyos.

—Soy Magno; a tus órdenes —dijo el cabecilla, haciendo una reverencia.

—Estupendo —exclamó el chico—. En tan buena compañía, ¿qué podría salirnos mal? A lo nuestro. Hasta luego, abuela.

Y salió a la noche húmeda. Sabino y Vespasiano fueron tras él, seguidos por Magno y sus hombres, que no dejaban de hacer bromas sobre el hecho de que se los hubiese considerado una buena compañía. Cargado con un pesado costal, Palas cerraba el cortejo. El entusiasmo de Calígula era contagioso.

—No quiero pecar de indiscreto, pero me gustaría saber adónde vamos y qué tendremos que hacer cuando hayamos llegado —le dijo Magno a Sabino.

—Como bien ha dicho Calígula, vamos a casa de Livila para liberar a una esclava de Antonia que está allí recluida.

—¿A casa de Livila? Un tanto arriesgado, en mi opinión. Supongo que Antonia sabrá lo que se hace.

—¿Qué hay entre Antonia y tú? —quiso saber Vespasiano, a quien ya tenían intrigado los contactos de Magno con las altas esferas—. Te reconoció, eso está claro; pero, al mismo tiempo, se la notaba intranquila al verte por su casa.

—Prefiero no decirlo. Esperaba que no me reconociera —musitó Magno.

—Me parece que yo sí lo sé —aventuró Calígula—. A juzgar por tu aspecto, me atrevería a decir que hubo un tiempo que fuiste púgil, ¿no es así?

—En efecto.

—Mi abuela es una gran aficionada a la lucha, tanto que, de joven, solía darse una vuelta por las dependencias de los púgiles y se pasaba las horas muertas viendo cómo se preparaban —apuntó Calígula con una sonrisa maliciosa—. Tengo entendido que algunas viudas de buena posición al final de las cenas organizan veladas de lucha a modo de entretenimiento, y que, cuando los invitados se han ido, eligen a uno o dos de los púgiles que han peleado para otra clase de diversión. ¿Voy muy desencaminado?

Por la cara que puso Magno, estaba claro que Calígula había dado en el blanco.

—¿Magno? Seguro que no —carraspeó Vespasiano, como si no diera crédito a lo que estaba oyendo, por un lado sorprendido por la desenvoltura del joven a la hora de airear las apetencias sexuales de su abuela y, por otro, tentado de preguntarle a Magno cómo era en la cama.

—Estas matronas son todas iguales —continuó Calígula, muy animado—: púgiles, gladiadores, aurigas, incluso actores. En mi opinión, no tiene nada de malo. Al fin y al cabo, todos tenemos nuestras necesidades, también mi abuela, y estoy seguro de que Magno recibió una buena recompensa por sus esfuerzos.

—El dinero fue lo de menos —dijo Magno—. Era una mujer hermosa, todavía lo es. Puedo asegurarte que no tuve que esforzarme demasiado. Quiero decir que, en su día, iba sobrado de fuerzas, ¿me explico?

—Por supuesto —contestó Calígula, dirigiéndole una sonrisa a través de la lluvia—. En cualquier caso, vamos a centrarnos en lo que nos ha traído aquí. Apagad las antorchas: estamos a un cuarto de milla de la casa de Livila. La entrada al pasadizo está en los jardines que hay detrás de la mansión, así que tendremos que echar un vistazo a la cerca que la protege hasta dar con un sitio adecuado para saltarla. Creo que recuerdo dónde hay uno.

En silencio, siguieron colina arriba. Se había levantado aire; la lluvia les daba de lleno. Calígula se detuvo al llegar a un sendero que, desviándose a la derecha del camino por el que iban, discurría entre dos muros de unos doce pies de altura.

—Estamos en la parte de atrás de la mansión de Livila; los jardines están al otro lado de ese muro que veis a la izquierda —dijo el chico en voz baja—. Unos cien pasos más allá, hay un árbol que sobresale por encima de la valla; podemos pasar una soga por las ramas y servirnos de ella para escalar el muro.

—¿Has traído cuerda, Palas? —preguntó Sabino, preocupado por si no podían seguir adelante.

—Claro que sí —respondió el intendente—. Aquí, en el saco, llevo una. El amo Cayo ya me había dicho que quizá la necesitaríamos.

—Espléndido. Buena idea, Calígula —acertó a decir Sabino, con la esperanza de no tener que seguir las indicaciones de aquel mequetrefe paliducho durante toda la noche—. Magno, que dos de los tuyos se queden aquí para cubrirnos la retirada. No nos gustaría que nos atrapasen en esta vereda.

—Faltaría más. Mario, quédate tú. Me imagino que los días en que podías trepar ya son cosa del pasado.

—Y que lo digas —sonrió Mario, mirando el muñón que remataba su brazo izquierdo.

—Sexto, quédate con él. Cuando veáis que estamos de vuelta, agazapaos en la oscuridad al otro lado del camino. Si veis que los pretorianos vienen a por nosotros, id tras ellos, de forma que, caso de que haya bronca, vosotros dos los pilléis desprevenidos por la espalda.

—Escondernos en la oscuridad, ir tras sus pasos. Bien pensado, Magno —repitió Sexto, tratando de memorizar las instrucciones que acababan de recibir.

—A lo mejor no les viene mal tener esto a mano —dijo Palas, sacando un par de espadas del costal.

—¿Qué más llevas ahí, Palas? —le preguntó Vespasiano, sin apartar los ojos del saco lleno a rebosar.

—Sólo cosas que podamos necesitar en un momento dado, amo —contestó el griego, con gesto afable.

—En marcha, no tenemos toda la noche por delante —ordenó Sabino, adentrándose en el oscuro sendero.

Encontraron el árbol donde les había dicho Calígula. En cuestión de minutos aseguraron la soga alrededor de una rama y se dispusieron a saltar el muro.

—La mansión principal está a unos doscientos pasos a nuestra derecha —les explicó el nieto de Antonia—; la entrada al pasadizo está por ese lado también, junto a un pequeño templo circular dedicado a Minerva.

—Muy bien —dijo Sabino, calado hasta los huesos como el resto de los hombres—. Magno, que otros dos de tus hombres se queden aquí por si hay que plantar cara a cualquiera que venga por el otro lado del sendero, y que otro se quede en lo alto del muro sujetando la soga para que podamos volver a subir sin problemas.

Magno dio las órdenes pertinentes, mientras Palas les entregaba sendas espadas a los tres hombres encargados de esperarlos. Sabino trepó por la cuerda y se encaramó a lo alto de la cerca; echó un vistazo a su alrededor pero, en la negrura de los jardines anegados, no acertó a distinguir nada.

—Allá voy —musitó para sus adentros, mientras se dejaba caer en la oscuridad, yendo a parar a unos matorrales que crecían junto al árbol.

—Todo tranquilo —le dijo en voz baja a Calígula, que acababa de aparecer por encima del muro. El muchacho saltó sin dudarlo, seguido por Vespasiano, Palas, Magno y Casandro, el único de sus hombres que iba con ellos.

—Hemos tenido suerte con el tiempo —susurró Calígula—. Si hay guardias apostados a la entrada de la galería, se habrán refugiado dentro para resguardarse de la lluvia. Si nos acercamos por uno de los lados, seguro que ni se enteran.

—Ve delante, Calígula —dijo Sabino—. Magno y yo nos encargaremos de los guardias cuando lleguemos a la entrada. Confiemos en que uno de ellos tenga la llave de la puerta del sótano. De no ser así, tendremos que forzarla.

—En tal caso, es posible que necesites esto, amo —aventuró Palas, sacando una pesada palanca de hierro del costal.

—Buena idea. ¿Se te ocurre algo más que pueda hacernos falta, Palas?

—Sólo esto —respondió el intendente, enseñándole otras seis espadas—. Seguro que os son más útiles que los cuchillos.

—Sólo pretendía dejarlos fuera de juego, no matarlos.

—Haría falta un golpe muy certero para derribar a un pretoriano, amo —aseguró Magno, muy serio—. No es fácil acabar con ellos, así que mejor prestarles un poco de ayuda, por así decir, con un buen trozo de hierro bien afilado.

Sabino no había pensado en matar a nadie, pero hubo de reconocer que Magno tenía toda la razón: mejor cerrarles la boca de golpe y para siempre que arriesgarse a que escapasen y fueran en busca de ayuda.

—Muy bien, pero los degollaremos de un tajo rápido, que no puedan ni gritar.

—Lo normal, amo —replicó Magno.

—Ya imagino que, para ti, eso es lo normal —repuso Sabino, mirándolo fijamente—. Adelante. Manos a la obra. En marcha, Calígula.

Con sigilo, se escabulleron entre los arbustos y matorrales que rodeaban los bien adecentados parterres, poniendo buen cuidado en no dar un solo paso por los senderos de gravilla y procurando no desperdigarse, no fueran a perderse en la densa

oscuridad de la noche lluviosa. Habrían dado unos cien pasos cuando, entre los árboles, atisbaron dos luces mortecinas.

—Creo que ésa es la casa principal —siseó Calígula, por encima del viento—. Vamos allá; no tardaremos en ver el templo a nuestra izquierda.

Guiados por las luces, caminaron más deprisa; al poco, observaron el tenue destello que arrojaba una cortina de agua que caía por un muro de piedra.

—Ahí está el templo. El pasadizo está al otro lado, a unos veinte pasos. Seguidme.

Calígula echó a andar, y rodearon el edificio circular. Vespasiano apretaba con fuerza la empuñadura de la espada; al ver que el pulso se le aceleraba por momentos, trató de respirar de forma acompasada. Una vez que llegaron al otro extremo, Calígula tocó a Sabino en el hombro y le señaló algo con el dedo. A pocos pasos de donde estaban, vieron una puerta baja de la que salía un tenue resplandor. Sabino asintió y, con un gesto, le indicó a Magno que lo siguiera.

Mientras se esforzaba por seguir las siluetas apenas discernibles de Magno y su hermano que, cautelosos, se dirigían a la entrada, Vespasiano contuvo la respiración. De repente, por encima del bramido del viento que soplaba entre los árboles y el agua que resbalaba por las hojas, oyeron una risotada estridente. Sabino y Magno no se movieron de donde estaban. Alguien apareció en el umbral de la puerta, se detuvo, miró al cielo lluvioso y, luego, a la oscuridad que lo rodeaba. Se levantó la túnica, aflojó uno de los bordes del taparrabos, y se puso a orinar. Tardó una eternidad. A seis pasos apenas del pretoriano, Sabino y Magno permanecían callados como muertos. Cuando por fin acabó, se dirigió hacia dentro, mientras le gritaba algo a su compañero. Sabino y Magno avanzaron de nuevo. Una vez en la entrada, hicieron un alto, intercambiaron una mirada e irrumpieron en el interior. Seguido por el resto de la partida, Vespasiano se abalanzó hacia el pasadizo. Al llegar, vieron que Sabino y Magno cacheaban los cadáveres de los dos guardias, que estaban tendidos en el suelo, mirando al techo con ojos sin vida y cara de espanto, mientras la sangre salía a borbotones de los tajos que tenían en el cuello.

—¡Hay que joderse! No tienen las llaves —espetó Sabino—. Echad un vistazo por ahí, a ver si las han escondido en alguna parte.

De nada les valió la rápida ojeada que echaron a la tenue luz de la única lámpara de aceite que allí había.

—A ver, pásame la palanca, Palas. Vamos a hacerlo tan rápida y sigilosamente como nos sea posible.

—¿Y qué pasa si hay un guardia al lado de la puerta? —preguntó Vespasiano.

—¡Yo qué coño sé! Acerca la lámpara, Calígula —gritó Sabino, aferrando con la herramienta que le tendía Palas y dirigiéndose a la entrada del pasadizo, dispuesto a dar por zanjado el asunto cuanto antes.

Una gruesa tranca, colocada de un modo que nadie pudiera salir, pero sí entrar, aseguraba la pesada puerta de roble macizo. Procurando hacer el menor ruido posible,

Sabino la retiró de los pernos que la sujetaban, e introdujo el extremo más afilado de la palanca por el resquicio que quedaba entre la puerta y el marco, junto a la cerradura.

—Ya está —dijo en un susurro—. Palas y Casandro, quedaos a la entrada. Calígula, levanta la lámpara. Magno y Vespasiano, empujad la puerta con todas vuestras fuerzas y entrad conmigo.

—¿Y si está cerrada por dentro y no podemos abrirla? —preguntó Vespasiano que, preocupado y con el corazón en un puño por cómo encontrarían a Caenis, parecía cada vez más nervioso a medida que se acercaba el momento del rescate. Su hermano lo fulminó con la mirada.

—No lo está, ¿entendido? No lo está. A la de tres, empujad como si os estuvieran embistiendo las mismísimas Harpías.

Magno y Vespasiano se arrimaron a la puerta, mientras Sabino empuñaba la palanca con todas sus fuerzas.

—¡A la de una, a la de dos, a la de tres! —gritó, dejándose caer sobre la palanca, mientras los otros dos empujaban la puerta; siguió un tremendo crujido y, dando tumbos, Vespasiano y Magno se hundieron en la oscuridad.

Vespasiano fue a parar contra las frías losas del suelo, magullándose las rodillas. Alcanzó a oír, sin embargo, un sordo gemido, un grito ahogado, que brotaba de la negrura que los rodeaba. Sabino entró tras ellos como una exhalación, palanca en mano.

—Deprisa, Calígula, acerca la lámpara.

Y eso hizo el joven. Era una estancia húmeda, de techos bajos. En el otro extremo, una puerta daba paso a unas escaleras que llevaban a la mansión. A la izquierda, Vespasiano acertó a ver un menudo cuerpo engurruñado, que se ocultaba debajo de una manta. Echó a correr, y la retiró.

—Caenis —susurró, mientras contemplaba aquella figura temblorosa que, sobre un pequeño montón de paja en el suelo, se cubría la cara con el brazo. Vespasiano le acarició los cabellos, y cesó el gemido.

La joven alzó los ojos, sin acabar de creerse lo que estaba viendo.

—¡Tú! ¿Qué haces aquí?

—Antonia nos pidió que te sacásemos de este lugar. Vamos, date prisa.

—¿Tienes la llave? —¿Qué llave?

—Para soltarme —dijo Caenis, mientras levantaba el brazo izquierdo: llevaba un grillete unido al muro mediante una gruesa cadena.

—¡Mierda! ¡Sabino, mira!

—¡Joder!

—¿Qué hacemos?

—Encontrar la llave, o cortarle la mano.

Horrorizada, Caenis le miró con ojos llenos de espanto.

—¡Menuda gracia, Sabino! —susurró Vespasiano.

—Lo digo en serio. ¿Cómo, si no, crees que vamos a sacarla de aquí?

—Al otro lado de la puerta, al final de las escaleras, hay un guardia. Él es quien tiene la llave —musitó la joven, de forma atropellada.

—No podemos echar esa puerta abajo y acabar con él sin que se entere toda la casa. Tenemos que darnos prisa —dijo Sabino, impacientándose.

—Pero podemos hacer que venga —apuntó Vespasiano, apurado—. Magno, cierra la puerta de fuera. Calígula, apaga la lámpara.

La estancia quedó a oscuras.

—Caenis, quiero que grites y que no dejes de hacerlo hasta que el guardia abra la puerta. Confiemos en que sólo haya uno.

La muchacha gritó a todo pulmón. No tardaron en oír un golpe en la puerta.

—¡Ya está bien de dar voces, zorrita! —exigió una voz bronca desde el otro lado de la puerta. Caenis siguió gritando. Escucharon otros dos golpes y, a continuación, el chirrido de una llave que se encajaba en la cerradura. La puerta se abrió de golpe y un hombre, con una antorcha encendida, entró en el cuchitril para encontrarse con la punta de la espada que blandía Vespasiano. El muchacho tensó el brazo y se la clavó en el cuello; con un gemido ronco, cayó muerto en el acto.

Vespasiano le arrebató la antorcha encendida.

—¡Sabino! ¡La llave!

—¡La tengo! —gritó mientras la arrancaba de un cordel ensangrentado que el guardia llevaba al cuello. Sin tardanza, quitó el grillete a Lenis y la ayudó a ponerse en pie.

Oyeron entonces unos pasos que bajaban a toda prisa por la escalera: hacia la celda se estaba precipitando un hombre de cabellos negros y aceitados hasta los hombros, que más bien parecía un toro; una barba recortada en forma de perilla completaba aquella cara llena de cicatrices y picaduras de viruela, del color de la madera de roble.

Caenis gritó de nuevo. Magno se abalanzó contra la puerta, cerrándola en las narices de aquel animal, con tanta fuerza que cayó de espaldas, se golpeó contra los peldaños de piedra y se quedó sin sentido.

—Magno, Calígula, cerrad la puerta que da a las escaleras y amontonad toda la paja que podáis de este lado —ordenó Vespasiano en voz baja.

Sin perder un momento lo hicieron.

—¡Vámonos!

No hubo que decírselo dos veces: cruzaron a todo correr la puerta que daba a la galería. Vespasiano arrojó la antorcha sobre el montón de paja, y salió como un rayo detrás de los suyos. Nerviosos, Palas y Casandro los esperaban. Oyeron unos gritos que venían del interior de la mansión.

—Vienen a por nosotros. ¿No se te pudo ocurrir nada mejor que armar tanto escándalo, hermanito? Deprisa, Calígula —le instó Sabino.

—Por aquí —contestó el chico, adentrándose en la noche húmeda.

A oscuras, fueron dando traspies por el jardín, tropezando con árboles y matorrales, dejándose jirones de la ropa que llevaban, y la piel de paso. Las voces que escuchaban ya procedían de fuera de la casa. Al volver la vista atrás en aquella dirección, a lo lejos, Vespasiano vio tres o cuatro antorchas encendidas que se movían a uno de los lados de la mansión.

—Van al pasadizo; cuando encuentren a los guardias muertos, vendrán a por nosotros —gritó, mientras sostenía a Caenis como buenamente podía, tratando de que siguiese adelante sin darse de bruces.

Calígula se detuvo de repente.

—Ahí está la cerca. El árbol debería quedar a nuestra derecha. Vamos.

Siguiendo el muro, avanzaron un poco más deprisa. Por un momento, al escuchar los gritos, Vespasiano pensó que venían pisándoles los talones, pero no se atrevió a mirar atrás para no tropezar. A su lado, Caenis, temiendo por su vida, jadeante trataba de no quedarse rezagada. El viento cargado de lluvia les daba en la cara con tanta fuerza que casi no podían abrir los ojos. Tras un buen rato de angustia, Calígula aminoró el paso.

—Gracias a los dioses, ya hemos llegado.

El hombre de Magno que se había quedado en lo alto del muro les lanzó la soga.

—La joven, primero —cuchicheó Sabino.

Caenis se abalanzó hacia la cuerda y, con sorprendente agilidad, trepó por ella y saltó al otro lado de la cerca. Mientras Calígula hacía lo mismo, Vespasiano miró hacia atrás: las antorchas estaban a unos cien pasos de ellos y se acercaban por momentos. Palas y Casandro, seguidos por Magno, treparon con rapidez.

—Deprisa, deprisa —lo apremió Sabino, para que subiera por detrás de Magno—. ¡Vamos, arriba!

Vespasiano se encaramó hasta lo alto del muro; vio las antorchas a unos treinta pasos de distancia y, gracias al resplandor anaranjado que desprendían, acertó a distinguir a una veintena de hombres. Se agachó para ayudar a subir a su hermano, lo alzó hasta lo alto de la cerca y arrojó la soga a sus espaldas una vez que Sabino hubo saltado al otro lado.

—¡Ahí están, a por ellos! —oyeron que gritaban en el jardín.

Vespasiano se volvió a verlos; tenían a sus perseguidores tan encima que la luz de las antorchas iluminaba el árbol. Un instante antes de saltar, su mirada se cruzó con la del comandante. Sólo lo había visto una vez antes, y de lejos, pero lo reconoció de inmediato. Sejano, pensó, en el momento en que llegó al suelo.

Capítulo XIII

Vespasiano se puso en pie y echó a correr por el sendero, tras los pasos de su hermano. Los suyos los esperaban en el camino principal; aparte de ellos, no había un alma: aquel tiempo tan malo había llevado a buscar refugio incluso a los hombres que hacían la ronda nocturna. Al otro extremo de la vereda, acertaron a ver que las antorchas llameaban en lo alto de la cerca: los primeros pretorianos ya habían llegado arriba.

—Corred —gritó Sabino—, corred como si las tres cabezas de Cerbero, el perro que guarda el Hades, os fueran pisando los talones.

Torcieron a toda prisa al llegar al camino y volaron colina abajo, a casa de Antonia, a menos de un tercio de milla. Tanto corrieron que Caenis resbaló en las losas húmedas del pavimento y, dando un grito, se fue al suelo. Vespasiano la levantó por los brazos, la ayudó a incorporarse, se la echó encima de los hombros y corrió tan aprisa como pudo, no sin percatarse de que los pretorianos acababan de dejar atrás la vereda y, ladera abajo, se lanzaban en su persecución.

Calígula se detuvo en seco al llegar a la casa de su abuela; llamó con estrépito a la puerta varias veces.

—Seguiremos colina abajo para despistarlos —le gritó Magno a Sabino.

—¡Suerte! —contestó éste, mientras los de la partida se internaban en la noche dando gritos sin parar.

Nada más descorrer la mirilla, les abrieron la puerta y entraron en tromba. Al volver la vista ladera arriba, Vespasiano vio las antorchas a unos trescientos pasos de allí. Estaban a salvo. En una noche tan oscura y lluviosa, los pretorianos nunca sabrían en qué casa habían entrado. Con todo, harían cábalas, y no les costaría mucho averiguarlo, pensó para sus adentros. Antes de llegar al atrio, dejó a Caenis en el suelo. La puerta se cerró a sus espaldas. Agotado, se apoyó en la pared y, jadeante, trató de recuperar el resuello. No menos fatigado, Calígula se dejó caer de rodillas.

—¿No te había dicho... que nos lo íbamos... a pasar en grande? —balbució con voz entrecortada, dedicándole una sonrisa irónica—. ¿No te lo dije? ¡Buena la hemos armado! Deberíamos repetirlo más a menudo, compañero.

Vespasiano le devolvió la sonrisa, y lo estaba ayudando a levantarse cuando Antonia entró en la estancia.

—Gracias, amigos míos —exclamó al ver a Caenis, estrechándola entre sus brazos—. Espero que no haya sido una tarea demasiado ingrata.

—¡Tan fácil como degollar un cochinito, abuela! —dijo Calígula con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Eso lo dirás tú! —rezongó Sabino, que todavía respiraba fatigosamente después del esfuerzo. Desde fuera llegaban los gritos de los pretorianos que, colina abajo, corrían en pos de Magno y de los suyos.

Caenis se volvió y miró a Vespasiano.

—Gracias —dijo—, gracias a todos.

Sus hermosos ojos lo miraban embelesados. Las ropas empapadas que llevaba marcaban las formas de su cuerpo; el muchacho sintió cómo el deseo renacía en su interior.

Antonia debió de darse cuenta de lo que pasaba porque, sin dudarlo, pidió a Caenis que se retirara.

—Anda a cambiarte de ropa. No tardes. Ven a verme cuando te hayas adecentado.

—Sí, ama —respondió con una inclinación de cabeza, antes de abandonar la estancia. Mientras salía, Vespasiano no fue capaz de apartar los ojos de ella.

Antonia se encargó de romper el encanto.

—¿Y Magno?

—Se fue con los suyos colina abajo para despistar a los pretorianos.

—Bien hecho —dijo, aunque Vespasiano creyó percibir una nota de decepción en su mirada—. ¿Han llegado a veros?

—Es posible que me hayan visto a mí, *domina* —reconoció Vespasiano; Sabino maldijo a su hermano en voz baja—. Reconocí a Sejano cuando me disponía a saltar de lo alto de la cerca, pero no sé si habría bastante luz como para que él me viera.

—Da lo mismo. Como no sabe quién eres, por más que haya llegado a verte, no puede haberte reconocido —repuso Antonia—. En cualquier caso, mejor será que salgas de Roma cuanto antes. Sabino, Gayo y tú os quedaréis aquí esta noche. No sería prudente que trataseis de volver a vuestras casas. Supongo que no tardaré en recibir la visita de nuestro estimado prefecto. Como es natural, lo negaré todo, y él se reconcomerá de rabia. Es muy posible, sin embargo, que sus hombres vigilen mi casa, así que mañana habrá que pensar en la forma de sacarte de aquí —y dirigiéndose a Palas que, chorreando, estaba junto a la puerta, le ordenó—. Que sequen el suelo a conciencia, y ve a ponerte una túnica limpia. Cuando Sejano llegue, no quiero que quede ni el más leve indicio de que alguien se ha movido de casa esta noche. Acompaña a nuestros huéspedes a las habitaciones de los invitados y proporciónales ropas secas.

—Como dispongas, *domina* —contestó, a la vez que daba una palmada. Cuatro esclavas de la casa aparecieron por el otro extremo del atrio. Al cabo de un instante, no se veían sino barreños y escobas, mientras Vespasiano, Sabino y Calígula seguían a Palas por el amplio pasillo que llevaba a las dependencias de los invitados.

—No tardéis mucho en cambiaros —les advirtió Calígula en cuanto llegaron a sus aposentos—. No quiero perderme la oportunidad de ver cómo mi abuela planta cara a Sejano. Lo recibirá, sin duda, en la sala destinada a los visitantes de alto rango, pero conozco un sitio desde donde podremos escuchar todo lo que digan.

* * *

Poco tardaron Sabino y Vespasiano en volver a encontrarse con Calígula en el

pasillo, quien, a través de unos pasadizos, los condujo hasta un entrepaño de color carmesí taraceado en negro.

—Nada indica que sea una puerta —les explicó, mientras la abría y entraba en un pequeño cuarto; una cortina cubría la pared de enfrente—. El salón principal está al otro lado de la cortina. Echemos un vistazo.

La retiró con sigilo; los tres miraron por el estrecho hueco. Ante ellos tenían una espléndida estancia, de techo tan alto que casi parecía oscuro, a pesar de las numerosas lámparas de aceite repartidas por las mesas y otros muebles que albergaba. Sillas de madera pintada, con respaldos y patas delicadamente tallados, así como divanes recubiertos de mullidos cojines de colores vistosos eran los encargados de dar la bienvenida a los visitantes de alcurnia que pasaban por la casa de Antonia.

Un esclavo entró a toda prisa en la estancia, y comprobó que todo estaba en orden; retocó un par de cosas, colocó dos sillas para que quedaran exactamente a ambos lados de una mesa baja de mármol, y se fue tan deprisa como había llegado.

Oyeron unos pasos. Apareció un Palas impertérrito, abriendo paso a un Sejano que llegaba calado hasta los huesos. Empapado como estaba, la túnica que llevaba desprendía un leve vapor; lacios mechones de cabellos, negros y espesos, ocultaban un rostro anguloso de fuertes mandíbulas. Estaba de un humor de perros.

—Toma asiento, amo —le indicó Palas, untuoso, con la mayor cortesía de que era capaz—. Antonia vendrá ahora mismo. Hará como dos horas que se retiró.

—No pondría yo la mano en el fuego por eso —refunfuñó Sejano.

—Me ha dicho que se vestirá tan deprisa como le sea posible con tal de no hacerte esperar. ¿Te apetece tomar algo mientras tanto?

—¡No! Márchate de aquí y déjame tranquilo, ¡griego cobista y cargante!

Palas hizo una reverencia y, muy digno, emprendió la retirada, mientras Sejano echaba un vistazo a la estancia. Tomó en sus manos y contempló con gesto de aprobación un par de estatuillas de bronce que estaban encima de la mesa; luego, tras dejarlas de nuevo en su sitio, lentamente, se dio una vuelta por la sala. Mientras observaba los muebles y acariciaba con deleite estatuas y bustos, los tres fisgones no lo perdían de vista. Estaba enfrente de ellos cuando reparó en la cortina y se dirigió hacia ella.

—¡Larguémonos! —susurró Calígula, dando un salto hacia atrás. En el momento en que recorría la cortina salían por la puerta, y, un instante después, se encontraban en la habitación de al lado—. Está tan rabioso que no habríamos sabido qué decir —añadió cerrando la puerta del cuarto y quedándose a oscuras; oyeron que alguien venía por el pasillo—. ¡Por todos los diablos! Tampoco ésta tiene cerradura —dijo, mientras a tientas pasaba la mano por la puerta—. ¡Rápido, a empujar!

Y eso hicieron, y con todas sus fuerzas; al cabo de un momento, escucharon que alguien abría y cerraba la puerta del cuarto del que acababan de salir. Oyeron unos pasos decididos que se dirigían a la puerta que ellos sujetaban, y sintieron la presión de alguien que trataba de abrirla desde el otro lado. Cuanto más se empeñaba el

intruso, más fuerza hacían ellos.

—¡Qué sorpresa verte por aquí, prefecto! —era la voz de Antonia al otro extremo del pasillo; la presión cesó de inmediato y los tres se dejaron caer al suelo—. Apreciado Sejano, ¿a qué tanto empeño en entrar en ese cuarto?

—¡No te andes por las ramas! Alguien espiaba lo que hacía, y se ha escondido ahí dentro.

—Imposible. Ese aposento siempre está cerrado.

—¿Y cómo, si no veo ninguna cerradura?

—Se cierra desde dentro; sólo se puede acceder ahí desde la biblioteca, la estancia contigua. Basta de bobadas. Explícame por qué me has sacado de la cama en plena noche.

—De sobra lo sabes, si es que te has metido en la cama después del lío que has armado esta noche.

—¿En qué líos he andado metida, apreciado prefecto? Ya me dirás a cuento de qué viene ese comentario. He estado en casa, dictándole unas cartas a Caenis, mi secretaria.

—¡Si serás perra mentirosa! Estaba presa en casa de Livila, y tú has mandado una partida para sacarla de allí.

—Si eso fuera cierto, ¿cómo podrías demostrarlo sin admitir antes que Livila y tú la habíais secuestrado? Seguro que al emperador le gustará saber la razón de que mi hija y tú la tuvierais encerrada.

—Tres de mis hombres han muerto.

—No sé de qué me hablas, prefecto. Como ya te he dicho, a no ser que prefieras que sea tu versión de los hechos la que llegue a oídos del emperador, he pasado la velada dictando cartas a mi secretaria. ¿Te sientes capaz de admitir delante del emperador que sigues liado con Livila, una princesa imperial, hermana del gran Germánico, con quien el propio Tiberio te ha prohibido casarte, porque sabe que si lo hicieras aspirarías a convertirte en posible heredero suyo y, en consecuencia, rival? No te creo capaz, Sejano. Y ahora, sal de esta casa.

—Y aún no sabes lo mejor. He visto a uno de los asesinos que enviaste; si alguna vez me cruzo con él, no dudaré en recurrir a lo que haga falta para implicarte en el asunto.

—A palabras necias, oídos sordos, prefecto. Seguirías sin poder demostrar nada.

—Quizá, ¡pero ni te imaginas cómo me lo voy a pasar! —soltó mientras daba un puñetazo contra el entrepaño que, sin nadie que lo sujetase, cedió un tanto.

—¿Así que cerrada, eh? Pues ahora, curiosamente, está abierta.

Calígula les hizo una seña a Sabino y Vespasiano para que se ocultasen detrás de la puerta y se escabullesen pegándose a las paredes del cuarto. A la escasa luz que allí entraba, Sejano agarró a Calígula por una oreja y, a la fuerza, le obligó a ponerse de rodillas.

—A ver qué tenemos aquí, ¿un espía quizá?

—¡Quítame tus sucias manos de encima, cabrón!

—Como verás, Sejano, se trata de mi nieto, Gayo César Germánico. Más te valdría soltarle ahora mismo, y pedirle disculpas por haber atacado a un miembro de la familia imperial.

Sejano soltó la oreja de Calígula, como si de un hierro candente se tratase, dirigió una mirada de odio a Antonia y, furioso, echó a andar por el pasillo. Antonia se limitó a esbozar una sonrisa, entró en el cuarto y echó un vistazo detrás de la puerta.

—Me lo imaginaba —dijo al ver a Vespasiano y a Sabino en penumbra—. Salid de ahí.

Acobardados, los dos muchachos hicieron lo que les ordenaba.

—Bueno, supongo que habréis escuchado la conversación.

—Así es, abuela, y creo que le has dado su merecido.

—Lo que le dije debió de mortificarlo, sí. He de confesar que disfruté haciéndolo. En cuanto a ti, Vespasiano, corres grave peligro. Si llegasen a atraparte, ten por seguro que desearías haber muerto durante los largos días que, sin duda, te retendrían en sus manos.

Vespasiano se puso pálido.

—En ese caso mejor será que me vaya al norte. ¿Sabes si Asinio ha conseguido mi despacho?

—Lo sabré mañana por la mañana. Ahora, os aseguro que me voy derecha a la cama, lo mismo que deberías hacer vosotros, muchachos. Hasta mañana —y se fue pasillo adelante.

* * *

Vespasiano cerró la puerta de su aposento, se sentó en la cama y sopesó la situación. Tenía que irse de Roma durante una buena temporada, al menos hasta que Sejano se olvidase de cómo era. Cuatro años de servicio en la milicia le pareció un tiempo razonable, pero muy largo y sin la posibilidad de volver a ver a Caenis; en cualquier caso era un sueño imposible, lo mejor que podía hacer era olvidarla. Cuatro años serían un plazo de tiempo suficiente para conseguir eso también.

Una vez tomada la decisión, se desvistió, retiró la manta, se metió en la cama y cerró los ojos, tratando de olvidarse del bramido del viento que soplaba fuera. Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

La puerta se abrió y Vespasiano respiró hondo.

—¡Caenis! ¿Qué haces aquí? —acertó a decir con la boca reseca.

—Mi ama me ha dicho que debía pasarme y darte las gracias por lo que has hecho por mí esta noche —contestó, acercándose al lecho.

—Muy amable por tu parte, pero ya lo hiciste antes —replicó, con voz entrecortada, mientras el corazón le latía con tanta fuerza que parecía que se le iba a

salir del pecho.

La muchacha se sentó a los pies de la cama.

—Lo sé. Pero mi ama me ha insistido, y me ha pedido que te dé las gracias como corresponde.

—Entiendo —dijo cohibido.

Había estado con mujeres, unas cuantas, de hecho, siempre esclavas de sus padres o de su abuela, muchachas que no podían negarse, so pena de recibir un castigo. Ella también era una esclava, claro está, pero era la única persona que le tenía sorbido el seso, que no se le iba de la cabeza. La deseaba más que nada en el mundo, pero no estaba dispuesto a poseerla en contra de su voluntad, aunque su ama le hubiera ordenado que acudiera a su lado.

Caenis liberó sus hombros de la túnica suelta que llevaba, dejando al descubierto los deliciosos pechos que había atisbado durante aquella cena. Sintió que se le tensaban los testículos y que la sangre se le agolpaba en la entrepierna.

—Caenis, no tienes por qué hacerlo —musitó.

—¿Por qué no? —respondió, al tiempo que se ponía en pie y la túnica se deslizaba hasta sus tobillos. A la tenue luz de la única lámpara de aceite que había en el cuarto, contempló la dulce redondez de su vientre, la suave curva de sus caderas, la delicada invitación de su sexo, sin trazas de vello. Sacó los pies de la túnica y se le acercó.

—Porque no quiero que hagas nada que no te apetezca —le dijo casi sin aliento.

—¿Quién te ha dicho que estoy aquí en contra de mi voluntad? —le replicó, mientras se sentaba a su lado y le acariciaba el pecho con la mano.

—Fue Antonia quien te dijo que vinieras.

—Mi ama me sugirió que debía venir a darte las gracias, pero también me dio su permiso para quedarme. Soy de su propiedad, y no me entregaría a ti sin su consentimiento; ahora que lo tengo, nada me apetece más que pasar la noche a tu lado.

Bajó la mano más allá del estómago, hasta tocar su miembro erecto, y sonrió.

—Mmm, me parece que tú también estás deseando darme tu aprobación.

Él alzó una mano y, con el dorso, le acarició con delicadeza los pezones; sin querer, ella se estremeció y gimió de placer.

—Tienes mi consentimiento —musitó, llevando la mano hasta la nuca de la muchacha y estrechándola contra él. Ella le apretó el pene con los dedos, y le miró a los ojos.

—Vespasiano, eres maravilloso —susurró.

—Y tú, Caenis.

Le sonrió y, estrujando sus recios cabellos perfumados, la apretó entre sus brazos y le dio un beso que deseó que no se acabase nunca.

Capítulo XIV

Al despuntar el alba, al cabo de la que se le antojó una tan breve como reparadora cabezada, Vespasiano se despertó. El viento había amainado y había dejado de llover. Sintió la calidez del cuerpo de Caenis a su lado, y se volvió para admirar su hermosura. Pasó la mano con suavidad por su espalda y sus nalgas, apretándolas con cariño, hundiendo los dedos en la cálida hendidura que las separaba. La muchacha gimió dulcemente, y volvió a quedarse dormida. Se le ocurrió despertarla a la manera preferida de los amantes satisfechos, y le rozó dulcemente el cuello con los labios al tiempo que los dedos se adentraban en otras honduras. La muchacha se volvió, lo rodeó con un brazo y, acercándose a él, le dio un beso en la boca. Abrió los ojos, y lo miró con cariño.

—¿Qué tal has dormido? —acababa de preguntarle cuando, al echar un vistazo por la estancia, se incorporó de un brinco en la cama—. ¡Por Minerva! Mi ama estará furiosa —dijo, saltando de la cama y recogiendo la túnica.

—¿Qué pasa?

—¡Que ya ha amanecido! Tendría que tenerlo todo dispuesto para ella: la ropa sacada para que eligiera qué iba a ponerse; a mano, los utensilios para arreglar sus cabellos...

—¿Crees que tendremos otra oportunidad de estar juntos antes de que me vaya? —le preguntó Vespasiano, pensando que, en el mejor de los casos, pasarían cuatro años antes de que volviese a verla.

—No lo sé, pero si así fuera, es muy posible que ni siquiera pudiéramos cruzar palabra —le contestó, mirándolo con tanto amor que el chico pensó que el corazón iba a darle un vuelco—. Te estaré esperando, Vespasiano. Quién sabe si dentro de cuatro años, si cumplo con mis obligaciones como es debido, magnánima como es, mi ama no me habrá devuelto la libertad.

—Pero Augusto fijó en treinta años la edad para que una esclava fuera libre.

Se puso el calzado, se acercó a la cama, y le regaló un beso fugaz pero apasionado.

—Lo sé, pero nunca pierdo la esperanza de que con personas tan pudientes como Antonia la norma no se aplique de una forma tan rigurosa —repuso, pellizcándole la mejilla—. Tengo que irme.

—¡Un momento! ¿Por qué gritaste anoche, antes de que te sacáramos de tu encierro, cuando aquel hombretón bajó por las escaleras?

Al recordarlo, la joven palideció y respiró hondo.

—Era el encargado de torturarme. Se recreaba enseñándome los instrumentos que pensaba utilizar. Parecía desearlo tanto que me tenía aterrorizada.

—¿Quién es? —preguntó Vespasiano, estrechándola entre sus brazos como si quisiera protegerla.

—Se llama Hasdro. Es el liberto de Sejano.

Lo besó de nuevo y salió a toda prisa del cuarto. Vespasiano se llevó una mano a la cara, cerró los ojos y, aspirando el aroma que impregnaba sus dedos, pensó en los cuatro años que le quedaban por delante, sin verla, sin tocarla ni olería, sin saborearla.

* * *

Finalmente, se levantó de la cama, y se lavó la cara en una tina de agua fría que, la noche anterior, habían dejado encima de un arcón. Alguien llamó a la puerta: era Calígula, tan sonriente como siempre.

—¡Qué novecita! ¡Lo pasamos bien! Al parecer, tú la remataste con una muchacha agradecida.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Vespasiano, que no salía de su asombro.

—¡Me encantan cuando se muestran agradecidas! —continuó Calígula, haciéndose el loco—. Por eso suelo elegir las entre las más feas. Se sienten tan agradecidas que están dispuestas a hacer todo lo que les pidas, con los instrumentos que les digas.

—Te he hecho una pregunta —insistió Vespasiano.

—Ya. Acababa de pedirle a Palas que me enviase a esa esclava tan pechugona que trabaja en la cocina «también muy agradecida, por cierto; llevaba tiempo detrás de ella», cuando vi que la encantadora Caenis llamaba a tu puerta y se colaba en tu cuarto.

Vespasiano se puso colorado. Trató de disimularlo frotándose la cara con un paño.

—¡Venga ya! —le dijo Calígula con una sonrisa—. No me digas que te da vergüenza. Como te dije, creo que todos tenemos nuestras necesidades; tratar de ignorarlas sería ofender a los dioses, que, después de todo, fueron quienes nos hicieron como somos. Imagínate qué aburrido sería si tuviéramos que pasarnos la vida reprimiendo nuestros deseos. Tú, en cambio, eres un tipo con suerte. A mí, mi abuela me ha dicho que ni se me ocurra acercarme a Caenis y me ha amenazado con todos los castigos imaginables si contraviniera sus órdenes. ¿Sabías que incluso le ha dado permiso para pegarme, si fuera necesario? ¿Qué te parece?

—Me alegra saberlo —respondió Vespasiano, más tranquilo al saber que Antonia había tomado medidas para proteger a su esclava preferida de las, al parecer, insaciables apetencias sexuales de su nuevo y joven amigo.

—¿Qué tal si vamos a desayunar algo? ¡Estoy muerto de hambre! Me imagino que tú también.

—No es mala idea. Esto de los agradecimientos da un hambre que no veas —contestó Vespasiano, ajustándose el taparrabos. Se pasó la túnica por la cabeza, se apretó el cinto, se puso las babuchas y salió del cuarto tras los pasos de Calígula.

* * *

Sabino ya estaba desayunando en el triclinio. Se unieron a él, y los tres disfrutaron de un succulento desayuno con pan recién hecho, queso y aceitunas, regado con vino dulce rebajado con agua, mientras comentaban los hechos de la noche anterior, ocasión que Calígula no desaprovechó para poner al tanto a Sabino acerca de la persona que había visto entrar en el cuarto de su hermano.

—¡Vaya, qué bien, hermanito! Por fin has dejado de lado las mulas para dedicarte a las esclavas. Sabia elección. No tardará en llegar el día en que puedas meter tu polla en algo que sea de tu agrado.

Vespasiano sabía que no tenía sentido abalanzarse sobre su hermano, de modo que se limitó a lanzarle un trozo de pan.

* * *

Antonia se les unió un rato antes de la hora segunda.

—Buenos días, muchachos. Espero que hayáis descansado bien.

A Vespasiano no se le escapó el matiz de ironía del comentario en lo que a él se refería. Antonia se sentó y aguardó a que una esclava le sirviera un cuenco de vino rebajado con agua, sin dejar de observar a los dos hermanos.

—Tal y como me temía, Sejano ha apostado un reducido grupo de pretorianos un poco más arriba, para tener vigilada la entrada de la casa, y otro grupo, más abajo, está acechando el sendero que conduce a la puerta de las caballerizas. Tendremos que andarnos con ojo —dijo, haciendo un gesto a un esclavo sin mirarlo siquiera—. Que venga Palas.

El esclavo hizo una reverencia y abandonó la estancia.

—¿Sabes algo de Asinio, *domina*? —le preguntó Vespasiano.

—Le he enviado un mensaje esta mañana, y me ha prometido que se pasará por aquí en cuanto despache con sus clientes los asuntos del día. Confiemos en que sea portador de buenas noticias.

El intendente se presentó en la sala.

—Palas, haz que preparen dos literas cerradas en el patio de las caballerizas, pero que no las traigan a la puerta de casa hasta que Sabino y Vespasiano se hayan escondido en su interior.

—Se hará como dices —respondió Palas, con una inclinación de cabeza, saliendo a toda prisa para dar las instrucciones oportunas.

Antonia se volvió a los dos hermanos.

—Una vez que os hayáis ocultado cada uno en una litera, las sacarán del patio de las caballerizas y las traerán a la parte delantera de la casa. Gayo y yo saldremos

deprisa, nos subiremos cada uno en una de ellas y emprendemos la marcha ladera abajo antes de que nuestros guardianes tengan tiempo de reaccionar.

—Bien pensado, abuela —exclamó Calígula, encantado ante la perspectiva de una nueva peripecia—. Pero ¿cómo los sacaremos de las literas? No podemos llevarlos a su casa, porque ten por seguro que no nos perderán de vista.

—Iremos al Foro. Hoy es día de mercado; en la ciudad habrá mucha gente, de modo que el recinto estará a rebosar a media mañana, ocasión inmejorable para que se escabullan sin que nadie los vea.

—Gracias, *domina* —dijo Sabino.

—Soy yo quien tiene que daros las gracias —repuso Antonia—. Lo de anoche no sólo valió para que Caenis siguiera con vida, sino que nos da un poco más de tiempo para reunir pruebas contra Sejano en número suficiente para convencer al emperador.

Palas entró de nuevo en el triclinio.

—Tito Flavio Sabino y su esposa, Vespasia Pola, desean hablar contigo, ama. Les gustaría saber qué ha sido de sus hijos.

—¡Mierda! —maldijo Sabino—. ¿No podían esperarnos tranquilamente en casa?

—No creo que debas culpar a padre por lo que ha hecho —repuso Vespasiano, con gesto de preocupación—. Sin querer, han cometido un error muy grande al venir aquí. Los pretorianos los habrán visto y, si los siguen hasta la casa de nuestro tío, a Sejano no le costará mucho dar con nosotros.

—Me temo que no te falta razón —comentó Antonia, poniéndose en pie—. Pero están aquí, y debo hablar con ellos. Vosotros tres, venid conmigo —añadió encabezando la comitiva hacia el atrio, donde los esperaban una Vespasia preocupada por demás y un Tito que parecía más que cohibido.

—*Domina!* —exclamó Vespasia, acercándose con las manos tendidas a modo de súplica—. Gracias por tener la bondad de atendernos. ¿Sabes algo de nuestros...? —no pudo acabar la pregunta al ver a Sabino y a Vespasiano.

—Madre, no deberías estar aquí —la increpó Sabino de mal humor—. ¿Cómo no se lo impediste, padre?

—No dejaba de decirme que pensaba venir de todos modos, incluso sola. Como no estaba dispuesto a permitir tal afrenta, me incliné por el menor de los dos males.

Antonia miró a Vespasia con severidad.

—Has cometido una gran necedad viniendo a esta casa. En el futuro, más te valdría seguir el ejemplo de Cornelia, la madre de los Gracos, y quedarte en casa devanando lana con la rueca mientras tus hijos sirven a Roma.

—Espero..., espero que sepas disculparme, *domina* —contestó Vespasia, inclinando la cabeza, reconociendo la abismal diferencia de clase social que las separaba—. Ahora mismo nos iremos.

—Me temo que ya es tarde para reparar el daño. Os quedaréis en esta casa por el momento. Palas, condúcelos al salón de las visitas de alto rango. Iremos dentro de un momento.

—Será un placer. Si tenéis la bondad de seguirme, amos.

Vespasia y Tito salieron de la estancia. Antonia se volvió a Calígula.

—Prepárate para salir. Partiremos en cuanto hayamos hablado con Asinio.

—Como digas, abuela.

—Sabino, ve a hacer compañía a tus padres. Vespasiano, asegúrate de que no te has dejado nada en tu cuarto.

—Pero si no traía nada... Entiendo. Gracias, *domina*.

—No tardes mucho.

—No, *domina*.

Con un nudo en el estómago, Vespasiano corrió a su habitación. La intensidad de la emoción que sentía ante la inesperada posibilidad que se le presentaba de despedirse de Caenis se vio suavizada al pensar en lo larga que habría de ser la separación.

Abrió la puerta; Caenis saltó de la cama, y se abrazó contra él. Él la estrechó entre sus brazos con ternura, empapándose del dulce olor de su cuerpo, de su pelo.

—No puedo quedarme mucho tiempo —la avisó, en cuanto se separaron.

—Lo sé. Te he traído esto —le dijo Caenis, entregándole una figurilla de plata que pendía de una tira de cuero.

—¿Qué representa?

—Es un regalo que me hizo mi madre, una imagen de Ceneo, un guerrero de Tesalia que vela por nuestra tribu, que originariamente era una mujer llamada Caenis. Un día, cuando Caenis vagaba lejos de su casa por los parajes indómitos que conducen a Asia, Poseidón la vio a la orilla del mar. Cautivado por su belleza, no pudo dominarse y la poseyó. Tras ser deshonrada, la muchacha se arrodilló ante él y le suplicó que la convirtiera en hombre para que nadie pudiera violarla de nuevo. Tan avergonzado estaba el dios por lo que había hecho que, como expiación por semejante barbaridad, le concedió lo que le había pedido. Y no sólo la convirtió en hombre, sino que lo hizo invulnerable a las armas de los humanos.

—Debió de disfrutar de una muy larga vida.

—No; por desgracia, nunca es posible preverlo todo. Cayó en una pelea con los centauros, que lo aplastaron con troncos de abeto y peñascos. Una vez muerto, se convirtió de nuevo en mujer, y la enterraron como Caenis. Acéptalo y llévalo siempre, amor mío, y suplicaré a Poseidón que te conceda la misma invulnerabilidad frente a las armas de los hombres. Pero nunca te enfrentes con centauros que blandan leños.

—Creo que no me resultará muy difícil —le contestó con una sonrisa.

La muchacha se puso de puntillas, le colocó la tira de cuero alrededor del cuello y le dio un beso.

—Ten mucho cuidado.

—Gracias. Lo llevaré siempre; así sabré que piensas en mí. —La atrajo contra su pecho, y notó cómo sollozaba; siguió abrazándola, hasta que ella se apartó de él con

lágrimas en los ojos.

—Vete —le dijo, dándose media vuelta. Vespasiano la miró por última vez y salió de la estancia a todo correr, con la sensación de que se le partía el corazón.

* * *

Llegó a la sala de aparato, donde vio a Sabino hablando en voz baja con sus padres. Cuando entró en la estancia, su padre alzó los ojos.

—Vespasiano, hijo, tu hermano nos ha puesto al corriente de todo. No te oculto lo avergonzado que estoy. Sólo puedo pedirte disculpas por no haberlo pensado mejor antes de irrumpir de este modo en esta casa. Haría lo que fuera con tal de enmendar semejante equivocación.

—No te preocupes, padre. Entiendo que madre estuviera preocupada anoche al ver que no regresábamos a casa. Deberíamos haberle dicho algo a Magno y que éste os avisara, pero todo ocurrió tan deprisa...

—¡Preocupada! —se lamentó Vespasia—. Sin saber dónde estabais ni qué estaba pasando... No pegué ojo en toda la noche. Cayo tampoco nos decía nada, y...

—¡Basta ya! —gritó Tito, poniéndose en pie, incapaz de soportar ni un segundo más las bienintencionadas explicaciones de su mujer—. Ocasiones no faltarán en las que no debas saber nada y tengas que limitarte a esperar. Harías bien en recordarlo, como te acaba de decir Antonia. Y ahora, refrena tu lengua.

Volvió a sentarse, colocándose la toga con brusquedad.

Ni Sabino ni Vespasiano habían oído jamás a su padre hablarle así a su madre, y se prepararon para lo peor. Pero no pasó nada. Vespasia dejó caer los brazos en el regazo y clavó la vista en el suelo, con la compostura de una matrona romana, recatada y digna.

Oyeron la voz de Antonia en el pasillo. Los hombres se levantaron cuando la vieron entrar en la estancia, acompañada por Asinio.

—Nuestro querido y ya excónsul nos trae noticias que creo que nos interesan a todos —les anunció con una sonrisa.

—Y tanto que sí —afirmó al instante el diminuto excónsul, invitándoles a que tomaran asiento—. Sabino, tienes asegurado un puesto en la ceca imperial. Estarás al frente de la acuñación de monedas de bronce y de plata, un cargo expuesto a toda clase de corruptelas, así que no te dejes tentar y, si lo haces, procura que no te sorprendan. Es preferible vigilar las arcas del imperio que pudrirte en alguna isla perdida lejos de Roma, desterrado por ratero.

—Lo tendré en cuenta, cónsul. Gracias.

—Ya no lo soy, así que dirígete a mí por mi nombre.

—Acepta mis disculpas, Asinio.

En su fuero interno, Vespasiano se alegró al ver que su hermano había cometido una equivocación, disfrutando del mal momento que estaba pasando.

—Vespasiano, Pomponio Labeón tiene a bien que te incorpores a las filas de la Cuarta Escítica, como *tribunus angusticlavius*, es decir, como tribuno militar «raso» y sin tropas a tus órdenes. Es el escalafón más bajo de la escala militar, pero te permitirá codearte con su estado mayor, el puesto que mejor conviene a nuestros intereses. En cuanto llegues a Tracia, te presentarás a Cayo Popeo Sabino. Él es quien está al frente de las tropas.

—Gracias, Asinio.

—De nada; haz lo que te he dicho, y seré yo quien te dé las gracias. Al norte de Génova, se está congregando una columna de nuevos reclutas destinados a esa legión. Debes unirte a ellos a primeros del próximo mes. Tienes, pues, catorce días por delante, tiempo más que de sobra —y, entregándole dos papiros, añadió—: tu carta de presentación y el salvoconducto militar. Procura no perderlos.

—Descuida —contestó Vespasiano, al tiempo que desplegaba los documentos y los leía.

Asinio calló un momento, con la mirada puesta en Vespasia y Tito.

—Por Antonia sé que sois los padres de los chicos. Encantado de conocerlos —dijo tendiéndole los brazos a Tito, que le saludó con gratitud.

—Es un honor, Asinio.

—De acuerdo, pero ahora creo que tenemos un problema: os han visto entrar en esta casa.

—Te ruego que tengas a bien disculparnos. Hemos cometido la imprudencia de entrometernos en asuntos que no son de nuestra incumbencia.

—De nada vale lamentarse; el mal ya está hecho. Pero no podéis volver a casa del senador Polión. Si volvierais allí, descubrirían que está de nuestra parte y tanto vuestros hijos como él correrían un grave peligro.

—¿Y si volvemos de inmediato a nuestra hacienda de *Aquae Cutiliae*? —propuso Vespasia.

—Me temo que no es posible. Tendréis que quedaros en mi casa durante una temporada hasta que vea el momento de que podáis abandonar la ciudad.

Tito fulminó con la mirada a su esposa.

—Tengo que irme —prosiguió, antes de decirle a Vespasiano—: Buena suerte, y recuerda que no debes fiarte de nadie y menos poner nada por escrito.

—Así lo haré, Asinio. Gracias otra vez.

—Bien. Os dejaré a solas para que podáis despediros. Antonia, ¿puedo hablar contigo en privado un momento?

Cuando Asinio se hubo marchado, Tito se quedó mirando a sus hijos.

—No sé por cuál de los dos debería estar más preocupado, si por Vespasiano, a punto de incorporarse a la milicia, o por ti, Sabino, aquí en Roma, y vigilado de cerca por Sejano —dijo y, tomando a Vespasiano por el brazo, le aconsejó—: Ve a Génova por la *Via Aurelia*; no sigas la calzada que discurre tierra adentro. Quédate unos días con tu abuela. Ya es mayor, y tú vas a estar fuera mucho tiempo. Dale recuerdos de

mi parte.

—Así lo haré, padre —respondió Vespasiano, más animado ante semejante perspectiva. Tito abrazó a sus hijos.

—Adiós, hijos míos. Me enorgullece saber que ambos vais a estar al servicio de Roma. Vespasia les dio un beso.

—No me ha resultado fácil quedarme al margen, mientras vosotros decidíais el camino que os disponíais a seguir. Espero que no me lo tengáis en cuenta. Tened mucho cuidado, hijos míos, y que los dioses os acompañen.

Vespasiano y Sabino se despidieron de sus padres, y se fueron en busca de Palas, que los esperaba en el pasillo. Los llevó al otro lado de la casa y los tres salieron al patio de las caballerizas, donde vieron dos literas cerradas y los grupos de porteadores nubios que, pacientemente, esperaban a la sombra. A su lado, seis guardias fornidos, pertrechados de mazos y palos, conversaban en voz baja.

—Acomodaos en cada una de las literas, amos —dijo Palas, con una leve inclinación de cabeza y haciendo una seña a los porteadores, sin perder nunca la compostura por más que estuviera organizando una huida—. Una vez que estéis dentro, aseguraos de echar bien las cortinas y de colocaros en el centro de las literas, de modo que el peso se distribuya por igual entre los porteadores que van delante y los de detrás. Hay que procurar que, cuando las literas aparezcan en la puerta de la mansión, den la impresión de que nadie va en ellas.

Vespasiano se subió a la suya, la misma en la que había visto a Caenis unos días antes, y se dejó caer en los mullidos cojines y las delicadas telas que revestían el interior. Tras comprobar que las cortinas estaban bien cerradas, no tardó en sentirse agobiado. Se quedó mucho más tranquilo cuando, al cabo de un momento, oyó una voz y los porteadores levantaron la litera. Otra orden y se pusieron en marcha. Notó que el vehículo giraba a la izquierda, y escuchó que cerraban unas puertas a sus espaldas. La litera apenas se balanceaba, de forma que Vespasiano, como no sabía por dónde iban, pensó que ni se movían ni avanzaban. Se dio cuenta, sin embargo, de que viraban de nuevo a la izquierda, y sintió una leve sacudida cuando depositaron el vehículo en el suelo. Antonia se introdujo casi de inmediato y se acomodó frente a él. Notó como los levantaban de nuevo.

—Nuestros vigilantes guardianes nos seguirán a una distancia prudencial —le dijo, mientras mullía un cojín y se acomodaba para realizar el trayecto—. No creo que se atrevan a detenerme por el camino, a la vista de todo el mundo.

Vespasiano deseó que estuviese en lo cierto.

La litera se inclinó ligeramente; el joven se imaginó que se disponían a bajar la colina. Antonia retiró la cortina un segundo y echó un vistazo por delante y por detrás, antes de volver a su sitio.

—Otros seis pretorianos cabalgan delante de nosotros. Debían de estar esperándonos más abajo. Estamos rodeados. Va a ser imposible que escapéis sin que os vean.

—¿Dónde van Sabino y Calígula, *domina*, delante o detrás de nosotros? —preguntó Vespasiano.

—Detrás. ¿Por qué lo dices?

—En ese caso, ordena a los porteadores que vayan más deprisa —repuso el muchacho—, de forma que los guardias que llevamos delante tengan que forzar la marcha, si no quieren que los dejemos atrás.

—¡Más deprisa! —ordenó Antonia, sacando la cabeza por la parte delantera del vehículo. Una leve sacudida y los porteadores marcharon a paso ligero.

—Echa otro vistazo, y comprueba si los pretorianos y la litera que viene detrás se acomodan a nuestro paso.

—Sí —dijo, tras asomar de nuevo la cabeza.

—Bien. En tal caso, ordena que vayamos más deprisa.

Eso hizo Antonia, y los porteadores comenzaron a correr. La litera empezó a balancearse suavemente y, por fin, Vespasiano tuvo la impresión de que se movían. Se atrevió incluso a echar una fugaz ojeada por su cuenta. Retiró un poco las cortinas y miró por la rendija. Vio que los pretorianos que los adelantaban iban al trote y que su comandante volvía la vista atrás de vez en cuando. Detrás de ellos, la litera en que iban Sabino y Calígula, seguida por otros seis pretorianos, mantenía la misma distancia. A sus lados, avanzaban los guardias de Antonia, empuñando mazos y palos, y dispuestos a plantar cara a cualquiera que osase acercarse a las literas.

—¿Adónde lleva esta calzada?

—Hasta la Via Sacra, a un cuarto de milla más o menos; una vez allí, torceremos a la izquierda, hacia el Foro.

—¿Hay otra calzada paralela a ésta?

—Sí, a nuestra izquierda.

—Bien. En ese caso, diles que vayan más deprisa, *domina*.

Dio otra voz, y la litera avanzó más deprisa: la marcha se convirtió en un accidentado trayecto.

—¡No podemos ir más deprisa! —le dijo Antonia, asiéndose a donde podía, mientras la litera, dando sacudidas, se balanceaba de un lado a otro: a la velocidad que iban, los porteadores se veían en apuros para mantener el paso.

—Cuando yo te diga, ordena que giren a la izquierda, *domina* —le dijo Vespasiano, sin dejar de mirar por ese lado. Observó que, empeñados en tenerlos rodeados, los pretorianos que iban delante se habían puesto al galope. A la vista de aquella reducida falange de hombres armados que se precipitaba colina abajo, abriendo paso a dos literas llevadas por negros corpulentos, los viandantes se quitaban de en medio y se subían a las aceras abarrotadas de gente.

Vespasiano vio que, algo más adelante, había una curva cerrada a la izquierda.

—¡Un poco más..., ya casi llegamos! —exclamó, dirigiéndose a Antonia con el brazo derecho levantado. Los pretorianos tomaron la curva y, en el momento, en que perdió de vista al último, dejó caer el brazo.

—¡A la izquierda! —gritó Antonia.

Los portadores de la parte delantera obedecieron de inmediato, obligando a los de atrás a hacer lo mismo. La litera logró torcer sin que los portadores redujesen la velocidad que llevaban. En su interior, Antonia y Vespasiano rodaron de un lado para otro al tomar la curva. Volvió la vista atrás y pudo ver que el vehículo de Sabino y Calígula repetía la maniobra, seguido por los pretorianos.

—¡No dejéis que nos adelanten! —les gritó a los guardias de Antonia que, asintiendo, aminoraron la marcha, para evitar que los pretorianos se pusieran a su altura.

Recorrieron la calleja como una exhalación hasta que, antes de llegar al final, Antonia les ordenó:

—¡Girad a la derecha!

Los portadores estaban a la espera de esa orden; las dos literas giraron a la derecha con relativa facilidad, entraron en la calzada principal y, a toda velocidad, emprendieron los últimos cien pasos que los separaban de la atestada Via Sacra.

Vespasiano volvió la mirada hacia atrás, y notó con qué dificultad los guardias estaban manteniendo rezagados a los pretorianos. De no haber sido por las multitudes de gente que se veían a ambos lados del camino, ya los habrían alcanzado.

—Cuando torzáis a la izquierda para internaros en la Via Sacra, saltaré por el lado derecho de la litera —le dijo a Antonia—. Con un poco de suerte, el vehículo me esconderá de la vista de los pretorianos.

—Buena suerte, Vespasiano. Sal de Roma tan pronto como puedas —contestó, antes de volverse a mirar por las cortinas para avisarlo de cuándo tomarían la curva. Vespasiano se dispuso a saltar—. ¡A la izquierda! —gritó Antonia.

Vespasiano notó que los portadores obedecían la orden que habían recibido y, sin pensarlo, saltó de la litera a la acera atestada de gente, donde fue a parar de cabeza, llevándose por delante a dos muchachos.

Rápidamente, se puso en pie y se abrió paso entre la multitud, alejándose del camino mientras pasaba la segunda litera.

Se tomó un respiro como si se hubiera quitado un peso de encima, y vio las dos literas desaparecer camino del Foro, esperando que, una vez allí, su hermano encontrase la forma de escabullirse. Por más preocupado que estuviera por Sabino, pensó que no podía ayudarlo. Lo más que podía hacer por él era mezclarse entre la multitud, llegarse cuanto antes a casa de su tío y pedirle que les dijera a los hombres de Magno que fueran en su busca. Más tarde prepararía el petate, porque había pensado en salir de Roma aquella misma noche.

Se metió por una calle lateral para alejarse de la Via Sacra, y echó a andar tan deprisa como pudo por la estrecha calleja abarrotada. A pesar de hundir los pies en la suciedad que invadía la calzada, descubrió que iba más deprisa que por la acera.

Al final de la calle, torció a la izquierda, con la esperanza de que por allí llegase al Quirinal. De repente, una mano le tapó la boca, al tiempo que notaba la afilada

punta de un puñal a la altura de los riñones.

—Mi amo estará encantado de conocerte —le susurró al oído una voz con marcado acento extranjero, acompañada de una repugnante vaharada a cebolla cruda y vino.

Se quedó helado. Miró a los viandantes: en sus ojos se leía una muda petición de ayuda, pero, con pocas ganas de meterse en peleas a cuenta de otro, nadie le prestó atención.

—Pórtate bien y te llevaré hasta él sano y salvo. Pon las manos tras la espalda.

Despacio, Vespasiano hizo lo que le decía. Notó que el otro apartaba el puñal, y escuchó el siseo de la hoja al hundirse en la vaina. Trató de sacar provecho de la situación. Alargó las manos que llevaba tras la espalda hasta la entrepierna de su agresor, lo agarró por los testículos y apretó con todas sus fuerzas. Al instante, sintió un mordisco en el hombro y que la mano que le tapaba la boca le bajaba hasta el cuello, y lo presionaba. Apretó con más fuerza. Escuchó un alarido de dolor a sus espaldas, y el hombre lo soltó. Vespasiano echó a correr tan rápido como pudo. Volvió la vista atrás antes de torcer por la siguiente esquina, y vio a su agresor de rodillas en el suelo, con la cara cubierta por su negro pelo aceitado.

Hasdro.

Vespasiano no paró de correr.

Capítulo XV

Cayo no se había movido de casa.

—¿Dónde te habías metido, muchacho? —le dijo, mientras se acercaba dando tumbos a la puerta del gabinete adonde Vespasiano, al paso del vetusto portero, había tardado lo suyo en llegar—. ¿Dónde anda Sabino? ¿Dieron vuestros padres con vosotros? Les dije que no fueran, pero ya sabes: cuando a mi hermana se le mete algo en la cabeza, no hay modo de hacerle entrar en razón. Toma asiento, y cuéntame lo que ha pasado.

Dio una palmada y le dijo a un esclavo que trajera vino. Vespasiano se sentó y recuperó el resuello. Una vez que hubo tomado un sorbo, le hizo a su tío un apresurado resumen de los acontecimientos de las últimas doce horas.

—En cuanto a Sabino —dijo, como broche final de su relato—, confío en que vuelva a casa dentro de poco.

—¡Vaya novecita! Por suerte, ninguno de vosotros ha salido malparado. ¿Llegó Hasdro a verte la cara?

—Lo dudo: siempre lo tuve a mis espaldas.

—Quieran los dioses que así sea —exclamó Cayo y, perplejo, añadió—: Lo que no acabo de entender es por qué Sejano no se dirigió sin dudarlo a casa de Antonia, en vez de seguir a Magno y los suyos colina abajo.

—Porque no vio dónde nos metíamos. Estaba muy oscuro y llovía a cántaros.

—Ya, pero Antonia era la única persona que sabía que Caenis había ido a casa de Livila y que la joven no había regresado. ¿Por qué no fue a casa de su ama de inmediato en cuanto se percató de que os habíais llevado a la muchacha?

—No lo sé; a lo mejor es más tonto de lo que pensamos.

—Nunca subestimes a Sejano. Pero, mírate; debes de estar agotado, muchacho. Necesitas un baño y un buen masaje. Está todo dispuesto.

—Eso es lo de menos, tío. Tengo que preparar el petate. Esta misma noche salgo para el norte.

—Le diré a mi intendente que se ocupe de prepararlo todo. Ve a reposar, chico. Tienes tiempo de sobra. Aún no es mediodía.

Vespasiano se sintió demasiado cansado como para llevarle la contraria, y se fue a tomar un baño.

* * *

Una hora después, con una túnica limpia y la piel aún erizada por las enérgicas friegas que le había dado uno de los esclavos germanos de su tío, se dirigió al atrio, donde se encontró con Sabino, que acababa de llegar en compañía de Magno.

—Tu amigo Calígula me dio esto para ti —le dijo su hermano, arrojándole una

bolsa pesada, que tintineó al caer en sus manos; la abrió: en su interior, había no menos de treinta *aurei*, monedas de oro—. Me dijo que había pensado que lo mejor sería que te proveyeses de una buena loriga, así que empléalo bien, y no lo dilapides en mulas, esclavas o en cualquier otro menester al que hayas pensado dedicarte de aquí a que te vayas.

—¡Cuánta amabilidad por su parte! Dale las gracias en mi nombre cuando vuelvas a verlo —contestó Vespasiano, pasando por alto el comentario ofensivo de su hermano—. Supongo que habrás podido escabullirte sin que te vieran.

—Por un pelo, pero sí, lo logré. Me vieron salir de la litera, pero los guardias de Antonia no permitieron que me alcanzaran y me confundí entre la multitud. Me las apañé para llegar hasta el cruce que vigila Magno, y él me ha traído hasta aquí por callejas poco transitadas.

—¿No llegaron a verte?

—No. Calígula me prestó su capa para cubrirme el rostro.

—¡Sabino, por fin has llegado! —les interrumpió el vozarrón de su tío, que entraba desde el jardín del patio—. Confío en que hayas salido con bien.

—Ya me ves, tío, de una pieza. Gracias.

—¡Qué bien! Y tú, Magno, ni un rasguño, como de costumbre. Estoy convencido de que pesa sobre ti un hechizo que hace que salgas siempre ileso.

—No sabría decirte, amo. Lo único que sé es que anoche nos las arreglamos para dar esquinazo a esos pretorianos, y eso que mis compañeros y yo ya no estamos tan ágiles como antes, cuando se trata de un asunto de aquí te pillo, aquí te mato; no sé si me explico... —pasándose la mano por la entrepierna, con una sonrisa.

—De maravilla —le dijo Cayo, no menos sonriente—. Pero ¿qué hicisteis para que los pretorianos fueran tras vosotros?

—Nada fuera de lo normal, amo. Corrimos tan rápido como pudimos colina abajo, armando un escándalo considerable, para que esos malnacidos no reparasen en que los jóvenes amos se habían refugiado en casa de Antonia.

—Por eso te lo pregunto. Si Sejano sabía adonde tenían pensado llevar a la chica, ¿por qué prefirió seguir vuestros pasos?

—Porque Sejano no estaba entre los hombres que iban detrás de nosotros.

—¿Cómo que no, si lo vi en lo alto de la cerca? —insistió Vespasiano, manteniéndose en sus trece.

—Y no pongo en duda que lo vieses, amo, pero no llegó a saltar. Mario y Sexto te lo confirmarán. No perdieron de vista a ninguno de los cabrones que salieron por aquel sendero y los siguieron colina abajo. Al frente de ellos iba el nuevo tribuno, ése que antes estaba al mando de la ronda nocturna.

—¿Quién es el nuevo tribuno? —preguntó Cayo intrigado.

—Otro miserable, que sólo mira por sí mismo, como todos, por otra parte. Lo único que sé es que se llama Macrón.

—Nevio Sutorio Macrón —dijo Cayo, lentamente—. Bien, bien...

—¿Lo conoces, tío? —quiso saber Vespasiano.

—Pues mira por dónde, sí, lo conozco. Fue cliente mío, hasta que se dio cuenta de que no podía ayudarle a conseguir lo que quería.

—Que era...

—¿A ti qué te parece? Un destino en la guardia pretoriana y, por lo visto, ya lo ha conseguido.

—Si es tan tonto como para seguir a Magno en plena noche en vez de ir sin dudar a casa de Antonia, no llegará muy lejos —comentó el muchacho con desprecio.

—No, no es tan tonto como parece. A estas alturas, ya le habrá jurado y perjurado a Sejano que no vio que nadie se dirigiera a casa de Antonia, y por eso continuó la persecución.

—¿Con qué fin? —preguntó Sabino.

—Porque no quería atrapar a la chica, lo que habría dado cierta ventaja a Sejano. Prefiere que siga ignorando las conspiraciones que se urden en su contra.

—Pero ¿para qué?

—¿Todavía no te has dado cuenta? Quiere moverle la silla a Sejano, porque aspira a ser prefecto de la guardia pretoriana —masculló Cayo—. Más le valdría andarse con tiento, porque ha metido una zorra en el gallinero y, si tenemos en cuenta que los enemigos de nuestros enemigos son nuestros amigos, esta zorra podría venirnos muy bien.

* * *

Cercana ya la hora última del día, Vespasiano estaba preparado para salir de la ciudad. Se había puesto por primera vez el uniforme de tribuno militar, y se pavoneaba al andar mientras se dirigía desde su cuarto al atrio, con la capa roja ondeando a sus espaldas. La sólida coraza de bronce le oprimía el pecho; al caminar, el faldón protector, hecho de tiras de cuero con tachones de hierro pulido que llevaba por encima de una túnica blanca, le golpeaba los muslos. Las relucientes grebas de bronce con que se protegía las espinillas le molestaban un poco, pero sabía que al cabo de un tiempo ni las notaría. Al llegar delante de su tío, se colocó en posición de firmes, con el casco de bronce, con su penacho de crines blancas y todo, en el antebrazo.

—Bueno, tío, ¿qué aspecto tengo?

—Probablemente el que tú crees, es decir, el de un hombre hecho y derecho. Procura que no se te suba a la cabeza. Y guárdate la espada: no puedes llevarla en la ciudad.

—Lo siento, se me olvidó.

Un tanto desinflado, se despojó de las dos cortas espadas de dos pies que le colgaban al lado derecho de la cintura y las guardó en una alforja que había en el

suelo junto a la puerta, al lado de su escueto petate.

—Para mayor seguridad, he pedido a Magno y a dos de los tuyas que te acompañen hasta Génova —continuó Cayo, alzando una mano antes incluso de oír las posibles objeciones de Vespasiano—. No te pases de listo. Por supuesto que necesitas escolta. ¿Qué tenías pensado? ¿Recorrer por tu cuenta doscientas millas por la Via Aurelia?

—Como no tengo que estar en Génova hasta las calendas de febrero, quería quedarme en la hacienda de mi abuela, en Cosa, cuatro o cinco días.

—En ese caso, todo arreglado. Al menos pasarás unas cuantas noches en buena compañía. Muchacho, lo que menos nos interesa es que te veas envuelto en una reyerta antes de que hayas abandonado Italia. Por otra parte, estoy seguro de que a tu abuela le encantará conocer a Magno.

Vespasiano sintió un escalofrío sólo de pensarlo, pero Cayo no estaba dispuesto a ceder.

—No se hable más. No tardará en estar de vuelta en la ciudad. Como no está tu padre, aquí tienes algo de dinero para el viaje. —Le tendió una pequeña bolsa de cuero—. Ni se te ocurra utilizar el oro que Calígula te dio en las posadas en donde te alojes. Sólo conseguirías atraer la atención de individuos poco recomendables.

—Gracias, tío.

Alguien llamó con fuerza a la puerta; el viejo portero se levantó del taburete que ocupaba y, con paso renqueante, fue a abrir. Magno se presentó con una capa basta de lana cruda sobre los hombros.

—Tenemos que partir, amo. Hemos de cruzar el Puente Emilio y llegar a la Via Aurelia antes de que anochezca. De día, nos harán menos preguntas.

—Muy bien. ¿Dónde anda mi hermano, tío?

—Aquí —dijo Sabino, apareciendo en la estancia; echó un vistazo a Vespasiano, y no dudó en esbozar un gesto de aprobación—. Bueno, hermanito, he de reconocer que en el porte cumples; ahora bien, habrá que ver si tienes cojones para demostrarlo como corresponde.

—Viniendo de ti, lo tomaré como un cumplido.

—Más te vale. Será el último que recibas.

—Espero que no —intervino Cayo, muy serio—. En cualquier caso, si ésta es la mejor expresión de cariño fraterno de que sois capaces a la hora de despediros, más te valdría irte ya. Buena suerte, muchacho —agarró a Vespasiano por los hombros y le estampó un par de besos húmedos y pegajosos en las mejillas—. Escribe en cuanto llegues. Ni palabra de lo que nos traemos entre manos. Sólo por saber de ti.

—Sin falta. Adiós, tío, y que te vaya bien. Lo mismo te digo, hermano.

Se apartó de Cayo, recogió los dos bultos que llevaba y se dirigió a la puerta, donde lo esperaban Magno y Sexto con cuatro caballos. Sujetó los dos fardos en el caballo que le tenían preparado, mientras Magno intercambiaba unas palabras con su tío, que le dio una palmada en el hombro.

Se pusieron, por fin, en marcha, y siguieron el mismo camino, Quirinal abajo, que habían tomado para ir al Circo Máximo el primer día de estancia de Vespasiano en Roma. Volvió la vista atrás, y observó a Mario y a Sexto; luego se acercó a Magno.

—No quiero que pienses que trato de hacerme el gracioso —le dijo pausadamente—, pero ya me dirás qué pinta Mario a caballo.

—¿Lo has oído, Mario? —gritó Magno, entre risotadas—. El joven amo quiere saber si eres capaz de pelear a caballo.

Mario y Sexto rompieron a reír.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Que se te haya ocurrido semejante idea —dijo Magno, sin dejar de carcajearse.

—¿Qué idea?

—Pues la de pelear a caballo como esos salvajes del taparrabos. No, amo; los caballos son para ir de viaje, o para huir, llegado el caso. Cuando haya que pelear, lo haremos a pie. Nosotros somos soldados de infantería, amo, y orgullosos de serlo. Tú, en cambio, perteneces a otra clase, eres un *eques*, un caballero del orden ecuestre. Si no lo haces mal durante los dos primeros años de servicio, podrían ponerte al mando de una unidad de tropas auxiliares de la caballería, y entonces sí que tendrás que pelear a caballo, y ya puedes encomendarte a los dioses.

Vespasiano recordó el enfrentamiento con los esclavos furtivos, cuatro meses antes, y pensó que no era tan mala la idea de luchar a caballo.

Siguieron adelante en silencio, abriéndose camino entre multitudes de gente que iban de un lado para otro hasta que llegaron al Foro Boario. Estaban limpiando el recinto que, los días de mercado, hacía las veces de mercado de ganado. Notaron un intenso olor a estiércol y, por doquier, escucharon los chillidos de animales que llevaban al matadero. Unos niños armados con palos golpeaban con todas sus fuerzas a las dóciles criaturas para que fueran por su sitio, mientras ganaderos y matarifes cerraban los últimos tratos y contaban los dineros. Subido a un estrado, sentado a una mesa, se hallaba un edil togado: era el magistrado encargado de mantener el orden en el mercado, el que escuchaba las quejas que tenían a bien exponerle compradores o vendedores, resolviendo sobre la marcha las diferencias que pudieran surgir entre unos y otros. A medida que el ganado abandonaba el recinto, cientos de míseros esclavos cargados con unos sacos se dedicaban a recoger el estiércol, desmontaban los rediles provisionales y los apilaban en carretas para retirarlos y guardarlos en otra parte hasta que llegase el momento de volver a instalarlos, al cabo de ocho días.

Mientras cruzaban el Foro, camino del Tíber, pasaron junto al pequeño templo circular dedicado a Hércules Víctor, con su techumbre de tejas sustentada en columnas, un templo casi tan antiguo como la propia ciudad, que se alzaba muy cerca del imponente altar dedicado al héroe. Vespasiano contemplaba aquellas antiguas construcciones, y pensó que le hubiera gustado tener más tiempo para admirarlas con detenimiento. Apenas había visto nada durante su corta estancia en Roma.

Cuando atisbaron el puente, un nuevo y no menos intenso olor los golpeó en la

cara. Río arriba, en ambas orillas, se concentraban casi todas las curtidurías de Roma. Del río sacaban el agua que necesitaban, al tiempo que de él se servían como desagüe al que arrojaban sus malolientes desechos. El hedor que desprendía el proceso de convertir pellejos secos y rígidos en cuero —sumergiéndolos en orines humanos, en primer lugar, para ablandar el pelo y retirarlo con un cuchillo, e introduciéndolos a continuación en una mezcla de sesos y heces de animales para hacerlos más flexibles — era tan insoportable y tan repugnante que Vespasiano se cubrió la cara con la capa a la hora de cruzar el puente. Echó un vistazo al río y, no sin sorpresa, descubrió que había chavales jugando y nadando entre tanta inmundicia.

Ya estaban en mitad del puente cuando una voz les obligó a detenerse en seco.

—Tú, bribón, el que va en cabeza; no te muevas de donde estás.

Vespasiano alzó la cabeza al oír el grito. En el otro extremo del puente, junto a una garita, estaba apostado un destacamento de la cohorte urbana. Flanqueado por dos soldados, un centurión se adelantaba y caminaba hacia ellos.

—No les digas tu verdadero nombre —le susurró Magno, al tiempo que hacía un gesto a Mario y a Sexto para que se retirasen un poco.

—¿Qué tienes que ocultar para cubrirte la cara de esa manera? —le preguntó el centurión, acercándose.

Vespasiano se retiró la capa de la cara al instante.

—Nada, trataba de evitar ese hedor pestilente —respondió con toda sinceridad.

—Menos cuento. Todo el mundo está acostumbrado. No creo que veas a nadie más con la cara cubierta como un truhán marrullero.

Vespasiano echó un vistazo a la caravana de gente que estaba cruzando el puente. A nadie parecía molestarle el hedor de las curtidurías.

—Discúlpame, centurión, pero es que no estoy acostumbrado.

—¡Majaderías! Digamos que tu conducta me parece sospechosa, tengo órdenes de detener a todo aquel que me parezca sospechoso. ¿Cómo te llamas? ¿Adónde vas?

—Me llamo Cayo Emilio Rufo, y me dirijo a Panonia para incorporarme a la Novena Hispana —contestó Vespasiano, retirando la capa para que viera el uniforme que llevaba.

—¿Estás seguro? Con ese acento de los montes Sabinos no parece que seas de la región de Emilia y, además, te has equivocado de camino. ¡A ver, enséñame tu documentación!

—Me los entregarán en Génova, por eso me dirijo a la Via Aurelia.

—¡Y yo que me lo creo! ¿Y quiénes son estos rufianes malencarados que van contigo?

—Tulio Prisco, a tu servicio, y mis compañeros, Crispo y Salió —dijo Magno acercándose al centurión—. El joven caballero nos ha contratado para que lo escoltemos camino del norte.

—Por de pronto, no vais a ir a ninguna parte, no al menos hasta que los pretorianos os vean —y, volviéndose a uno de los soldados, le ordenó—: Acércate a

la garita y dile al tribuno que venga en cuanto pueda.

El soldado saludó y volvió a toda prisa junto a sus compañeros. Magno hizo una seña fugaz a Sexto y a Mario, dio un paso adelante y, como un rayo, se agachó y le propinó un cabezazo en la entrepierna al centurión, que se retorció de dolor. Haciendo un alarde de fortaleza, lo levantó a la altura de su cabeza y, por encima del parapeto, lo lanzó al río, donde se hundió como una piedra. Sexto y Mario dieron un salto y atraparon al soldado que se había quedado a su lado, quien, sin tiempo de reaccionar siquiera, siguió el mismo camino que su superior y fue a parar a las aguas fangosas que corrían bajo el puente.

—¡A caballo, a todo galope! —gritó Magno, saltando sobre su montura y espoleándola. Vespasiano se encaramó a la silla y picó espuelas pasando entre la multitud aterrorizada hacia donde estaban los demás soldados de la cohorte urbana, quienes, al ver el revuelo que se había armado, se disponían a formar en hilera a la salida del puente. El gentío se apartó y el caballo avanzó con brío. Veía a Magno, por delante de él; a sus espaldas, escuchaba las voces de sus compinches apremiando a sus monturas. Los soldados, sin escudos y sólo pertrechados con espadas porque estaban de guardia tras los muros de la ciudad, al ver los cuatro caballos que, a diez pasos de donde se hallaban, se les venían encima, echaron a correr en desorden, tropezándose entre ellos con tal de no verse pisoteados.

—¡Alto! —gritó un tribuno de los pretorianos, al salir de la garita y colocarse en mitad de la calzada, empuñando una espada que apuntaba al pecho de Magno.

Con un rápido gesto, Magno desenvainó la suya y, poniéndola de plano, se dispuso a entrechocarla con la hoja que blandía el tribuno. Tan fuerte fue el golpe que éste recibió que la espada se le fue de las manos y cayó de rodillas al suelo.

aún desarmado, el tribuno supo reaccionar con celeridad, sacó el *pugio*, el puñal alargado de los oficiales de los pretorianos, que llevaba a la cintura, y plantó cara a Vespasiano. Al ver que no le quedaba otra salida que deshacerse de él, Vespasiano echó mano de la alforja y sacó la espada. La empuñó con tanta fiereza que la vaina salió volando por los aires, y cargó contra el tribuno. En el último instante, antes de chocar con él, desvió su caballo a la izquierda y le asestó un tajo en el cuello. El tribuno se tambaleó y, cuando Vespasiano se disponía a dejarlo atrás, intentó clavar el puñal en la panza del animal, acertando a Vespasiano en una pierna: la hoja le atravesó la greba, traspasando el bronce y yendo a clavársele en el músculo. El ímpetu que llevaba lo alejó de las garras del tribuno, que acabó rodando por la inmundicia de la calzada. El dolor le traspasaba la pierna, pero sabía que no podía detenerse. Agachó la cabeza y espoleó su montura, con el puñal cada vez más hundido a medida que apretaba las piernas contra los flancos jadeantes del animal.

Magno echó un vistazo atrás y vio a sus tres compañeros que, a galope tendido, venían pisándole los talones.

—¡Sigue así mientras puedas! —le gritó a Vespasiano.

El joven apretó los dientes y sólo pensó en galopar, tratando de olvidar el dolor

que sentía en la pantorrilla, pero, con cada salto, la hoja vibraba y aquella punta afilada parecía llegarle más adentro. Trató de agacharse para arrancársela.

—¡Ni se te ocurra! —le dijo Magno a voces, refrenando su montura y poniéndose a su lado para ocultar el puñal a ojos de los viandantes que miraban con recelo a aquellos cuatro jinetes que, como rayos, se dirigían a la Via Aurelia—. Si te lo sacas ahora, perderás mucha sangre. Ya lo haremos como es debido dentro de un rato.

Vespasiano hizo un leve gesto de asentimiento, y confió en que ese rato pasase pronto.

* * *

Habían dejado atrás el segundo miliario, cuando los rayos del sol ya se tornaban de color dorado y el astro se ocultaba tras el horizonte. Nada indicaba que nadie fuera tras ellos, pero Magno seguía apremiándolos. Cuanto más lejos estuvieran de la ciudad, mejor discurriría el tránsito. Para cuando oscureció, sólo quedaban ellos en la calzada.

—Bien, muchachos. Vamos a apartarnos del camino, y busquemos un lugar donde acampar —dijo Magno—. Hay que echar un vistazo a esa pierna, amo.

Obligó a su montura a aminorar el paso, torció a la derecha y comenzó a subir una suave ladera. Vespasiano y los otros dos fueron tras él. Notaba la cabeza un poco aturdida por la pérdida de sangre y sentía fuertes pinchazos en la pierna. Había conseguido salir de Roma pero, en el estado en que se encontraba, dudaba mucho que fuera a llegar muy lejos.

Parte III

La Via Aurelia

Capítulo XVI

Medio aturdido, Vespasiano se dejó caer del caballo y fue a parar en brazos de Magno, quien, con delicadeza, lo recostó contra un árbol.

—Descansa un poco, amo. Los muchachos han ido a por leña para hacer una hoguera. En cuanto la hayamos encendido, te sacaremos el puñal y te recompondremos esa herida —le dijo, estirándole la pierna malherida, lo que le alivió el dolor de inmediato por cuanto, al apoyarla en el suelo, cedió la tensión de la daga que llevaba clavada.

—¿Dónde estamos? —preguntó el joven, con un hilo de voz.

—Junto a un arroyo que discurre por un valle, a una milla más o menos al este de la calzada. Parece que no hay nadie más por los alrededores, así que vamos a arriesgarnos a encender una fogata —le contestó mientras colocaba una manta bajo la cabeza de Vespasiano y le acercaba una cantimplora de agua a los labios. El chico bebió con ansia: la pérdida de sangre lo había dejado exhausto. Tras notar una sensación de frescor en la garganta, se sintió más animado.

—¡Qué estupidez la mía en el puente! ¡Mira que taparme la cara! ¡Cómo se me ocurriría!

Sexto y Mario, con la leña a cuestas, ya estaban de vuelta, y se dispusieron a preparar la hoguera.

—Si me lo permites, te diré que no fue ésa tu mayor estupidez, amo —comentó Magno, tendiéndole un trozo de pan y un poco de cerdo en salazón—. Lo más insensato fue que le dijeras a ese centurión que te disponías a ir a Génova.

—¡Qué más dará, si con el peso de la armadura se habrá ido al fondo del río!

—Es muy posible que así haya sido, al igual que su compañero. Pero no podemos decir lo mismo del soldado que fue en busca del tribuno, que escuchó todo lo que dijiste y pudo fijarse en el acento con que hablabas.

—¡Pues estamos apañados!

—No te quepa duda. No sólo nos buscarán a lo largo y ancho de la Via Aurelia, sino que además mantendrán controlada Génova, por si hasta allí llega un tribuno militar con una herida reciente en la pierna derecha, que, por si fuera poco, habla como un campesino de los montes Sabinos.

—Entonces, más vale que les tomemos la delantera.

—Ésa es otra estupidez, y de las gordas, amo. En primer lugar, tienes que reponerte; por otra parte, a estas alturas ya habrán dejado atrás el sitio en que nos desviamos del camino.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Echa cuentas: habrán tardado no menos de media hora en enviar aviso al campamento de los pretorianos, en la otra punta de la ciudad; ponle otra media hora antes de que un destacamento de caballería llegase a la Via Aurelia, o sea que les llevamos una hora de ventaja. Como nos apartamos del camino hará cosa de una

hora, no es tan difícil de calcular.

—Entiendo. En ese caso, lo mejor que podemos hacer es seguir adelante con el plan que nos habíamos propuesto, o sea, ir a la hacienda de mi abuela, en Cosa, que, a buen paso, está a una jornada de aquí. Podemos ocultarnos allí unos días, mientras se me cura la pierna y las aguas vuelven a su cauce. Luego, según vayan las cosas, ya veremos lo que hacemos.

—Es una posibilidad como otra cualquiera, si no fuera porque no tenemos otra. Así que a Cosa. Pero, antes de nada, hay que sacarte el puñal que te clavó Macrón.

—¿Macrón, dices?

—Así es. Con él fue con quien te enfrentaste y, por si fuera poco, te quedaste con su puñal. Estoy seguro de que no parará hasta recuperarlo.

—No se lo quité.

—Da igual. Tú lo tienes, y él se ha quedado sin él, y más vale que las cosas sigan así. Si de algo estoy seguro, sin embargo, es que mi rostro no se le irá de la cabeza así como así. En tales circunstancias, sería peligroso que volviese a Roma, amo; así que, si no te parece mal, me iré contigo.

—Por mí no hay inconveniente. Pero ¿qué tienes pensado? ¿Alistarte como legionario?

—¡Anda ya, pues claro que no! ¡Que les den! Iré contigo en calidad de liberto. Cuando se incorporan a filas, muchos caballeros jóvenes suelen llevar un esclavo o un liberto con ellos a su servicio. A nadie le sorprenderá.

Vespasiano estaba demasiado agotado para ponerse a discutir el asunto, en realidad tampoco lo quería, sabía que, con Magno a su lado, estaría más tranquilo.

—Queda acordado, pues. Ahora, ponte cómodo, amo, porque te va a doler.

Vespasiano apoyó la cabeza en la manta y miró a la luna, que estaba casi llena. Su suave luz plateada, en contraste con los reflejos anaranjados de la hoguera que Sexto y Mario habían encendido, se abría paso entre las ramas desnudas de los árboles que crecían a orillas del arroyo.

Magno desenvainó la espada, y la puso en el fuego de la hoguera; se acercó a Vespasiano y, de rodillas, examinó la pierna derecha del muchacho a la luz de la fogata: el puñal le había penetrado unos tres dedos en la pantorrilla; era la greba de bronce traspasada la que lo mantenía donde se había clavado. Magno tiró de la empuñadura con cuidado para comprobar la presión que el bronce ejercía sobre la hoja de hierro. Se había incrustado a fondo.

—¡Ay! —gritó Vespasiano.

—Disculpa, amo, pero tenía que asegurarme antes de intentar nada. Puedo decirte que has tenido mucha suerte. Si no hubieras llevado grebas, el puñal te habría atravesado la pierna y habría acabado por clavarse en la panza de tu montura. Acto seguido, te habrían detenido y tus andanzas por este mundo habrían terminado, aunque tampoco creo que te hubiesen quedado muchas ganas de corretear tras la suerte que, sin duda, Sejano te tenía reservada.

—Así que hay que mirarlo por el lado bueno, ¿no es así? —dijo el muchacho, haciendo una mueca.

—Y tanto que sí, amo —y, volviéndose a Sexto y a Mario, dijo—: Muchachos, esto es cosa de tres. Sexto, tú sujeta la greba; en cuanto haya retirado el puñal, quítasela de un tirón.

—Sujetar y quitar; muy bien, Magno —repitió Sexto, preocupado ante la posibilidad de equivocarse.

—Mario, tan pronto como le hayamos retirado la greba, saca la espada de la hoguera y aplica la hoja sobre la herida hasta que yo te diga.

—Entendido, Magno —contestó Mario, encantado de hacer algo que sólo requiriese el uso de una mano.

—Muy bien, amo. Será un momento —lo tranquilizó mientras le alcanzaba un palo grueso—. Muerde fuerte.

Vespasiano obedeció, y se preparó.

—Es mejor que no mires, amo. ¿Te sientes con fuerzas? —le preguntó el mercenario.

El chico cerró los ojos y asintió.

—Adelante, muchachos —dijo Magno, sujetando con un pie el tobillo de Vespasiano y agarrando la empuñadura del puñal con las dos manos—. A la de tres. ¡Una, dos y tres!

Vespasiano escuchó el roce de un metal contra otro, y sintió un fuerte tirón en la pierna, seguido de una punzada de dolor que le nubló la vista. El dolor remitió un poco cuando le retiraron la greba, y alcanzó extremos insoportables cuando sintió el hierro al rojo vivo. Le llegó el olor a carne quemada, y se desvaneció.

* * *

—Despierta, amo, ya es hora de ponernos en marcha.

Tras un sueño reparador, Vespasiano se despabiló y abrió los ojos: todavía era de noche. Magno, arrodillado a su lado, le sacudía el hombro.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Gracias, Magno, aunque tengo la pierna tan abotargada como si fuera de palo —dijo, alargando la mano con cuidado hasta la pantorrilla herida y tocando el tosco vendaje que la cubría—. ¿Cómo está? —le preguntó.

—No muy mal. El hierro al rojo vivo cortó la hemorragia y cerró la herida. Nos hemos turnado para mearte encima; era lo que hacía mi abuela cuando no tenía vinagre a mano.

—No me extraña; con lo que bebéis, el remedio habrá sido tan eficaz como el vinagre —comentó Vespasiano, torciendo el gesto.

—Seguro que sí, amo. Vamos a desayunar algo. Nos pondremos en camino en cuanto asomen las primeras luces.

Sexto les acercó un poco de pan y queso, y se dedicó a borrar todo rastro de la hoguera, mientras Mario llenaba como podía las cantimploras con agua del arroyo.

—¿Por dónde vamos a ir? —preguntó Vespasiano, dando un bocado al queso.

—Me imagino que los pretorianos saben que estás herido, y habrán pensado que teníamos que hacer un alto en cuanto oscureciera para curarte, que es lo que hemos hecho. De forma que calcularían que, continuando la persecución durante dos o tres horas aunque fuera de noche, nos iban a adelantar. En tal caso, lo único que tienen que hacer es apostarse en mitad del camino, y desplegar patrullas a ambos lados de la calzada hasta dar con nosotros por si pretendiéramos huir campo a través.

—No está mal como encerrona —repuso Mario, sin dejar de pelearse con las cantimploras—. Tal vez deberíamos dirigirnos hacia el este, hacia la Via Emilia Scaura, que no debe de estar a más de veinte millas de aquí, y también concluye en Génova.

—Ya lo había pensado, compañero, pero como saben adónde nos dirigimos, estoy seguro de que tendrán vigilada esa calzada también.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer, Magno? —preguntó Sexto—. ¿Volvemos a Roma?

—De ninguna manera. Durante los próximos días, registrarán de pies a cabeza a todos lo que lleguen a la ciudad. No, muchachos; tendremos que ir a campo través con mucho tiento y tratar de dejarlos atrás —repuso, poniéndose en pie. Por el horizonte, ya habían aparecido los primeros rayos de sol arrojando largas sombras entre los árboles—. Vamos, chicos, a caballo. Amo, quítate esa capa roja. Es un tanto llamativa, ya me entiendes. Cúbrete con la mía.

Vespasiano ni rechistó; se limitó a echarse el manto de lana por los hombros; luego, guardó la capa militar en el petate. Se las compuso para montar sin ayuda, pero a punto estuvo de marearse por el esfuerzo y tuvo que aferrarse al cuello del caballo para mantenerse erguido.

—¿Te encuentras bien, amo? —le preguntó Magno, intranquilo.

—Muy bien, gracias —contestó, mientras recuperaba el equilibrio.

—Piensa que vamos a cabalgar despacio, porque no queremos topar con una de esas patrullas. Así que aguanta un poco, amo, y da una voz si quieres que paremos.

Magno espoleó su montura y se puso en marcha. Vespasiano fue tras él, implorando a los dioses que le dieran fuerzas para aguantar el día que le quedaba por delante.

* * *

Tras dejar la Via Aurelia más o menos a una milla a su izquierda, echaron a andar campo a través. El paisaje ondulado que recorrían eran tierras de labranza, separadas por estrechas veredas, salpicadas de arboledas y olivares. De vez en cuando, atisbaban un caserío o una villa campestre, que procuraban rodear para, en la medida

de lo posible, sustraerse de miradas indiscretas, sin apartarse nunca de la dirección noroeste que se habían fijado. A pesar de los espesos nubarrones que se arremolinaban sobre sus cabezas y que sólo de vez en cuando dejaban pasar la luz del sol, gracias a los contados momentos en que llegaban a ver el mar, a unas pocas millas a su izquierda, no se apartaron del rumbo previsto. Al cabo de un par de horas y tras recorrer más de diez millas, Magno se detuvo y se volvió a sus compañeros de viaje.

—Si no he calculado mal, deberíamos estar casi a la altura del punto donde hallan establecido el puesto de guardia en la calzada, así que atentos por si nos sale al paso una patrulla. A partir de aquí, trataremos de avanzar cruzando bosques y olivares o siguiendo el curso de los ríos. —Se fijó en Vespasiano y lo notó muy pálido—. Sexto, dale algo de comer al joven amo.

Un trozo de cerdo en salazón fue el resultado de las apresuradas pesquisas que éste llevó a cabo en su alforja; se lo dio a Vespasiano, que comió con ganas el tasajo, mientras seguían adelante con cautela.

A media mañana, el cielo se había cubierto por completo y caía una ligera llovizna. Cruzaban un alisal, cuando unos gritos los obligaron a detenerse de inmediato.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Vespasiano, alertado por el ruido, saliendo del estado de somnolencia en que estaba sumido.

—¡Y yo qué coño sé! —replicó Magno, echando un vistazo a su alrededor—. Fuera lo que fuera, era cerca de aquí.

Otro grito, que parecía proceder de un poco más adelante a la derecha, retumbó por el bosque. De repente, a unos cincuenta pasos de donde estaban, tres jinetes, vestidos con ropas de viaje anodinas, atravesaron el bosque de derecha a izquierda a galope tendido, seguidos por media docena de pretorianos con sus capas rojas, lanza en ristre.

Vespasiano y sus acompañantes permanecieron inmóviles, mientras los pretorianos cruzaban el bosque en pos de su presa. Tan preocupados estaban por evitar los árboles y la maleza seca que no miraban ni a derecha ni a izquierda. Espolearon sus caballos con furia, hasta desaparecer de su vista, engullidos por la arboleda.

—Esos cabrones han debido de pensar que éramos nosotros —comentó Magno, en cuanto se desvaneció la última capa roja.

—Pues no tienen muy buen ojo a la hora de contar, ¿verdad? —apuntó Sexto.

Magno se lo quedó mirando con ojos de asombro.

—Viniendo de ti, es todo un alarde de agudeza. Nosotros, a lo nuestro. Ya que están ocupados, lo más importante es que saquemos provecho de la situación.

Se puso en camino al trote, y los demás hicieron otro tanto. Cuando llegaron a la altura del lugar de la persecución, oyeron unas voces a su izquierda, seguidas por un grito.

—Me huelo que se piensan que nos han atrapado —dijo Magno, con una sonrisa cargada de malicia.

—¡Pobres desgraciados! Aunque, bien mirado, tampoco debían de tener muchas luces, si echaron a correr cuando les dieron el alto —aventuró Vespasiano, mucho más despabilado y con el corazón acelerado.

—Aunque fuera una vestal, creo que también yo pondría tierra por medio si una patrulla de pretorianos me diese el alto para hacerme unas preguntas. Como tuviste ocasión de comprobar, no se distinguen por sus buenos modales precisamente —dijo Magno, yendo más deprisa a medida que clareaba el bosque.

Al llegar a los árboles del lindero, se detuvieron y atisbaron el horizonte. A lo lejos, a unas cinco millas, unas colinas; para llegar a ellas, había que cruzar unas plácidas y anchurosas praderas donde pastaban ovejas, sin un sitio donde esconderse. Tan sólo se veían unas cuantas cabañas pequeñas de piedra para los pastores, unidas por veredas bordeadas de árboles y matorrales.

Magno echó pie a tierra y le tendió las riendas a Sexto.

—Aguántalas un momento, compañero. Antes de que salgamos del bosque, voy a echar un vistazo para cerciorarme de que no hay peligro.

Se escabulló por la izquierda, dejando a sus acompañantes con la duda de cómo cruzarían aquel vasto campo abierto sin que los avistase una patrulla.

Vespasiano tomó un largo trago de agua, y probó otro bocado del tasajo de cerdo salado. Se sentía mejor de lo que había pensado en un primer momento, pero sabía que tardaría lo suyo en restablecerse por completo. Un tanto escalofriado, se arrebujó en el manto para protegerse de la lluvia, y contempló a Mario que, con las riendas atadas alrededor del antebrazo izquierdo, se rascaba la espalda con la mano derecha.

—¿Cómo perdiste la mano, Mario?

—En un barco, amo. Era marinero...

Magno regresó corriendo, impidiendo que Mario le contase lo que le había pasado.

—Han matado a uno de los tres pobres infelices; tres soldados se llevan a los otros dos al puesto de guardia en la calzada. Los otros tres están a una milla de distancia y se disponen a volver al bosque. Sospecho que andan buscando al que creen que es el cuarto hombre de la partida, el que les falta.

—Así que estamos atrapados —dijo Mario—. Si seguimos adelante, nos verán; si tratamos de escondernos de nuevo, darán con nosotros.

—Si no puedes derrotarlos, únete a ellos —comentó Vespasiano.

Sus compañeros se quedaron perplejos, mirándolo con cara de asombro.

—¿Cómo dices, Vespasiano? —preguntó Magno, que no entendía nada.

—Que nos unamos a ellos. Los obligaremos a dar la cara, y nos haremos con sus capas, yelmos, escudos y lanzas. Así, vistos de lejos, seremos una patrulla más y podremos cruzar esos prados sin que nadie nos moleste —les explicó Vespasiano.

—Pero ellos son sólo tres —objetó Magno.

—Tengo mi capa de tribuno y el casco; es cierto que el penacho es un poco más largo pero, de lejos, nadie se dará cuenta. Además, Mario no podría llevar ni lanza ni escudo, ¿me equivoco? Todo saldrá bien. No es lo mismo que si pretendiéramos abalanzarnos contra el puesto de guardia haciéndonos pasar por pretorianos, ¿no os parece?

—No es mala idea, amo —admitió Magno, encantado de tener un plan—. Pero antes de desplumar el pollo, hay que retorcerle el pescuezo. Así que adentrémonos en el bosque de nuevo y vamos a tenderles una celada.

Volvieron sobre sus pasos hasta el lugar donde había tenido lugar la persecución, torcieron a la izquierda y siguieron adelante unos doscientos pasos hasta llegar a una vaguada de unos diez pies de hondo y unos treinta pasos de anchura.

—Un sitio perfecto —dijo Magno, mientras empezaba a perfilar un plan de ataque—. Están buscando a un joven tribuno, amo, y tú eres el único que encaja con esa descripción, así que tendrás que hacer de cebo. Vuelve por el sendero y, cuando te vean huir, dirígete hacia aquí y pásate al otro lado de la hondonada, por allí. Le señaló una abertura que había entre dos alisos en lo alto de la empinada cuesta que se alzaba al otro lado de la vaguada. Cuando vengan a por ti, los obligaremos a desmontar y acabaremos con ellos.

—¿Y cómo pensáis hacerlo?

—No lo sé, todavía no he tenido tiempo de pensarlo. Lo único que sé es que nosotros iremos a pie, así que a esconder los caballos tocan, compañeros. Los dejaremos a tu cuidado, Sexto —contestó Magno, mientras Mario y él desmontaban y le tendían las riendas a Sexto, que se llevó las monturas de allí.

—Buena suerte, amo. Cuando vuelvas, nos encontrarás preparados.

—Eso espero —repuso Vespasiano, esbozando una tímida sonrisa; dio media vuelta y se fue al encuentro de los pretorianos.

Notaba pinchazos en la pierna, le dolía la cabeza, pero se sentía con fuerzas para no caerse del caballo y cabalgar tan rápidamente como pudiera por el bosque durante un rato no demasiado largo. Por otra parte, estaba seguro de que no tratarían de derribarlo a punta de lanza: Sejano lo quería vivo, lo cual, dadas las circunstancias, le levantó el ánimo.

Ojo avizor, avanzó con cautela, procurando recordar los obstáculos que habrían de salirle al paso cuando regresara, hasta que atisbo un destello colorado entre los árboles que se alzaban delante. Se detuvo y aguardó a que llegasen, preparándose para salir a toda prisa. No hubo de esperar mucho tiempo.

—¡Ahí está! —gritó alguien, a unos cincuenta pasos de donde se encontraba él.

Vespasiano volvió grupas y se puso al galope. Mientras desandaba el camino, sorteando los troncos erguidos y amenazantes de aquellos árboles que se retorcían bajo el peso de las ramas bajas, no dejaba de sentir admiración por la destreza que demostraban sus perseguidores, que, si bien ya habían recorrido el camino, no se habían detenido a estudiarlo. Al llegar al borde de la vaguada, aminoró el paso.

Volvió la vista atrás un instante para cerciorarse de que los pretorianos veían por dónde iba; satisfecho, bajó por la ladera y cruzó la hondonada camino de los dos árboles que Magno le había indicado al otro lado.

El caballo de Vespasiano se esforzaba por subir por el lado opuesto, mucho más empinado, cuando sus perseguidores llegaron al fondo de la vaguada. Con las patas delanteras logró alcanzar la cima y, tratando de recuperar la posición normal, escarbó con las patas traseras el suelo para tomar impulso en la tierra poco firme de aquel lado. Vespasiano se abrazó a la montura que, tras un prodigioso salto, se encaramó a lo alto pero, al tocar el suelo firme del terreno boscoso, el enérgico empuje de sus ancas la llevó a perder el equilibrio, trastabilló y Vespasiano salió despedido.

—¡Ya es nuestro! —gritó una voz a sus espaldas cuando, rodando por el suelo, desenvainaba la espada para defenderse.

Los dos pretorianos que iban en cabeza ya casi habían llegado arriba, cuando Vespasiano creyó ver dos oscuros manchones: dos fuertes ramas les dieron en la cara apeándolos de sus monturas, que recularon y se fueron cuesta abajo contra el tercer pretoriano. Saliendo de su escondite tras los árboles, Magno y Sexto se precipitaron cuesta abajo, blandiendo las ramas contra los soldados tendidos en el suelo. Espada en mano, cayeron sobre ellos, mientras Mario bajaba por la otra pendiente para cortarles una posible retirada. Los caballos patearon y pisotearon a los jinetes que trataban de ponerse en pie, convirtiéndolos en presa fácil. Tres espadas relucieron casi al mismo tiempo; al instante, un chorro de sangre brotaba de los cuellos de los guardias, que murieron a los pies de sus aterrorizadas monturas.

—Deprisa, compañeros. Sujetad y tranquilizad a esos caballos, y sigamos adelante con el plan —dijo Magno, al tiempo que volvía a subir la pendiente para ayudar a Vespasiano—. ¿Estás bien, amo? De lejos, me pareció una mala caída.

—Todo bien. ¿Habéis acabado con ellos?

—Por supuesto. ¿Cómo, si no, iba a estar aquí hablando contigo? —replicó Magno, ayudándolo a ponerse en pie—. Vamos, tenemos que seguir adelante.

Echaron a correr ladera abajo, donde Mario despojaba a los pretorianos de las capas y los yelmos, en tanto que Sexto trataba de amansar los caballos.

—Quítales las sillas y los arreos, Sexto —gritó Vespasiano—, y deja que se vayan.

Tras ocultar a conciencia cadáveres, arreos y sillas en la maleza que crecía junto al sendero, se apoderaron de las capas y los yelmos de los pretorianos, volvieron junto a sus caballos, montaron y se dirigieron al borde del bosque. Echaron un vistazo a los pastos: ni rastro de patrulla alguna.

—Cabalgaremos de dos en dos —les recomendó Vespasiano—, y no al galope, porque si nos viera otra patrulla, pensarían que íbamos detrás de alguien y acudirían en nuestra ayuda.

—Bien pensado, amo —asintió Magno—. Tranquilos y sin prisas hacia esas colinas. Adelante, muchachos.

Dejaron atrás el bosque y se dispusieron a recorrer los pastos a medio galope. Durante un buen trecho, a Vespasiano no le resultó fácil llevar el caballo sólo con la mano derecha mientras, con la izquierda, sujetaba una lanza y cargaba con un escudo pesado, pero, al cabo de una milla, ya le había cogido el tranquilo e, inclinándose levemente a la derecha, consiguió que el caballo cabalgase en línea recta.

—Amo, fíjate a la derecha, a nuestras espaldas —gritó Sexto de repente.

—No aceleréis el paso —replicó Vespasiano tras mirar de reojo: otra patrulla de hombres con capas rojas se dirigía al bosque del que acababan de salir.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mario.

—Nada, compañero —dijo Magno, sin volver la cabeza—. No mires, y sigue adelante. Confiemos en estar lo bastante lejos como para engañarlos.

A medio galope, Vespasiano contuvo la respiración. Se atrevió a lanzar otra mirada fugaz por encima del hombro. La patrulla bordeaba el bosque y se dirigía a la Via Aurelia, sin reparar siquiera en aquellos compañeros de armas que, a unas dos millas de distancia, andaban por la pradera.

—Todo ha salido como esperábamos. Ni se han inmutado al vernos. Vuelven a la calzada —dijo a voces Vespasiano—. Mantened el paso, compañeros, y encomendaos al dios que más veneréis para que no tardemos en perderlos de vista.

Media hora más tarde, comenzaban a subir la primera de las colinas. No habían escuchado el grito tan temido ordenándoles que se detuviesen. Para cuando, por detrás de las nubes preñadas de lluvia, el sol llegaba a su cénit, habían coronado la cima de la colina y se dirigían al valle, un paraje mucho más tranquilizador que se extendía a sus pies.

Capítulo XVII

Se les echó encima la noche. Había dejado de llover. Al galope, habían dejado atrás las colinas y, ya a paso lento, estaban atravesando una zona pedregosa. La luna llena brillaba entre las nubes deshilachadas que cubrían el cielo, iluminando el camino que seguían los caballos por aquel terreno áspero. Más abajo, a su izquierda, atisbaban a ratos la calzada de la Via Aurelia, por la que, de vez en cuando, aún pasaban algunos carromatos y grupos de viajeros. Más allá, en lo alto de un risco, parpadeaban las luces de una ciudad.

—Cosa —le dijo Vespasiano a Magno—. La hacienda de mi abuela está al norte de la ciudad, mirando al mar. Tendremos que pasar al otro lado de la calzada para tomar el camino que va hasta allí. A mitad del trayecto, a la derecha, sale un sendero que lleva hasta la propiedad.

—No parece que éste sea mal momento para intentarlo, amo —observó Magno—. Todo parece bastante tranquilo, y no creo que haya nadie que desee tanto como yo un plato de comida caliente y un lecho acogedor. Me sorprende que seas capaz de seguir a lomos de tu montura. Pie a tierra, compañeros; llevaremos los animales por las riendas hasta la calzada.

Se detuvieron en un olivar a unos cincuenta pasos de la intersección de la Via Aurelia con el camino que, colina arriba, llegaba a Cosa. A lo lejos, escucharon el estruendo de un nutrido grupo de jinetes que venía del sur.

—¿A qué distancia estarán? —inquirió Vespasiano.

—No sabría decirte —respondió Magno.

—A lo mejor ni siquiera son pretorianos.

—Me juego lo que quieras a que sí. Si fueran tropas auxiliares, ya habrían levantado el campamento antes de que se hiciera de noche. Seguro que son pretorianos. Se habrán dado cuenta de que los hemos adelantado hace unas cuantas horas, y supongo que se dirigen hacia el norte para montar otro puesto de guardia en la calzada.

—¿Qué hacemos, pues? ¿Nos vamos a galope tendido? —susurró Mario.

—Mejor no. Dejemos que sigan adelante.

Vieron las antorchas que precedían a la rápida columna y, con el corazón encogido, observaron cómo se acercaban. Cuando la tropa, unos cien hombres armados, llegó al cruce, el oficial que iba al frente se detuvo.

—Clemente, tú y la mitad de los hombres seguid unas diez millas calzada arriba y montad allí el puesto de vigilancia. Busca en todas las posadas, granjas y graneros que te salgan al paso por el camino. Yo me quedaré con el resto y rastreamos la ciudad. Si no encontramos nada, nos veremos mañana temprano. Envía patrullas en cuanto amanezca, pero siempre de más de cuatro hombres. No quiero que se repita el desastre de hoy por la mañana.

—Se hará como dices, Macrón —contestó el joven decurión, saludando a su

superior; el resplandor de la antorcha relucía en su yelmo cuando volvió junto a la columna—. Las dos primeras *turmae*, venid conmigo —ordenó, antes de partir al galope calzada arriba, seguido por los dos escuadrones.

En cuanto se fue el último de los sesenta hombres, Macrón se dirigió a los que se habían quedado a su lado.

—Oídmeme bien, compañeros: vamos a registrar esa ciudad de arriba abajo. Aparte de los magistrados locales y los dueños de las tabernas, quiero que llevéis al Foro para interrogarlo a cualquiera que haya llegado hoy a este sitio. No aceptéis una negativa por repuesta por parte de nadie, ¿entendido? —y, volviéndose a un rostro conocido que no se apartaba de su lado, añadió—: Bueno, Hasdro, creo que tendrás trabajo esta noche. Estoy convencido de que algunos necesitarán un empujoncito para que se les suelte la lengua —a continuación volvió grupas y espoleó su caballo por el camino que llevaba a la ciudad.

A la luz de las antorchas, Vespasiano y sus compañeros contemplaron la columna que se adentraba en la oscuridad, camino de la ciudad que, confiada, se alzaba una milla colina arriba.

—¡Pobres gentes! —musitó Magno—. Con Macrón y los suyos poniéndolo todo patas arriba, no van a pegar ojo en toda la noche.

—¡A nosotros nos viene como anillo al dedo! —replicó Vespasiano, que ya no podía ni con su alma—. Mientras los pretorianos se dedican a espantar a esos inocentes provincianos, podremos seguir adelante, tal y como habíamos pensado.

Llevaron los caballos hasta la calzada, montaron de nuevo y fueron tras los pasos de la columna que se dirigía a la ciudad. Para cuando escucharon los primeros gritos y alaridos que, desde lo alto, retumbaban por las colinas, habían llegado al camino que conducía a la propiedad de Tertula.

—Hemos de seguirlo hasta lo alto de la colina, una milla más o menos —les explicó Vespasiano, esforzándose por distinguir el sendero a la tenue luz de la luna—; luego, hay que torcer a la izquierda, hacia el mar.

No dejaban de oír los gritos procedentes de la ciudad, y aceleraron el paso, no porque corrieran un peligro inminente, sino por alejar aquellos alaridos angustiosos de los que, en parte, se sentían responsables.

Al llegar a la cima de la colina, escucharon el murmullo de las olas que, a lo lejos, rompían a sus pies. La brisa salada despabiló a Vespasiano, que respiró aquel aire a pleno pulmón. Desde los siete años, cuando, durante un lustro, el tiempo que sus padres habían estado en Asia, Sabino y él se habían quedado en casa de su abuela Tertula, siempre le había encantado el mar.

A pesar de las malas jugadas que solía gastarle su hermano mayor, recordaba aquellos tiempos como los días más felices de su vida. Su abuela siempre lo había defendido de Sabino, imponiendo a su hermano duros castigos cada vez que observaba magulladuras recientes en el cuerpo de Vespasiano, y ordenando a su intendente, Atalo, que no perdiera de vista a los chicos cuando ella estaba ausente.

Hasta que, con once años cumplidos, llegó el feliz día en que Sabino se fue a Roma para que su tío Cayo le echase una mano y le consiguiese un nombramiento como tribuno militar. Desde entonces y durante más de un año, Vespasiano pasó a ser el ojito derecho de su abuela y disfrutó del cariño que ésta le mostró. Todos los días, una vez terminadas las clases diarias con su tutor, pasaban las horas juntos. Durante los paseos por los acantilados, Vespasia le contaba historias, o le enseñaba cómo coser las redes mientras pescaban en la playa. Pero aún más importantes fueron las instrucciones que le dio sobre cómo llevaba su hacienda, una propiedad que ella sola administraba tras el fallecimiento de su marido, antes de que Vespasiano viniese al mundo.

Cuando sus padres regresaron, no quiso separarse de Tertula ni salir de la hacienda, que ya consideraba su hogar. Sólo se avino a hacerlo, cuando su abuela se decidió a acompañarlo hasta la nueva propiedad de sus padres en Aquae Cutiliae, y se quedó con ellos durante seis meses. Se fue al día siguiente de su decimotercer cumpleaños. No había vuelto a verla desde entonces.

Dándose cuenta de que le quedaba menos de media milla para estar en casa, trató de realizar un postrer esfuerzo para no irse al suelo. Los últimos cien pasos fueron una sucesión de imágenes confusas, hasta que, por fin, llegaron a la arboleda que tan familiar le resultaba y atisbaron el portón de hierro que, por última vez, había cruzado cuatro años antes. Se dejó caer sobre la montura, se las compuso para pasar la pierna derecha por encima del lomo del animal y se apeó. Tambaleándose y apoyándose en el brazo de Magno, dio un paso adelante y, con las pocas fuerzas que le quedaban, echó mano de la aldaba de hierro y llamó.

—Permíteme que sea yo quien llame, pero un poco más fuerte, amo —dijo Magno, dando tres sonoros golpes con la misma aldaba.

—¿Quién va? —preguntó una voz desde el otro lado del portón.

—Dile a mi abuela que soy yo, Vespasiano, y tres amigos que me acompañan.

Esperaron un rato y, al cabo, escucharon una voz conocida al otro lado.

—Si de verdad eres Vespasiano, dime cómo me llamabas cuando eras pequeño.

Vespasiano esbozó una sonrisa y, como para disculparse, miró a Magno.

—Tute.

La puerta se abrió de par en par, y Tertula, con sus más de ochenta años a cuestas, salió a su encuentro.

—¡Vespasiano, mi niño, has venido a verme! —le dijo echándole los brazos alrededor del cuello y colmándolo de caricias—. ¡Cuánto has crecido desde la última vez!

—Ahora soy tribuno militar, Tute. Pero es mejor que hablemos dentro. Vengo herido, y necesito descansar un poco. Estos muchachos son amigos míos.

—Claro, claro; adelante, pasad.

* * *

Vespasiano se tumbó en uno de los divanes del triclinio y tomó un poco de vino caliente rebajado con agua, mientras Tertula le examinaba la pierna herida a la tenue luz de una lámpara de aceite que sostenía un esclavo.

—No está nada mal, Magno, pero que nada mal —comentó con satisfacción, mientras pasaba los dedos arrugados sobre la herida abultada por la quemadura.

—Gracias —respondió Magno, desde el otro extremo de la estancia, donde Magno y sus hombres aguardaban a que terminase.

—¿Con qué la habéis limpiado?

—Meándole encima.

—Bien hecho; es lo mejor cuando no se tiene vinagre a mano. La herida está cerrada; bastará con que le aplique un unguento para la quemadura y, luego, se la vendaremos tan fuerte como podamos para que no se le abra de nuevo. ¡Atalo!

Un hombre alto y robusto, que rozaba los sesenta años, entró en la estancia.

—No hace falta que grites. Aquí estoy —dijo en un tono que, a las claras, revelaba una paciencia infinita.

—Menos mal, menudo zoquete. Ve con Magno y sus compañeros y dales algo de comer; luego, tráenos un poco de pan y jamón. Y ya puestos, tráeme mi copa. No me explico que Vespasiano tenga algo de beber y yo no.

—Será porque no me lo has pedido.

—No, si va a resultar que tendré que estar en todo.

—Como tiene que ser. Para eso eres el ama, y todos los demás, tus esclavos.

—En ese caso, compórtate como tal.

—Siempre lo hago. ¿Mandas algo más?

—Esas tres cosas. No te creo capaz de recordar ni una más como es debido.

Atalo miró a Vespasiano y le dedicó una sonrisa.

—Bienvenido a casa, amo Vespasiano. Será un placer tener de nuevo en casa a alguien sensato.

—Gracias, Atalo. Por lo que veo, mi abuela y tú seguís llevándoos igual de bien.

—La soporto lo mejor que puedo —musitó en broma.

—Jamás entenderé por qué te soporto yo a ti, cuando tendría que haberte crucificado hace tiempo.

—¿Y quién te iba a decir a qué día estamos y hasta cómo te llamas?

—Ve a hacer lo que te he dicho —zanjó Tertula, propinándole un buen azote en el trasero y tratando de contener la risa.

Seguido por los tres hombres, que no salían de su asombro, Atalo abandonó la estancia, rascándose la nalga dolorida.

Con delicadeza, Tertula le untó la herida con una pomada maloliente, antes de vendársela con mimo. Cuando estaba a punto de acabar, apareció Atalo con lo que le había pedido y la copa de plata.

—Pues sí que has tardado. ¿No habrás vuelto a perderte otra vez, verdad? —le

dijo Tertula, con una voz cargada de malicia, mientras apretaba un nudo para sujetar la venda.

—Lo raro es que recuerdes siquiera que me haya ido —repuso Atalo, dejando caer sin miramientos la bandeja de la comida al tiempo que con gesto rebuscado añadía—: ¿El ama quiere que le rebaje el vino con agua, o prefiere beber para olvidar como tantas noches?

—Yo misma me serviré el vino, y así tendré la certeza de que no has escupido dentro. Vete, y haz algo útil, como tirarte a alguna de mis esclavas personales, y procura dejarla satisfecha para cuando se disponga a arreglarme el pelo por la mañana.

—Para complacerte, ama, les haré los honores a las tres, para que mañana, cuando te levantes, te veas rodeada de rostros felices y risueños.

—Fuera de mi vista, viejo lascivo, y llévate a tu amiguito contigo. A tu edad, es más que probable que tenga que echarte una mano.

Tertula despidió al esclavo encargado de sostener la lámpara que, si bien guardando la compostura, estaba disfrutando con las pullas que el ama lanzaba a su superior.

Cuando se hubieron marchado, Vespasiano se echó a reír con ganas.

—Ya casi me había olvidado de lo divertida que era esta casa, Tute. Estoy tan contento de verte...

—Sabe cómo avivarme el ingenio, un mérito impagable, ¿no te parece? —dijo, riendo como su nieto.

Se hizo con el ánfora de vino y llenó su copa con generosidad. Mientras acariciaba la copa de plata con las manos, Vespasiano no dejaba de mirarla con cariño.

—Cuando me acuerdo de ti, siempre te imagino con esa copa en las manos. Es la que utilizas siempre, ¿no es así?

—Tu abuelo, Tito Flavio Petró, me la regaló el día de nuestros esponsales. Tenía trece años, y ésta fue la primera cosa que pude decir que era mía porque, hasta ese momento, todas mis pertenencias eran de mi padre, en realidad. Le tengo el mismo cariño que llegué a sentir por aquel hombre bueno que, si bien me llevaba treinta años, me la entregó hace tanto tiempo —esbozó una triste sonrisa para sus adentros al recordar al hombre a quien había amado, y alzó la querida copa—: ¡Por los ausentes!

—¡Por ellos!

Bebieron y, durante un rato, se quedaron en silencio. Los pinchazos de la pierna llevaron a Vespasiano a fijarse en la herida.

—¿Cuánto crees que tardará en sanar, Tute?

—Si haces reposo, unos diez o quince días. Pero, vamos, come algo —añadió Tertula, acercándole la bandeja de jamón.

—Tengo que irme dentro de siete días como mucho. He de presentarme en Génova en el plazo de doce días, y no podemos ir por la calzada.

—¿Por qué?

Vespasiano le hizo un resumen de lo que había ocurrido durante los últimos días. Trató de no entrar en detalles para no tener que contarle a su abuela hasta qué punto estaba implicado en la conjura contra Sejano, pero eran pocas las cosas que a Tertula se le pasaban por alto.

—O sea que te codeas con gente rica y poderosa, y has tomado partido.

—Creo que he elegido el bando más honroso, el de quienes quieren servir a Roma.

—Ten cuidado, Vespasiano: el lado de quienes dicen estar al servicio de Roma no siempre es el más honroso y, en un momento dado, hasta puede que sea el bando perdedor.

—¿De modo que me estás aconsejando que me ponga de parte de quienes crea que van a ganar, sin tener en cuenta si miran por los intereses de Roma?

—Lo que te digo es que no te metas en política, que de eso no entiendes, y que te mantengas alejado de los poderosos, quienes, por lo general, sólo tienen una idea en la cabeza, a saber, acumular más poder, y se aprovechan de gente como nosotros, dejándonos de lado cuando ya no les hacemos falta. Les venimos bien a la hora de hacer el trabajo sucio pero, una vez cumplido nuestro cometido, podemos resultar incómodos porque sabemos más de la cuenta.

—Tute, a Asinio y a Antonia les debo el puesto al que voy a incorporarme en la Cuarta Escítica. Me siento obligado a hacer lo que me han pedido. No hay que darle más vueltas.

Tertula miró a su nieto y le dedicó una sonrisa. Se parecía tanto a como era su marido cuando, hacía ya casi sesenta y cinco años, se había casado con ella: la misma gravedad, los mismos deseos de luchar por lo que consideraba justo.

—Recuerda lo que le pasó a tu abuelo Petrón. Tras haber servido a las órdenes de Pompeyo Magno en las campañas de Oriente, se sintió en la obligación de seguir sus pasos y, cuando estalló la guerra civil, se puso bajo sus estandartes como centurión veterano, contra César. Había servido veinticinco años en las legiones pero, a los cuarenta y cuatro años, al año justo de casarnos, se encontró en Farsalia, luchando contra aquellos de su propio pueblo que, con un sentido del deber tan acendrado como el suyo, se empeñaban en defender la que, también para ellos, era la causa de Roma. De aquel enfrentamiento con César, Pompeyo salió derrotado, pero Petrón se las compuso para no perder la vida en la batalla y volvió a casa, a mi lado. Apeló a César en Roma, y obtuvo el perdón. No sólo siguió con vida, sino que desempeñó el puesto de cobrador de subastas, aún a sabiendas de que nunca llegaría más lejos. Durante el segundo triunvirato, tras el asesinato de César, cuando Augusto se alzó con el poder, se alistó de nuevo y luchó del lado de Casio y de Bruto, los asesinos de César, contra los triunviros en la batalla de Filipos, donde yacen sepultados para siempre los ideales republicanos. Augusto desterró a unos dos mil caballeros romanos que se habían sublevado contra él y contra su padre adoptivo, César. Tu abuelo fue

uno de ellos. En lugar de que lo ejecutaran y se quedasen con sus bienes, prefirió quitarse la vida aquí, en esta misma estancia, cuando los soldados ya llamaban a la puerta.

Vespasiano contempló el aposento y trató de imaginarse a su abuelo en el momento de elegir la salida más honrosa, arrojándose sobre su espada en un postrer intento de salvar la vida de los suyos y conservar las propiedades. Miró a su abuela, y se dio cuenta de que estaba pensando lo mismo.

—Hay que ver la de veces que te pregunté cómo había muerto el abuelo; tú siempre me respondiste que había muerto por Roma.

—Y así fue, en realidad. Sólo que murió por la idea que él tenía de Roma, la antigua Roma, la Roma republicana, no la Roma que vio la luz tras los años de la guerra civil, la nueva Roma, el imperio.

—Cuando miras atrás a los tiempos de la república, ¿te gustaría que las cosas fueran como entonces, Tute?

—Sí, pero sólo por honrar su memoria. Si hubiera sobrevivido, habría pasado más tiempo a mi lado. Ahora, sola como estoy, poco me importa la forma de gobierno que se haya impuesto en Roma. Pero, caso de que a ella se le ocurra volver a llamar a la puerta de mi casa esta noche, lo mejor que podemos hacer es esconderos en lugar seguro.

—¿Crees que van a pasarse por aquí? —le preguntó Vespasiano que, por un momento, se había sentido a salvo en aquel entorno tan familiar.

—Por supuesto. Cuando caigan en la cuenta de que en Cosa no hay nada que buscar, antes de ponerse en marcha hacia el norte, enviarán patrullas que rastrearán estos parajes palmo a palmo. Pero no te preocupes. Le he dicho a Atalo que mezcle vuestros caballos con los míos. En cuanto a ti, mucho me temo que tendrás que pasar la noche en el pajar que hay encima de las dependencias de los esclavos.

—No sabía que allí hubiera uno.

—Porque está muy bien disimulado. Tu abuelo lo utilizaba para dar cobijo a los seguidores de Pompeyo que, al negarse a vivir en la Roma de César, trataban de huir de Italia por el norte.

—Esta noche, estoy enterándome de más cosas de mi abuelo que en toda mi vida.

—¿Qué necesidad tenías de saberlas, si sólo eras un crío cuando vivías aquí? ¿Qué podía importarte a ti la política? Pero ahora que ya eres un hombre, e involucrado en tejemanejes políticos, no está de más que te hagas una idea cabal del riesgo que entraña abrazar una opción política concreta. Tu abuelo así lo entendía pero, en su caso, el bando que le pareció más honroso a la hora de servir a Roma resultó perdedor, así que abre bien los ojos, porque si quieres alcanzar lo que el destino ha dispuesto para ti, nunca deberás ponerte del lado de los perdedores.

Sobresaltado, Vespasiano se quedó mirando a su abuela.

—¿A qué te refieres con eso de que «el destino ha dispuesto para mí»? He sorprendido a mis padres hablando acerca de los prodigios que ocurrieron cuando

nací, augurios de que llegaría muy lejos, pero nadie quiere explicarme ele qué se trata. Por lo visto, mi madre obligó a todo el mundo a jurar que guardarían silencio.

Tertula volvió a sonreírle.

—En ese caso, deberías saber que tampoco yo puedo satisfacer tu curiosidad, puesto que estoy atada por el mismo juramento. Lo único que puedo decirte es que eran espléndidos augurios, tanto es así que, en estos tiempos dominados por el imperio, nos pareció preferible que nadie supiera nada. Sin embargo, como sabes, los augurios de los dioses sólo se hacen realidad si el hombre sobre el que se ciernen cumple con su deber y obra de forma justa.

Vespasiano, que se esperaba una respuesta más cautelosa, se dio por satisfecho.

—Gracias —dijo—. Me has ayudado a entender algo que nunca antes había sabido expresar con palabras: cuando considere que algo es justo, pelearé con todas mis fuerzas para que se cumpla.

Tertula se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—¡Cuánto has madurado en todos los sentidos desde la última vez que te vi, hijo mío! Vamos en busca de tus amigos; tenéis que esconderos en el pajar. Los pretorianos no tardarán mucho en aburrirse al ver que no encuentran nada en Cosa.

—Aun en ese caso, tenemos que ver la forma de tomarles la delantera de aquí a Génova —dijo Vespasiano, haciendo un esfuerzo para ponerse en pie.

—Ni falta que hace —replicó Tertula, llevándolo por el brazo fuera de la estancia—. La mejor forma de llegar a Génova, evitando puestos de guardia y patrullas, y tomándote un respiro para quedarte unos días más aquí conmigo hasta que esa pierna se recupere, es ir por mar.

Capítulo XVIII

—Así que, según tú, todo se reduce al apoyo del ejército, ¿no es eso, Tute? —apuntó Vespasiano, tratando de no rascarse la postilla que se le había formado en la herida—. Esos nobles ideales por los que tantos hombres dieron la vida ya no son sino una tapadera para encubrir el hecho de que el poder no se sustenta en la legitimidad sino en la fuerza militar.

Reclinados en el triclinio, tal era la conversación que abuela y nieto mantenían la noche antes de la marcha de Vespasiano. Los últimos once días se le habían ido en un soplo. Había pasado casi todo el tiempo con la pierna en reposo y hablando con su abuela. Las horas de luz, tumbado en un diván en el jardín del patio; por las noches, los dos cenaban a solas en el triclinio. Tertula le contaba anécdotas de las gestas de su abuelo en pro de la causa republicana. Le habló de cuánto detestaba a César y, más tarde, a Augusto, y todo lo que representaban; de la desilusión que se había llevado con el senado y con los partidarios de la República, cuyas luchas intestinas e indecisiones tanto habían contribuido a la caída de aquel régimen y al ascenso del poder autocrático, con el apoyo de los pretorianos, cuya decisiva influencia, tal vez afortunadamente, su difunto marido no había llegado a ver.

Tal como había imaginado su abuela, los pretorianos llamaron a la puerta de su casa. Tertula los trató con afabilidad y cortesía, y una hora más tarde, se fueron satisfechos, tras comprobar que en aquel lugar sólo vivía una persona mayor un tanto excéntrica, que no podía hacer daño a nadie más que a sí misma y a sus sufridos esclavos.

Vespasiano miró a su abuela, una anciana de ochenta y siete años a quienes los pretorianos habían descartado como inofensiva, sin saber que era uno de los últimos testigos del período más turbulento de la historia reciente de Roma, una época que recordaba tan bien como para dar cumplida respuesta a las muchas preguntas que le había planteado su nieto. Había conocido a Pompeyo, había escuchado discursos de César, había visto a Cleopatra cuando fue a Roma, como invitada y amante del dictador. Tras el asesinato de César, había ocultado a Marco Bruto en su casa, mientras las legiones de Antonio marchaban por la Via Aurelia hacia el norte para plantar cara a las tropas del otro conspirador, Décimo Bruto. Al día siguiente, había recibido el beso de despedida de su esposo que, con Marco Bruto, partía para Grecia para unirse a Casio y a las tropas de la república. Diez años después, viuda ya, ella y su único hijo, el padre de Vespasiano, desde los acantilados habían visto pasar la flota del norte, que hacía rumbo a la ciudad de Bríndisi en la costa oriental para unirse a las tropas de Octaviano antes de la decisiva batalla de Actio, donde perderían la vida Antonio y su amante, Cleopatra, y tras el cual el imperio pasaría a manos de un solo hombre, Octaviano, el emperador Augusto.

Aparte de un ánfora de vino y una jarra de agua, la mesa estaba recogida. Las lámparas de aceite parpadeaban a merced de las ráfagas de aire que, como largos

dedos, asediaban la casa y prolongaban el aullido del viento que soplaba fuera. Por encima del vendaval cargado de lluvia que les llegaba del mar, apenas si oían el jaleo que armaban Magno y sus compinches, que se habían entretenido dando paseos a caballo por la propiedad, aparentemente al acecho de patrullas pero, en realidad, en busca de caza. Por la noche, asaban y comían las piezas que se habían cobrado durante el día, emborrachándose a más no poder con el vino de Tertula, y acostándose con cualquiera de las esclavas que se les antojaba.

—Es más, la legitimidad de quien ostenta el poder está en manos del estamento militar —repuso su abuela, tomando un sorbo de aquella copa que tantos recuerdos le traía—. Augusto designó a Tiberio como hijo adoptivo; en cuanto tal, tenía derecho a ser emperador, aunque muchos habrían preferido a Germánico. La lealtad del ejército le permite mantenerse en el poder. Confiemos en que aquel que designe como su sucesor goce de la misma fidelidad.

Alguien llamó a la puerta y los interrumpió; al volverse, se encontraron con Atalo, empapado y desaliñado, llevando una funda de cuero que contenía un papiro.

—¿No te habrás vuelto a caer en el impluvio para variar, verdad? —le preguntó Tertula, mofándose de él.

—Si no te hubieras pasado la velada ejercitando los más que poderosos músculos del brazo con que bebes —replicó el intendente, despojándose de la capa empapada y dejándola en manos de un subordinado—, quizá recordases que me dijiste que me acercara al puerto para enterarme de si había llegado el barco.

Al día siguiente de la visita de los pretorianos, Tertula había ordenado a Atalo que fuera a Cosa y averiguase si había algún mercante que, de forma discreta, admitiese a bordo a unos pasajeros que querían ir a Génova. Aquella misma tarde, había regresado con la noticia de que había dado con una embarcación dispuesta a admitirlos, previo pago de la exorbitante cantidad de doscientos cincuenta denarios. Aquel día, tenían pensado zarpar para Ostia, pero estarían de vuelta en Cosa al día siguiente.

—¿Y qué has averiguado? —preguntó Vespasiano, con la esperanza de que el mal tiempo le obligase a quedarse en la hacienda un par de días más.

—Pues que llegó a media tarde, antes de que se levantase este viento. Si mañana amaina, el capitán ha prometido que estará en la playa de allá abajo a la hora tercia.

Vespasiano no supo ocultar la decepción que sentía.

—Sé que habrías preferido zarpar antes, amo —le explicó Atalo, malinterpretando el gesto del joven—, pero mucho me temo que tendrás que soportar durante un par de horas más el tormento de sus embarulladas batallitas.

—¿Cómo te atreves a decir semejante cosa, viejo sátiro —se despachó a gusto Tertula con una sonrisa burlona—, precisamente tú, que nunca has atendido a nada de lo que te he dicho desde el día nefasto en que te compré?

—¡Qué ocurrencias! Por cierto, en la oficina del edil del puerto me encontré con esto —añadió, tendiéndole el cilindro de cuero—. Es un artilugio bastante moderno.

Verás, basta con que retires la tapa por este...

—¡Anda, fuera de aquí y vete con tus compañeros de juegos! —replicó Tertula muerta de risa, golpeando con fuerza al intendente con la funda de cuero.

Atalo la obedeció, no sin antes dirigir una sonrisa de complicidad a Vespasiano.

—¿Qué es? —preguntó Vespasiano.

—Es una carta de tu padre —contestó, al tiempo que desenrollaba el papiro que había sacado de la funda.

Mientras su abuela la leía, Vespasiano tomó unos sorbos de vino y recordó las conversaciones que ambos habían mantenido durante aquellos pocos días. Lo habían ayudado a formarse una idea cabal acerca de cuestiones que, hasta entonces, no había tenido del todo claras, y a rectificar muchas de las apreciaciones que había dado por buenas sobre las diferencias entre los dos regímenes políticos, a saber, el republicano y el imperial. Le había explicado que, al aumentar el poder de Roma se alzó como metrópolis de sus colonias, se habían recortado las libertades de que gozaban los ciudadanos durante la república. El ejército había llegado a ser algo más que unas pocas legiones de agricultores que se reunían para llevar a cabo, en los momentos de necesidad, esporádicas acciones de guerra cerca de sus tierras. Las conquistas de Grecia, Asia, Hispania y África habían obligado a aquellos hombres a pasar largas temporadas lejos de sus hogares, mientras sus cosechas se marchitaban y se agostaban en los labrantíos. Al volver, se encontraron con que los habían despojado de sus tierras, con sus familias sumidas en la indigencia: a precio de saldo, sus propiedades habían pasado a manos de ricos terratenientes o, si eran aparceros, sus patronos habían renegado del pacto que tenían suscrito con ellos. Así nacieron las grandes haciendas que él había conocido, cultivadas por multitudes de esclavos, que no eran sino una consecuencia de la expansión del imperio romano. Aquellos ciudadanos y soldados desposeídos de sus propiedades no encontraron otro lugar mejor que Roma para refugiarse; allí se convirtieron en una nueva clase, la de los desfavorecidos, los pobres urbanos que sobrevivían como buenamente podían a la espera de que llegase el día de la distribución del grano y mataban el tiempo asistiendo a los juegos gratuitos, lamentable final de la que un día fuera la clase orgullosa de los agricultores-soldados, que habían luchado por la república y se habían entregado completamente a ella.

Sin embargo, las legiones seguían necesitando soldados para conservar las provincias y someter otras nuevas. Enormes eran las sumas que, como tributos, se recaudaban en las tierras recién conquistadas, y Roma se convirtió en una ciudad próspera. Así nació la idea de constituir un ejército regular, compuesto por hombres de esas clases urbanas desfavorecidas, que no tenían otro modo de ganarse la vida, y así, por consiguiente, los nietos de los hombres que, tiempo atrás, habían luchado con abnegación por la república, ahora se comprometían a servir veinticinco años en las legiones a cambio de una soldada y la promesa de un terreno una vez recibida la licencia. Su lealtad ya no era hacia la república, eso era lo de menos, sino hacia los

generales a los que obedecían, quienes les entregarían las tierras prometidas y les ofrecerían de paso la posibilidad de sacar adelante una familia de forma digna en la nueva vida civil que les esperaba.

El nuevo sistema desencadenó un conflicto de intereses entre los senadores, contrarios a la idea de ceder tierras, y los generales, que velaban por que sus veteranos pudieran retirarse con cierto decoro, puesto que sabían que, una vez asentados, se mantendrían fieles a quienes debían cuanto tenían. El equilibrio de poderes se desplazó del senado a los generales, que contaban con ingentes masas de clientes a los que no dudarían en recurrir si veían su *dignitas* en peligro o sus ambiciones cercenadas por una institución, la senatorial, cada vez más envidiosa.

No tardaron en estallar las guerras civiles entre generales que peleaban por la supremacía del uno sobre el otro, lo que desembocó en medio siglo de discordias. Dividido, el senado no era capaz de imponer su autoridad. Hasta que se impuso la lógica de los hechos y volvió a establecerse el orden, dejando el poder en manos de un solo hombre. La república había caído víctima de sus propias glorias: había creado un imperio, pero no había sabido administrarlo. Vespasiano ahora lo entendía todo: se necesitaba un emperador para gobernar un imperio.

—Parece que Asinio se las ha arreglado para sacar a tus padres de Roma sin percances —le dijo Tertula, dejando a un lado la carta y sacándole de sus pensamientos.

Sintió una punzada de remordimiento al darse cuenta de que apenas había pensado en ellos durante el tiempo que había pasado al lado de su abuela.

—Me alegra saberlo —respondió.

—Asinio le ha pedido a tu padre que te escriba aquí con la esperanza de que su advertencia te llegase a tiempo: ni se te ocurra ir al campamento militar de Génova.

—¿Cómo que no? Pero si es donde tengo que presentarme para ir a Tracia.

—Por un confidente que tiene en la guardia pretoriana, se ha enterado de que andan buscando a un tribuno militar que va camino de Génova para incorporarse a la Novena Hispana en Panonia. Un tribuno de los pretorianos, un tal Macrón, y un legionario de la cohorte urbana están a la espera de echarle mano.

—En ese caso, ¿qué debo hacer? ¿Irme a Tracia por mi cuenta?

—Querido muchacho, si quieres ser un buen caudillo, tendrás que ser capaz de encontrar una solución mejor. Me has pedido consejo y, sin pararte a pensarlo, has planteado una salida descabellada. La clave para que llegues a ser un comandante de prestigio reside en que sepas de inmediato qué has de hacer cuando las cosas se tuercen. Una decisión rápida y acertada te granjeará las simpatías de los hombres que estén bajo tu mando, que te respetarán e incluso llegarán a tomarte cariño, pero, por encima de todo, te seguirán y apoyarán en todo. Así que ahora dime qué crees que debes hacer.

Vespasiano reflexionó un momento.

—Esperar a que la columna de refuerzo abandone el campamento, seguirlos

durante un par de días hasta cerciorarme de que no va ningún pretoriano con ellos e incorporarme más adelante.

—Eso es. La próxima vez que te vengan mal dadas, procura pensar como jefe, no como un subordinado —a continuación tomó un sorbo de vino, dejó la copa en la mesa y, mirándolo a los ojos, añadió—: En lugar de demostrar su liderazgo en el campo de batalla, la familia imperial pasa cada vez más tiempo refugiada en sus palacios, y de este modo está perdiendo el apoyo que ahora le prestan las legiones. Cuando eso ocurra, la guardia pretoriana, así como las legiones de Germania, Hispania, Siria y otras provincias se pondrán de parte de diferentes emperadores, y estallará una nueva guerra civil, que se prolongará hasta que el imperio encuentre cobijo en los brazos de aquel general a quien sus tropas sean más leales. Confiemos en que sea un hombre que ponga a Roma por encima de todo. Trata a tus soldados como corresponde, Vespasiano, y condúcelos a la victoria, porque nada impide que tú seas ese general.

Vespasiano se echó a reír.

—Tute, me parece que has perdido la cabeza. Sea cual sea el destino que me hayan deparado los dioses, ten por seguro que no seré emperador. ¿Te lo imaginas?

—Quizá llegue el día en que seas tú quien tenga que darlo por hecho —dijo Tertula, poniéndose en pie—. Pero no va a ser hoy. Así que vamos a acostarnos.

* * *

Aún no había amanecido, cuando Vespasiano y sus compañeros, a lomos de sus monturas, seguidos por un burro que, a la amazona, montaba Tertula, se aventuraron por el tortuoso sendero que bajaba hasta la playa que se abría al oeste. A unos veinte pasos de la costa, en un mar para entonces azul y tranquilo, un pequeño mercante estaba atracando en el embarcadero. Vespasiano acertó a distinguir a seis o siete marineros que, cargados con maromas, se afanaban en amarrar la embarcación.

Panzuda y de vela latina, era una de tantas naves de carga que surcaban las aguas de Italia a escasa distancia de la costa: una embarcación de madera, descubierta, de sesenta pies de eslora, un solo mástil, casco de tablas combadas y pulidas, y alta arrufadura. Dos tablones longitudinales unidos por una palanca de madera, que hacía las veces de timón, sobresalían a ambos lados de la elevada popa para evitar que el barco se escorase de uno u otro lado en demasía. En medio, un aplustre de unos seis pies, semejante al cuello y la cabeza de un cisne, transmitía una sensación de ligereza de la que, sin ese adorno, la nave carecía.

Cuando el grupo llegó al embarcadero, Atalo discutía a voces con el patrón de la barcaza, un hombre achaparrado y con barba. Vespasiano advirtió el gesto de preocupación que reflejaba el semblante del intendente.

—Amo Vespasiano, ahora nos sale éste con que ha cargado en Ostia con más aceite de oliva del que pensaba y que no hay sitio para los caballos —le susurró

acercándose a Vespasiano y Magno.

—¿Cuánto le hemos dejado como señal? —preguntó el joven.

—Cien denarios.

—¿Y quiere perder los ciento cincuenta restantes?

—No, pero dice que los quiere en mano antes de que subáis a bordo.

—Creí que habíamos quedado en cuatro pasajeros y cuatro caballerías.

—Y ése fue el trato, pero ha cambiado de parecer.

—Entiendo. Magno, creo que deberíamos tener unas palabras con ese marino.

—Faltaría más, amo —dijo volviéndose a mirar a Sexto y Mario que, en ese instante, ayudaban a Tertula a bajar del pollino—. Cuidado, muchachos, a lo mejor hay que zanjar un asunto.

Vespasiano se acercó al patrón de la embarcación: además de unos ojos como rendijas de tanto atisbar el horizonte plantando cara al sol y al viento durante años, una barba vetuada, negra y gris, le cubría el rostro casi por completo, dejando al aire únicamente los pómulos y la frente. La basta túnica, de cuero y sin mangas, lo único que llevaba puesto al parecer, desprendía un olor desagradable, una mezcla a pescado podrido, sudor y carne en descomposición, como si la piel no estuviera bien curtida.

—El intendente me asegura que ahora no das por bueno el trato que habías cerrado con él —le dijo Vespasiano de buenas a primeras.

—No es mi culpa, amo. Pensábamos regresar a Génova con media carga, pero el armador se empeñó en que cargásemos con ese aceite de oliva y tuve que plegarme a sus deseos.

Vespasiano echó un vistazo a la bodega descubierta de la nave. A ambos lados, dos considerables montones de ánforas, colocadas en unos huecos circulares practicados con tal fin; en medio, un espacio libre de tan sólo unos diez pies de holgura.

—Seguro que los caballos pueden ir ahí.

—No es cuestión de sitio, sino de peso. Si llevamos los caballos con nosotros, la embarcación quedará casi a ras de agua, y te puedo asegurar que no es nada aconsejable, y menos en invierno cuando, en cualquier momento, puede desencadenarse una tempestad.

—Pero si hoy hace un día precioso y tranquilo, sin apenas una nube en el cielo.

—Así es, ¿pero quién sabe cuánto durará? Te garantizo que no pienso hacerme a la mar en una nave con exceso de carga, y menos aún por doscientos cincuenta denarios.

—¡Conque ésas tenemos! ¿Por cuánto estarías dispuesto a hacerte a la mar con un barco sobrecargado?

—Quinientos denarios. Es mi última palabra.

—¿Y crees que ese dinero nos ayudará a mantenernos a flote? No estaría yo tan seguro. ¿Qué harías si rompiera mi parte del trato y fuéramos a Génova por tierra?

—Si así lo hubierais querido, ya lo habríais hecho. Pero, por alguna razón que se

me escapa, no podéis ir por la calzada y habéis optado por tomar un barco en pleno invierno. Me imagino que queréis pasar desapercibidos, y soy de la opinión de que eso hay que pagarlo —dijo el patrón con una sonrisa gélida, como si le dijera que no había otra: o lo tomaba, o lo dejaba. Vespasiano se dio cuenta de que no merecía la pena seguir discutiendo.

—Por lo visto, estamos en tus manos. Lo hablaré con mis amigos.

Cuando volvió a la playa, Tertula se mostró tajante.

—Si os hacéis a la mar con esos malnacidos, lo más probable es que acaben con vosotros, arrojen vuestros cadáveres al agua y se queden con vuestro dinero, o que os entreguen a las autoridades portuarias en Génova, no sin haberos desplumado antes.

—Depende de cuántos sean —terció Magno—. ¿Tuviste tiempo de contarlos, amo?

—Calculo que con él van seis o siete hombres, alguno más quizá.

—En ese caso, no es la compañía que yo elegiría para pasar dos días y dos noches en un espacio tan reducido. Más vale que lo intentemos a caballo.

—No podemos —dijo Vespasiano, deteniéndose a pensar en el embrollo en que estaban metidos—. Aunque aún estuviéramos a tiempo de ir por la calzada, que no lo estamos, esos cabrones nos han visto y, cuando lleguen a Génova, le contarán a quienquiera que los pague o les venga con amenazas qué aspecto tenemos y dónde nos han visto, lo que bastará para que se pasen de nuevo por casa de Tertula y, tirando del hilo, den conmigo y con el resto de mi familia.

—Tienes razón, Vespasiano —se lamentó su abuela—. Pero necesitáis a alguien que sepa manejar una embarcación.

—Mario, ¿todavía te acuerdas de tus días de marinero? ¿Tanto como para ponerte al timón de ese esquife?

—Ya lo creo, amo, siempre y cuando no nos alejemos mucho de la costa.

—En ese caso, me atrevería a afirmar —señaló Tertula, con una sonrisa inapelable— que ese marinero acaba de firmar su sentencia de muerte, la de él y la de los hombres que lo acompañan.

—Eso me temo, Tute. Magno, volvamos al embarcadero. Le enseñaré la bolsa; en cuanto trate de hacerse con ella, acaba con él. Sexto y Mario, vosotros quedaos aquí en la playa. Será mejor que no sospeche la que le tenemos preparada. Tan pronto como hayamos liquidado al patrón, llegaos al barco lo más rápido que podáis. Hay que matarlos a todos cuanto antes, sin darles tiempo siquiera a echar mano de las armas que lleven a bordo. No arrojéis los cadáveres al mar. Ya lo haremos más tarde, cuando estemos lejos de aquí.

—Deja que vaya contigo, amo Vespasiano —le rogó Atalo—. Siempre podré echar una mano contra esos canallas.

—¿Pero no habíamos quedado en que eras manco? —se burló Tertula—. Lo único que vas a conseguir es meterte donde no te llaman y que acaben contigo.

—En tal caso, tanto tú como yo nos quedaremos más a gusto —replicó, antes de

seguir a Vespasiano y Magno.

Tertula recibió con satisfacción aquel arranque de coraje por parte de su viejo amigo y, admirada, contempló a su nieto, que volvía sobre sus pasos camino del embarcadero. Frío y calculador, el chico era capaz de pensar por su cuenta. Por fuerza, hubo de admitir que estaba hecho de la madera de los hombres que saben salir adelante.

Al ver que Vespasiano y Magno se acercaban a ellos por el muelle, el patrón siguió hablando como si tal cosa con uno de los hombres de la tripulación.

—¿Qué habéis decidido entonces? —preguntó como si nada, como quien despacha en una taberna.

—Cuatrocientos denarios —dijo Vespasiano.

—Te he dicho quinientos, y no hay más que hablar.

—Así que no nos dejas otra salida, ¿no es así? —contestó Vespasiano, mostrando la bolsa donde llevaba los *aurei* de oro.

—Así es —asintió el patrón, sin apartar su mirada codiciosa de aquella bolsa que parecía repleta. Fue lo último que vio.

—Tienes razón, marinero, no nos has dejado otra salida —dijo Magno, traspasándole el corazón con la espada. Sin hacerse una idea cabal de qué había pasado hasta que vio al patrón desplomado en mitad del embarcadero, el marinero que estaba a su lado se quedó de una pieza. Vespasiano le dio un rodillazo en la entrepierna; el hombre se dobló de dolor, y puso el codo a disposición de la hoja de Atalo, que le rebanó el pescuezo a la altura de la nuca, matándolo antes de que se diera cuenta de lo que sucedía.

Con el gladio en mano, Vespasiano saltó a la proa de la nave y cercenó el brazo derecho del primero de los tripulantes que le salió al paso. El alarido que profirió aquel hombre al verse malherido, llevándose la mano al muñón ensangrentado, alertó del peligro al resto de sus compañeros. Seguido por Magno y Atalo, dio un salto hasta donde estaban almacenadas las ánforas en la bodega de la embarcación, yendo a caer encima de un marinero entrado en años y canoso que trataba de sacar una espada del armero que había a los pies del mástil. Descargó con fuerza la empuñadura de la espada sobre la nuca del anciano y le abrió la cabeza como si fuera una nuez. Un grito de Atalo le obligó a volverse hacia la izquierda, evitando por un pelo el brutal tajo del hacha que blandía una especie de monstruo tatuado, cubierto sólo con un astroso taparrabos, que emitió un bramido feroz al ver que había fallado el golpe y destrozado de paso una hilera de ánforas. El aceite de oliva que contenían se derramó por el fondo de la nave. Vespasiano se apoyó contra un costado del barco, tratando de mantener el equilibrio en aquella superficie traicionera, mientras escuchaba los gritos de Sexto y Mario que, desde el embarcadero, subían a la embarcación tras saltar por encima de la arrufadura de popa. A su derecha, Magno, que había destripado a un celta de cabello pelirrojo, arrojó con todas sus fuerzas el cuerpo aún convulso del marinero contra aquel monstruo, el cual, al intentar zafarse, resbaló y fue a caer de

culo en el fondo aceitoso de la nave. Tras ver pasar al celta agonizante por encima de él, con las tripas de su compañero aún calientes en el regazo, por un momento, el monstruo se quedó aturdido y con la mirada perdida, contemplando con asombro aquellas vísceras grises que parecían salir de su interior, antes de caer en la cuenta de que no estaba herido. Alzó la cabeza, y lo último que vio fue el puñal que Atalo le clavó en el ojo derecho. Lanzó un rugido de dolor que resonó por los acantilados, mientras Atalo agitaba la hoja a derecha e izquierda, como si quisiera destrozar sus sesos; los alaridos cesaron cuando Atalo dirigió el cuchillo hacia arriba, partiéndole el cerebro en dos.

Vespasiano echó un vistazo a su alrededor. Sexto y Mario se habían hecho con el control de la popa y, apoyados en la borda, trataban de recuperar el resuello; a sus pies, dos cadáveres. Con cautela, Magno se aventuró a cruzar la superficie resbaladiza y, con tranquilidad, le cercenó el cuello al celta que había destripado, que sólo entonces dejó de gritar. El único lamento que todavía se oía por encima del suave golpeteo de las olas era el doliente y quedo gemido del hombre mutilado que, sin moverse de la proa, contemplaba la sangre que le brotaba del muñón.

—Ya me encargo yo, amo —dijo Magno, tratando de mantenerse en pie en aquel fondo escurridizo, mientras el barco se mecía al suave compás de las olas.

—Gracias, Magno —contestó Vespasiano, como quien loma un sorbo de agua—. Mario, Sexto, traed los cadáveres aquí, y limpiad el aceite; no vayamos a sufrir un percance.

Vespasiano dejó caer una mano en el hombro de Atalo.

—Gracias por el grito de advertencia, viejo amigo. Estoy seguro de que esta noche te encantará decirle a tu ama que, de no haber sido por ti, tendría un nieto menos.

—Pues claro que sí, amo Vespasiano —contestó el intendente, con una sonrisa—, ésta y cuantas noches nos queden por delante, aunque mucho me temo que procurará aguarne la fiesta diciéndome que no habrías corrido ningún peligro si hubiera hecho mi trabajo como es debido y encontrado un patrón que fuera de fiar.

—No te quepa la menor duda —dijo Vespasiano, muerto de risa—. Anda, vamos y que vea que aún seguimos con vida.

Saltaron de la nave y se acercaron a la playa, donde Tertula los esperaba de pie, retorciéndose las manos.

—Tu abuelo habría estado orgulloso de ti —le dijo cuando los dos dejaron atrás el embarcadero—. Peleas como un hombre convencido de que alcanzará la victoria. Ésa es la señal que distingue a quien goza del favor de los hados, a aquél que sabe que habrá de prevalecer.

—Pues casi no lo cuento, Tute. De no haber sido por Atalo, estaría abierto en canal en ese barco.

—¡Ya era hora! Al cabo de tantos años, por fin has servido para algo útil —le dijo a su viejo amigo, con una sonrisa.

—Eso parece, ama. Lo que me sitúa un punto por encima de ti.

Vespasiano los dejó lanzándose pullas y se acercó para ver cómo subían los caballos a bordo. Una vez que, tras colocar una suerte de rampa, los acomodaron en la bodega de la nave y dejaron sus pertenencias en el hueco angosto del altillo, Mario les anunció que todo estaba listo para zarpar.

A la hora de la despedida, Tertula se llevó aparte a Vespasiano y dio un corto paseo con su nieto por la playa. Cuando estimó que ya se habían alejado lo suficiente como para que nada oyeran sus compañeros de viaje, le tomó de las manos y se las apretó con fuerza.

—Cuando regreses, ya no estaré aquí para recibirte —le dijo, mirándole a los ojos con un cariño entrañable.

Vespasiano abrió la boca para decir algo, pero ella le obligó a callar, poniéndole un dedo en los labios.

—Nada de lo que puedas decir cambiaría el curso de las cosas. Sé que no me quedan muchos días por delante, y que tú estarás fuera durante años.

Su nieto pensó que no le faltaba razón; era lo mismo que le había dicho su padre cuando le aconsejó que fuera a verla, pero admitirlo era como dar por hecho lo inevitable. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y la estrechó entre sus brazos.

—No llores por mí en este instante —le reprendió su abuela con dulzura—. Guárdate las lágrimas para cuando ya no esté. Da gracias de que tenemos la oportunidad de despedirnos por última vez. Pocas son las personas que pueden decir lo mismo.

—Siempre te echaré de menos, Tute —dijo Vespasiano, enjugándose los ojos—. Los mejores momentos de mi vida los he pasado aquí, en Cosa, a tu lado.

—No hay razón alguna para que no disfrutes aquí de ocasiones no menos agradables en el futuro. Te he dejado la hacienda en herencia, sólo para ti. Tu padre lo entenderá. Bastante tiene él con administrar dos propiedades, y no creo que me agradeciese mucho que le impusiera otra carga más. En cuanto a Sabino, nunca le gustó este sitio y se fue de aquí en cuanto tuvo una oportunidad.

—Pero se morirá de envidia, y ocasiones no habrán de faltarle para que me lo eche en cara.

—Bueno, eso es asunto vuestro. Sólo hago lo que me parece justo. En mi testamento, devuelvo la libertad a todos mis esclavos y los invito a que se queden en la hacienda trabajando como libertos a las órdenes de Atalo para que todo siga igual hasta tu vuelta. Cuando llegue ese momento, Atalo tendrá guardados unos documentos que es mi deseo que pasen a tus manos. También le he dejado una suma considerable para que disfrute de una vejez tranquila, de forma que no sea una carga para ti.

—Nunca sería una carga para mí, Tute, porque siempre me recordará a ti.

Tertula abrazó a su nieto y, poniéndose de puntillas, le dio un beso en los labios.

—Recuerda: obra siempre de la forma que creas más justa para ti y para Roma, y

tu destino, que va mucho más allá de lo que puedas imaginar, se cumplirá —continuó con una sonrisa, acariciándole el cabello como cuando era pequeño—. Tienes que irte. Los demás ya están a bordo. Adiós, querido muchacho.

Vespasiano subió al barco, mientras Magno y Sexto izaban la vela. La pequeña embarcación se dispuso a zarpar; Mario, al timón, la apartó del muelle y la llevó mar adentro. Vespasiano no se movió de la popa, sin dejar de mirar a Tertula, cuya imagen se hacía cada vez más pequeña. Cuando ya no era sino una mota en mitad de la playa, se puso de rodillas y sollozó de forma sobrecogedora: lloraba por su querida abuela que, aunque viva, para él ya estaba muerta.

Parte IV

Tracia, primavera del año 26

Capítulo XIX

—¿Qué coño se le habrá ocurrido a este tonto del culo ahora? —dijo Magno, alterado, mirando con gesto enconado a Gneo Domicio Corbulón, comandante de la columna de refuerzos—. Como volvamos a cambiar de idea, te juro que me declaro en rebeldía.

—Para amotinarte, tendrías que estar sometido a la disciplina militar —le recordó Vespasiano a su compañero, sin perder de vista a Corbulón, que discutía acaloradamente con los guías que los orientaban por aquellos parajes—. Si tenemos en cuenta que aquí pasas por ser mi liberto, y por tanto un civil, creo que nada de lo que digas o hagas vaya a importarle lo más mínimo a alguien de tan alta cuna y tan engreído como Corbulón.

Sin dejar de refunfuñar, Magno se quitó el gorro cónico de lana, el pileo, con que se tocaban los libertos y, con la mano, se secó el sudor de la frente.

—¡Además de estirado, gilipollas! —musitó.

Cinco días antes, una vez cruzada la línea divisoria de la provincia romana de Macedonia, se habían adentrado en el reino de los tracios, vasallos de Roma. Habían seguido durante tres días la Via Egnatia, cruzando por vergeles de árboles frutales en ciernes y campos de maíz recién sembrados que se extendían a lo largo y ancho de la estrecha franja costera que discurría entre el extremo sur del imponente macizo montañoso de Ródope, cuyas cumbres se perdían entre las nubes, por el norte, y el hermoso, que no por eso menos traicionero, mar de Tracia, que resplandecía bajo un cálido sol primaveral, al sur.

Al llegar a Filipos, en la frontera macedonia, Corbulón había recibido órdenes de unirse cuanto antes al ejército de Popeo Sabino en la región de Bessapara, junto al río Hebro, al noroeste del reino amigo de los tracios, donde el extremo norte del macizo de los montes Ródope linda con la cadena montañoso de Hemo. Aquél era el lugar donde, tras haber derrotado a sus tropas en el campo de batalla dos semanas antes, Popeo había acorralado a los rebeldes tracios en una fortaleza en lo alto de una colina. Corbulón echó pestes cuando, al intentar enterarse de lo que había ocurrido durante la contienda, supo que el correo ya había partido hacia Roma para llevar la noticia de la victoria al emperador y al senado.

Joven y ambicioso, caballero del orden ecuestre como era, se había tomado muy a pecho la orden de acelerar la marcha, no fuera a ser que la rebelión quedase sofocada antes de que llegase, lo que rebajaría notablemente sus expectativas de triunfo.

Tras hablar con los guías, en el extremo oriental del macizo de los montes Ródope, habían dejado atrás la calzada y se dirigían hacia el nordeste por sus estribaciones escarpadas para pasar al lado norte de las montañas y poner rumbo al noroeste, como le habían ordenado. Estaban atravesando los dominios de los celites, tribu que se había mantenido fiel a Roma y al títere que el imperio había designado como rey, Remetalces, poco menos que odiado por las tribus vecinas del norte, los

besos y los díos, que se habían alzado en armas un año antes contra las levatas obligatorias para el ejército romano.

Vespasiano dedicó una sonrisa maliciosa a Magno cuando vio como Corbulón, tras discutir a voces con los guías celitas, volvía grupas y, tras dejar atrás la columna, se dirigía hacia donde ellos estaban, al frente de la primera cohorte de cuatrocientos ochenta nuevos reclutas.

—Mucho me temo que nuestro venerado jefe está a punto de conseguir que otra tribu se una a la revuelta —dijo, tras observar el rostro congestionado del tribuno militar que se acercaba, una vez que éste hubo superado la vanguardia de la tropa, ciento veinte jinetes galos de la caballería auxiliar—. A este paso, puedes dar por seguro que acabaremos en una de esas jaulas de madera que se bambolean sobre sus hogueras sagradas.

—Pensaba que eso eran cosas de germanos y celtas —comentó Magno, tratando de acomodar su magullado trasero en la silla de montar.

—Es de suponer que esos bárbaros recurran a métodos no menos desagradables para divertirse con quienes caigan en sus manos. Confiemos en que la chulería de Corbulón no los anime a ponerlos en práctica con nosotros.

—Tribuno —aulló Corbulón, guiando su montura hasta Vespasiano—, vamos a pasar aquí la noche. Esos pelirrojos hijos de zorra se niegan a seguir adelante. Que los hombres preparen el campamento.

—A tus órdenes.

—Otra cosa, tribuno —añadió Corbulón, mirando de frente a Vespasiano por encima de su larga nariz prominente, único rasgo sobresaliente de aquel rostro enjuto y anguloso—, dile al centurión Fausto que doble la guardia esta noche. No me fío de esos cabrones. Me da la sensación de que hacen cuanto está en su mano para impedir que lleguemos a tiempo.

—Creía que eran leales a Roma.

—La única lealtad que han demostrado esos salvajes es para con los dioses carroñeros de la hedionda tribu a la que pertenecen. No me atrevería a dejarlos solos ni con sus abuelas.

—Parece que seguimos una senda un tanto tortuosa.

—Porque no tienen prisa en que lleguemos a nuestro destino. Cada vez que les digo que hemos de ir hacia el noroeste, tras recorrer más o menos una milla, siempre encuentran alguna excusa para desviarnos hacia el nordeste, como si quisieran llevarnos a un sitio que nada tenga que ver con nuestro punto de encuentro.

—¿Como éste, por ejemplo? —apuntó Vespasiano, mirando a lo alto, a las colinas rocosas que quedaban a su izquierda y volviendo los ojos hacia el espeso bosque de pinos que, a sus pies, se extendía hasta donde alcanzaba la vista—. No creo que sea el mejor lugar para levantar el campamento. Demasiado encajonado.

—Eso mismo pienso yo, pero ¿qué se le va a hacer? Dentro de poco más de tres horas se habrá puesto el sol y, sin las indicaciones de los guías, no daremos con un

sitio mejor. Así que aquí nos quedamos. Al menos, leña no nos faltará. Ordena a los hombres que corten unos cuantos árboles y dispongan una empalizada alrededor del campamento para pasar la noche. Actuaremos como si nos moviéramos en territorio enemigo.

Vespasiano se quedó mirando a su superior que se dirigía a la retaguardia de la columna. Siete años mayor que él, durante los últimos tres había servido en el estado mayor de Popeo; antes había estado destinado en la frontera del Rin durante un año. Aunque procedente de una familia de terratenientes como él, hacía ya dos generaciones que su linaje había accedido al orden senatorial y se comportaba con el engreimiento de quien se cree con derecho a disfrutar de toda clase de privilegios. Cuando le ordenaron volver a Italia con el centurión Fausto, el centurión veterano o primipilo de la Cuarta Escítica, para hacerse cargo de los reclutas que acababan de incorporarse a la legión, se sintió herido en su amor propio. Tanto le molestaban el menor error o desliz en que pudieran incurrir aquellos legionarios bisoños que, a lo largo de los setenta días que llevaban de marcha, en más de una ocasión había ordenado que azotasen a algunos y hasta había dado la orden de ejecutar a uno de ellos. Era, como bien había observado Magno, un tonto del culo, pero hasta Vespasiano, a pesar de su limitada experiencia, se daba cuenta de que no carecía de olfato en cuestiones militares y había acabado por acatar sus órdenes.

—¡Centurión Fausto!

—¡A tus órdenes!

El tintineo de las *phalerae*, las condecoraciones redondas de metal que adornaban la loriga que llevaba encima de la cota de malla, distinciones que se había ganado a lo largo de veintidós años de servicio, acompañó el gesto de saludo del centurión Fausto, mientras el penacho de crines blancas que adornaban el casco se mantenía tan tieso como su portador.

—Ordena que los hombres construyan una empalizada alrededor del campamento y dobla la vigilancia.

—¡A tus órdenes! *Bucinator*, toca la orden de montar el campamento.

El aludido se llevó la *bucina* a la boca y de la corneta, un tubo de cuatro pies de largo que terminaba en forma de pabellón acampanado, salieron unas notas estridentes. El toque surtió efecto de inmediato: las dos cohortes de legionarios rasos dejaron en el suelo petates y *pila*, y siguiendo las precisas indicaciones de los bastones de mando de los centuriones y los gritos desabridos de sus *optiones*, los asistentes de grado inferior, formaron cuadrillas de trabajo: unos cavaban fosos, otros preparaban el terreno, y otros, en fin, fueron en busca de leña. Las *turmae* de las tropas auxiliares de la caballería gala que marchaban a la cabeza y a la cola de la columna formaron un círculo defensivo para defender a los hombres mientras trabajaban. Por delante y más alejados, unidades más reducidas de la caballería ligera de los tesalios y arqueros a pie patrullaban los alrededores. Los ayudantes de campamento y los esclavos descargaron la impedimenta, pusieron los animales a

resguardo y nivelaron el terreno, mientras los zapadores medían y trazaban las líneas para señalar por dónde habría de discurrir la empalizada cuadrada, así como el lugar exacto en que debían instalar cada una de las doscientas *papiliones*, unas tiendas con capacidad para albergar ocho hombres, que formaban el campamento.

Como por encanto, la columna que estaba en marcha se había convertido en una atareada colmena donde cada hombre cumplía su cometido, todos menos los doce guías tracios que, tras haberse echado sobre los hombros las bastas capas de lana cruda que llevaban y cubierto la cabeza con unos llamativos gorros de piel de zorro que les llegaban hasta las orejas para protegerse del aire frío que bajaba de las montañas, en cuclillas lo estaban observando todo con mirada aviesa y cuchicheando entre ellos en su ininteligible lengua, a medida que emergía el campamento allí donde antes no había nada.

* * *

Para cuando el sol ya se había puesto, los legionarios, agotados, se disponían a preparar la cena dentro del recinto de unos trescientos sesenta pies cuadrados del campamento fortificado. Después de una marcha de dieciséis millas por terreno accidentado, cada hombre había cavado un foso de unos cuatro pies de longitud, cinco de ancho y tres de profundidad, arrojando la tierra al interior del recinto hasta formar un cúmulo de unos dos pies de altura que otros se habían encargado de aplanar, o habían cortado y afilado las suficientes estacas, de un tamaño de cinco pies, para rodear el perímetro excavado. En grupos de ocho, estaban agazapados en torno a las fogatas que habían encendido junto a las tiendas de campaña de cuero, lamentándose de las penurias de la vida militar que habían abrazado. Era más intenso el olor del sudor acre que desprendían que el aroma, algo más apetitoso, del incomible rancho militar que borbotaba en sus cazos de cocina. Ni siquiera la ración diaria de vino que les daban bastaba para arrancarles una risotada o una simple broma.

Vespasiano se sentó en el exterior de su tienda escuchando sus quejas, mientras Magno hervía el cerdo en salazón y los garbanzos que habrían de ser su cena.

—Me jugaría el pescuezo a que, en este momento, más de uno lamenta haberse alistado bajo las águilas de la legión —observó, tomando un trago de vino.

—Ya se acostumbrarán —dijo Magno, mientras echaba un poco de tomillo cortado al puchero—. Lo más duro son los diez primeros años; luego, el tiempo pasa casi sin darte cuenta.

—¿Serviste durante veinticinco años?

—Me alisté a los quince y, durante once años, estuve destinado en la Legión Quinta Alauda en el Rin. De allí, me trasladaron a la cohorte urbana, donde sólo hay que cumplir durante dieciséis años, así que tuve suerte. Me exoneraron al cabo de poco más de cinco años. Nunca me propuse ascender a *optio*, sobre todo porque no sé

escribir; por otra parte, que me arrestasen tantas veces por meterme en trifulcas tampoco me ayudó mucho, la verdad. Cuando acabé el servicio, hace cuatro años, me pareció conveniente hacer de aquel vicio virtud, y me convertí en púgil. Se gana buen dinero, pero a costa de muchos palos —precisó, mientras, como prueba de lo que decía, se frotaba una de aquellas orejas en forma de coliflor que tenía—. Estos mentecatos se quejan tanto porque es la primera vez que les ha tocado levantar un campamento tras un día de marcha. Una vez que hayan pasado la primera campaña, se acostumbrarán. Siempre y cuando sobrevivan, claro está.

Vespasiano asintió con la cabeza. Desde que se habían unido a la columna, diez millas más allá de Génova, habían avanzado a razón de veinte millas diarias por las cuidadas y seguras calzadas que recorrían Italia, acampando donde mejor les parecía, hasta llegar al puerto de Rávena. Una vez allí, tras esperar durante un tiempo que se les antojó muy largo las naves que habrían de transportarlos, habían pasado al otro lado del mar Adriático; dejando atrás las costas de Dalmacia, arribaron a Dirraquio, en la costa occidental de la provincia de Macedonia. Siguieron la Via Egnatia, que atravesaba aquel territorio, sin necesidad de plantar estacas cada vez que asentaban sus reales. Aquélla era, pues, la primera noche que acampaban en tierra hostil. Los hombres, la mayoría de su edad, no tardarían en descubrir que más valía estar cansado pero a buen recaudo, tras los muros del campamento, que lozanos y muertos en campo abierto.

Recordó el día en que Magno y él se habían unido a la columna. Mario y Sexto los habían dejado en tierra, junto con sus monturas, al oeste de Génova, y antes de regresar a Roma, aprovechando la oscuridad de la noche, habían llevado la barcaza hasta el puerto de la ciudad, donde la abandonaron para que algún día la pudiese reclamar su legítimo propietario. Vespasiano y Magno habían cabalgado campo a través una milla más allá del campamento de los nuevos reclutas, situado al otro lado de los muros de la ciudad, y allí, en unos altozanos, habían esperado dos días hasta que la columna se puso en marcha. Sin ser vistos, la habían seguido a lo largo de la Via Emilia Scaura hasta asegurarse de que no había pretorianos entre ellos. Por fin, se presentaron, como si acabasen de llegar de Génova. Soportó como mejor pudo la reprimenda que le dedicó Corbulón por incorporarse tarde, pero ni siquiera eso consiguió empañar el alivio que sentía al saberse seguro y camino de abandonar Italia, confiado en que Sejano y sus esbirros no lo podrían atrapar.

Con un suspiro, Vespasiano reparó en la ironía de la situación: cuanto más se alejaba de aquel que buscaba su perdición, más lejos estaba de aquella otra persona que lo amaba. Acarició el amuleto de la buena suerte que llevaba al cuello, el mismo que Caenis le había dado en el momento de la despedida, y recordó su rostro hermoso, su aroma embriagador. Magno se encargó de devolverlo a la realidad.

—Métete esto dentro, amo —le dijo, ofreciéndole un cuenco del guiso humeante. Olía tan bien que sólo entonces se dio cuenta del hambre que tenía y empezó a comerlo con ganas.

—¿Dónde aprendiste a guisar tan bien?

—Si, como yo, no tienes mujer que te prepare la comida y no quieres vivir como un miserable, tienes que aguzar el ingenio —contestó Magno, al tiempo que se llevaba a la boca una cucharada colmada de guiso—. Para cuando hayan concluido sus años de servicio, la mayoría de esos muchachos habrán aprendido a cocinar de forma bastante pasable. Siempre y cuando no hayan decidido traerse una mujer, pero en estas situaciones son un incordio, porque se pasan el día en un ay. A no ser, claro está, que te haya tocado un campamento fijo, donde puedas apañarles una chocita que sea de su agrado al otro lado de los muros y puedas ir a retozar un ratito al oscurecer, ya me entiendes.

—¡Y tanto! —exclamó Vespasiano, sintiendo la punzada del deseo. Pero todos sus sueños en ese sentido se vieron truncados por un toque de *bucina*.

—Es el toque de llamada a todos los oficiales para que acudan a la tienda de mando. Más vale que vayas, amo. Yo te guardaré la comida caliente hasta que vuelvas.

Vespasiano le tendió el cuenco y, farfullando unas palabras de agradecimiento, con desgana echó a andar hacia la tienda del comandante en jefe, el *praetorium*, situada en el centro de la Via Principalis, la calle que dividía en dos el campamento.

* * *

—¡Buenas noches, compañeros! —dijo Corbulón en cuanto estuvieron todos presentes. A la tenue luz de las lámparas se recortaban las siluetas de los prefectos romanos de las dos unidades auxiliares de la caballería gala, y de los doce centuriones, seis por cada cohorte, incluido el centurión Fausto que, al ser el más veterano de los oficiales, desempeñaba las funciones de prefecto del campamento. Vespasiano y Marco Cornelio Galo, el otro tribuno militar que acababa de incorporarse, completaban el grupo de los que estaban allí reunidos—. Confío en que hayáis tenido tiempo de comer algo y descansar un poco, porque nos espera una larga noche por delante.

Se produjo un leve murmullo de asentimiento, aunque, como en el caso de Vespasiano, la mayoría había escuchado el toque de aviso cuando estaba a mitad de la cena.

—Todo indica que es probable que vengan a por nosotros esta misma noche o durante los dos próximos días. De poco nos han servido los guías celites que llevábamos y no podemos fiarnos de ellos. Los he puesto bajo custodia, y he ordenado que los ejecuten caso de que se produzcan esos ataques, lo que significa que tendremos que apañárnoslas por nuestra cuenta para llegar al campamento de Popeo. Ni el centurión Fausto ni yo vinimos por este camino cuando se nos ordenó volver a Génova, porque salimos de Mesia antes de que Popeo llevase sus legiones a Tracia. Si, por casualidad, alguno de vosotros hubiera estado antes por estas tierras, que dé

un paso al frente.

—¡Comandante! —se adelantó uno de los centuriones de la segunda cohorte.

—¡Habla, centurión Aecio!

—Comandante, hace cinco años, serví en la Quinta Macedónica a las órdenes de Publio Veleo cuando la revuelta de los odrisios, la última vez que tuvimos que sofocar una rebelión en esta parte del mundo. Llegamos desde Mesia, como ha hecho Popeo, y acabamos con ellos al pie de las murallas de Filipópolis. De camino, pasamos por Bessapara. Llegué a conocer estas tierras bastante bien, porque aquí nos quedamos casi durante un año, llevando a cabo la tarea que se nos había encomendado. Son un pueblo abyecto y rencoroso, aunque Marco Fabio, *optio* del centurión *princeps posterior* de la segunda cohorte, no dirá probablemente lo mismo: vivió con una mujer de aquí hace cinco años, incluso habla el dialecto de los lugareños.

—Me doy por enterado. Gracias, Aecio. En tu opinión, ¿qué debemos hacer?

—Si vamos hacia el norte, a veinte o treinta millas de aquí, llegaremos al Harpessus, un río no muy ancho, pero que en esta época del año, con el deshielo, bajará crecido. Como no es muy profundo, no nos será difícil vadearlo. Una vez que lo hayamos cruzado, hemos de seguir hacia el este, hasta el río Hebro. Si continuamos en dirección noroeste, llegaremos a Filipópolis y, desde allí, hasta Bessapara. Es un camino mucho más largo, pero sin guías de fiar que nos lleven por atajos de montaña que sólo ellos saben, creo que sería la ruta más segura.

Corbulón sopesó la salida que el centurión le acababa de proponer. Tratando en vano de conciliar la posibilidad de llegar tarde y la de no presentarse siquiera, no alcanzó ninguna conclusión satisfactoria y dio por concluida la reunión.

—Gracias, compañeros. Mañana tomaré la decisión que estime más conveniente. Que los hombres duerman por turnos. Que la mitad de las centurias se mantengan en alerta a lo largo de la noche. Como he dicho, mucho me temo que la noche va a ser larga. Hasta mañana.

* * *

—Gracias, Magno —dijo Vespasiano, cuando recuperó el cuenco de comida caliente, buscando un sitio donde sentarse.

—¿Qué tenía que decirnos ese tonto del culo? Sólo ventosidades, me imagino —comentó Magno, celebrando con risotadas el chiste que acababa de hacer.

—La verdad es que ha reconocido que no sabía cómo... —se interrumpió al escuchar un entrecocar de armas y gritos y voces que parecían llegar de la puerta principal, en la otra punta del campamento. Echaron mano de las espadas y corrieron hacia el lugar del tumulto, sorteando como pudieron la confusión reinante en dos cohortes de reclutas bisoños llamados a formar a voces por los centuriones y los *optiones* en plena noche delante de sus tiendas: cazos por el suelo, hombres que

tropezaban con las clavijas y los vientos de las tiendas, legionarios de las centurias que habían interrumpido su descanso para ir a buscar sus *pila*, amontonadas en ordenadas pilas de armas, al tiempo que se ponían los cascos, se ceñían las espadas y se protegían con la *lorica segmentata*, una coraza de tiras de placas de hierro, es decir, con todo lo que se habían quitado para pasar la noche.

A las puertas del campamento, abiertas de par en par y batidas por el viento, una carreta de heno ardía en llamas. A la luz del resplandor que esparcía a su alrededor, Vespasiano acertó a distinguir hasta media docena de hombres por el suelo. Corbulón ya estaba allí, dando voces a un joven legionario que a duras penas se mantenía en posición de firmes, a pesar de la sangre que, de una herida por encima del ojo derecho, le corría por la cara.

—¿Qué cojones estabais haciendo que no os disteis cuenta de que los teníais encima? ¿Por qué no atrancasteis la puerta, so inútil? Pagarás con tu vida este desastre. ¿Cómo te llamas?

El legionario abrió la boca como si fuera a decir algo, y cayó fulminado a los pies de su comandante en jefe. Al ver a aquel pobre miserable tendido en el suelo, Corbulón le propinó una patada en el estómago, antes de ponerse a dar gritos: al chocar la sandalia que calzaba con la coraza de hierro del legionario, se hizo trizas la uña del dedo gordo del pie.

—¡Tribuno Vespasiano! —llamó a voces, resistiéndose con todas las fibras de su ser a llevarse la mano al pie malherido y dando saltos como si fuera un actor de una comedia mediocre—. Atranca la puerta. Una centuria aquí, de inmediato.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que esos hijos de la gran Gorgona han matado a los guardias, se han llevado unos cuantos caballos y han forzado las puertas. Eso es lo que ha pasado. Un auténtico desastre se mire como se mire. No pararé hasta enterarme de quién estaba al mando. Cierra la maldita puerta, y apaga ese fuego.

Pensando que más le valía evitar precisar que la persona que estaba al mando no era otra que el propio Corbulón, con Magno a la zaga Vespasiano se dispuso a ejecutar a toda prisa lo que le habían ordenado, mientras el comandante en jefe se desgañitaba y le gritaba al tribuno Galo que ordenase a los prefectos de la caballería que sus hombres se preparasen de inmediato.

* * *

Tras apagar el fuego, las cosas volvieron a su cauce. Las dos cohortes se mantenían en formación a lo largo de los fosos de sesenta pies de largo que, entre las hileras de tiendas y la empalizada, rodeaban el campamento. Una vez atrancada la puerta y apostada una centuria frente a ella bajo las órdenes del centurión Fausto, Vespasiano se dedicó a examinar los cuerpos tendidos en el suelo. Al liberar a un joven legionario del peso de su asaltante, se dio cuenta de que éste aún respiraba.

—¡Comandante, mira!

—¿Qué pasa ahora? —rezongó Corbulón, que sólo hasta cierto punto había recuperado la compostura.

—¡Este tracio aún está vivo! —dijo al volver el cuerpo nauseabundo de uno de los que habían sido sus guías hasta aquel momento. La sangre le manaba a borbotones de una profunda herida que tenía en el hombro izquierdo; tenía el brazo casi seccionado, pero aún respiraba.

—¡Es lo más parecido a una buena noticia que he escuchado hoy!

Resollando, el tribuno Marco Galo informó al comandante.

—¡Están ensillando los caballos tan rápido como les es posible!

—Más les vale. Quiero que atrapen a esos mamones.

—Ya estarán lejos —comentó Vespasiano—, y además conocen el terreno. Ni todas las fuerzas infernales bastarían para atraparlos.

Corbulón le dirigió una mirada aviesa, como si estuviera a punto de estallar contra aquel presuntuoso advenedizo pero, obligado a reconocer que no le faltaba razón, se contuvo a tiempo.

—Me temo que estás en lo cierto —se avino a disgusto—. Quiero que patrullen por los alrededores del campamento. No tendría sentido exponer a hombres tan valiosos, aunque sean galos. Es muy posible que tengamos que echar mano de ellos antes de lo que pensamos. Hazte cargo del prisionero. Quiero que esté en las mejores condiciones para interrogarlo dentro de una hora. Que el *optio* Fabio esté presente para traducir lo que diga.

* * *

Vespasiano, Galo, el *optio* Fabio y dos guardias saludaron a Corbulón cuando éste entró en el *praetorium*. Quejumbroso, el tracio herido yacía en el suelo, demasiado débil por la pérdida de sangre como para que mereciera la pena maniatarlo. Le habían taponado la herida con pez y se la habían vendado de cualquier manera para contener la hemorragia. No saldría con vida de aquella, pero viviría lo suficiente para que pudiesen interrogarlo.

—Fabio, pregúntale adónde han huido —ordenó Corbulón—, y si hay otros que, desde las colinas, vigilen nuestros pasos.

El *optio* se puso en cuclillas junto al prisionero y dijo unas cuantas frases cortas en la lengua curiosamente cantarina de los tracios.

Visiblemente sorprendido, el prisionero abrió los ojos, miró a Fabio como si quisiera estar seguro de con quién hablaba y le escupió a la cara.

—¡Miserable, hijo de puta! —se revolvió Fabio, dándole un puñetazo en la boca y partiéndole los morros.

—¡Basta, *optio*! Yo diré yo cuándo hay que forzar la mano —bramó Corbulón—. Quiero mantenerlo con vida el mayor tiempo posible. Pregúntale de nuevo.

Esta vez, Fabio no se anduvo por las ramas, cuidándose mucho de no ponerse al alcance de sus salivazos. El tracio guardó silencio; esbozó una sonrisa siniestra con aquella boca ensangrentada y aquellos labios tumefactos, y volvió la cabeza.

Vespasiano pensó que todo aquello no merecía la pena: el hombre sabía que, de todas formas, iba a morir y que, aunque hablase, poco había de ganar. Es más, parecía estar seguro de que cuanto más se resistiese más probabilidades tendría de que sus torturadores perdiesen la paciencia y pusieran fin a sus sufrimientos.

—Ya empiezo a estar harto de tanta farsa —renegó Corbulón, poniéndole el pie izquierdo encima del hombro herido—. Mírame a la cara, cabrón de mierda, y responde a lo que te pregunto —añadió, pisando con fuerza la herida que acababan de taponar; el prisionero emitió un gemido gutural y la sangre empezó a empapar la ropa que llevaba encima—. Contesta, maldito salvaje, dime dónde coño pensabais esconderos.

El tracio dirigió la mirada al joven oficial romano que se alzaba ante él, achicó los ojos con rabia y, levantando la cabeza, le gritó con furia en su extraña lengua. Sólo llegó a decir unas cuantas frases. Fue un esfuerzo excesivo para aquel corazón: con un estertor jadeante dejó caer la cabeza hacia atrás, mientras sus ojos sin vida se posaban sobre un Corbulón fuera de sí.

—¡Mierda! ¿Qué ha dicho, Fabio? —rezongó el comandante.

—No estoy muy seguro —respondió el *optio*, aturullado.

—¿Cómo que no estás muy seguro? Tú entiendes esa espantosa lengua, ¿no es así?

—Sí, claro. Pero hablo el dialecto de los odrisios, los besos y otras tribus del norte y del oeste.

—Sabemos que éste era un celite. ¿Acaso no hablan la misma lengua?

—Así es, pero hay pequeñas diferencias. Lo que sí puedo decirte es que este hombre se expresaba en un dialecto que no había oído nunca.

—En las órdenes que he recibido, se aseguraba que eran guías celites. Si estás seguro de que éste no lo era, ¿qué les ha pasado a quienes debían servirnos de guías y de dónde ha salido éste?

—Me parece que es un nativo de las tierras del este, más allá del río Hebro.

—No puede ser. Esas tribus son leales a Roma —farfulló Corbulón.

—O lo eran cuando tú estabas aquí —apuntó Vespasiano con calma—. ¿Y si las cosas hubieran cambiado desde entonces?

A Corbulón se le demudó el rostro al considerar las consecuencias de semejante posibilidad.

—Eso significaría que podría darse el caso de que hubiera una o más tribus alzadas en armas al otro lado del río; en ese caso, si vamos hacia el este, hacia el Hebro, nos las encontraremos de cara, y si vamos hacia el noroeste, nos pisarán los talones.

—Exacto —dijo Vespasiano, poniendo cara de circunstancias—, y volver a

Macedonia sería contravenir las órdenes que has recibido. Así que me parece que no hay duda en cuanto al camino que debes seguir.

Corbulón se quedó mirando al tribuno y hubo de reconocer que tenía razón. Lo único que podía hacer era seguir hacia el noroeste sin guías y tratar de llegar sin dilaciones al campamento de Popeo, en cualquier caso guardándose siempre las espaldas, con la esperanza de no ver la polvareda que levantasen unas hordas tracias dispuestas a caer sobre la retaguardia de los reclutas bisoños que le habían encomendado.

—¡Mierda! —musitó para sus adentros.

Capítulo XX

Los legionarios que habían tenido la suerte de echar una cabezada estaban en pie antes del amanecer. Antes de recoger los petates y atarlos a las horquillas con que los transportaban, tomaron un frugal desayuno: pan duro, queso y aceitunas. Cuando el sol se alzó por encima del horizonte, tiñendo de rojo oscuro las nubes altas y deshilachadas que cruzaban el cielo, los *bucinatores* tocaron la señal de levantar el campamento. De forma casi simultánea, las doscientas tiendas se vinieron al suelo y fueron plegadas por los criados y cargadas en las mulas que llevaban la impedimenta de cada *contubernium*, la unidad de ocho hombres. Para avanzar más deprisa, Corbulón había dado órdenes de que inutilizaran las dos carretas grandes tiradas por bueyes y las dejaran abandonadas. Cargaron a lomos de las caballerías de refresco todas las armas de repuesto, la ropa, los sacos de grano y otros enseres; en carros más pequeños y tirados por mulas, el rancho de las centurias, así como la tienda del centurión y otra impedimenta pesada. Procedieron a destruir el resto de la carga, y se llevaron los bueyes para alimentarse por el camino. Libres del estorbo que suponían tan pesados carruajes, los vehículos ya no serían una rémora que retrasase la marcha de la columna.

Pasada la primera hora del día, cuando los exploradores de la caballería ligera que habían salido a cumplir su cometido a la luz incierta del amanecer estuvieron de vuelta, la niebla que se extendía por las empinadas laderas de los montes Ródope casi se había disipado por completo. Los exploradores los pusieron al tanto de que no habían observado ningún movimiento sospechoso en las proximidades, y partieron de nuevo con el encargo de alertarlos de cualquier emboscada y mantener una vigilancia constante para evitar todo intento por parte del enemigo de hostigar o atacar la columna que, indefensa, se disponía a ponerse en camino.

Corbulón dio la orden de ponerse en marcha. El *cornicen* emitió un grave toque con el *cornu*, un instrumento de plata y asta en forma de «G» que, desde la boca, se retorció por debajo de su brazo derecho y reaparecía por encima de su cabeza como una inmensa bocina. Los portaestandartes, *signiferi*, enarbolaron las astas con las insignias cargadas de *phalerae*, un gesto que quería decir «adelante», y la columna emprendió la marcha.

Cuatro *turmae* de treinta hombres de las tropas auxiliares de la caballería gala encabezaban la columna, seguidas por Vespasiano, con Magno a su lado tratando de pasar lo más desapercibido posible, al frente de la primera cohorte. Tras ellos, iba el tribuno Galo, al mando de la segunda cohorte. Más atrás, los zapadores y los enfermeros, que no se apartaban de las carretas donde trasladaban a quienes, enfermos o malheridos, no estaban en condiciones de andar con normalidad. A continuación, la impedimenta: treinta caballerías de refresco, doscientas mulas de carga con los *contubernia*, guiadas por criados; veinticuatro carretas, una por cada centuria de la infantería y por cada *turma* de la caballería, más un vehículo con los

útiles de la caballería ligera; otro carruaje con las armas de los arqueros a pie, otro con las herramientas de los zapadores y uno más con los enseres de los oficiales. La columna alcanzaba una longitud aproximada de dos tercios de milla.

Al cabo de una hora de marcha, habían recorrido algo más de dos millas, siempre en dirección noroeste. Los bosques que habían visto más al sur dejaban paso a raquíuticos pastos montañosos, salpicados de barrancos y bosquecillos de pinos. Ni rastro de asentamientos humanos, ni habitados ni vacíos. Los únicos signos visibles de vida eran dos águilas que, con las alas extendidas, volaban en lo alto por encima de la columna, dejándose mecer por las corrientes de aire, como si velasen por la seguridad de los hombres que, más abajo, marchaban precedidos por unos estandartes forjados a su imagen. Nerviosos, los reclutas las recibieron con gritos de alborozo alzando sus *pila* al cielo y proclamándolas sus espíritus protectores. Al darse cuenta de que tan buenos presagios levantarían la moral de los hombres, los oficiales no sólo los animaron a gritar, sino que se unieron al alborozo general.

—¿Qué te parece, Vespasiano? —le gritó Corbulón por encima de las voces de los hombres, tras recorrer la columna desde la posición en cabeza que ocupaba—. A lo mejor los dioses están de nuestra parte: Júpiter y Juno protegiendo a los suyos de las rencorosas divinidades inferiores de los tracios.

Vespasiano esbozó una sonrisa. Aunque no era supersticioso, también él estaba impresionado por las acrobacias aéreas de aquellos dos símbolos de Roma.

—Confiemos en que no dejen de estar de nuestro lado hasta que lleguemos a nuestro destino. Con ellas como guías, los hombres marcharán con más brío.

—Lo mismo pienso yo, tribuno. Mucho mejor que azuzados por una andrajosa partida de bárbaros malencarados, eso seguro.

—Desde luego —llegó a decir Vespasiano, y en esto se escuchó el grave y profundo mugido del *cornu* que les instaba a detenerse.

—En el nombre de todas las Furias, ¿de quién ha partido la orden de que hagamos un alto? —tronó Corbulón, olvidándose al instante del buen talante de que había hecho gala hasta ese momento—. Tribuno, acompáñame.

Vespasiano fue al galope tras los pasos de su comandante en jefe hasta situarse en la cabecera de la columna.

—¿Qué ocurre? ¿Quién ha dado la orden de detenernos? —preguntó Corbulón, enojado.

—He sido yo —respondió Sexto Mauricio, prefecto de la caballería gala—. Uno de los exploradores acaba de informarnos de algo que creo que deberías oír.

—A ver, ¿dónde está ese hombre? Más vale que tenga una buena razón.

Azorado, un jinete de la caballería ligera se presentó ante él.

—Me pareció que era importante —acertó a decir el jinete con un marcado acento latino, que delataba que era oriundo de las mesetas de Tesalia.

—¿De qué se trata?

—Ahí, al fondo de ese barranco —contestó el soldado, señalando al sur, donde,

doscientos pasos más allá, la pradera se hendía como si un titán hubiera asestado un profundo tajo con un hacha descomunal en los tiempos remotos en que el hombre aún no había pisado la faz de la tierra.

—Vamos, pues, indícanos el camino.

El jinete montó de nuevo y se puso al galope, seguido por Corbulón, Vespasiano y Mauricio.

Al llegar al borde del barranco, desmontaron y echaron una ojeada. Era una quebrada empinada, pero se podía bajar a pie. Del fondo de la hondonada, les llegó un olor muy desagradable. Vespasiano aguzó la vista y escudriñó el barranco a lo largo hasta que descubrió qué era lo que tanto había inquietado al jinete. A unos sesenta pasos de donde se encontraban, entre los peñascos que se veían al fondo de la quebrada, había un par de cadáveres en el suelo.

—Bajemos a echar un vistazo. Prefecto, esperáanos aquí. Tribuno y tú, soldado, venid conmigo —ordenó Corbulón al tiempo que comenzaba a bajar por la abrupta pared, arrastrando pequeños fragmentos de roca y arena, y provocando un leve movimiento de tierras a medida que avanzaba. Los otros dos fueron tras él.

Cuando alcanzaron al primer cadáver, era tan fuerte el olor que desprendía que a punto estuvieron de vomitar. Al echar una ojeada en derredor, descubrieron que, aparte de los dos que habían visto desde arriba, había más. Por sus inconfundibles gorros de piel de zorro y sus altas y flexibles botas de cuero, podía decirse que eran tracios.

—¡Qué peste! —dijo Corbulón, entre arcada y arcada—. Llevan muertos unos cuantos días. ¿Cuántos son?

Vespasiano dio unos pasos y contó los cadáveres hinchados, que mostraban un espectral tono verde pálido y estaban cubiertos de manchas grises de color oscuro. Un poco más allá, cuatro cadáveres yacían cuidadosamente apartados, de lo que dedujo que alguien había tenido más miramientos con ellos.

—Dieciséis —dijo, cuando acabó de contarlos.

—¿Todos tracios?

—Creo que sí.

—¿Qué opinión te merece esta carnicería?

—Pues que hemos resuelto una duda.

—¿Por qué lo dices, tribuno?

—Me parece que se trata de hombres de dos tribus diferentes; los doce que ves ahí amontonados llevan unos gorros que no se parecen en nada a los que llevan los cuatro que están más allá. Los gorros de esos cuatro son idénticos a los que llevaban nuestros guías. En las órdenes que recibiste, se te decía que dispondrías de doce guías celites. Pues bien, ahí los tienes. Un grupo más numeroso de rebeldes debió de tenderles una celada; consiguieron acabar con cuatro de los asaltantes antes de que los liquidasen, y doce de los rebeldes se hicieron pasar por los guías que esperábamos y se unieron a nosotros en la Via Egnatia. Al ver que eran doce, ni por un momento

pusimos en duda si eran, o no, los guías que mencionaban las órdenes.

Corbulón consideró un momento las deducciones de Vespasiano, antes de que el hedor se tornase insoportable y volvieran a donde habían dejado los caballos.

—Supongo que ésa es la prueba de que los celites aún están de nuestro lado —comentó mientras montaban de nuevo.

Vespasiano se lo quedó mirando, sorprendido de que su superior no hubiera comprendido el alcance real de aquella emboscada.

—Puede que así sea, pero ¿cómo sabían esos rebeldes cuándo iba a llegar nuestra columna, el lugar exacto donde debían unirse a nosotros y el número de guías que habríamos de llevar?

—¡Por las barbas de Neptuno! Alguien ha tenido que ponerles sobre aviso, alguien del campamento de Popeo, alguien que estaba al tanto de las órdenes que hemos recibido. Hay un traidor entre nosotros, Vespasiano —dijo Corbulón, con el rostro desencajado, al caer en la cuenta de lo que acababa de apuntar el tribuno.

—Mucho me temo que así es.

* * *

—De modo que hay un traidor entre nosotros y el enemigo está al tanto de todos nuestros movimientos —rezongó Magno, cuando Vespasiano le refirió el macabro hallazgo con que se habían topado al fondo del barranco.

—Antonia y Asinio me enviaron aquí porque tenían fundadas sospechas y, por lo visto, estaban en lo cierto.

Sorprendido, Magno se quedó mirando a su joven compañero.

—¿Me estás diciendo —replicó con un bufido— que te han enviado aquí para desenmascarar a un traidor? ¿Qué te han pedido que hagas?

—Que encuentre la prueba de que está conchabado con Sejano y la lleve de vuelta a Roma —contestó Vespasiano, tratando de no entrar en honduras.

—Y yo pensando que íbamos a darnos un garbeo por provincias, con alguna escaramuza de vez en cuando, eso sí, para no perder la costumbre. Mira tú por dónde descubro que el joven caballero anda metido en asuntos de alta política y se codea con gentes importantes y que mi función consistirá en protegerlo cuando las cosas se pongan feas.

—No te pedí que vinieras conmigo —repuso Vespasiano, molesto con el tono paternalista que había empleado Magno.

—Por supuesto que no, pero no me quedaban muchas más salidas tras el incidente del puente, ¿no te parece?

—Podías haber ido a cualquier otra parte. No había ninguna necesidad de que vinieras conmigo.

—¡No me hables de obligaciones! Si llegara a ocurrirte algo, tu tío jamás me lo perdonaría.

—¿Por qué? ¿Qué clase de lazos te unen a él? —preguntó Vespasiano, intrigado.

—Le debo la vida —respondió Magno, tras guardar silencio un momento.

—Cuéntame.

—Cuando él era pretor, me condenaron por asesinato a pelear en la arena del circo. Como le había hecho algunos favores, ya sabes a lo qué me refiero, movió unos cuantos hilos y consiguió que me soltasen. Te garantizo que tan sólo en sobornos y dinero le salió bastante por encima de unos cuantos puñados de denarios. Por esa razón estoy aquí, para pagar parte de la deuda que he contraído con él, a cambio de mirar por... —Magno se interrumpió bruscamente y miró hacia otro lado.

—¿Qué estás insinuando? ¿Qué encargo te dio? ¿Que me acompañaras?

Magno parecía avergonzado.

—No exactamente —musitó—, pero sí seguir tus pasos. Cayo sabía que nunca consentirías en que fuera contigo, así que bastaba con que estuviera cerca en caso de que te vieras en una situación comprometida.

—¿Durante los próximos cuatro años?

—Pues sí, los mismos cuatro años que yo no habría vivido para verlos de no haber sido por él. Entiéndeme, lo único que me dijo fue que ibas a jugar una temporada a los soldaditos. Y cuando Macrón alcanzó a verme en el puente, encontré la excusa perfecta para no apartarme de tu lado. Sabía que no te negarías a hacerme ese favor, así que al final todo ha salido bastante bien, ¿no crees?

—Si tú lo dices —replicó Vespasiano sonriendo a su amigo. No sabía a qué carta quedarse. Por un lado, agradecía a su tío que diese por cancelada una deuda con tal de que alguien lo protegiera; por otra parte, se sentía un tanto humillado porque su tío había pensado que no sabría desenvolverse por sí mismo—. Bueno, ahora que las cosas han quedado aclaradas, ¿cuál es tu opinión?

—¿Sobre qué?

—Desenmascarar al traidor.

—Me imagino que tiene que ser alguien del estado mayor de Popeo, alguien con quien decida las órdenes, que las escriba o que las transmita, si no es la persona que hace de enlace con los celites para proveernos de guías.

—Hasta ahí había llegado yo solito —dijo Vespasiano, un tanto decepcionado.

—Entonces, ¿para qué me lo has preguntado?

—Esperaba una respuesta que me aportase algo más de luz sobre el asunto.

—Bueno, en ese caso, no te disgustes si no soy capaz de ir más allá —contestó Magno de mal humor, encantado como estaba con las posibilidades que había apuntado—. Estoy aquí por mi fuerza bruta, no por mi cabeza.

—Te ruego que me disculpes, Magno.

El mercenario se limitó a emitir un gruñido dándose por enterado y siguieron cabalgando en silencio. Sólo se oía el estruendo de los cientos de cascos y sandalias claveteadas contra el terreno abrupto. Era la cuarta hora del día. El sol empezaba a apretar de forma sofocante; hombres y bestias comenzaban a sudar. Vespasiano se

aflojó el pañuelo que llevaba al cuello para que la loriga no le rozase. Miró al cielo. Las águilas habían desaparecido. Sintió pavor durante un instante, pero procuró no dejarse llevar por supersticiones insensatas: por supuesto que no iban a estar pendientes de la columna hasta que llegase a su punto de destino; mejores cosas tendrían que hacer. Sin embargo, oteó el cielo despejado con la esperanza de volver a verlas. Por encima del hombro, a su derecha, observó una confusa masa oscura que se dirigía hacia ellos. Se protegió los ojos de la brillante luz del sol y trató de averiguar qué podía ser. A medida que se acercaban, distinguió las siluetas de unos enormes pájaros. Algunos de los hombres también los habían visto. De las filas de los soldados se alzó un murmullo de inquietud.

—¿Qué pájaros son éstos, Magno?

Magno lanzó un escupitajo y apretó el pulgar contra el puño para defenderse contra el mal de ojo.

—Grajos, aves del este. Pájaros de mal agüero. Los hombres se pondrán nerviosos.

Al ver los pájaros, hubo muchos escupitajos y no menos apretones de pulgares, acompañados de numerosas súplicas a todos los dioses imaginables. Se notaba que los hombres estaban inquietos.

—¡Mirada al frente! —aulló el centurión Fausto—. *Optio*, apunta los nombres de todos los que vuelvan la vista atrás.

Desanimados y en silencio, los hombres siguieron adelante. Bajaron las últimas estribaciones de la cara norte de los montes Ródope y se adentraron en un terreno menos accidentado. Más allá, a unas doce millas, se veía el valle por el que discurría el río Harpessus. La columna pareció avanzar más deprisa, como si los soldados, dejando de lado los malos augurios, estuviesen deseosos de que pasasen deprisa las pocas horas que les quedaban por delante para levantar el campamento cerca de aquellas aguas frescas y cristalinas.

* * *

Al mediodía, cuando llegó la hora de hacer un alto, Vespasiano y Magno echaron pie a tierra y estiraron las piernas, rodeados de hombres tumbados por el suelo que, ansiosos, echaban mano de las cantimploras de agua o mascaban pan duro y carne en salazón. Lo más agobiante era el hedor a orines y heces de más de un millar de hombres que se habían desahogado en cuanto se habían detenido.

De repente, escucharon unos gritos que parecían venir de las colinas circundantes. Vespasiano alzó la vista. Ladera abajo, a todo correr, casi en desbandada, se precipitaba una unidad de los arqueros volantes que exploraban el terreno desde lo alto de las colinas. Se dirigían a toda prisa hasta donde estaba Corbulón, al frente de la columna. Otro toque grave de *cornu* advirtió a los oficiales de que el comandante quería despachar con ellos. Vespasiano corrió hasta la cabecera de la columna para

recibir las órdenes pertinentes. Allí estaba Corbulón, plantado frente a aquellos hombres sin resuello, escuchando lo que tenía que decirle el oficial al mando.

—Hacia el este, comandante, a algo más de veinte millas de aquí; puedes verlo desde ahí arriba —dijo el hombre jadeando, antes de callar un momento para tomarse un respiro, al tiempo que se quitaba el ancho sombrero de piel con que se protegía del sol y se enjugaba la frente con el dorso de la mano.

—¿Qué más? ¡Suéltalo de una vez! —Corbulón no era el hombre más paciente del mundo.

—Una nube de polvo y mucho humo. Nos quedamos observando durante alrededor de una hora hasta que me convencí de que no se trataba de una ilusión. La nube de polvo se movía; el humo seguía donde estaba. Tiene toda la pinta de ser una horda guerrera que se desplaza, quemando todo a su paso.

—¿Estás seguro?

—Eso fue lo que vimos. La nube de polvo se desplaza hacia nosotros —confirmaron sus hombres asistiendo con la cabeza.

—¡Silencio! —exigió Corbulón alzando una mano—. Me doy por enterado. Gracias. Buen trabajo —y, volviéndose a Mauricio, añadió—: Prefecto, envía una de las patrullas de la caballería ligera en esa dirección. Quiero saber con precisión a qué nos enfrentamos.

—¡Como ordenes! —saludó Mauricio, despidiéndose para impartir las órdenes que había recibido.

El comandante hizo una seña a Vespasiano.

—Tribuno, encárgate de acortar el tiempo de descanso. Que sacrifiquen los bueyes y carguen las reses abiertas en canal en las carretas. Reparte entre los hombres rancho para cinco días antes de que vuelvan a formar. En el peor de los casos, nos desprenderíamos de la impedimenta. Si se trata de una horda de rebeldes, tenemos que vadear el río antes de que caigan sobre nosotros.

* * *

El paso de marcha se convirtió en paso ligero, la cadencia más rápida con que podían avanzar las mulas de carga. Lo más importante era que la columna no se dispersase. Las órdenes de Corbulón habían sido tajantes: tenían que deshacerse de inmediato de cualquier animal renqueante o de cualquier carruaje que se averiase, cargas incluidas. Vespasiano calculó que a esa velocidad tardarían tres horas en llegar al río, lo que les concedía un margen de tres horas más de luz solar para cruzarlo, un margen demasiado apretado, sobre todo si al cabecilla de los tracios se le ocurría la idea de enviar a sus jinetes de avanzadilla y, sin apoyo de la infantería, organizar escaramuzas, lo que obligaría a la columna a batirse en retirada luchando.

Al cabo de una hora, habían dejado atrás las colinas y se habían adentrado en la llanura de pastos verdes que llegaba hasta el río. A sus espaldas, desde la planicie por

la que avanzaban, veían con toda claridad la nube de polvo que levantaban a su paso las hordas tracias.

Desperdigados a lo largo y ancho de la fértil planicie, había caseríos y aldeas. La cría de caballos y ovejas era la ocupación principal de aquella región, relativamente próspera, del país. Como lo más importante era mantener el paso que llevaban, Corbulón no dudó en seguir el camino más recto para llegar al río, sin preocuparse de evitar asentamientos más poblados. En cualquier caso y como medida de precaución, había ordenado que les precedieran algunas unidades de la caballería gala, fiándose de lo que le decía su instinto: que los celites seguían siendo leales a Roma.

Cabalgando a la cabeza de la primera cohorte, Vespasiano podía palpar la inquietud que reinaba entre los hombres. Le hubiera gustado acercarse a las centurias y darles ánimo pero faltó, como tantos otros de su extracción social, de la seguridad en sí mismo que corría por las venas de los aristócratas, no se sintió preparado para afrontar tal corriendo. Nada había hecho hasta entonces para ganarse el respeto y la confianza de aquellos hombres, que no lo consideraban sino como un joven inexperto, más joven incluso que muchos de ellos. Lo que le llevó a pensar en la insensatez de un sistema que, por el mero hecho de haber nacido en una familia de posibles, colocaba a un muchacho de tan pocos años como él, y sin experiencia militar alguna, al frente de cuatrocientos ochenta soldados. Pero así había sido en Roma desde siempre; de ahí el papel fundamental que desempeñaba el senado. Por otra parte, la expansión del imperio era un claro indicio de que el sistema como tal era válido. Decidió, pues, que lo mejor sería dejar que los centuriones, que para eso estaban, se encargasen de levantarles la moral. Le tranquilizaba saber que llevaba a Fausto a sus espaldas, oír cómo se dirigía a los hombres, elogiando el esfuerzo que hacían, obligándoles a mantenerse en formación o encarándose con los que trataban de gandulear. Vespasiano no ignoraba que, llegado el momento de entrar en combate por primera vez, ya fuera allí, a la orilla del río, o más al norte, serían hombres como Fausto los que decidirían si su destino era perecer o seguir con vida.

Unos gritos de inquietud de los hombres que marchaban a sus espaldas lo obligaron a volver la cabeza a la derecha.

—Silencio en las filas —tronó Fausto—. Vista al frente y cuidado con tropezar con el hombre que va delante.

Por la llanura, a unas dos millas de distancia, un reducido grupo de jinetes se acercaba a ellos a todo galope.

—¡La cosa se pone fea! —musitó Magno—. Las buenas noticias nunca llegan tan rápido.

El *cornu* emitió una vez más su grave toque, una llamada que se escuchó con toda claridad, a pesar de la barahúnda de la columna en marcha.

—De nuevo tienes que acudir al lado del comandante —le advirtió Magno—. Esperemos que ese tonto del culo sepa conservar la calma.

—Quizá lo sea, como dices —replicó Vespasiano, espoleando su montura para

apartarse de la columna—, pero hasta ahora creo que ha tomado las decisiones pertinentes.

—Nos quedan cinco millas por delante y un río que vadear. Tiempo de sobra para que lo eche todo a perder.

A la cabeza de la columna, Vespasiano se unió a Corbulón y Mauricio; Galo y Quinto Caepio, prefecto de la caballería gala que marchaba en retaguardia, no tardaron en sumarse a ellos.

—Me imagino que nos traerán noticias sobre el avance de los tracios —aventuró Corbulón, con gesto adusto—. Supongo que, a estas alturas, los exploradores ya los habrán visto.

Siguieron adelante en silencio sin apartar los ojos de la reducida partida que se aproximaba a ellos. Vespasiano contó seis hombres y dos caballos sin jinete. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral y se le hizo un nudo en el estómago: habían caído los primeros de los suyos. Se armó de valor para afrontar el que sabía que iba a ser el día más duro de su corta existencia hasta ese momento, más que la incursión en pos de los esclavos furtivos o el rescate de Caenis. En esta ocasión, estaba del lado de los atacados: los tracios llevaban la iniciativa.

—Comandante —saludó a Corbulón el jefe de la cuadrilla, un hombre fornido de treinta y tantos años y rostro atezado—, se presenta Alcaes, de la unidad de la caballería ligera de los tesalios.

—Déjate de formalidades, y cuéntame —repuso Corbulón, apurado.

—Hará aproximadamente media hora y a unas diez millas hacia el este, atisbamos el grueso de los rebeldes tracios. En su mayoría, hombres a pie; uno tres mil, calculo. Avanzan a buen paso y con un objetivo determinado. Ya no queman cuanto encuentran a su paso. Tropezamos con un grupo de exploradores a caballo y nos enfrentamos con ellos. He perdido a dos de mis hombres. Uno sólo está herido y lo han hecho prisionero. Que los dioses se apiaden de él.

—Claro, claro —Corbulón se imaginaba tan bien como cualquiera lo que le esperaba al pobre desgraciado—. ¿Dices que no habéis visto tropas de caballería?

—No, sólo patrullas de exploradores.

—¡Por la tetas de Minerva! Han debido de suponer que iríamos hacia el río sin dudarlo y han ordenado a sus jinetes que den un rodeo por el norte y nos hostiguen cuanto puedan. Mauricio, ponte al frente de tus cuatro *turmae* y mantenlos ocupados como sea hasta que lo hayamos vadeado. En poco más de una hora estaremos allí.

—Haremos cuanto esté en nuestra mano.

El prefecto de la caballería dio un grito al decurión y los ciento veinte galos se separaron de la columna y, al galope, se dirigieron hacia el río. Corbulón se volvió entonces a Quinto Caepio.

—Caepio, ponte al frente de tus *turmae* y situaos a nuestra altura, pero a una media milla hacia el este para defendernos de cualquier ataque de la caballería por ese flanco.

Caepio saludó y partió hacia la retaguardia de la columna.

—Galo, proporciona unos cuantos caballos a los zapadores. Quiero que tiendan tantas maromas como puedan de un lado a otro del río. Si no disponen de suficientes hombres que sepan nadar, pide voluntarios entre las filas. —El tribuno pareció encantado con la tarea que se le había encomendado y se marchó a toda prisa para cumplir su cometido.

Vespasiano estaba impresionado con la serenidad que mostraba su joven superior. Pensar que Corbulón había tenido en cuenta todas las posibilidades lo ayudó a tranquilizarse.

—Vespasiano, hazte cargo de la impedimenta y ordénales que se pongan a la cabeza de la columna, pero unos cincuenta pasos hacia el oeste —le dijo el comandante—. Sin tropas defensivas en la retaguardia, no podemos permitir que caiga en manos del enemigo. Que los mozos hagan lo que sea con tal de que las mulas vayan más aprisa. No quiero dejar la carga en manos de esos bárbaros, a menos que sea absolutamente necesario.

Vespasiano sonrió para sus adentros, saludó y regresó a la columna. De un modo u otro, parecía que su destino quería que siempre estuviera rodeado de mulas.

* * *

Les faltaban menos de dos millas para llegar al río. Tras azotar a las mulas enérgicamente —pocas fueron las que se negaron o se encabitaron—, los animales de carga se pusieron a la altura de las dos cohortes. Vespasiano se acercó a Corbulón, que marchaba al frente de la primera cohorte. Magno se mantuvo a una respetuosa distancia de ambos, a la izquierda de la columna.

—Los hombres están cansados, Vespasiano —le comentó Corbulón en voz baja, sin apartar sus ojos intranquilos de la nube de polvo que, cada vez más cerca, levantaban los erados a su paso—. No tardaremos en verlos. Pero no podremos detenernos, ni aun después de haber cruzado el río. Tendremos que seguir adelante; confiemos en que tarden más tiempo en vadearlo del que nos llevará a nosotros. ¿Qué haremos entonces? Porque siempre se moverán con más agilidad y, en un día, los tendremos encima de nuevo.

—¿Has tenido en cuenta la posibilidad de hacer un alto y plantarles cara, echar mano de los efectivos de que disponemos? —aventuró Vespasiano, descartando de inmediato semejante idea.

—Con dos cohortes de veteranos y la caballería, eso sería lo más sensato. Pero con esta tropa de novatos, no tendríamos nada que hacer en campo abierto. Tenemos que cruzar el río y encontrar la forma de desembarazarnos del enemigo.

A una milla del río, el terreno descendía con suavidad hasta la ribera. En ambas orillas, pequeños hayedos y bosquesillos de abedules jalonaban el tupido tapiz de pastizales que, normalmente moteados de pequeños rebaños de ovejas, en aquel

momento parecían desiertos. La noticia de que una columna romana se aproximaba por el valle había bastado para que los pastores, intranquilos por si les requisaban los animales para dar de comer a los soldados, hubiesen buscado refugio en lugares más retirados.

En el fondo del valle, tumultuoso discurría el Harpessus. Sus aguas heladas, hijas del deshielo de las nieves que cubrían la cima de las montañas que se alzaban por el oeste, se abrían paso sobre un duro lecho de piedras bordeado de peñascos. Algunos árboles, los más osados, se asomaban a sus orillas; el curso impetuoso del río había arañado el terreno en el que se asentaban y, con las raíces al aire, se asemejaban a pórticos abovedados de formas imposibles.

Al mirar hacia delante, Vespasiano observó cómo se afanaba la avanzadilla de zapadores que, sumergidos hasta el cuello, hacían lo posible por asegurar las maromas de las que habría de servirse la columna para cruzar el río, de unos cien pies de anchura. Dos ya estaban colocadas; la tercera, extendida todo lo larga que era río arriba, permanecía atada a uno de los árboles de la orilla que les quedaba más cerca. Vio como uno de los zapadores se ataba el cabo suelto a la cintura, antes de meterse en el agua y luchar con todas sus fuerzas contra la corriente manteniéndola tensa. El río lo alejó de la ribera. La tensión de la soga lo zarandeó de un lado para otro hasta que llegó a las aguas más tranquilas de la otra orilla, donde, con la ayuda de un compañero, salió del agua.

Cuando ya estaban cerca del lugar por donde se disponían a vadearlo, el sol se ocultó tras las altas cumbres de las montañas de Ródope. A medida que se alargaba la sombra de los picos, el valle se fue sumiendo en la oscuridad.

La proximidad de las hordas tracias a la retaguardia y la posibilidad, siquiera momentánea, que tenían a la vista de no caer en sus manos bastaron para que los reclutas menos templados trataran de abandonar la formación y echasen a correr hacia las maromas. Los centuriones los zurraron sin piedad con sus varas de sarmiento, obligándolos a volver a su sitio, donde, avergonzados, hubieron de soportar las miradas cargadas de reproches que les dirigieron sus compañeros.

Corbulón llamó a Fausto a su presencia.

—Cualquier hombre que trate de adelantarse a los demás, se quedará de este lado del río. Pasa la voz, centurión, y dile a Galo que venga a verme.

A medida que las órdenes del comandante en jefe circulaban entre los soldados, oyeron nuevos gritos y alaridos procedentes de un bosque río abajo, a media milla de donde estaban, por el este.

—Mauricio ha debido de toparse con la caballería —aventuró Corbulón—. Confíemos en que sea capaz de mantenerlos entretenidos durante un buen rato.

—¿Cómo cruzarán al otro lado? —preguntó Vespasiano. Corbulón no contestó.

Estaban a cien pasos del río. Habían asegurado la tercera soga y ya los zapadores se disponían a tender la cuarta. Doscientos pasos a su derecha, marchaba Caepio al frente de las tropas auxiliares galas, cubriendo ese flanco por si los tracios

desbordaban las tropas a caballo que comandaba Mauricio.

Galo se acercó al trote a su comandante en jefe y saludó, antes de informar:

—El río tiene una profundidad de entre cuatro y cinco pies. La corriente es muy fuerte. De hecho, ya se ha llevado a uno de los nuestros. —Su rostro revelaba los nervios y la ansiedad que le invadía ante la perspectiva de entrar en combate por primera vez en su vida.

—Gracias, tribuno. La clave reside en cruzarlo de forma rápida y ordenada —les dijo Corbulón a sus jóvenes subordinados—. Galo, la segunda cohorte será la primera en vadearlo, junto con las mulas de carga. Una vez en la otra orilla, que formen de nuevo, plantando cara al enemigo. Vespasiano, tu cohorte se quedará aquí: formaréis de dos en dos centurias y cubriréis el paso de la cohorte y de las tropas auxiliares, en caso de que alguno se quedase rezagado. Que tus hombres apilen los petates junto a las maromas antes de formar —añadió Corbulón, mirando hacia la zona boscosa río abajo, donde aún se oía el entrec chocar de armas y los gritos de los heridos—. Si nos atacan, deberemos batirnos en retirada, centuria a centuria. La de Fausto será la última en vadear el río. Que vuelvan los exploradores: de nada nos sirve que sigan perdidos por ahí. De sobra sabemos lo que se nos viene encima. Que tu liberto lleve las carretas río arriba, más allá de donde están tendidas las sogas y las deje allí, sólo las carretas, no los animales. Con un poco de suerte, eso bastará para frenar el ímpetu de la corriente y el agua arrastrará menos hombres.

—¡A tus órdenes! —contestaron los dos tribunos.

—En cuanto a los tuyos, Galo —continuó Corbulón—, si nos atacan y ves que no avanzo, corta las maromas. No os mováis de esta orilla y no permitáis que crucen el río. Es lo mejor que podéis hacer. Si tratáis de huir, caeréis en sus manos y os destrozarán.

Capítulo XXI

No podía decirse que Magno estuviera encantado con la tarea que le habían encomendado. Con todo, y sin dejar de refunfuñar, había llevado las carretas hasta el punto del río que le habían ordenado. Mientras las mulas porfiaban por mantener la cabeza fuera del agua, una de las recuas se asustó. Descoyuntaron el tiro, y bestias, carga y mozo se vieron arrastrados por las aguas heladas del torrente, llevándose casi una de las maromas por delante. Al ver la suerte que habían corrido las de su especie, las otras caballerías parecieron resignarse al destino que les había tocado y no se movieron de donde estaban.

A lomos de su caballo, Vespasiano se colocó detrás de la segunda centuria de la cohorte que estaba a sus órdenes, en el centro de las líneas romanas; a su lado, sin despegarse de él, estaba el *cornicen*. Cada centuria formó en hileras de veinte hombres de cuatro en fondo. Las cuatro *turmae* galas a las órdenes de Caepio cubrían su flanco izquierdo, dejando el derecho al cuidado de la caballería ligera de los tesalios. Delante de ellos, dispuestos a enfrentarse a lo que se les viniera encima, los cincuenta hombres que formaban la unidad de arqueros volantes.

Por detrás de sus tropas, Corbulón y Galo habían llevado la segunda cohorte hasta las dos sogas que estaban tendidas río arriba y los tiros de mulas, cerca de las otras dos que lo cruzaban más abajo. Comenzaron a vadearlo. Los hombres, deseosos de ver cómo se interponía la corriente entre el enemigo y ellos, no dudaron ni un momento en zambullirse en aquella agua tan fría y, con los escudos a la espalda, se dispusieron a pasar al otro lado, agarrándose con una mano a las maromas, poco más de un pie por encima del caudal, mientras con la otra sujetaban los petates y las *pila*.

Las dos primeras centurias atravesaron el río sin contratiempos y, aún empapadas, se apresuraron a formar en la otra orilla, cuando, desde lo alto de la ribera que ocupaba Vespasiano, a pesar del estruendo del agua, les llegó un clamor. En la cima de la colina, recortadas contra el cielo del atardecer, aparecieron las hordas guerreras tracias. Entre tremendos alaridos, sin dejar de golpear sus escudos ovales con las jabalinas que empuñaban, avanzaron despacio pero sin pausa ladera abajo.

Un sentimiento de pánico recorrió las filas de la cohorte de legionarios bisoños.

—Preparados, muchachos —gritó Fausto, desde la posición en cabeza que ocupaba al lado del *signifer*—. Recordad lo que habéis aprendido. Mantened la formación, prestad atención a los toques de *cornu*, lanzad vuestras *pila* cuando recibáis la orden de hacerlo y, a continuación, pegad el escudo contra el del hombre que está a vuestro lado, apoyaos en la pierna izquierda y aprovechad los resquicios que encontréis para hundir vuestras dagas. Vamos a acabar con esos hijos de su madre —de las filas surgieron tímidos gritos de ánimo—. Eso, más que un alarido —tronó el centurión—, parece el graznido de un mozalbete de Mesopotamia la primera vez que le dan por culo. Quiero oír un grito a la altura de la Cuarta Escítica.

Animados por el formidable vozarrón de Fausto, los legionarios lanzaron un

verdadero grito de guerra y comenzaron a golpear de forma acompasada sus escudos con las *pila* armando un ruido ensordecedor que no bastó, sin embargo, para frenar el avance de los tracios.

Vespasiano se volvió y miró al río. A la vista de la amenaza de los tracios, de los que sólo los separaba media milla, los soldados empezaron a vadearlo más deprisa. Ya lo habían cruzado cuatro centurias; las dos restantes aún seguían en el agua. Su cohorte no tardaría en seguir sus pasos, pero no sin antes haber plantado cara al enemigo. Tal como Corbulón había dicho, tendrían que luchar batiéndose en retirada. Deseó con todas sus fuerzas que los hombres mantuvieran la disciplina para llevar a cabo una maniobra tan arriesgada.

Entonces sobrevino el desastre. El tiro de mulas que se encontraba más cerca de la otra orilla, incapaz de aguantar por más tiempo semejante estruendo y el ímpetu de la corriente, trató de saltar a tierra firme. Sorprendido por el inesperado tirón, con las riendas atadas a las muñecas, el mozo que las guiaba salió despedido del pescante y fue engullido por las aguas. La fuerza de la corriente desplazó a la derecha a los animales que, aterrorizados y panza arriba, volcaron el carruaje que arrastraban, yendo a parar caballerías y vehículo contra la primera hilera de legionarios, llevándose por delante a ocho de los que colgaban en aquel momento de la primera soga. Al ver lo que se les venía encima, los hombres de la segunda maroma se desprendieron de petates y *pila*, y se asieron a la cuerda con ambas manos. Carreta, mulas pataleando y hombres se abalanzaron sobre los legionarios, y todo fue un amasijo de extremidades, animales y humanas, aparejos y radios de ruedas. Mirando por su vida, a fuerza de tensar la soga, consiguieron detener la avalancha durante un instante. Sin embargo, por más que quienes estaban aferrados a la segunda maroma les gritaran que no se moviesen, no valió de nada: los que estaban más cerca se llegaron como pudieron a la otra orilla. Con las raíces al aire tras años de erosión, como era de esperar la tensión de la maroma acabó por arrancar el árbol al que estaba atada en la otra orilla. La fuerza de la corriente hizo que la cuerda, con su carga de hombres e impedimenta, se abombase y arrastrara el último tiro de mulas contra la tercera soga. Los pobres animales perdieron el equilibrio y se vieron arrastrados por las aguas, abalanzándose con violencia sobre los hombres que se sujetaban a la cuarta maroma, mientras los mozos trataban de ponerse a salvo, arrojando la carga que llevaban y agarrándose con ambas manos a las cuerdas que aún parecían seguras.

Vespasiano no perdía de vista a Corbulón y Galo que, yendo sin parar de un lado para otro, trataban de que los hombres cruzasen el río de forma ordenada pero, finalmente, la creciente agitación de los soldados y el estruendo de los atacantes lo obligaron a mirar en la dirección contraria. Los tracios estaban a tan sólo doscientos pasos de ellos. Como Corbulón bastante tenía con que los hombres pasasen al otro lado del río, sobre él recaía la responsabilidad de los toques de atención. Por los ejercicios que, meses atrás, había realizado con Sabino sabía cómo hacerlo. Ocasión había tenido, por otra parte, de ver cómo se ejecutaban durante los simulacros que

habían ensayado desde que habían partido de Italia, pero nunca lo había hecho en una situación apurada. Sabía, sin embargo, que lo más importante era que los toques se produjesen en el momento oportuno.

Los arqueros delante de ellos lanzaron tres andanadas de flechas de largo alcance que causaron casi ochenta bajas entre las apretadas filas de los asaltantes. Ni siquiera eso bastó para frenar su avance.

—¡Abrir filas! —gritó al *cornicen*. Los hondos acordes del instrumento en forma de «G» retumbaron en el campo de batalla, y un sonido grave se alzó por encima de la barahúnda de gritos guerreros. Al instante, los soldados que componían las centurias se colocaron en orden alterno un paso por detrás del compañero que estaba a su derecha, dejando sitio a los arqueros que, tras lanzar sus flechas, se retiraron a todo correr.

—¡Cerrar filas! —El *cornicen* emitió un toque diferente, y los hombres volvieron a ocupar sus puestos.

Desprovistos de corazas, los tracios se acercaban cada vez más deprisa. Estaban a tan sólo cien pasos. Vespasiano comprendió que no tardarían en abalanzarse sobre ellos.

—¡Arriba escudos!

El *cornu* sonó de nuevo. Los hombres de las tres últimas filas alzaron sus escudos rectangulares, que por sus bordes curvados tenían forma de semicilindro, y avanzaron un paso hasta colocarlos sobre las cabezas de los hombres que estaban por delante, formando una especie de coraza protectora que, de sujetarse con firmeza, mantendría a sus compañeros a salvo de jabalinas, flechas y hondas.

Cuando ya sólo estaban a cuarenta pasos de las filas romanas, los tracios profirieron un rugido y les arrojaron las jabalinas que llevaban. Cientos de proyectiles acabados en puntas de hierro surcaron el aire y, tras dibujar una trayectoria curva, cayeron sobre las tres centurias y las unidades de caballería que defendían los flancos. Con estruendoso repicar, como el pedrisco que retumba sobre la piel de buey de un tambor, cayeron sobre los escudos protectores de los legionarios, golpeando las planchas de madera de dos pulgadas de ancho recubiertas de piel de que estaban hechos. Salvo unos pocos gritos, fruto de la inexperiencia de aquellos novatos que, por desgracia, no habían protegido como debían al hombre que iba por delante, la coraza provisional que habían formado bastó para contener el ataque. Los contados resquicios que habían dejado se cerraron de inmediato.

—¡Escudos abajo! —Otro toque de *cornu* y los hombres retiraron los escudos y arrancaron las jabalinas que se habían clavado en ellos.

—¡Empuñar *pila*! —Los hombres adelantaron los escudos y el pie izquierdo, mientras con la mano derecha aferraban los lisos mangos de madera de las pesadas lanzas cortas.

A ambos lados, los comandantes de las tropas de caballería habían acompasado las embestidas a la perfección. Al escuchar la orden de que los suyos lanzasen las

pila, se abalanzaron al mismo tiempo, abriendo grandes claros en los desordenados flancos de los tracios, que no tuvieron tiempo de emplear su arma más terrible, la *rhomphaia*, una pulida hoja de hierro de tres pies de largo, tan afilada como una navaja, ligeramente curvada en la punta, unida a un mango de madera de fresno de unos dos pies.

Aisladas de sus dos alas, que libraban su particular combate contra los jinetes romanos, tras deshacerse de los escudos que llevaban, que de poco habían de servirles para el propósito que se habían fijado, el grueso de las hordas tracias se abalanzó contra ellos. Volviendo la cabeza, en un abrir y cerrar de ojos desenvainaron las *rhomphaiai* y se lanzaron a un temerario ataque blandiendo en el aire con ambas manos tan temibles armas. Enardecidos por el fragor de la batalla, aquellos rostros barbudos deformados por la ira comenzaron a gritar a un tiempo, mientras sus largas capas ondeaban y sus botas de piel de becerro, que les cubrían las pantorrillas, aplastaban la hierba que pisaban.

Tratando de conservar la calma, Vespasiano observó cómo se acercaba aquella ola de odio incontenible mientras, para sus adentros, iba contando pausadamente. Era la orden más importante y tenía que darla en el momento preciso.

Cuando estaban a tan sólo veinte pasos de ellos, gritó:

—¡Arrojar *pila*!

El *cornu* sonó de nuevo. Los tracios habían avanzado otros cinco pasos para cuando los legionarios pudieron obedecer la orden que acababan de recibir. Como un solo hombre, las tres centurias arrojaron con trayectoria baja sus pesadas armas contra aquel muro de carne desguarnecida que se les echaba encima. Nada más lanzarlas, cada legionario sacó la espada de la vaina que colgaba a su derecha, cargó todo el peso sobre la pierna izquierda y se agazapó tras los escudos. Los soldados de las filas traseras apretaron sus escudos contra los hombres que llevaban delante y se prepararon para el choque.

A diez pasos de las líneas romanas, más de doscientas lanzas fueron a estamparse contra aquel alud vociferante. Muchos cayeron de espaldas, como si, desde atrás, una cuerda invisible hubiera tirado de ellos. Las puntas dentadas de las *pila* traspasaron limpiamente costillas, corazones y pulmones, que quedaron a la vista en sus espaldas entre oscuros chorros de sangre, al tiempo que las bolas de plomo colocadas en los regatones de las lanzas desdibujaban aquellos rostros y les abrían unos orificios en la cabeza por los que asomaban los sesos, que iban a caer sobre los cuerpos salpicados de sangre de quienes venían detrás.

No por eso dejaron de avanzar, saltando sobre sus compañeros muertos o heridos, sin pensar en lo que podría pasarles. Lanzando gritos desafiantes contra aquellos adversarios revestidos de hierro, se abalanzaron contra el sólido muro de escudos, cortando el aire con las hojas de sus *rhomphaiai*, tratando de traspasar los yelmos de los hombres que los sujetaban.

En el preciso instante en que se produjo el choque, los romanos situados en

primera línea se adelantaron y alzaron los escudos. Las *rhomphaiai* se estrellaron contra los bordes recubiertos de bronce y, en medio de una nube de chispas, todo fue un crujir de empuñaduras, que saltaban en pedazos, y hojas melladas. Los guerreros que, a pecho descubierto, se habían abalanzado contra la apretada línea de vanguardia de los legionarios romanos acabaron rodando por el suelo o resbalando.

La primera línea aguantó el envite.

Cumpliendo el cometido para el que habían sido destinadas, que no era sino hendir y destripar, entre los escudos asomaron entonces las primeras dagas, que dieron comienzo a su letal tarea a la altura de la entrepierna. Los gritos de rabia dieron paso a los alaridos de dolor y sorpresa, mientras las hojas de hierro dilaceraban los órganos vitales de los tracios situados en primera línea, incapaces de reaccionar. Por todas partes, vientres abiertos que arrojaban su hediondo contenido a los pies de atacantes y atacados, genitales cercenados, arterias seccionadas, sangre a borbotones.

La presión que ejercían los que venían detrás impidió que los tracios pudieran sacar mejor partido de sus *rhomphaiai*. Acostumbrados a blandir sus armas en campo abierto, como solían hacer cuando se enfrentaban con otras tribus de su propio pueblo, a cortar los brazos y cabezas de sus oponentes a diestro y siniestro, cuando no a segar piernas, en aquel momento descubrieron que sus armas no les valían de nada.

La batalla se convirtió en un intercambio confuso de empujones y puñaladas. Lo único que sacaron en limpio un par de legionarios novatos que alargaron el brazo más de la cuenta fue un dolor punzante. Para cuando quisieron retirarlo, no era sino un muñón sanguinolento y, dando gritos, se desplomaron. Dándose cuenta de que el menor resquicio podía ser fatal, los hombres que estaban detrás reemplazaron su puesto de inmediato.

La primera línea seguía aguantando el envite.

Al percatarse de que se habían topado con un muro infranqueable, los tracios arremetieron contra los flancos desprotegidos de las dos centurias más alejadas; sin cabeza o mutilados, comenzaron a caer legionarios. Desde el lugar estratégico en el que se encontraba, Vespasiano advirtió el peligro.

—¡Cuarta y sexta centuria, adelante! —gritó.

Sonó el *cornu*, y las dos centurias que ocupaban los flancos de la segunda línea se pusieron en marcha, acelerando el paso a medida que se acercaban al enemigo. Los centuriones les dieron la orden de atacar y, tras arrojar una andanada de lanzas cortas, se abalanzaron sobre las alas de los tracios, cargando con sus escudos contra aquellos que aún seguían en pie para, una vez en el suelo, rematarlos con las estocadas certeras de sus espadas.

Comenzaron a caer tracios. La maniobra envolvente que habían pretendido les había salido mal. Estaban desorientados. La enormidad de las cuantiosas bajas que habían sufrido se puso de manifiesto cuando iniciaron la retirada: muertos o malheridos, más de cuatrocientos tracios yacían en el suelo teñido de sangre que se extendía a los pies de los legionarios, desde la ribera hasta las estribaciones de la

colina.

Al ver que el enemigo se retiraba, los reclutas que acababan de recibir su bautismo de sangre prorrumpieron en un clamoroso alarido de júbilo. Algunos de lo más exaltados trataron de echar a correr tras ellos: lo único que consiguieron fue una agria llamada al orden por parte de sus centuriones, que de sobra sabían que una persecución en desbandada era un desatino.

Corbulón se acercó a Vespasiano.

—Los hemos derrotado —dijo Vespasiano sin poder disimular la satisfacción que sentía, aún dándose cuenta de que ni siquiera había llegado a desenvainarse su gladio.

—Más bien di que los habéis derrotado en esta ocasión, porque volverán a intentarlo. Estos salvajes tienen más arrojo que sentido común. Es hora de irnos. *Cornicen*, toca la orden de retirada sin perder de vista al enemigo.

El comandante se volvió entonces al centurión de la quinta centuria, que todavía no había entrado en combate.

—Envía algunos de tus hombres para que se hagan cargo de los heridos y acaben con aquellos que estén en las últimas. No permitiremos que esos bárbaros se diviertan a costa de ninguno de los nuestros.

Alertadas por las voces de los centuriones que marchaban al frente y los gritos de los *optiones* desde atrás, las centurias comenzaron a retroceder paso a paso, al ritmo que marcaban los toques quedos del *cornicen*.

Las tropas a caballo se desentendieron de las escaramuzas que aún mantenían y volvieron grupas para cubrir la retirada de la infantería, desbaratando de paso los intentos de grupos reducidos de tracios belicosos por acosar con andanadas de jabalinas a los romanos encargados de llevarse a los heridos.

Poco a poco, las tropas romanas recorrieron los cien pasos que las separaban del río. Mientras tanto, los guerreros tracios recuperaron los escudos que habían abandonado y las jabalinas que aún estaban en condiciones de utilizarse. Y, una vez más, comenzaron a lanzar gritos desafiantes.

—No tardarán mucho en sacar fuerzas de flaqueza para volver a intentarlo —afirmó Corbulón—. Vespasiano, ordena que las tres centurias que marchan en último lugar, además de los heridos, se dirijan a las maromas.

Cuando los últimos arqueros aún se encontraban en el río, Vespasiano dio la orden de que la cuarta, la quinta y la sexta centuria se dirigiesen a las tres cuerdas que seguían tendidas. Tras recoger sus petates, sin que nadie tuviera que explicarles lo apurado de la situación, los legionarios se zambulleron en el agua. A sus espaldas, las tres centurias que aún permanecían en la orilla formaron un muro convexo para defender las sogas de cualquier ataque por parte del enemigo.

Cuando todos los soldados de la retaguardia se hubieron lanzado al agua, se escuchó de nuevo un feroz alarido. Vespasiano volvió grupas: en la falda de la colina, a unos seiscientos pasos, los tracios habían comenzado a avanzar lentamente hada ellos.

—¡Ahora parece que va en serio! —dijo Magno, apareciendo a su lado de forma inesperada.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás al cuidado de las carretas?

—¿Desde cuándo soy uno más entre los bultos de la impedimenta?

—Desde que Corbulón te ordenó que te encargaras de ellas.

—Como bien dijiste, no estoy sometido a la disciplina militar, y no pasaré al otro lado a no ser que tú vengas conmigo.

El comandante se acercó a ellos a toda prisa.

—No habrá tiempo de que todos los hombres crucen el río antes de que caigan sobre nosotros. Tribuno, que la tercera centuria utilice las tres cuerdas para pasar a la otra orilla. He ordenado a los jinetes que hagan una incursión y los tengan entretenidos el mayor tiempo posible. En cuanto a ti —dijo mirando a Magno—, ocúpate de que las carretas salgan del río y búscate un escudo y un yelmo. De sobra sé que si te ordeno que atraveses el torrente con ellas, no me harás caso.

—¡Como mandes! —Magno se marchó a toda prisa, mientras Vespasiano echaba pie a tierra.

Con gesto ceñudo, la primera y la segunda centuria observaron las idas y venidas de la caballería para retrasar el avance de los tracios. Obligados a dispersarse bajo la lluvia de jabalinas que les lanzaban las apretadas hordas tracias, dieron media vuelta y, al galope, se volvieron a la orilla del río.

—Caepio, ordena a los tuyos que pasen al otro lado —gritó Corbulón—. Nada más pueden hacer aquí.

Con un gesto de gratitud, los jinetes galos y tesalios espolearon a sus rendidos caballos hasta el río y comenzaron a vadearlo camino de la otra orilla, tarea nada fácil de llevar a cabo en aquel momento, puesto que las carretas ya no actuaban como parapeto contra la corriente. Lo mismo les pasaba a los hombres de la tercera centuria, que se las veían y deseaban para cruzar el río, avanzando a paso de tortuga. Formados al otro lado, sus compañeros no dejaban de lanzarles gritos de ánimo, pero la fuerza del agua podía más. Cuando Vespasiano se dio media vuelta para acudir al lado de Corbulón y los hombres que estaban con él, tuvo tiempo de ver como el río se llevaba a dos legionarios que, con sus pesadas corazas, se fueron al fondo. En aquel momento se dio cuenta de que sólo una intervención milagrosa podría llevarlos a todos a la otra orilla.

Los tracios estaban a menos de trescientos pasos de distancia y marchaban a paso ligero tomando impulso antes de intentar el ataque definitivo.

—Tribuno, hagamos cuanto esté en nuestras manos para que el primer combate que libren estos hombres en su vida no sea el último —dijo Corbulón, volviéndose a Vespasiano—. Les plantaremos cara y aguantaremos el primer encontronazo. Una vez afianzada la posición, que los hombres de la última hilera echen a correr hasta las maromas.

—¿Y los demás?

—A luchar como leones. Se trata de desconcertar al enemigo y, a continuación, correr hacia las sogas. Cuando los últimos hombres estén en condiciones de alcanzar la otra orilla, las cortaremos, y que los dioses se apiaden de nosotros para que nos mantengamos a flote hasta que la corriente nos lleve al otro lado.

Jadeando y arrastrando una carreta tirada por mulas, pertrechado de yelmo y escudo, Magno se reunió con sus jefes.

—Si lo que queremos es darles su merecido y salir con vida, creo que lo que traigo aquí no nos vendría nada mal.

—¿Y qué traes, si puede saberse? Te dije que te ocupases de que la impedimenta pasase al otro lado —le reprendió Corbulón, enfurecido al ver que no había obedecido sus órdenes.

—*Pila!* —exclamó Magno, mientras retiraba la cubierta de piel que cubría el carro.

—¿Y qué estás esperando para repartirlas ya entre los nuestros? —le instó el comandante, con un destello de esperanza en la mirada—. Más vale que te des prisa.

Al instante, los legionarios de la última hilera recogieron cuatro *pila* cada uno y las fueron pasando hacia sus compañeros de delante. Al notar el peso de la lanza entre las manos, los hombres se sintieron llenos de coraje y comenzaron a golpearlas contra los escudos, armando tal estruendo que los tracios se detuvieron para ver qué pasaba. Ya habían superado el ancho trecho de cuerpos mutilados que bien a las claras señalaba el lugar donde había tenido lugar el último enfrentamiento con los romanos, y se encontraban lo bastante cerca como para atisbar las nuevas *pila* que enarbolaban sus enemigos. Acababan de sentir en su propia piel el alcance destructivo del arma en cuestión y, aunque en número eran diez veces superiores a los legionarios, necesitaban recuperar la confianza en sí mismos. No se les ocurrió nada mejor para animarse que ponerse a lanzar alaridos, mofándose de los romanos.

—Podríamos aprovechar que se han detenido para vadear el río ahora. ¿Qué te parece?

—No, nos asaetarán con sus jabalinas en cuanto pusiéramos un pie en el agua. Es mejor que descarguen sus armas contra nosotros mientras estamos a buen recaudo. Vamos, tribuno, quiero verte en primera línea a mi lado. Seguro que tu liberto, con lo indisciplinado que es, estará encantado de venir con nosotros.

—Muy amable por tu parte —respondió Magno con gratitud—. Seguro que me desenvuelvo mejor dando la cara que trajinando en la retaguardia.

Flanqueado por Magno y Corbulón, Vespasiano se colocó en el centro de la primera hilera y pudo observar cómo los tracios se disponían a dar rienda suelta a su sed de sangre. Lejos de donde estaban, fuera del alcance de la partida que había ido en busca de los que aún seguían con vida, los salvajes habían dado con un tesalio herido. Rodeado de un enjambre de guerreros vociferantes que danzaban y blandían sus *rhomphaiai*, vieron como al desdichado prisionero le ataban unas cuerdas a las muñecas y como, tirando de los brazos, dos hombres lo izaban igual que si fuera un

crucificado.

—Fijaos bien, muchachos —gritó Corbulón—, observad con atención y recordad lo que hacen con quienes caen en sus manos.

Finalmente, se quedaron quietos. Dio comienzo entonces una queda melopea que fue a más hasta enmascarar los gritos suplicantes del prisionero. Dos bárbaros se colocaron a sus espaldas. Cuando la salmodia llegó a su punto culminante, permanecieron en silencio. Dos *rhomphaiai* surcaron el aire y las piernas del tesalio, que seguía izado y dando gritos sin parar, tensado por las cuerdas como una espectral ropa tendida, fueron a parar al suelo, mientras la sangre, pobre imitación de las extremidades que acababa de perder, brotaba a borbotones de la herida. Otro fogonazo de aquellas hojas de hierro, y se quedó sin brazos que, pendientes de las sogas, volaron por el aire describiendo dos arcos macabros. Su tronco, carente de extremidades, cayó al suelo sobre las piernas que acababan de cercenarle. Otros dos guerreros se acercaron al pobre desgraciado y levantaron en alto aquel horror sanguinolento. Completamente mutilado, pero con vida todavía, el tesalio, aturdido, aún tuvo tiempo de contemplar a cien pasos de distancia a los que otrora fueran sus compañeros. Otro destello, y su cabeza rodó por el suelo.

Entonces, los tracios atacaron.

—¡Arriba escudos! —gritó Corbulón.

Vespasiano notó cómo el escudo del hombre que estaba a sus espaldas pasaba por encima de su cabeza y encajaba a la perfección con la parte superior del escudo que él mismo llevaba, dejando sólo una rendija ovalada por la que podía mirar. Rodeados de madera por todas partes, los hombres respiraban con fatiga, como si trataran de olvidar el miedo cerval que sentían al verse confinados en un espacio tan reducido. Respirando a bocanadas el aire cálido que lo rodeaba, sus narices percibieron el olor a sudor, miedo y orines de los legionarios. El tiempo pareció detenerse un instante. Trató de recordar los ejercicios que Sabino le había obligado a realizar contra aquel poste de madera en su casa, de la que tan lejos estaba. Hasta que recuperó la calma, y se sintió en condiciones de pelear. No estaba dispuesto a morir. Fuera cual fuera el destino que le estaba reservado, no moriría a manos de una cuadrilla de bárbaros. Apretó con fuerza su *pilum*. La primera jabalina enemiga se clavó en su escudo. Los músculos de su antebrazo izquierdo se tensaron por el esfuerzo de mantenerse firme. A su alrededor, a medida que las jabalinas tracias se estrellaban contra la primera de las hileras romanas, todo eran crujidos. Con los dientes apretados, los hombres resollaban aferrándose por contener el asalto. Luego, la descarga acabó.

—¡Escudos abajo!

Sin dudar, Vespasiano se inclinó hacia delante y arrancó los proyectiles de cuatro pies de largo que se habían clavado en su escudo. Escuchó el siseo de flechas que pasaban por encima de su cabeza: desde la otra orilla, los arqueros trataban de echarles una mano.

—¡Empuñar *pila*!

Apretó su lanza corta por el extremo del asta, junto a las bolas de plomo, y echó el brazo hacia atrás, cargando todo el peso sobre la pierna derecha.

—¡Arrojar *pila*!

Vespasiano adelantó el brazo derecho y, con todas sus fuerzas, lanzó la pesada arma contra aquella masa informe que los atacaba. Sin pararse a mirar si había dado en el blanco, echó mano a la espada y la desenvainó. Notó el escudo del legionario de atrás pegado contra su espalda, y se preparó para lo que se les venía encima. A su alrededor, sólo gritos de tracios heridos. Unos cuantos hombres se fueron al suelo. Los que venían detrás tropezaron con ellos y los pisaron con tal de alcanzar las líneas romanas.

Agazapado tras aquel muro de escudos, percibió el confuso entrechocar de metales que tenía lugar sobre su cabeza. Alzó el escudo y lo adelantó. La hoja de una *rhomphaia* rebotó contra el borde y acabó estrellándose contra el tachón, resquebrajando las nervaduras clavándose en el vacío. El brazo izquierdo de Vespasiano acusó el golpe, pero aguantó. Cargando casi todo el peso en la pierna izquierda, introdujo la hoja de su espada por el resquicio que había entre el escudo de Magno y el suyo, y notó cómo traspasaba carne blanda. Al instante giró la muñeca, primero a la derecha y, luego, a la izquierda, sacándole las tripas a su vociferante oponente; retiró la hoja, y embistió de nuevo en cuanto apareció otro en sustitución del caído.

A su lado, Magno no paraba de lanzar estocadas, esquivando los mortíferos tajos de hierro que parecían lloverle de todas partes, sin dejar de proferir alaridos desafiantes con las palabras más soeces que se le venían a la cabeza, mientras los cadáveres se apilaban a sus pies.

Los tracios trataron de atacar ambos flancos de las centurias, pero cayeron a montones bajo las andanadas de los cincuenta arqueros de la orilla norte del río.

La primera hilera aguantó el envite.

—¡Última hilera, a las maromas! —gritó Corbulón tan pronto como se percató de que los ataques contra el muro de escudos iban a menos.

Vespasiano notó que la presión que le oprimía la espalda disminuía cuando el legionario que ocupaba el último lugar de su fila echó a correr tratando de ponerse a salvo.

—Adelante ahora, hijos de perra —bramó Corbulón—. Vamos a enviar a esos cabrones al tártaro.

Haciendo un esfuerzo inaudito, los legionarios empuñaron sus escudos y avanzaron contra el enemigo. Pasaron por encima de los cuerpos que yacían a sus pies, mientras los hombres de la segunda hilera remataban a los caídos. Más de un soldado perdió la vida cuando, al pisar los cadáveres, un enemigo herido le hundió un cuchillo en la entepierna. A medida que los romanos seguían adelante, las hordas reacias se convirtieron en un revoltijo en el que los que estaban detrás empujaban a quienes iban delante, al tiempo que éstos se veían obligados a retroceder, desorden

que dio paso al caos cuando las espadas romanas comenzaron a arremeter contra aquellos cuerpos desprotegidos y apretados. Comprimidos entre los escudos semicilíndricos y sus conmlitones que empujaban desde atrás, algunos muertos seguían en pie, meneando la cabeza como peleles. Otros, sin embargo, rodaban por el suelo, ofreciendo nuevos blancos en los que los legionarios volvían a hundir sus espadas ensangrentadas.

Vespasiano a duras penas recordaría algo de lo que ocurrió en aquel momento: la razón lo abandonó y sus actos no fueron sino el fruto de los movimientos de su cuerpo guiados por el instinto de mantenerse con vida. Ya no distinguía los diferentes sonidos; sólo escuchaba un rugido constante al que su cabeza no tardó en acostumbrarse. Tan sólo se le quedó grabada la excitación que había sentido asestando estocadas, dando tajos y retirando la espada, mientras la línea romana de la que formaba parte avanzaba destrozando cuanto encontraba a su paso. Mataba, y mataba como si nada, como si no hubiera otra forma de que sus compañeros y él salieran con vida de aquélla.

De repente, un súbito temor se adueñó de las líneas de los tracios. Por el este, acababa de aparecer una nueva amenaza que se cernía sobre ellos.

—¡Mauricio! —gritó Corbulón—. ¡Loados sean los dioses!

Ante la inesperada aparición de las tropas auxiliares galas, los legionarios supieron cómo sacar fuerzas de flaqueza. Aquellos jóvenes, que aquella misma mañana se habían despertado como novatos que aún no se habían medido en combate, se sintieron tan seguros como una unidad de soldados más que curtidos en botellas. Volvieron a lo suyo con vigor renovado, empuñando sus espadas, golpeando con los escudos, degollando a todo aquel que se interpusiera en su camino, obligando a retroceder a sus enemigos ladera arriba, mientras sus compañeros galos arremetían contra el flanco izquierdo de sus oponentes, fustigando al enemigo con las largas espadas de las tropas de la caballería.

A sus espaldas, oyeron el jubiloso grito que lanzaron los hombres de la segunda cohorte, que no dejaban de señalar al cielo: perseguida por dos águilas, la bandada de grajos de mal agüero que tan nerviosos les había puesto por la mañana alzaba el vuelo hacia el este. Durante un instante, todos se detuvieron y miraron al cielo, contemplando cómo las rapaces se abalanzaban sobre sus presas y atrapaban a dos entre sus garras. Sin dejar de chillar, remontaron el vuelo, dejando caer a sus víctimas, un amasijo de plumas, sobre los hombres que peleaban allí abajo.

Los tracios se dieron media vuelta y echaron a correr. Las tropas a caballo fueron tras ellos.

—¡Alto! —gritó Corbulón—. ¡Deja que corran, Mauricio, y cúbrenos la retirada! ¡Ah, la próxima vez trata de ser más puntual! —añadió, dirigiendo una sonrisa al prefecto de la caballería, que le correspondió con otra, antes de transmitir las órdenes oportunas a los aproximadamente ochenta jinetes que habían sobrevivido a la batalla. También para ellos aquél había sido un día difícil.

Vespasiano respiró hondo, y se unió a los gritos de júbilo que lanzaban sus compañeros.

—Esto sí que es luchar, y no las escaramuzas que librábamos con la cohorte urbana —dijo Magno, resoplando a su lado.

—Ésta es la clase de lucha a la que difícilmente haría ascos —aseguró Vespasiano, con la cara enrojecida tanto por la sangre como por el esfuerzo realizado—. Si ésta es la forma de pelear que puede esperarse de una cohorte recién salida del cascarón, está claro que los dioses estaban de nuestra parte.

—¡A tomar por culo los dioses! Fue...

Las voces de Corbulón impidieron que Magno acabase la frase.

—¡Segunda centuria, preparada para cruzar el río! ¡Primera centuria, a formar delante de ellos!

* * *

Ya empezaba a oscurecer cuando los hombres de la segunda centuria se zambulleron en el río, mientras Corbulón, su centurión y un *optio* los apremiaban a gritos.

Un Fausto ceñudo dio el parte a Vespasiano que, al lado de Magno, no apartaba los ojos de la colina. Más allá de los cadáveres que se amontonaban en el suelo, a pesar de la poca luz que quedaba, podía ver que los tracios seguían allí, repitiendo el ritual que precedía a sus ataques.

—Hemos recogido doce hombres heridos en total, a los que hay que sumar siete bajas.

—Gracias, centurión. Que los hombres carguen con los petates.

—¡Como ordenes!

—¡Primera centuria, a las maromas! ¡Vespasiano, Fausto, a esas dos sogas! —ordenó Corbulón, en el preciso instante en que el último hombre de la segunda centuria salía del río—. Mauricio, tú y los tuyos pasad también al otro lado, pero río arriba, de este modo suavizaremos un poco la fuerza de la corriente.

Mientras los jinetes se metían en el agua, cuando los legionarios ya habían cruzado el río, oyeron de nuevo unos alaridos procedentes del lado donde estaban los tracios que, por tercera vez aquel día, volvían a bajar por la ladera.

Y una vez más, el pánico se apoderó de los legionarios: haber realizado tales proezas en tan pocas horas para acabar cayendo a manos del enemigo cuando estaban a un paso de ponerse a salvo era como ir en contra de los designios de los dioses. Trataron de abrirse paso a empujones y codazos con tal de llegar a una de las dos maromas.

—¡Tranquilos, muchachos, tranquilos! —bramó Fausto desde la posición que ocupaba río abajo, al tiempo que repartía unos cuantos pescozones—. ¡No vayáis a olvidaros de la disciplina a estas alturas!

Vespasiano volvió la vista atrás. Los tracios estaban a medio camino, y aún quedaban no menos de quince hombres a la espera de echar mano a una de las dos cuerdas.

—¡Cuando os lo ordene, cortad las maromas! —gritó Corbulón.

Los hombres se apresuraban a vadear el río, mientras las flechas que, desde la orilla norte, lanzaban los arqueros les pasaban silbando por encima de la cabeza. Con los tracios a tan sólo cincuenta pasos, estaba claro que no todos conseguirían alcanzar la otra orilla.

—¡Cortad las maromas!

Vespasiano hubo de reconocer que Corbulón tenía razón: más valía impedir que los tracios pasasen al otro lado del río que salvar la vida de los últimos diez hombres que quedaban en aquella ribera, incluida la suya. Su suerte ya estaba echada: estaban destinados a morir a manos de aquellos salvajes. De sobra sabía que, por encima de él, su deber lo impulsaba a servir a una causa más importante. Dejó caer la espada sobre la cuerda de cáñamo, que salió despedida, dejando a quienes estaban colgados de ella a merced de la corriente. Y se dispuso a plantar cara al enemigo. Se habían detenido a diez pasos de ellos.

—¡Aquí, aquí! —gritó Corbulón desde la posición central que ocupaba junto a dos jóvenes legionarios que parecían aterrorizados. Con Magno y los dos hombres que aún esperaban junto a la cuerda, Vespasiano echó a correr hacia el comandante. Fausto y otros tres legionarios se unieron a ellos—. ¡Adelante, muchachos! —les dijo con gesto adusto—. Vendamos caras nuestras vidas.

Arremetió contra ellos; los demás lo siguieron. Repartiendo mandobles y estocadas se abalanzaron contra los tracios, pero éstos no les plantaron cara. Se limitaron a propinarles unos cuantos golpes con los mangos de madera de sus *rhomphaiai*. Mientras se iba al suelo y su mente se sumía en la oscuridad, Vespasiano cayó en la cuenta de que, en aquella ocasión, los tracios no habían venido a matarlos. Ya habría ocasión.

Capítulo XXII

Cuando volvió en sí ya era de noche. Notó algo pegajoso en un ojo. Al ir a frotárselo, descubrió que tenía las manos atadas a la espalda. Recordó entonces el golpe que había recibido en la cabeza y cómo había perdido el conocimiento. Sangre, pensó, será sangre de la herida.

Tenía la garganta seca; la cabeza, a punto de estallarle. Lo cierto es que le dolía todo el cuerpo. Cuando comenzó a despabilarse, el dolor se dejó sentir con más intensidad, y se quejó en voz baja.

—Bienvenido, amo, aunque no creo que te encante este lugar. A mí, desde luego, no me gusta en absoluto.

Vespasiano volvió la cabeza. Magno estaba a su lado.

—¿Dónde estamos? —preguntó casi sin saber lo que decía; sabía perfectamente la respuesta.

—Somos huéspedes de los tracios aunque, después de lo que les hicimos, no creo que vayan a acogernos con los brazos abiertos.

Vespasiano comenzó a fijar la mirada. Se vio rodeado de pequeños destellos de color naranja: fogatas de campamento. Gracias a aquel resplandor, acertó a atisbar unos bultos que, acurrucados, parecían dormir en el suelo. Poco a poco, sus ojos se fueron acostumbrando a aquella luz y, a pesar de la oscuridad, reparó en un conjunto de barrotes; alzó la vista y contempló la misma imagen: estaban encerrados en una jaula de madera. Reparó en que había otras dos personas con ellos. Una ojeada rápida le bastó para distinguir los uniformes de Corbulón y Fausto, aún sin sentido.

—¿Qué ha sido de los demás? —inquirió, preocupado por la suerte que hubieran corrido los otros legionarios.

—No lo sé. Volví en mí sólo un poco antes que tú. Aún no he tenido tiempo de darme una vuelta y hacerme una idea cabal del alojamiento.

Vespasiano esbozó una sonrisa. Magno no había perdido el sentido del humor.

—Descansa un rato, amo. De momento, no podemos hacer nada. Nos han maniatado a conciencia. He tratado de aflojar las cuerdas, y lo único que he sacado en limpio han sido las muñecas desolladas. Habrá que esperar a que nuestros anfitriones tengan a bien desatarnos. Más vale que tengamos las ideas claras para entonces.

Vespasiano pensó que Magno tenía razón. Si los desataban, ése sería el momento en que tendrían que estar despejados y listos para aprovechar cualquier oportunidad. Cerró los ojos y se sumió en un sueño intranquilo.

* * *

Al amanecer, el campamento se despertó. Nada más desvelarse, Vespasiano reparó en que, dentro de la jaula, había un tracio dando leche de cabra a sus

compañeros de cautiverio. Esperó hasta que se le acercó y, olvidándose de la aversión que los romanos tenían a la leche recién ordeñada, sorbió con placer aquel líquido todavía tibio. Agradeció sentir algo en el estómago; sólo en ese instante cayó en la cuenta de que no había comido nada desde el alto que hicieron el día anterior a media mañana.

—Si se toman la molestia de darnos de comer, es que no piensan acabar con nosotros de inmediato —aventuró Corbulón, con el pelo cubierto de sangre reseca y el ojo derecho tumefacto y amoratado.

—Mataremos cuando mejor parecer —rezongó el tracio en algo que les sonó a latín, mientras se cercioraba de que la puerta de la jaula quedaba bien cerrada.

—¡Qué anfitriones tan adorables! —musitó Magno, lo que le valió una mirada feroz por parte del tracio, quien a continuación se fue, no sin antes encargar a tres hombres armados de lanzas que los vigilaran.

—Dile a tu liberto que procure no contrariarlos, tribuno —gruñó Corbulón—. Si queremos estar en condiciones para tratar de escapar, mejor será que no nos azoten.

Vespasiano miró a Magno, que asintió, sin dejar de reír para sus adentros.

—Esos hombres deben de estar agotados —dijo Fausto, echando un vistazo por encima del hombro de Vespasiano, que se volvió para mirar: a una media milla de distancia, en la orilla norte del río, la primera y la segunda cohorte mantenían la formación, flanqueadas por las tropas a caballo. Un poco más atrás, la impedimenta, a buen recaudo.

—Galo, ¡qué buen muchacho! —comentó Corbulón—. En ningún momento tuvo miedo. Con ellos ahí, los tracios no se atreverán a vadear el río. A no ser que quieran quedarse aquí sentados mano sobre mano, alimentándose de raíces y bayas, acabarán por retirarse.

—Sin tener en cuenta que nuestros arqueros no les permitirán acercarse al río, con lo que se quedarán sin agua en cuestión de un día —apuntó Fausto.

Por la ladera que bajaba hasta el torrente, se veían cuadrillas de tracios que iban de un lado para otro recogiendo a sus muertos, apilándolos en un gigantesco montón entreverado de haces de leña y dejando de lado a los cadáveres de los romanos, que se pudrían al sol.

—¡Cabrones! —exclamó Fausto, lanzando un escupitajo—. ¡Mira que dejar a los nuestros así! Como si no tuvieran bastante con no llevar el óbolo en la boca para pagar al barquero.

—Mucho me temo que nosotros habríamos hecho lo mismo, centurión —objetó Corbulón.

—Además, sus dioses son diferentes de los nuestros —añadió Magno—. No sé a vosotros, pero a mí no me gustaría ir a parar a la versión tracia del Hades.

—¡Y menos sin poder abrir el pico ni enterarse de nada! —concluyó Vespasiano con sorna.

Todos se volvieron y se lo quedaron mirando allí sentado, tan serio, con aquellos

ojos burlones. Ni siquiera Corbulón, a pesar de toda su gravedad patricia, pudo por menos que partirse de la risa.

* * *

A medida que la luz del nuevo día inundaba la parte alta de las laderas, los tracios trataron de acercarse al río, donde una hilera de cuerpos mutilados junto a lo que quedaba de las maromas señalaba el lugar del último enfrentamiento del día anterior. La cuadrilla a la que habían encomendado la tarea de recoger a sus muertos se puso en marcha agitando una rama como señal para indicar que iban en son de paz. A menos de treinta pasos de la orilla, les sorprendió una andanada de flechas lanzadas por los arqueros romanos desde el otro lado. Los proyectiles alcanzaron a una docena de hombres, que cayeron asaetados en medio de tales alaridos que llegaron a oírse colina arriba. El resto salió por pies, tratando de ponerse a salvo. Dos de ellos, con flechas clavadas en los hombros.

—¡Eso les habrá sentado a cuerno quemado! —comentó Magno.

Corbulón parecía encantado.

—Bueno, no pretenderán que los dejemos recoger tranquilamente a los suyos y se olviden de los nuestros. Eso no está bien.

—¡Jodidos salvajes! —se desahogó Fausto.

A otro lado del campamento, a unos cincuenta pasos a su derecha, oyeron unas voces airadas: alguien discutía de forma acalorada. Un tracio alto de cabellos canos y larga barba en dos trenzas que le llegaba casi hasta su oronda barriga se encaraba con un hombre más bajo, de cráneo pelado y cara de comadreja. Entre los dos, sentado en un taburete plegable de campaña, se hallaba un joven de poco más de veinte años. Con el aspecto pausado de quien ostenta el mando, sin mirar nunca a los interlocutores, escuchaba el altercado a medida que los ánimos se iban calentando, sin apartar la vista de la hilera de muertos que yacían cerca del río. El hombre con cara de comadreja chillaba al que parecía más mayor hasta que, hundiendo la mano en una bolsa que llevaba a la espalda, sacó la cabeza de un hombre muerto y la plantó delante del rostro de su oponente. Aquello bastó para que, por alguna razón, el hombre joven diera por concluida la discusión. Se puso en pie y dio unas cuantas órdenes a unos guerreros que esperaban ahí cerca, y que partieron de inmediato, dispuestos a cumplirlas.

—¿Qué coño les pasa a éstos? —preguntó Magno.

—Creo que hemos sido testigos de un conflicto de intereses entre el consejero del jefe y su sacerdote —dijo Corbulón, añadiendo con una sonrisa aviesa—: Es lo más parecido a un enfrentamiento entre Sejano y la vestal máxima, sólo que en esta ocasión parece que es la vestal la que se ha salido con la suya.

—No es propiamente su sacerdote —aclaró Fausto—. Los sacerdotes tracios vagan por estas tierras de tribu en tribu, y no son propiedad de nadie, sólo de sus

dioses.

Desde un extremo del campamento, les llegaron otras voces. Al poco, volvieron a ver a los guerreros: llevaban a rastras a cinco hombres con unas sogas alrededor del cuello y las manos atadas a la espalda. En cuanto repararon en el color bermejo de su atuendo, cayeron en la cuenta de quiénes eran.

—Son de los nuestros —dijo Vespasiano—. ¿Qué van a hacer con ellos?

—Algo que creo que no les va a valer de nada —respondió Corbulón.

Empujaron a los aterrorizados legionarios hasta el borde del campamento donde, escudo en mano, había una hilera de unos cincuenta guerreros tracios. Los obligaron a andar, con las sogas al cuello, ladera abajo, por delante de la hilera de escudos. Tras ellos, a tan sólo unos pasos, iba la cuadrilla encargada de recoger a los muertos.

—Vamos, Galo, haz lo que tienes que hacer; acaba con esos jodidos cabrones —musitó Corbulón casi para sus adentros.

La hilera llegó hasta donde yacían los tracios muertos, pasó por encima de ellos y se detuvo. Los prisioneros se pusieron de rodillas; sus súplicas y alaridos se escuchaban desde lo alto de la colina. La cuadrilla encargada de recoger a los muertos se puso manos a la obra. Las cohortes romanas comenzaron a golpear las *pila* contra los escudos. A caballo, Galo iba y venía por delante de los soldados con el brazo en alto, hasta que se detuvo en el centro, se quedó mirando a los tracios y dejó caer el brazo. Raudas, cincuenta flechas cruzaron el río, y ya no hubo más gritos de prisioneros: todos habían caído.

—Bien hecho, Galo —dijo Corbulón.

—Pero si ha acabado con los nuestros —protestó Vespasiano.

—¡Claro que sí! Y si hubieran tenido dos dedos de frente, ellos mismos se lo habrían pedido a gritos. No me extrañaría nada que, dentro de una hora o algo así, a alguno de nosotros le tocase la inmensa fortuna de ocupar sus puestos.

Otra andanada de flechas fue a clavarse en el muro de escudos; otras más sobre la cuadrilla de tracios que, tras los soldados, arrastraban los cadáveres de los suyos colina arriba. Cayeron unos cuantos. Los otros abandonaron los cuerpos, y echaron a correr.

Una vez liquidados los escudos humanos que habían enviado por delante, los guerreros tracios iniciaron la retirada, pero, al carecer de disciplina militar, lo hicieron sin orden ni concierto, dejando sin defensa unas brechas que los arqueros no dudaron en aprovechar, de forma que sólo regresaron al campamento poco más de la mitad de los hombres que habían salido.

A la derecha de Vespasiano, el hombre con cara de comadreja no dejaba de proferir maldiciones, mostrando aquella cabeza cortada a los romanos, mientras su jefe, impasible, seguía sentado, con los puños apoyados en las rodillas. El hombre barbudo le dijo algo; el cabecilla asintió y lo despidió. El sacerdote comenzó a lamentarse, mientras el otro se disponía a descender la colina, acompañado por la cuadrilla encargada de recoger a los muertos.

Esa vez, los tracios recogieron también los cadáveres de los romanos que encontraron en la parte alta de la ladera, y prepararon una pira diferente para ellos. En la otra orilla se escucharon gritos de júbilo.

Se notaba que Corbulón estaba satisfecho.

—Parece que el jefe cuenta con un consejero que sabe lo que está en juego. Si le hubiera hecho caso desde el inicio, en vez de escuchar a ese sacerdote de aspecto repulsivo, ahora contaría con unos cuantos hombres vivos más dispuestos a obedecer sus órdenes.

—No es que me apetezca verme cerca de él —apuntó Magno—, pero tengo la desagradable sensación de que, como no encontremos el modo de escapar, tendremos que vérnoslas con ese individuo.

—Sería mejor que te guardases tus ocurrencias para ti —replicó Vespasiano, traspasándole con la mirada.

—Creo, sin embargo, que tiene razón —dijo Fausto, tras hacer otro intento por aflojar las ligaduras.

A los pies de la colina, ya sólo quedaban por recoger los cadáveres que había junto al río. Agitando una rama en son de paz, la cuadrilla encargada de tal menester se acercó una vez más hasta allí. Se hicieron cargo, en primer lugar, de los cadáveres de los romanos, incluidos los cinco prisioneros que acababan de morir asaetados; luego, se llevaron a los tracios. No hubo flechas que les impidiesen realizar su tarea. Uno de los muertos fue tratado, no obstante, con más consideración que los demás, y prepararon una pira más pequeña sólo para él.

Finalmente, en la pradera ya no quedaron cadáveres ni extremidades cercenadas. Ni otros vestigios de quienes allí habían perecido que oscuros manchones de sangre en la hierba y, de vez en cuando, algunos trozos de vísceras.

Los tracios prendieron fuego a la pira de los romanos sin ninguna solemnidad, antes de volcarse en la ceremonia fúnebre de los suyos.

El sacerdote con cara de comadreja se colocó delante de los guerreros tracios y comenzó una salmodia de cantos breves, coreados cada vez con más fuerza por todos los presentes. Hasta los guardianes de la jaula se unieron a las plegarias. Mientras, el jefe se llegó andando hasta la pequeña pira en la que, solo, reposaba aquel guerrero. Los cantos fueron *in crescendo* hasta que, de repente, cesaron. El caudillo extendió los brazos en un gesto de súplica, y lanzó un sentido y sonoro lamento.

—Ahora entiendo tanta insistencia en recoger los cadáveres que quedaban junto al río —aseguró Corbulón—. Parece que ese individuo perdió a algún familiar en la batalla.

—O amante, quién sabe —apuntó Magno.

—No, no son como los griegos —añadió Fausto—. Que yo sepa, sus preferencias en ese sentido van hacia las mujeres, los muchachos y las ovejas, aunque no por este orden, necesariamente, ni por separado.

La multitud de tracios se dispersó para dejar paso a quienes, a rastras, traían a otro

soldado con atuendo bermejo.

—¿Cuántos prisioneros tendrán todavía? —se preguntó Vespasiano.

—Si seguimos con vida, uno más aparte de éste; luego, sólo quedaremos nosotros cuatro —le aclaró Fausto.

El sacerdote no dejó de pronunciar un torrente de plegarias y súplicas mientras desnudaban al legionario y lo ataban a unas estacas clavadas en el suelo entre las dos piras; lo habían amordazado para que no chillase. Diez hombres a caballo, desnudos de cintura para arriba, comenzaron a dar vueltas alrededor de la víctima, que se retorció a sus pies. En la silla, cada uno portaba un enorme leño o una piedra. Uno de los jinetes alzó un leño y lo dejó caer con todas sus fuerzas sobre el romano, aplastándole las costillas. El siguiente le lanzó el pedrusco que llevaba, luego otro leño, y así sucesivamente, machacando y destrozando aquellas partes del cuerpo del prisionero a las que apuntaban. Antes de que arrojaran la última piedra, el romano había muerto.

Vespasiano contempló la escena hasta el final y entendió por qué lo hacían. Se imaginaba lo que iba a pasar a continuación. Cuando, cuchillo en mano, el sacerdote se acercó a la víctima, acarició el colgante que le había regalado Caenis. El oficiante levantó los genitales del muerto con una mano y, en un abrir y cerrar de ojos, se los cercenó con la otra. Los tracios emitieron un bramido de satisfacción. El sacerdote le presentó aquella masa de carne sanguinolenta al jefe, que la tomó en sus manos y la alzó sobre la pira más pequeña. Musitó para sus adentros una plegaria y colocó tan espantosa ofrenda sobre el pecho de su pariente muerto. Arrimaron una antorcha a la madera impregnada de aceite, y la pira comenzó a arder.

—¡Hay que ver qué salvajadas hacen estos bárbaros! —dijo Magno, al tiempo que hacía el gesto para conjurar el mal de ojo—. ¿A cuento de qué venía eso?

Vespasiano guardó silencio al recordar lo que Caenis le había contado cuando le entregara el colgante.

—Algo parecido puede leerse en las *Metamorfosis* de Publio Ovidio —comentó Corbulón, antes de callarse la boca. Cualquier comentario erudito que hubiera pensado hacer sobre el asunto se vio interrumpido cuando oyeron unos alaridos que procedían de la pira grande.

Al lado de aquel descomunal montón de más de setecientos cadáveres, estaban alzando una jaula de madera como aquella en la que ellos estaban. En su interior, vieron al último de los prisioneros con atuendo bermejo. Sabía la suerte que le esperaba, y que no podía hacer nada por evitarla. Una vez que la jaula estuvo encima de la pira, el sacerdote inició una nueva retahíla de plegarias. Unos cuantos hombres con antorchas encendidas rodearon la hoguera. El legionario enjaulado invocaba a gritos a los dioses, a sus compañeros, a su madre, pero ninguno de los mencionados estaba en condiciones de echarle una mano. Sus alaridos impedían oír incluso lo que decía el sacerdote con cara de comadreja que, impasible, siguió con su letanía.

Desde el otro lado del río, los hombres de la primera y segunda cohorte golpearon

los escudos con las *pila* hasta en tres ocasiones, y comenzaron a cantar el himno a Marte. Aquellas voces tristes que entonaban el venerable cántico llegaron hasta lo alto de la colina, y su compañero pareció tranquilizarse un tanto. Dejó de proferir alaridos, se puso de rodillas y agachó la cabeza implorando en silencio a los dioses del mundo subterráneo.

A un gesto del sacerdote, arrojaron las antorchas a los pies de la pira. Al instante, se alzaron las llamas que quemaron el cabello en primer lugar, luego las túnicas y las capas de los muertos, antes de lamer los cuerpos que, poco a poco, se cubrían de ampollas que crepitaban y estallaban, desprendiendo un olor parecido al del cerdo cuando lo asan, a medida que la grasa se fundía en forma de gotas ardientes que se consumían en cuanto entraban en contacto con aquellas lenguas de fuego. El calor que salía de la pira era intenso; no se veía humo, sólo llamas que, impertérritas, seguían su camino ascendente hasta alcanzar los cuerpos que coronaban el montón.

El hombre enjaulado permanecía quieto, como si los cánticos de sus compañeros lo ayudasen a mantenerse sereno. Las llamas siguieron subiendo hasta la jaula. Primero, comenzó a arderle el pelo; luego, su pecho se agitó entre espasmos, pero no de dolor. No podía respirar: el fuego había consumido el aire. Cuando las llamas alcanzaran su túnica, perdió el conocimiento. Sus pulmones habían dejado de funcionar. No sufrió, pues, el suplicio de que lo quemaran vivo.

Los romanos seguían cantando.

Las llamas habían envuelto completamente la pira. Vespasiano volvió la vista a otro lado; expelió el aire, y se dio cuenta de que había contenido la respiración durante un buen rato. Ninguno de sus compañeros abrió la boca. ¿Qué podían decir? Bastante tenían con pensar en su propia muerte y en cómo la afrontarían, al tiempo que imploraban que, llegado el momento, demostrasen la misma entereza que aquel joven legionario.

* * *

Los tracios comenzaron a dismantelar el campamento. No les llevó mucho tiempo. Viajaban con escasa impedimenta. De malas maneras, sacaron a los cuatro prisioneros de la jaula y, con los mismos y escasos miramientos, los arrojaron en el fondo de una carreta.

—El trato que nos dispensan es inmejorable —comentó Vespasiano—; pensaba que nos obligarían a ir a pie, pero está visto que vamos a ser la envidia de todo el mundo.

Corbulón asintió agradeciendo aquel rasgo de humor, mientras los cuatro se las veían y se las deseaban para acomodarse, atados como estaban de manos y piernas.

—Sería un detalle que nos trajeran algo de comer —apuntó Magno—. El servicio deja mucho que desear. ¿No habrá por ahí una moza entrada en carnes que se acerque a preguntarnos qué nos apetece?

La carreta comenzó a traquetear. Se habían puesto en marcha. Con esfuerzo, la columna echó a andar colina arriba, dejando a sus espaldas las tres piras que aún ardían y, en medio, clavado a aquellas estacas en el suelo, el legionario castrado.

Los romanos dejaron de cantar y comenzaron a mofarse de los tracios.

Corbulón sonrió.

—Popeo estará encantado con esos hombres. Lian demostrado un temple fuera de lo común. En nada desmerecerán a los legionarios de la Cuarta Escítica o de la Quinta Macedónica.

—En ese caso, aunque sólo sea por ver la cara que pondrá, algo habrá que hacer para no perdérselo —añadió Fausto.

Atados de pies y manos como estaban y rodeados de guardianes, la idea de intentar huir se les antojó absurda, y volvieron a quedarse en silencio.

* * *

La columna dejó atrás el valle y se dirigió al sudeste. Siguieron adelante durante unas cuantas millas bajo el sol abrasador del mediodía. La situación en la carreta empezó a complicarse en cuanto se vieron en la imposibilidad de hacer caso omiso de las urgencias corporales, tanto tiempo contenidas mientras habían permanecido en la jaula. Aunque estaban acostumbrados a duras privaciones, era una ofensa para su *dignitas* estar tan cerca unos de otros tras habérselo hecho todo encima, como si fueran esclavos camino de las minas.

Para no ver a sus compañeros en circunstancias tan humillantes, Vespasiano se dedicó a pasar el tiempo mirando lo que dejaban atrás. Mientras escrutaba la cima de la última colina que habían bajado, en lo alto apareció un jinete solitario. Se detuvo; pronto se le unieron otros; al cabo, muchos más, hasta casi un centenar que, desde aquella posición privilegiada, a tres o cuatro millas de distancia, observaban la columna que se retiraba.

—¡Corbulón! —musitó Vespasiano, para no llamar la atención de los guardianes—. Son las tropas auxiliares galas; estoy seguro. Mira: Galo viene a sacarnos de aquí.

El comandante esbozó un amago de sonrisa cargada de tristeza.

—Si de verdad son ellos, es un insensato. Ni siquiera sabe si seguimos con vida. No, me temo que los han enviado para cerciorarse de que los tracios se retiraban, de forma que, a la hora de ponerse en marcha, Galo esté seguro de poder hacerlo sin nadie que vaya pisándole los talones.

Mientras esto decía, los jinetes volvieron grupas y desaparecieron al otro lado de la cima de la colina.

—Tengo la impresión de que acabamos de verlos por última vez.

Aunque sabía que era un desatino, Vespasiano volvió a mirar hacia la colina, con la esperanza de que aparecieran las cohortes. Corbulón estaba en lo cierto: habían visto por última vez a sus compañeros, que se disponían a partir hacia el norte.

Tendrían que arreglárselas por su cuenta.

Capítulo XXIII

Dos días anduvieron dando tumbos en aquella carreta. Les revisaban las ligaduras cada poco; en cuanto se percataban de cualquier intento de aflojarlas por su parte, sus captores lo enmendaban de inmediato y con saña renovada. De vez en cuando, regaban con agua el interior de la carreta, arrastrando la inmundicia en la que no les quedaba otra que revolcarse. No les daban comida; tan sólo leche de oveja, que les saciaba el hambre de momento, o les metían en la boca trozos enmohecidos de pan duro. Les dolían las articulaciones y se sentían cada vez más débiles.

Como sólo a ratos era capaz de conciliar el sueño, Vespasiano se pasaba los días y las noches pensando en las cartas que escribiría a Caenis, esperando que algún día pudiera escribirlas de verdad. En ellas le contaba cuánto la quería, cómo se había quedado prendado de ella desde el momento en que la viera en la Porta Collina. Le refería el miedo que había pasado al enterarse de que estaba presa en casa de Livila, lo orgulloso que se había sentido al formar parte de la cuadrilla que la había liberado, y le prometía que ganaría el dinero suficiente para comprar su libertad. En todas, le juraba que siempre la querría. Cuando ya no supo qué más podía decirle, se imaginó también sus respuestas, cartas de una muchacha enamorada, orgullosa de las proezas y éxitos militares de su amado, escritas siempre en tablillas de cera que se imaginaba que le llegarían impregnadas de su aroma.

Así, sumido en sus fantasías, pasaba el tiempo. Lo mismo que sus compañeros, por otra parte, porque siempre que hablaban acababan por darle vueltas a lo mismo, a cómo escapar de aquella situación, y se sentían hundidos en la más negra de las miserias. Por eso, de tácito y común acuerdo, habían optado por guardar silencio con tal de mantener alta la moral.

Las montañas de Ródope dejaron paso a un anchuroso valle por el que, lento y majestuoso, discurría el río Hebro. Como las tribus tracias del interior parecían más atraídas por el bandidaje que por la agricultura, aunque feraces, la mayor parte de aquellas tierras era una espesura que casi nadie se molestaba en cultivar, como bien podía deducirse a la vista de los caseríos quemados que daban fe del paso reciente de esas mismas hordas guerreras por aquellos parajes.

Una vez en el valle, se dirigieron hacia el este, adentrándose en un bosque inextricable. Enviaron a unos exploradores de avanzadilla para que, entre aquella maleza, les advirtiesen a tiempo de cualquier emboscada que, como venganza por los campos que habían arrasado, les hubieran preparado las tribus que se mantenían leales a Roma. No vieron a nadie.

A la mañana del tercer día de viaje, observaron que los árboles empezaban a clarear, dando paso a una franja estrecha de matorrales, más allá de la cual discurría el Hebro. A pesar de lo llano del terreno, sus tranquilas aguas pardas, cargadas con los sedimentos que sus rápidos afluentes habían arrastrado de las montañas durante el deshielo, seguían un curso sinuoso, arañando la tierra de ambos lados. Por todas

partes, cerca de la orilla, sobresalían pequeños islotes cubiertos de matorrales, separados por brazales en los que abundaban los juncales.

Del otro lado del río, a unos cien pasos, se hallaba una aldea de pescadores. En cuanto los tracios salieron de la espesura, una nutrida flotilla se echó al agua, unas cincuenta embarcaciones cuando menos, entre botes de pesca y balsas de madera, cargadas de muchachos, que remaban como locos con tal de pasar a la otra orilla, dando gritos sin parar y esforzándose por ser los primeros en llegar.

—Así es como cruzan el río —reflexionó Corbulón en voz alta—. Cuando organicemos una expedición de castigo y volvamos por estas tierras, no dejaremos ni un solo bote en condiciones, aunque no creo que, para entonces, quede nadie con vida para utilizarlos.

Vespasiano sonrió para sus adentros: como bien se había imaginado, a eso había estado dándole vueltas Corbulón durante todo el camino.

Cuando las primeras embarcaciones llegaron a la orilla, los gritos de alegría de algunos chavales se mudaron en lamentos desgarradores al enterarse de que no volverían a ver a su padre o a alguno de sus hermanos mayores.

Los tracios comenzaron a embarcar. Cargaron los petates a lomos de las mulas, igual que la carreta de los prisioneros fue a parar a una balsa poco segura. Los muchachos que la manejaban no dejaban de mirarlos. Uno de ellos, con lágrimas en los ojos. Vespasiano se preguntó si habría matado al pariente de aquel chico y, para su sorpresa, descubrió que esperaba que así hubiera sido.

La balsa se deslizó por el río, y Vespasiano, dándose cuenta de que, al ir atados de pies y manos, nada podían hacer si se iban al fondo, se encomendó a Poseidón que, aunque griego, le pareció la divinidad más oportuna para, llegado el caso, mantenerlos a flote.

Avanzaron rodeados de pequeñas embarcaciones que cabeceaban, sobrecargadas como iban con siete u ocho hombres cada una. Algunos guerreros parecían entusiasmados de volver a casa; la mayoría, en cambio, guardaba silencio, pensando en los amigos y parientes que no habían tenido tanta suerte.

Con los ojos tapados, las mulas no dejaron de lanzar lúgubres rebuznos durante todo el trayecto.

La flotilla tuvo que hacer tres viajes de ida y vuelta antes de que todos pasaran al otro lado; no hubo percances que lamentar. En claro contraste con la forma desordenada en que peleaban, Vespasiano no pudo por menos de admirar la destreza con que llevaron a cabo semejante cometido.

Una vez que todos hubieron pasado a la orilla este, unos treinta hombres de aquella aldea se despidieron de sus compañeros y, en compañía de los muchachos, regresaron a sus casas. El resto de la partida se puso en marcha, dispuesta a continuar aquel terrible viaje por las poco menos que inabarcables praderas que se extendían a la derecha del río Hebro.

De cuando en cuando, pequeños grupos de guerreros se separaban del grueso de

la tropa y, bien hacia el norte o dirigiéndose al sur, volvían a sus casas camino de aquellos pueblos y pequeñas aldeas que se veían en lontananza y de donde procedían. A media tarde, la horda se había quedado reducida a menos de cuatrocientos guerreros.

—Esto ya empieza a gustarme más —dijo Magno, animado al ver cómo menguaba el número de guerreros que iban con ellos—. A este paso, sólo vamos a quedar los guardianes y nosotros. Ocasión habrá entonces de comprobar si son tan duros como parecen.

—¿Y cómo piensas desatarte? —preguntó Corbulón, poniendo el dedo en la llaga.
—Ésa es otra.

Volvieron a quedarse callados hasta que, al cabo de un momento, el estruendo de unos caballos al galope vino a romper el silencio. De repente, de la nada, surgieron unos veinte jinetes. La columna se detuvo.

—¿De dónde coño habrán salido? —preguntó Fausto, que no acertaba a distinguir ningún lugar habitado en las proximidades.

Los jinetes alcanzaron la cabecera de la tropa y presentaron sus respetos al jefe. Tras un breve parlamento, uno de ellos se acercó hasta la carreta.

Sus penetrantes ojos azules se quedaron mirando a los cuatro prisioneros. Le faltaba la punta de la nariz. Una barba larga, pelirroja y desaliñada le ocultaba la boca y le cubría la parte inferior de la cara; el cráneo, por el contrario, lo llevaba rapado; en las orejas, un par de enormes aros de oro. Reparó en que Corbulón era el hombre de más alto rango y a él se dirigió en perfecto latín.

—¿Eres tú el hombre que acabó con la vida de mi hijo pequeño?

Corbulón se quedó desconcertado: no tenía ni idea de a quiénes ni cuántos había matado durante la refriega.

—No soy responsable de la muerte de nadie. No fui yo quien inició el ataque.

—Pero eras el comandante de la columna romana, el hombre que la condujo hasta territorio tracio.

—Tracia es un reino sometido al vasallaje de Roma, y tenemos todo el derecho del mundo a venir cuando nos plazca. Deberías tenerlo muy en cuenta siempre que te dirijas a mí.

El tracio se echó a reír, con gesto malhumorado.

—La arrogancia de tu pueblo es algo que nunca dejará de sorprenderme. Incluso prisionero, maniatado y revoleándole en tu propia mierda, te diriges con aires de superioridad a cualquiera que no sea de tu condición. Pues una cosa te diré, romano. Te hago responsable de lo que ha pasado, y pagarás por ello.

Le escupió en la cara, volvió grupas y se marchó a toda prisa, seguido por los jinetes que lo acompañaban. A unos doscientos pasos por delante de la columna, desaparecieron en una hondonada, oculta tras aquel océano de verdor. La horda siguió los mismos pasos. Descendieron hasta una cuenca casi redonda de unos doscientos pasos de largo por cincuenta de ancho. En el fondo, un enorme

campamento de más de quinientas tiendas. Estaba tan bien disimulado que un ejército podía pasar a un cuarto de milla de distancia y no percatarse de lo que allí había.

* * *

Se había hecho de noche. Las fogatas, que estaba prohibido prender durante el día por el humo, ya estaban encendidas. En unos espetones, se estaban rustiendo unas ovejas. Todo el campamento olía a cordero asado. Comenzaron a beber y el ánimo de los tracios pasó del abatimiento propio del vencido a las bravatas típicas del hombre ebrio. Empezaron a relatar, debidamente adornados, actos de heroísmo. Brindaron y juraron que se cobrarían venganza. Surgieron los primeros altercados; algunas jóvenes esclavas vociferantes y unos muchachos fueron objeto de brutales violaciones, mientras el vino áspero corría a raudales. Las peleas se hicieron cada vez más frecuentes, conforme iban bebiendo sin medida, y el alboroto no paraba de crecer.

Vespasiano y sus compañeros permanecían sentados en el centro de aquella barahúnda. Llevaban aún los uniformes de campaña sobre las túnicas sucias e inmundas con que se cubrían. Seguían con los pies inmovilizados, pero les habían desatado las manos para que pudieran comer de un plato que les habían dejado con las ternillas correosas y los huesos sin rebañar de uno de los corderos que habían asado. Cuatro guardianes, que no dejaban de echar tragos de unos odres de vino, no los perdían de vista.

—Es como una noche tras un día de mercado en el barrio de Subura —comentó Magno, con la boca llena de un trozo de grasa a medio masticar.

—Sólo que no huele tan mal —puntualizó Corbulón, muy convencido de lo que decía.

Vespasiano se arremangó el borde infecto de la túnica que llevaba.

—Con estas pintas, estaríamos en nuestro elemento.

—Nada fuera de lugar, eso desde luego; oleríamos incluso mejor que muchas de las putas que rondan por allí —aseveró Fausto.

Magno sonrió abiertamente, y siguió masticando, dispuesto a tragarse como fuera la bola de grasa que tenía en la boca.

Un tracio beodo fue a tropezar con la pierna de uno de los guardianes y vomitó encima de Vespasiano.

—¡A ver si miras por dónde pisas! —gritó Magno, apartando a su amo de aquel hombre.

Doblado por la cintura, el tracio se fue de bruces al suelo, donde acabó de vaciar el contenido del estómago.

Vespasiano se apartó de aquella peste. De repente, abrió los ojos como si no pudiera dar crédito a lo que veía: la daga de aquel hombre que, al caer, había acabado en el suelo, a un paso de su muslo. Los guardianes dejaron de lado por un momento

los odres de vino y, con paso vacilante, se pusieron en pie, proyectando su sombra sobre el arma. Empezaron a darle gritos a su compañero que, desvanecido como estaba, poco podía decir. Al darse cuenta de la oportunidad que tan inesperadamente se les acababa de presentar, Magno comenzó a llamar la atención de los guardianes y a gesticular para hacerles saber que él también quería empinar el codo. Los soldados se echaron a reír. Con sigilo, Vespasiano alargó la pierna hasta la daga. Mientras trataba de levantar al hombre tumbado en el suelo, uno de los guardianes le pasó por encima y, sin darse cuenta, pisó la daga. Al agacharse para levantar al borracho, acercó aún más la daga a Vespasiano. Magno comenzó a hacer gestos a los otros guardianes para que le dieran algo de beber; uno de ellos se encogió de hombros, perforó un odre y se lo arrojó. Vespasiano levantó el muslo y escondió la daga en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Pues sí que es fuerte! —dijo Magno, gesticulando tras echar un trago; se echó hacia delante y, mientras le pasaba el pellejo a Corbulón, le musitó—: ¿Te has fijado?

—Pues claro —respondió el comandante, al tiempo que daba un sorbo—. Hay que esperar un rato hasta que todos estén tan borrachos que hayan perdido el sentido. A este paso, no tardarán mucho —añadió pasándole el vino a Fausto, que casi se atraganta al beber.

Cuando hubieron acabado de comer, los guardianes volvieron a atarles las manos. Aunque obligado a no apartar el pie de la vomitona del tracio, Vespasiano se las compuso para mantener la pierna apretada con fuerza contra la daga que escondía bajo el muslo.

Se acomodaron como pudieron y se pusieron al acecho. Por primera vez desde que los habían hecho prisioneros, en el grupo reinaba un cierto optimismo. Fingieron que se quedaban dormidos, sin dejar de mirar por el rabillo del ojo a los guardias que seguían bebiendo de los odres. A su alrededor, el alboroto de las peleas, las discusiones y de la gente fornicando fue a menos, a medida que los tracios, borrachos, iban cayendo aturcidos y se tumbaban junto a los rescoldos de las hogueras. Hasta que, por fin, el último guardián se quedó tumbado boca arriba, con el odre casi vacío encima del pecho, y comenzó a roncar.

Vespasiano se colocó de costado y, con cuidado, acercó las manos atadas hasta la daga. Tanteando, no tardó en dar con la empuñadura y cerró los dedos sobre ella. Se tumbó del otro lado y, a rastras como un reptil, se acercó a Magno sujetando la daga con fuerza entre las dos manos.

—Tendrás que poner algo de tu parte. Acerca las ligaduras a la hoja.

Magno estiró los brazos hasta que sintió la hoja fría por encima de las muñecas; se echó luego hacia delante hasta que le pareció que quedaba a la altura de la tira de cuero.

—Ya estoy. ¿Lo notas? —le preguntó en un susurro.

—Sí. Ahora mantén la boca cerrada, y no grites si te hago un corte.

Magno hizo un gesto como si ya se hubiese cortado.

Así se quedaron, espalda contra espalda, mientras Vespasiano utilizaba la daga como sierra. Aunque en el campamento no se movía un alma, Corbulón y Fausto los miraban con preocupación. No les llevó mucho tiempo. Tan pronto como tuvo las manos libres, Magno cogió el puñal y cortó las ligaduras de sus compañeros. Al cabo de un momento, los cuatro estaban libres.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Matamos a los guardias, les quitamos las espadas y las capas, y salimos a toda leche de este sitio —dijo Corbulón, frotándose las muñecas—. ¿Se te ocurre algo mejor?

—Me parece perfecto.

Uno de los guardianes se agitó en sueños. Se quedaron petrificados. El tracio se volvió de costado, se levantó la túnica y meó allí mismo. A continuación, volvió a quedarse dormido, sin tomarse siquiera la molestia de cubrirse.

—Vamos —dijo Corbulón extendiendo la mano hacia Magno—. Dame el puñal.

—Lo siento, pero si no quieres que se entere nadie, eso es cosa mía.

El comandante asintió. Bastaba con verlo para darse cuenta de que Magno era un maestro a la hora de procurar una muerte rápida y silenciosa.

Cauteloso, Magno se acercó al guardia que estaba desnudo. En un segundo, con la garganta rajada y la boca tapada por la fuerte mano izquierda del liberto, los ojos se le salieron de las órbitas. Se retorció un instante, y se quedó tieso.

Los otros tres no tardaron en seguir el mismo camino.

Envueltos en aquellas capas y espada en mano, Corbulón los guio con sigilo por el campamento. Reducidas a brasas, fueron pasando entre las hogueras, procurando buscar siempre el abrigo de las sombras. Acabaron con todos los tracios que, demasiado borrachos para acercarse a una de las fogatas o a una de las tiendas, se encontraron a su paso, rajándoles el cuello en el sitio. Poco a poco, vieron menos hogueras. Habían llegado al borde del campamento.

—Si queremos volver al río antes de que caigan en la cuenta de lo que ha pasado, necesitaremos caballos —bisbiseó Corbulón—. Vamos a rodear el campamento. Seguro que no tardaremos en dar con alguno.

Lejos de las tiendas, estuvieron en condiciones de andar más deprisa. La luna se había ocultado, y sus capas se confundían con las oscuras laderas que bordeaban la cuenca. Caminaron deprisa y con paso firme por aquel prado, al acecho de si les salía al paso algún centinela apostado en la oscuridad. No se toparon con ninguno.

Cuando llevaban recorrido una cuarta parte del perímetro, Vespasiano se detuvo.

—Comandante —siseó—, mira.

A unos veinte pasos del lindero del campamento, contra la tenue luz de las fogatas, se adivinaba la silueta de unos caballos. Por detrás, se alzaban las sombras oscuras de cuatro o cinco tiendas. No observaron ningún movimiento; los centinelas, si los había, se habían quedado dormidos.

—No tenemos tiempo de ensillarlos, pero sí necesitamos unos arreos —musitó

Corbulón, mirando a Vespasiano a pesar de la oscuridad—. Tribuno, ven conmigo. Seguro que encontramos unos cuantos en alguna de esas tiendas. Fausto, Magno, id a por cuatro caballos. Nos encontraremos aquí.

Sigilosos, se fueron hacia las caballerías.

Tras dejar a Magno y Fausto ocupados en desatar a los nerviosos animales, Vespasiano fue tras los pasos de Corbulón en busca de la tienda donde guardaban los arreos. Los resoplidos y los pateos de los caballos inquietos a sus espaldas lo pusieron muy nervioso.

—¿Cómo coño vamos a saber en qué tienda los guardan? —murmuró.

—Tendremos que ir mirando una por una —replicó Corbulón, acercándose con cautela a la tienda que les quedaba más cerca. Echó mano del faldón derecho de la entrada y le indicó a Vespasiano que se hiciera con el otro. Muy despacio y espada en mano, los retiraron.

—¡Buenas noches!

Sintieron las puntas de dos lanzas en el cuello. Se quedaron paralizados. Vespasiano notó que se le hacía un nudo en la garganta.

—Yo que vosotros me desprendería de esas espadas.

Despacio, bajaron las hojas y las dejaron caer al suelo. Vespasiano oyó que se estaban acercando más hombres.

—Dad un paso atrás.

Retrocedieron, con las puntas de las lanzas clavadas en el cuello hasta hacerles sangre. Los guerreros que los habían atrapado salieron de la tienda. Tras ellos iba el jinete barbudo y de cráneo rapado que habían visto el día anterior.

—¿De verdad pensáis que soy tan necio —bramó, con unos ojos como tizones—, que yo, Coronus, no sé cómo se comporta mi pueblo y no tomo las medidas adecuadas? Pues claro que sabía que se emborracharían, igual que estaba seguro de que vosotros intentaríais escapar, y que, en tal caso, necesitaríais caballos. He disfrutado viendo cómo lo intentabais. Ordené a diez hombres de confianza que no se dejaran llevar por los excesos del campamento y que, sobrios, os estuvieran esperando. Poco más necesitaba para asegurarme de que seguiréis aquí mañana, porque os tengo preparada una sorpresa. Maniatadlos.

Vespasiano notó que unas manos recias le ponían las muñecas a la espalda y se las ataban a conciencia con unas tiras de cuero. No opuso resistencia; de poco le habría valido. Trajeron a Magno y a Fausto a rastras desde donde habían dejado los caballos; la sangre que manaba de una herida que Fausto tenía en el brazo izquierdo indicaba bien a las claras que su detención no había sido un juego de niños.

—Hasta mañana, pues —se pavoneó Coronus—. Entonces os enteraréis de lo elevado que es el precio de sangre que hay que pagar por mis hijos.

* * *

Pasaron el resto de la noche amarrados junto a las caballerías. Vespasiano no pegó ojo. Se sentía profundamente humillado, rabioso por haber sido una pieza más en aquel juego del ratón y el gato. Que le hubieran dejado escapar para volver a caer en manos de un salvaje que había adivinado cuáles eran sus intenciones le parecía una ofensa; haber servido de diversión se le antojaba inadmisibile. Más les habría valido quedarse donde estaban, pero, en ese caso, hubieran sido objeto de otra clase de agravios. Coronus se habría percatado de que no habían hecho nada por escapar, y se habría mofado de ellos por cobardes. Pasó la noche dándole vueltas a lo mismo, de modo que, a la mañana siguiente, estaba agotado. Sin embargo, había tomado una determinación. De cara al futuro, siempre y cuando saliera con vida de aquélla, nunca debería llevar a la práctica lo más previsible, porque seguro que lo que a él le pareciera evidente no menos palmario dejaría de ser para los demás.

Poco después del amanecer les aflojaron las ligaduras y les obligaron a ponerse en pie. Al mirar a su alrededor, descubrió que los otros estaban tan cansados como él: ninguno de sus compañeros había podido pegar ojo.

Sin rastro ya de tiendas de campaña ni hogueras, los llevaron a empellones hasta el centro del campamento, donde fueron exhibidos entre las oraciones de cientos de guerreros.

Sus guardianes se abrieron paso entre la multitud, que no se privaba de propinarles patadas y puñetazos. Tras aquella noche de desenfreno, los tracios desprendían un vago olor a vino rancio, a vómitos y sudor, y estaban deseosos de pasar un buen rato que les ayudase a aliviar la fuerte resaca.

—Parece que piensan divertirse a nuestra costa —musitó Magno, tratando de que los bárbaros no lo oyesen.

—No estoy de humor —replicó Vespasiano, esquivando el testerazo de la empuñadura de una espada que iba derecho a su sien.

Así, llegaron al centro del terreno, donde los esperaba Coronus. Vio a su lado al guerrero joven que había estado al frente de las hordas. Vespasiano observó un cierto parecido, y supuso que debía de tratarse del hijo mayor del jefe tracio, hermano, en consecuencia, del hombre que había muerto a orillas del río unos días antes.

Coronus alzó los brazos y de repente los abucheos de la multitud cesaron. Comenzó a hablar. Si bien no entendía una palabra de lo que decía, el tono áspero que empleaba y la rudeza de sus gestos lo llevaron a pensar que los acusaban de delitos execrables. Cuando concluyó el parlamento, los guerreros bramaron enardecidos emitiendo un grito gutural que no hacía falta que nadie les tradujera: su condena era a muerte.

El jefe se volvió hacia ellos y, en un latín esmerado, les aclaró:

—Habéis sido condenados a muerte por la asamblea de la tribu...

—¿Bajo qué cargo? —gritó Corbulón—. ¿Quién ha salido en nuestra defensa?

—Haberos opuesto a los designios de nuestros dioses. Nadie se atrevería a exculparos.

Por un momento, el comandante pareció dispuesto a enzarzarse en una discusión. Al reflexionar que de poco habría de valerles, optó por callar.

Coronus retomó el hilo de lo que iba diciendo.

—Como caudillo que soy de estos hombres, a mí me corresponde decidir cuál ha de ser la forma en que se lleve a cabo la sentencia —añadió sonriendo de forma desabrida, antes de dirigirse a los hombres allí reunidos y hablarles a voces; su respuesta no dejó lugar a dudas acerca de la opinión que les merecía la propuesta que les había hecho, y Coronus volvió a dirigirse a ellos en latín—: Os daremos un escudo y una espada a cada uno; el último que quede en pie dispondrá de un caballo y de media hora de ventaja antes de que salgamos a por él. Si lo atrapamos, lo empalaremos; si no, habrá escapado al destino que le estaba reservado.

Espaciados el uno del otro, colocaron cuatro escudos con sus correspondientes espadas en los límites del círculo que tenían delante. Llevaron a los romanos hasta el centro, y procedieron a cortarles las ligaduras que les ataban las manos.

—Si alguno de vosotros se niega a pelear, os empalaremos a los cuatro. Os recomiendo, pues, que nos ofrezcáis un espectáculo a la altura de los que disfrutáis en Roma, y uno de vosotros al menos podrá volver a su ciudad.

Tras lo cual Coronus se mezcló con la multitud. En el centro, espalda contra espalda, los cuatro romanos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Fausto.

—Pelear con uñas y dientes, de forma que uno de nosotros al menos sobreviva —replicó Corbulón, al tiempo que se agachaba y se frotaba con tierra las palmas de las manos—. Los demás moriremos con dignidad. Me temía algo mucho peor.

—¿Quién va a luchar contra quién? —preguntó Vespasiano, que no quería vérselas con Magno.

—Todos contra todos. Recoged las espadas y regresad aquí. Que empiece el espectáculo.

Se dieron media vuelta y se miraron los unos a los otros, todos sabían que se habían comprometido con sus compañeros a pelear y morir con dignidad. No les quedaba otra.

Mientras se dirigía a recoger la espada y el escudo que le habían correspondido, a Vespasiano se le escapó una mueca como si no acabara de entender las vueltas que da la vida. Hasta entonces jamás había tenido ocasión de asistir a un espectáculo de gladiadores. Era un deseo que siempre había tenido y ahora que por fin tenía la oportunidad de realizarlo, el destino había dispuesto que fuera como protagonista de una de esas peleas. Sería, pues, el primer y último espectáculo de ese género en el que participara; estaba seguro de que no saldría con vida de aquélla. No había ninguna posibilidad de que él, un muchacho de dieciséis años, fuera el único que quedase en pie, pero, antes de que eso ocurriera, tenía la esperanza de acabar de forma digna con alguno de sus compañeros.

El griterío de la multitud iba a más, mientras el dinero de las apuestas corría de

mano en mano. Sin acabar de creerse lo que estaba a punto de pasarle, se preguntó qué posibilidades tenía de salir con bien. Pensó en Caenis y echó mano del amuleto que la joven le había puesto al cuello. Lo apretó con firmeza, e imploró a Poseidón para que acudiera en su ayuda.

Lo soltó y, cuando se inclinó para aferrar una de las espadas, el talismán se balanceó de un lado a otro de su pecho. Un tracio que andaba cerca dio un codazo al compañero que tenía a su lado. Recogió el escudo. Las voces que se escuchaban a su alrededor se convirtieron en un leve murmullo; más tracios se fijaron en él. Se imaginó que estaban pensando que él sería el primero en morir. Volvió a guardarse el amuleto, se dio media vuelta y se dirigió hacia donde estaban los suyos.

Los cuatro se detuvieron a cinco pasos del centro. Corbulón los miró de uno en uno.

—Luchad a brazo partido. Matad de forma limpia. Estamos en manos de los dioses.

Se saludaron mutuamente y se colocaron en posición.

Más que respirar, Vespasiano jadeaba; las palmas de las manos le empezaron a sudar; el corazón estaba a punto de estallarle. Miró a Magno, a Corbulón y a Fausto; sólo llegó a atisbar sus ojos a través de la rendija del escudo. Los cuatro comenzaron a andar en círculo, a la espera de que uno de ellos diera el primer paso.

Escuchó a sus espaldas un par de voces que sobresalían por encima del griterío de la multitud. Algo les había llamado la atención. Pensó que, como no habían empezado a pelear de inmediato, los cuatro acabarían empalados y, sin dudarlo, dio un salto, abalanzándose contra el escudo de Corbulón, buscando con la espada el cuello de su adversario. Su comandante lo esquivó, y ambas hojas se encontraron con un estrépito de metal chirriante hasta que ambos llegaron a juntar las empuñaduras. En el instante en que trataba de obligar a Corbulón a que bajase el arma, Vespasiano notó un tajo a sus espaldas, y pensó que Magno se había abalanzado con su espada contra Fausto. Le extrañó, no obstante, que no hubiese voces ni gritos. Corbulón dio un paso a la izquierda para salir de aquel atolladero; Vespasiano perdió el equilibrio. Se ladeó a la izquierda, pero reaccionó con rapidez suficiente para alzar su escudo y detener el revés que iba dirigido a su cuello.

Dio un traspié y rodó por el suelo. Corbulón, escudo en alto, alargó el brazo con que empuñaba la espada y le apuntó a la garganta.

—¡Alto!

Como para entonces sólo se oían sus jadeos y el entrecocar de sus armas, la orden se oyó con toda claridad. Todos los presentes guardaron silencio.

Tal cual estaban, así se quedaron: Corbulón apuntando a Vespasiano, Fausto enfrentándose con Magno.

Vespasiano se quedó mirando sin saber qué pasaba. Acompañados por una docena de guerreros armados, Coronus y su hijo mayor se abrían paso a través de la multitud y se dirigían hacia ellos.

—Soltad las armas —les gritó.

Las cuatro espadas se fueron al suelo, seguidas de otros tantos escudos.

Apartó con fuerza a Corbulón y se inclinó sobre Vespasiano.

—Enséñame eso que llevas alrededor del cuello.

Vespasiano mostró el amuleto de plata.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Mi mujer me lo dio antes de salir de Roma.

—¿Y cómo fue a parar a sus manos?

—Me dijo que era un regalo de su madre, un talismán de la tribu a la que pertenecía.

Coronus obligó a Vespasiano a ponerse en pie y lo arrastró hacia él.

—Pues claro que es el símbolo de una tribu —rezongó, fulminando a Vespasiano con la mirada—. Para ser exactos, el de mi tribu, los ceneos.

—La mujer que te he dicho se llama Caenis —confesó el muchacho de forma atropellada, convencido de que sufriría una muerte aún más atroz por sacrílego—. Ella fue quien me contó la historia de Ceneo, aunque me aseguró que era tesalio, que no tracio.

—En efecto, era tesalio. Pero su hijo, mi homónimo, Coronus, huyó tras la muerte de Ceneo a manos de los centauros.

—Tuve ocasión de ver cómo los tuyos representaron su muerte a orillas del río.

—Es lo que hacemos cuando muere uno de los miembros de la familia real —dijo Coronus, con voz queda—. Mi hijo pequeño también se llamaba Ceneo. Mi hijo mayor, éste que ves aquí a mi lado —añadió, señalando al joven caudillo de las hordas tracias—, se llama también Coronus, y así ha sido desde siempre, desde que el primer Coronus fundó nuestra tribu y le impuso ese nombre en recuerdo de su padre.

Dio un paso atrás, al tiempo que soltaba la túnica de Vespasiano.

—¿Cómo se llamaba la madre de Caenis?

—No lo sé —contestó Vespasiano, sin apartar los ojos de Coronus: sabía que se estaba jugando la vida—. Sólo sé que era una de las esclavas de la casa de Antonia, cuñada del emperador Tiberio. Murió cuando Caenis tenía tres años. Antonia la tomó bajo su tutela, y es como una hija para ella.

—¿Qué edad tiene Caenis?

—Creo que dieciocho años.

Coronus asintió lentamente.

—Es decir, la madre de esa joven, si aún viviera, tendría ahora unos treinta años. ¡Skaris!

El anciano de barba canosa de dos puntas, el mismo con quien discutía el sacerdote cerca del río, dio un paso adelante. Coronus se volvió para hablar con él a solas, mientras su escolta, sin dudarle ni un instante, rodeaba a los romanos. En ese momento, Vespasiano reparó en que los dos llevaban, en madera o en piedra, el mismo talismán al cuello. Al parecer satisfecho con la explicación que Skaris le

acababa de dar, Coronus se acercó a Vespasiano.

—En pie, romano. Creo que lo que dices es verdad.

El muchacho se levantó bajo la atenta mirada de sus compañeros, que, sin moverse de donde estaban, trataban de adivinar qué pasaba, aunque en ningún momento hubieran podido imaginar que aquello pudiese salvarlos de una situación tan apurada.

Coronus ordenó a los suyos que se levantaran y les dirigió una arenga de frases entrecortadas. Los tracios asintieron con la cabeza y empezaron a dispersarse. Cuando hubo acabado, tendió los brazos a Vespasiano, que aceptó el gesto.

—Hace más de treinta años, mi hermana pequeña y su hija nos fueron arrebatadas y sometidas a esclavitud. Como miembro de la familia real que era, en aquel momento debía de portar una imagen de plata de Ceneo, que no puede ser otra que la que tú llevas al cuello. Tu mujer, Caenis, es la nieta de mi hermana, es decir, sobrina nieta mía. Por amor, te entregó este amuleto para que estuvieses a salvo. Nada habéis de temer, ni tú ni tus amigos. Estáis bajo la protección de los ceneos. Sois libres, pues, de iros.

Vespasiano no acababa de creerse lo que le estaba diciendo el tracio.

—No lo olvidaré, Coronus, así como haré cuanto esté en mi mano para darle noticias a Caenis de la tribu a la que pertenece. Llegará el día en que ella, en persona, te dé las gracias.

—Si tal es la voluntad de los dioses, así será. Antes de iros, he de rogaros que compartáis mesa conmigo.

Acto seguido los condujo hasta su tienda. A su paso, con gestos de cordialidad y bienvenida, en su incomprensible lengua, la multitud los saludaba con respeto.

* * *

Una vez que se hubieron sentado y les sirvieron la comida y la bebida, Coronus propuso un brindis.

—¡Que Poseidón vele por su pueblo, los ceneos, y proteja a ellos y a sus aliados! —y bebió; Vespasiano, Magno y Fausto hicieron lo propio, no así Corbulón; el tracio se lo quedó mirando y, a modo de velado reproche, le dijo—: Me imagino que no bebes con nosotros porque estás deseando volver y darnos nuestro merecido.

—Eres enemigo de Roma, y tal es mi deber —repuso el comandante romano, sin tocar la copa que sujetaba entre las manos; sus compañeros intercambiaron miradas de angustia, temerosos de que aquel joven patricio engreído acabara por devolverlos a la pelea fratricida a la que habían sido condenados.

Coronus esbozó una sonrisa.

—¿Enemigo de Roma, dices? Ten por seguro que no. Cumplo mi parte en el trato que he cerrado con los romanos, y me pagan muy bien por ello.

—¿Así que, según tú, Roma te paga para que ataques a los suyos? —comentó

Corbulón, mofándose de él.

—Me pagaron para que atacase a los celites y a la columna que tú mandabas, una vez que entrases en su territorio. ¿Por qué? No lo sé. Pero te lo demostraré.

Coronus impartió unas órdenes a un par de guardias que los acompañaban, quienes, tras inclinarse con respeto, salieron dispuestos a cumplirlas.

—Hace más de un mes —continuó—, el sacerdote se presentó con cuatro romanos y una escolta de jinetes griegos. Me entregaron un cofre y me dijeron que podía quedarme con lo que había dentro, si hacía lo que Roma me pedía, como habéis visto, di por bueno el trato, y lo mío me ha costado porque, además de muchos hombres, he perdido un hijo. Un precio alto, demasiado incluso. Pero, si no hubiera aceptado el trato, habría tenido que pagar uno mucho más elevado, tal y como me explicaron aquellos romanos.

—¿Cómo se llama el sacerdote? —preguntó Vespasiano, seguro de que en nada habría de sorprenderle la respuesta que iba a recibir.

—Rotisis, un muerto de hambre del que es mejor no fiarse que, sin embargo, cuenta con el favor de los dioses y la veneración de las tribus. Estaba presente junto a los míos durante la refriega a orillas del río.

—¿Me estás diciendo que ese sacerdote habla también por boca de Roma? —preguntó Corbulón, que no acababa de creerse que un personaje tan estrafalario estuviese a los dictados de su ciudad.

—Es sacerdote y, por su condición, puede ir a cualquier parte de Tracia, porque todo el mundo le respetará a él y a quienes vayan con él. ¿Qué mejor mensajero para llevar mensajes y obsequios?

—¿Quién le ordenó que viniera a verte?

—Roma.

—Ya. Pero ¿qué romano le encomendó semejante tarea?

—¿Acaso importa? Los romanos que lo acompañaban eran portadores del sello imperial. No necesito más pruebas.

—¿Cómo eran esos romanos? —insistió Vespasiano.

—Tres llevaban uniformes relumbrantes, ostentosos me atrevería a decir. El cuarto era un ciudadano, un hombre corpulento, de piel oscura, cabellos negros y largos, y barba recortada. Él era quien llevaba el peso de las negociaciones.

Vespasiano intercambió una mirada con Magno.

En ese momento, apartaron el faldón de la entrada de la tienda y aparecieron cuatro esclavos que portaban un cofre muy pesado; lo dejaron en el suelo y salieron del recinto.

—Aquí lo tenéis, amigos míos. Esto es lo que Roma me pagó a cambio de deshacerme de vosotros.

Corbulón se acercó al arcón. Como no estaba cerrado, lo abrió; se quedó sin palabras. Vespasiano se acercó a él y, con unos ojos como platos, observó el contenido: era un cofre rebosante de denarios de plata, muchos más de los que había

visto en toda su vida. Hundió las manos en aquellas monedas y extrajo un buen puñado; a continuación dejó que cayeran tintineando en el montón del que las había sacado. Todas las monedas llevaban la efigie de Tiberio. Estaban tan impolutas y relucientes que parecía que acabaran de salir de la ceca.

Capítulo XXIV

Durante cinco días siguieron el curso del río Hebro, siempre en dirección noroeste, forzando los caballos al máximo, deteniéndose sólo para comer y dormir. Coronus les proporcionó una escolta para que cruzasen su territorio, hombres a los que despidieron en cuanto llegaron a las tierras de los odrisios. Aún sometido, tras la violenta represión que había sufrido a manos de los romanos cuatro años antes, aquel pueblo seguía guardando un hondo rencor a Roma. Gracias a los víveres que les habían proporcionado los celites y bebiendo de las aguas turbias, aunque saludables, del río, Vespasiano y sus tres compañeros de viaje hicieron lo posible por mantenerse alejados de los asentamientos nativos.

A pesar de sentirse tan responsables como él de la muerte de cientos de guerreros, entre los que se contaba el hijo pequeño del caudillo de la tribu, sus compañeros no dejaban de atosigarlo a preguntas para saber cómo había ido a parar a sus manos el amuleto que les había procurado la protección y la amistad de los ceneos. Vespasiano no les dijo sino lo que le había contado a Coronus, de forma que los tres aventuraron diferentes teorías, según el gusto de cada cual.

—Pura suerte —dijo Magno—; potra, lisa y llanamente.

—Designio de los dioses —opinó Corbulón—. Lo que demuestra que todos tenemos nuestro desuno, y que ahí arriba se lo pasan en grande gastándonos bromas tan pesadas como éstas hasta que se cumple.

—Seguro que Caenis es vidente —apuntó Fausto—. Supo de antemano que te verías en peligro, y te dio el amuleto porque sabía que te ayudaría a salir del aprieto.

—Pues menos mal que lo llevaba encima —apostilló Magno, dando por sentada su teoría.

Vespasiano sonrió para sus adentros. Todas aquellas conjeturas tenían su parte de razón, pero había algo que estaba por encima de todo: el amor. Ya fuera voluntad de los dioses, suerte o dotes de videncia, si no lo amase, Caenis jamás le habría entregado el único recuerdo que conservaba de su madre.

Por otra parte, tenía otras cosas en que pensar. Estaba convencido de que aquel cofre rebosante de denarios había salido de las manos de Sejano, que, con ese único propósito, se había servido del sello del emperador. Igual que estaba seguro de que Asinio y Antonia estaban en lo cierto, a saber, que Sejano era quien fomentaba aquella rebelión de la que pensaba sacar todo el provecho posible. De haber acabado con la columna de refuerzo, habría tenido motivos sobrados para acudir al senado y, en nombre del emperador, exigir una ofensiva en toda regla contra los tracios, lo que hubiera supuesto enviar más legiones a la región, una forma artera de recuperar el dinero, provocando una situación que, con los ejércitos ocupados en otros menesteres, habría generado un mayor encono e incitado a más tribus a levantarse en armas, ampliando la revuelta y ganando más tiempo, un margen más amplio de maniobra para hacerse con la púrpura.

Corbulón, por su lado, estaba obligado a informar a Popeo sobre el cofre lleno de denarios, de dónde procedían las monedas y con qué fin se habían entregado. Un secretario transcribiría la conversación en la que daría cuenta de lo que había visto con sus propios ojos, y otros escribanos espiarían el informe. Poco habría de tardar el espía de Sejano en enterarse de lo que el comandante de la columna había descubierto, y enviaría un mensaje a su amo informándole del riesgo de que la intriga pudiera salir a la luz. En tales circunstancias, era más que probable que el informador tratase de pasar inadvertido hasta recibir nuevas instrucciones, situación que se alargaría dos o tres meses cuando menos, lo que cerraba el paso a cualquier tentativa de identificarlo.

Convencido de que Corbulón no podía estar implicado en una conjura que hubiera supuesto el final de su vida a manos de los ceneos, una noche, mientras Magno y Fausto habían ido a dar de beber a los caballos, decidió confiarle a su comandante el encargo que se le había encomendado.

—¿Tienes idea, Corbulón, de quién desearía vernos muertos a nosotros y a los soldados que están a nuestras órdenes?

Con la mitad de su rostro anguloso expuesto a la luz de la pequeña hoguera que habían encendido, el comandante lo miró desde la cima de su nariz afilada y larga.

—Nada me preocupa más, ni siquiera cómo llegó a tus manos el amuleto que apareció en un momento y un lugar tan oportunos.

—¿Has llegado a alguna conclusión?

Corbulón echó un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que estaban a solas.

—Aunque esos mensajeros fueran portadores del sello imperial, me niego a creer que fuera idea del emperador. ¿Qué ganaría con la eliminación de dos cohortes de sus ejércitos?

—Lo mismo pienso yo. Pero, si no fue el emperador, ¿quién más puede utilizar el sello imperial y disponer de tanto dinero recién acuñado?

Corbulón clavó la vista en el suelo, y meneó la cabeza de un lado a otro.

Vespasiano trató de abordar el asunto desde otro ángulo.

—¿Qué has pensado hacer cuando veas a Popeo?

—Lo informaré de lo que vi, como es natural.

—¿Crees que ésa es la decisión más correcta? Ten en cuenta que, después de todo, quienquiera que pagase a los ceneos para que acabaran con nosotros puede tener acceso al círculo de Popeo. Se enteraría de que la conjura ha salido a la luz y, lo que es peor, de quién la ha desbaratado.

Corbulón se quedó mirando a Vespasiano, con gesto de admiración.

—Tienes razón —dijo al fin—. Y yo que te tenía por uno de tantos mocosos de tribuno que nos envían. Creo que vales mucho más de lo que pensaba, Vespasiano. De modo que, si se trata de no llamar la atención de... —se detuvo y miró de frente a Vespasiano— Sejano —el muchacho asintió con la cabeza—, informaré a Popeo de lo que he visto en privado, sin secretarios ni testigos —concluyó Corbulón.

—Creo que eso sería lo mejor.

El comandante no apartaba los ojos de Vespasiano. Algo le decía que aquello no había sido idea suya.

* * *

Cuando, al cabo de un rato, regresó, Magno fue a sentarse al lado de Vespasiano.

—¿Has hablado, por fin, con ese tonto del culo? —le preguntó en un susurro.

—¿A quién te refieres? Además, no es tan tonto como pensaba. Gracias a su idea de vadear el río, cientos de hombres han salido ilesos.

—Enterado. Me refiero a si has llegado a convencer a ese que no parece tan negado de lo que tiene que decir sobre el cofre lleno de denarios.

—¿Cómo te has enterado de que pensaba hablarle de eso?

—Es de sentido común, ¿no te parece? Cuanta más gente esté al tanto de lo que hemos descubierto, peor para nosotros. Espero que le hayas convencido para que sea discreto a la hora de informar de lo que hemos visto. A buen entendedor...

—Así es; le he persuadido para que informe a Popeo de forma reservada.

—Bien hecho, amo. Una magnífica idea.

A pesar de la oscuridad, Vespasiano se quedó mirando a Magno, preguntándose si realmente aquello había sido idea suya.

* * *

Al atardecer del quinto día de viaje, llegaron a la ciudad amurallada de Filipópolis, lugar de residencia del rey tracio Remetalces y de su madre, la reina Trifena. Por el comandante de la exigua guarnición romana destacada en la ciudad, un veterano centurión cargado de condecoraciones que cumplía sus últimos meses de servicio, se enteraron de que la victoria de Popeo había sido sonada, pero no definitiva, que el frente se encontraba a un día hacia el oeste a buen paso, y que, cuatro días antes, Galo había pasado por allí con la columna de refresco.

Decidieron pasar la noche en la guarnición, y disfrutar de los placeres de los baños, de dimensiones reducidas pero donde no faltaba de nada, los primeros que pisaban desde su estancia en Filipos, dos semanas antes. El comandante de la guarnición les ofreció una cena caliente y unas cuantas mujeres, primeras delicias que cataban desde entonces, antes de retirarse a descansar como es debido.

Al amanecer del día siguiente, mucho más ligeros de cuerpo y espíritu, cuando se disponían a partir con la escolta de una *turma* de las tropas auxiliares ilirias a las órdenes de un prefecto de caballería, un joven patricio de cara redonda y bonachona que se llamaba Lucio Junio Cesenio Peto, el comandante de la guarnición irrumpió en las caballerizas de la plaza.

—Tribuno Vespasiano, un correo de palacio pregunta por ti. La reina Trifena desea verte antes de que os pongáis en camino.

—¡Por las tetas de Minerva! —refunfuñó Corbulón—. Esto nos va a retrasar un día entero. Condúcenos hasta ese hombre, centurión.

—Las órdenes del criado son tajantes: la reina sólo quiere ver al tribuno.

Corbulón lanzó una mirada fulminante a Vespasiano.

—¿Qué puede querer de mí? —se preguntó el joven, intrigado.

—Ándate con ojo, compañero —dijo Peto, con una sonrisa llena de picardía—. Es una mujer de armas tomar y, además, muy guapa. Me han dicho que siente una debilidad especial por los mocitos de tu edad. Así que buena suerte.

Vespasiano optó por seguirle la broma.

—En ese caso, me la ventilaré rápido —y se fue, con una sonrisa en los labios, entre las risotadas y los chistes obscenos de sus compañeros sobre sus proezas en ese terreno, algo que, habida cuenta de la noche anterior, no le inquietaba lo más mínimo.

A través de las angostas callejas de la antigua urbe, que tenía más años que la propia Roma, el correo lo acompañó hasta el palacio real, encaramado en la cima de la mayor de las tres colinas sobre las que se asentaba la ciudad.

Les franquearon las puertas de inmediato. Sin dilación, condujeron a Vespasiano a los aposentos privados y le dijeron que esperase en una estancia pequeña de la primera planta que daba al este, donde, por un único ventanal, entraban a raudales los primeros y todavía bajos rayos del sol que, con su luz dorada, iluminaban una sobria pieza de paredes encaladas y piso de listones de madera encerados. Debajo del ventanal, se hallaba un sencillo escritorio, de madera también, tan antiguo que Vespasiano pensó que bastaría con dejar un solo pergamino encima para que se viniera abajo. En el centro de la cámara, dos sillas y una mesa de factura más reciente.

Vespasiano se acercó al ventanal, y contempló el sol que asomaba por el este.

—Ante ti, la misma vista de que disfrutó Alejandro durante los días que estuvo aquí —le dijo una dulce voz a sus espaldas.

Vespasiano se dio media vuelta, apartándose del ventanal. En el umbral de la puerta, vio a una mujer alta y delgada, de treinta y tantos años, ataviada con una sencilla *stola* de color marfil que, sin ser llamativa, realzaba la curva de sus caderas y la redondez de sus pechos. A ambos lados de su pálido rostro, en el que destacaban unos labios carnosos pintados con ocre rojo, tres rizos le caían hasta los hombros. Sus límpidos ojos azules, delicadamente perfilados con *kohl*, refulgían bajo la suave luz de aquel sol temprano.

—Éste fue el aposento que ocupó cuando, antes de invadir el poderoso imperio persa, anduvo por aquí en busca de soldados que se unieran a los suyos. Eligió este cuarto precisamente porque daba al este —caminó con gracia hasta el antiguo escritorio y, con delicadeza, lo acarició—. Aquí se sentaba todas las mañanas y escribía los despachos, mientras contemplaba las tierras que se disponía a conquistar.

Vespasiano miró con veneración el sencillo escritorio y sintió el peso de la Historia en aquel aposento. La mujer se quedó también mirándolo en silencio, antes de alejarse del ventanal y acercarse a las sillas que había a sus espaldas.

—Pero no te he mandado llamar para darte una clase de historia, Vespasiano. Soy Trifena, reina de estas tierras, aunque, en realidad, un simple títere del emperador y el senado de Roma.

—Es un honor para mí que me hayas brindado la ocasión de saludarte —dijo el muchacho, agradecido por la sucinta lección de historia que acababa de recibir.

—Te lo digo porque, en primer lugar, quiero que sepas que soy ciudadana romana, de la estirpe de Marco Antonio, mi bisabuelo. De no haber sido así, bien podría darse el caso de que fuera una más de entre los rebeldes que se esconden en las montañas —continuó Trifena, acomodándose e indicándole con un gesto que hiciese lo mismo—. El levantamiento de mi pueblo se ha producido como consecuencia de una provocación. Cuando Alejandro pasó por estas tierras en busca de soldados, se presentó con el dinero con que pensaba pagarlos y sólo reclamó la presencia de voluntarios. Unos cinco mil hombres respondieron a su llamada; la mayoría no regresó nunca. A día de hoy, casi trescientos años después, servimos a un nuevo amo: Roma. Hasta el año pasado, con tal de que mantuviéramos la paz en las fronteras del reino, Roma se daba por satisfecha con que nuestros guerreros se alistaran en las filas de nuestros ejércitos a las órdenes de nuestros generales. Entonces, ocurrieron dos cosas que lo cambiaron todo. Por un lado, se presentaron unos oficiales de reclutamiento procedentes de Mesia exigiendo que nuestro ejército pasara a formar parte de las cohortes auxiliares destinadas en aquella provincia. Por otro, nuestros sacerdotes comenzaron a instigar a nuestro pueblo para que se alzase en armas contra esa medida, comprando con denarios romanos la voluntad de los jefes de las tribus, dineros de los que, al parecer, disponen para dar y tomar.

—¿De dónde proceden tales sumas?

—Por lo que me dicen mis espías, el dispensador de esas dádivas es Rotisis, nuestro sacerdote principal. De cómo llega a sus manos, no sé nada; sólo conjeturas.

—¿Por qué incita a tu pueblo a intervenir en una guerra que tiene perdida de antemano?

—Los tracios son un pueblo orgulloso y belicoso. Como mercenarios varias veces se han puesto al servicio de otros pueblos, pero jamás como soldados de tropa, situación que consideran como otra forma de esclavitud. En tales circunstancias, no era difícil conseguir que se sublevaran. ¿Por qué se unió Rotisis a la causa? No es ningún misterio que a mi hijo y a mí nos odia. Detesta la monarquía, porque regimos los destinos de Tracia, en nombre de Roma, por supuesto, pero al fin y al cabo somos quienes la gobiernan. Cree que si desapareciéramos, el poder pasaría a manos de los sacerdotes, que, como nosotros, no están obligados por lazos tribales, y él es el sumo sacerdote.

—Pero Roma seguiría estando por encima.

—Desde luego; y eso es lo que ese cretino no acaba de comprender. A no ser que queramos convertirnos en una provincia romana más, mi hijo y yo somos la única garantía de una Tracia en cierto modo independiente.

—De manera que, si la rebelión sigue adelante, Roma acabará por anexionarse Tracia, y su pueblo tendrá que someterse a las exigencias militares que se le impongan; en caso contrario, los tracios acabarán igualmente alistados en el ejército romano. Se mire como se mire, las legiones van a tardar lo suyo en instaurar la paz en la región.

—Exacto. Y sin pretenderlo, movido por su afán de poder y sus escasas dotes para la política, Rotisis habrá sido el artífice de semejante desastre. Sejano se la ha jugado bien.

—¿Estás segura de que es él quien mueve los hilos?

—Antonia no sólo está emparentada conmigo, sino que es también amiga mía. Nos carteamos con frecuencia, y estoy al corriente de los celos que le inspira Sejano. Ella es quien me ha puesto al tanto de cómo, en su opinión, sacaría provecho de los desórdenes que pudieran producirse en Tracia. En su última carta, me rogaba que estuviera pendiente de ti cuando te dirigieras al campamento de Popeo, y que te ayudase con todos los medios a mi alcance.

—¡Cuánta gentileza por su parte!

—Y tanto; cuando de sus amigos se trata, siempre es así —añadió Trifena con una sonrisa—. Carezco de medios materiales que pueda poner a tu disposición, pero nada me impide advertirte que mantengas los ojos bien abiertos. Hará cosa de tres días, cuatro hombres pasaron por aquí. Tan sólo hicieron un alto para procurarse otras monturas. Viajaban con salvoconducto imperial. Tres de ellos, al menos, eran pretorianos. El cuarto tenía unos cabellos tan largos que no llegué a verle la cara.

Vespasiano se dio por enterado.

—¿Acaso ese cuarto individuo no sería un hombre de piel atezada y barba recortada?

—Creo que sí. ¿Sabes quién es?

—En cierta ocasión me crucé con él, un encuentro breve y desagradable en extremo. Se llama Hasdro. Si volviera a pasar por aquí, estoy seguro de que Antonia te quedaría muy agradecida si te deshicieses de él. Se las compuso para introducir un espía en su propia casa.

—Veré qué puedo hacer —contestó, mirándole con otros ojos: admiraba a los hombres que, por una buena razón, eran capaces de ordenar la muerte de un semejante.

Se puso en pie y dio una palmada. Apareció una esclava con un pergamino que entregó a su ama.

—Junto con la carta, me llegó esto —le dijo Trifena, tendiéndole el pergamino—. Te dejo para que lo leas a solas. Cuando hayas terminado, alguien te acompañará hasta la puerta. Que los dioses velen por ti, Vespasiano.

—Lo mismo te deseo.

Abandonó la estancia, dejando al muchacho con la carta en las manos, la primera que recibía en su vida. El corazón le latía con fuerza al romper el sello. Buscó la firma del remitente. Era de Caenis.

* * *

Un poco más tarde, Vespasiano salió del palacio como si anduviese por las nubes. La carta de Caenis colmaba todas sus expectativas, e incluso las superaba, de compararla con las cartas que, como respuesta a las suyas, se imaginara durante el largo y espantoso viaje en aquella carreta tirada por mulas cuando habían caído en manos de los ceneos.

A su vuelta, sus compañeros malinterpretaron el gesto de satisfacción que le iluminaba la cara.

—Parece que el chaval ha disfrutado con la visita a Trifena —comentó Peto, entre carcajadas—. Por su aspecto, me atrevería a decir que Venus no ha sido ajena al asunto.

Vespasiano se encogió de hombros y, sin decir palabra, montó en su caballo.

Cuando salían por las puertas de la ciudad, Magno se le acercó.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó.

—Hasdro pasó por aquí hace tres días, con tres pretorianos.

—Eso explica la cara de bobalicón que se te ha quedado. Les tocas las pelotas un día, y ya te tienen echado el ojo.

—Muy gracioso.

—¡Y tanto! ¿Así que la reina es una mujer de buen ver?

—Desde luego. Me entregó también una carta de Caenis.

—Ahora sí que lo entiendo todo —dijo Magno, dedicándole una sonrisa a su amigo.

El joven no estaba de humor para conversar. Espoleó su caballo, y se alejó de él.

* * *

Hacía una mañana clara y fría. Desde las cumbres nevadas de los montes Hemo, más al norte, les llegaba una brisa fuerte que les llevó a embozarse en las capas que llevaban. Avanzaban a trote o a medio galope por aquel terreno empinado, mientras en forma de vapor flotaban en el aire los resoplidos de las monturas. Ante ellos, el extremo norte de los montes Ródope, donde Popeo tenía acorralados a los rebeldes.

—¿Tú crees que habrá batalla, Peto? —le preguntó Vespasiano.

Con unos ojos relucientes que refulgieron bajo los rayos de aquel sol cada vez más intenso, el prefecto de caballería esbozó una sonrisa.

—Hace un mes que Popeo trata de enfrentarse con ellos en campo abierto, pero no se mueven de donde están. Nuestros espías nos aseguran que se han formado tres facciones. Por un lado, quienes desean deponer las armas y poner su suerte en nuestras manos; por otro, los que quieren salir del fortín y plantarnos cara, no sin antes haber acabado con sus mujeres y sus hijos, y morir peleando, llevándose consigo al mayor número de enemigos posible; hay, por último, un grupo de fanáticos que son partidarios de acabar con las mujeres y los niños para, a continuación, quitarse la vida —les aclaró soltando una risotada, rápidamente jaleada por sus compañeros—. Ahora en serio. Popeo trata de que no elijan la última posibilidad que acabo de comentaros. No nos conviene hacer muchos mártires de un montón de fanáticos. En secreto, mantiene conversaciones con un tal Dinis, que encabeza la primera facción de la que os he hablado, con el propósito de hacer entrar en razón a los demás. La dificultad estriba en que no puede mostrarse clemente en exceso, porque ese gesto se interpretaría de forma equivocada. Habrá que crucificar a unos cuantos, cortarles las manos o sacarles los ojos porque, de lo contrario, cualquier motivo de descontento bastaría para que se alzasen contra nosotros con la idea de que si les saliera mal, siempre podrían volver ilesos a sus aldeas, donde los recibirían sus mujeres, que no habrían sufrido ningún atropello, y seguirían llevando la misma vida de antes hasta que se les presentase una nueva oportunidad.

—Entiendo —convino Corbulón—. Una situación difícil. ¿Cómo los está acorralando? ¿Los tiene realmente rodeados?

—Ha hecho cuanto ha podido. Hemos dispuesto unas cuatro millas de fosos y muros para asediarlos, pero su fortín está demasiado elevado y no hay forma de cercarlos por completo. Ha enviado patrullas de vigilancia con el objeto de impedir la llegada de víveres, aunque éstos acaban por llegarles al amparo de la noche. De agua andan escasos, sin embargo, porque sólo disponen de un manantial. Con todo, pueden resistir durante meses en esas condiciones y, cuanto más tiempo permanezcan en ese riesgo, más probable será que otras tribus se les unan, de forma que acabaremos por ser nosotros quienes nos veamos rodeados.

—¿Y por qué no asaltamos el fortín? —preguntó Vespasiano.

Peto rompió a reír a carcajadas, y el muchacho se puso colorado.

—No te lo tomes a mal, compañero —dijo Peto, intentando dejar de reírse y dándole una palmada en el brazo para que no se sintiera ofendido—. Eso es lo que van buscando esos cabrones. Se han pasado el invierno reforzando los muros y excavando toda suerte de fosos, trampas y espantosos ardides erizados de estacas afiladas. La última vez que salí de patrulla por esos parajes, poco faltó para que cayera en uno de ellos. Es un emplazamiento prácticamente inexpugnable. Sólo para llegar a las puertas del fortín, sacrificaríamos no menos de cuatro cohortes, y dos más si intentásemos derribarlas. Tras ellas, empinados barrancos. Incluso si consiguiéramos bajar por esas paredes, seríamos tan pocos los que quedáramos que, una vez en el fondo, nos liquidarían sin piedad. No nos queda otra, pues, que

mantener nuestra posición, y confiar en que entren en razón y depongan las armas, o que luchen en campo abierto. O que comiencen a pelearse entre ellos, y sean ellos mismos quienes nos faciliten el trabajo.

—Al menos hemos llegado a tiempo —comentó Corbulón, aliviado: la idea de llegar demasiado tarde para entrar en acción no le había abandonado desde que partieran de Italia.

—Claro que sí; habéis llegado a tiempo, aunque quién sabe para qué.

Siempre ladera arriba, cabalgaron en silencio durante un buen rato sin darse un respiro, coronando cimas cada vez más altas. Tras un breve descanso al mediodía para tomar un poco de pan y jamón ahumado y dejar que los caballos se solazasen en pastos cada vez más raquíuticos, pasaron junto a treinta o cuarenta manchones de tierra quemada.

—Aquí es donde les dimos para el pelo —exclamó Peto, con orgullo—. Esas que veis son las marcas de las piras que levantaron. Acabamos con más de la mitad; nosotros sólo perdimos seiscientos hombres. Al principio, esos cabrones eran unos treinta mil y no dejaban de gritar, de vociferar, de enseñarnos el culo y blandir esas largas y temibles espadas que empuñan.

—*Rhomphaiai* —puntualizó Corbulón, sin venir a cuento.

—Eso es. Temibles armas, sí, señor. Con una de ellas le cortaron una pata al caballo que montaba y, de no haber sido porque el animal se desplomó sobre el bárbaro que la blandía, a mí me habría pasado lo mismo. Al verlo inmovilizado, me levanté como pude y me las compuse para dejarlo clavado en el sitio. Estaba furioso; aquel caballo era un regalo de los dioses —añadió Peto, al tiempo que acariciaba el pescuezo del animal en que cabalgaba, como si quisiera hacerle ver que no pretendía ofenderlo.

A medida que se adentraban en aquellos parajes, Vespasiano tropezaba con vestigios de un enfrentamiento reciente: flechas perdidas, yelmos abandonados, espadas, jabalinas y escudos destrozados. De vez en cuando, atisbaba un cadáver que no habían incinerado, casi descarnado por los lobos o las rapaces, en cuyas maltrechas extremidades todavía podían verse jirones de ropa en descomposición. A lo lejos, a ambos lados, incontables montones de color oscuro, semejantes a enormes toperas. A Peto no se le pasó por alto adonde miraba.

—Caballos —le dijo—. Estamos avanzando más o menos por lo que fue el centro del grueso de nuestro ejército; en ambos flancos las tropas a caballo libraban encarnizados combates. Como no hicimos tantos prisioneros como para encargarles que los quemasen, los dejamos donde estaban. Por ahí andará mi pobre animal, aquel caballo digno de los dioses —recordó mientras meneaba la cabeza con pesar y acariciaba de nuevo el pescuezo de su montura.

Dejaron atrás el campo de batalla y llegaron a un campamento abandonado.

—Éste fue nuestro primer campamento. Cuando partimos de aquí para dirigirnos a la posición que ahora ocupamos, se lo dejamos al rey Remetalces y a sus tropas de

tracios leales. No sé por qué no les ordenamos que se volvieran a su territorio, porque aquí sólo se dedicaron al pillaje y a devastarlo todo. No sabían hacer otra cosa, esos cabrones.

—¿Que no sabían, dices? —se sorprendió Corbulón.

—Los rebeldes los tenían por enemigos, incluso más temibles que nosotros. Pocas noches después de la batalla, desencadenaron una pequeña ofensiva contra uno de los campamentos de nuestras tropas auxiliares. Como ya os imaginaréis, hicimos cuanto pudimos para repeler el ataque, sin caer en la cuenta de que se trataba de una maniobra de distracción. El grueso de las tropas rebeldes dio un rodeo y se abalanzó contra los tracios aliados que, borrachos como de costumbre, no pudieron hacer nada. Fue una auténtica escabechina. A casi todos los pasaron a cuchillo, más de diez mil hombres y sus familias. No hicieron prisioneros. En cualquier caso, aquella acción no afectó al curso de la guerra. A quien sobre todo querían matar era a Remetalces, pero en aquel momento éste estaba cenando con nuestro general, de modo que no le pasó nada. Aún sigue agazapado en nuestro campamento. Está tan asustado que no se siente con fuerzas para apartarse de nosotros y regresar a Filipópolis. Supongo que, tras haber perdido un ejército, su madre no estará precisamente encantada de volver a verlo.

* * *

Una hora antes del anochecer, llegaron al campamento de Popeo, asentado en la última planicie aprovechable antes de que los montes Ródope se irguiesen por encima de sus estribaciones. Vespasiano se quedó boquiabierto. Era enorme. Rodeado por un foso de seis pies de profundidad y protegido por muros de adobe y madera de diez pies de altura, ocupaba una extensión de no menos de una milla cuadrada. A lo largo del perímetro, cada cien pasos, unas torres de madera, de unos treinta pies de altura, albergaban catapultas dispuestas para arrojar flechas incendiarias o pedruscos redondeados a un cuarto de milla de distancia. Aquellas defensas daban cobijo a dos legiones, la Cuarta Escítica y la Quinta Macedónica, además de cinco alas de la caballería auxiliar, tres cohortes de la infantería auxiliar, diez destacamentos de arqueros ligeros, honderos y lanzadores de jabalinas, sin contar los esclavos que los atendían a todos. Cien pasos por delante del campamento, erizada de torres también, una línea defensiva de trincheras y parapetos de cuatro millas de longitud, levantada para cercar al enemigo, se curvaba y seguía ladera arriba hasta donde se alzaban unos escarpados riscos de granito que impedían llegar más allá. A unos cien pasos a ambos lados del campamento principal, se hallaban dos asentamientos más pequeños, más o menos de las mismas dimensiones que el que levantaran los hombres de la columna de Vespasiano la noche anterior a la batalla en que se habían visto envueltos a orillas del río.

—¿Para qué sirven esos campamentos, Peto? —preguntó.

—Acuérdate de lo que decía César, compañero. Erige campamentos pequeños al alcance de los proyectiles que puedan lanzarse desde el asentamiento principal y tus enemigos no te cercarán, so pena de verse atacados por la retaguardia. De todos modos, no cuentan con tantos hombres como para rodearnos. Ahí arriba no han de quedar sino doce o trece mil como mucho —contestó, señalando con el dedo hacia lo alto.

Todos volvieron los ojos hacia aquel punto. Unos mil pies por encima de donde estaban, Vespasiano reparó en el fortín de los tracios, rodeado por un sinfín de tiendas. Desde allí, parecía pequeño, pero supuso que, visto de cerca, si albergaba a tantos hombres, además de las mujeres y sus hijos, debía de ser realmente impresionante.

—Un hueso duro de roer —comentó Magno—. Entiendo que el general haya tomado la decisión de quedarse aquí a la espera de que se decidan a atacarnos.

—Ya. Pero ¿hasta cuándo? —replicó Corbulón—. Si las tribus que hemos dejado a nuestras espaldas se alzan en armas, nos veremos rodeados por una multitud capaz de poner sitio a los tres campamentos, y a cientos de millas de distancia de las legiones más cercanas, las que están asentadas en Iliria. Una situación realmente comprometida.

—Por supuesto, tienes toda la razón —asintió Peto—. Nos veríamos en un serio apuro.

* * *

Entraron en el campamento por la puerta principal, la Porta Praetoria. Peto respondió al saludo del centurión que estaba de guardia con un gesto amistoso.

—¿Cómo va la tarde, Aulo? Aquí traigo al tribuno Tito Flavio Vespasiano, al tribuno Corbulón y al centurión Fausto, a quien ya conoces, supongo.

Sin salir de su asombro, Aulo se los quedó mirando.

—¡Fausto, viejo tunante! Nos dijeron que habías caído en manos de los tracios y ya te dábamos por muerto. De hecho, pusimos dinero en memoria tuya e hicimos una colecta para enviar lo recaudado a tu familia en Ostia. Creo que haríamos bien en devolverlo.

Fausto esbozó una sonrisa burlona.

—Dame la lista de lo que puso cada uno, y así sabré quiénes son mis amigos de verdad.

—Ahora mismo. Son tan pocos que no tardo nada.

—¡Jodido cabrón!

—¡Calla, vieja puta portuaria!

—Nada como escuchar los parabienes entre dos viejos amigos —intervino Peto—, pero tenemos que ver al general. ¿Dónde está?

—En el *praetorium*. Me alegro de verte otra vez entre nosotros, Fausto.

Cuando echaron a andar, Vespasiano notó que, aparte del saludo de rigor, Aulo no había recibido con la misma cordialidad el regreso de Corbulón.

Dentro del campamento, el ajetreo propio de la milicia se desarrollaba a una escala que nunca antes se había imaginado: los hombres podían contarse por millares. En los cien pasos que separaban la puerta principal de las primeras de las dos mil tiendas que, más o menos, allí se alzaban, las centurias se ejercitaban al dictado de las voces y los gritos de los centuriones y *optiones*, que retumbaban por doquier. Cuadrillas de trabajo bregaban cubriendo viejas letrinas y excavaban otras nuevas. Patrullas de la infantería ligera que se aprestaban a realizar su cometido aquella noche se agolpaban para escuchar las órdenes que les impartían sus jefes. Finalizada la misión de vigilancia que se les había encomendado, los jinetes de unas *turmae* de caballería que acababan de regresar echaban pie a tierra, mientras unos esclavos esperaban para llevarse los animales y estregarlos como es debido.

Como quien no quiere la cosa, Vespasiano no perdía detalle de todo lo que le rodeaba. Continuaron adelante por la Via Praetoria, entre hileras sin cuento de *papiliones*, con capacidad para ocho hombres. A su derecha, las tiendas de la Cuarta Escítica; a su izquierda, las de los legionarios de la Quinta Macedónica. Delante de cada tienda, los esclavos que atendían al *contubernium* se afanaban en encender hogueras para la cena, y los grupos de legionarios que ya habían concluido sus tareas cotidianas estaban allí sentados brillantando corazas, limpiando armas y pertrechos o jugando a los dados. Por todas partes, un clamor de voces de soldados que discutían o bromeaban. Si, por casualidad, surgía una disputa, los *optiones* la cortaban de raíz. Ocasión tuvo de observar cómo, con las manos atadas a la espalda, se llevaban a dos alborotadores, entre los abucheos de los soldados que los rodeaban.

A medida que se adentraban en el campamento, las tiendas eran cada vez más espaciosas, como correspondía al rango de sus ocupantes, los ayudantes del general y los tribunos. En la conjunción de la Via Praetoria con la Via Principalis, en el centro mismo del recinto, se alzaba el *praetorium*, una tienda cuadrada de cuero de color rojo, de quince pies de alto y cincuenta de superficie, con ornamentos negros y dorados: el cuartel general de Popeo.

Peto despidió a la *turma* que los había acompañado, se apeó y, seguido por Vespasiano y sus compañeros, se dirigió a los dos legionarios que custodiaban la entrada. Los centinelas los recibieron con el saludo militar.

—Peto, prefecto de la caballería, los tribunos Corindón y Vespasiano y el centurión Fausto solicitan audiencia con el general —les dijo.

Uno de los soldados entró en la tienda.

—Supongo que no estás invitado a venir con nosotros —le susurró Vespasiano a Magno.

—Estupendo. Nunca me han gustado demasiado los generales. Me ocuparé de los caballos.

Poco después, el centinela regresó con un esclavo atildado.

—Bienvenidos, amos. Soy Crates, el secretario del general. Si tenéis la bondad de acompañarme, el general tendrá a bien recibirlos dentro de un momento.

Los condujo por un corto pasillo de paredes de cuero, giró a la izquierda y cruzó una puerta que daba acceso a una antecámara de dimensiones reducidas y suelo de mármol, iluminada por una docena de lámparas de aceite. Alrededor de la estancia, unas cuantas sillas.

—Os ruego que toméis asiento.

Crates dio dos sonoras y rápidas palmadas; por otra entrada, aparecieron cuatro esclavos de rango inferior con unos cuencos de agua caliente y una toalla para que cada visitante se asease las manos y la cara. A continuación, aparecieron otros dos esclavos con unas copas, vino y agua. Una vez que estuvieron servidos, Crates los obsequió con una reverencia y abandonó la estancia, no sin antes decirles:

—Mi amo no tardará en recibirlos.

Vespasiano tomó un sorbo de vino y se quedó mirando al suelo, procurando contener el impulso de tocarlo para comprobar si era de mármol auténtico.

—Todo el piso del *praetorium* es de mármol —le aclaró Corbulón—. A Popeo le gusta sentirse a sus anchas. Se trata de losas de cinco pies cuadrados que se asientan en una estructura de madera. Hacen falta cinco carros tirados por bueyes para llevarlo de un lado a otro, pero el general no daría un paso sin esas comodidades. Es de la opinión que ejercer sus altas responsabilidades sobre pieles o alfombras iría en menoscabo de su *dignitas*.

—Esto debe de costar una fortuna —replicó el joven.

—Yo no me preocuparía por eso. El general es asquerosamente rico. Nuevo rico, claro está —añadió Peto, más animado—. Minas de plata en Hispania. No sabe de esa clase de preocupaciones.

Habían tomado la mitad del vino cuando Crates se presentó de nuevo.

—Tened la bondad de seguirme.

Volvieron al pasillo por el que habían llegado y fueron hasta el final. Tras cruzar otra puerta, desembocaron en la estancia principal de la tienda, aunque parecía que hubiesen entrado en un palacio iluminado por un sinfín de lámparas de aceite. En lugar de los mástiles habituales, la cubierta se apoyaba en columnas de mármol que reposaban sobre basamentos esmeradamente trabajados. Tapices preciosos y frescos montados sobre tableros adornaban las paredes. Por todas partes, podían verse delicados muebles procedentes de todos los rincones del imperio y de allende las fronteras, oportunamente distribuidos en zonas diferenciadas con el objeto de dejar despejado el centro de la estancia. A la izquierda, se hallaba una mesa de comedor baja rodeada de tres enormes y espléndidos divanes; al otro lado, en el rincón de la derecha, un oscuro escritorio de madera maciza atestado de rollos de pergamino.

Crates los dejó en el centro del aposento; con discreción, fue a sentarse tras un escritorio pequeño, situado a la izquierda del de su amo, y comenzó a afilar un punzón.

Se abrió una puerta en el extremo más alejado de la estancia y apareció Gayo Popeo Sabino. Vespasiano tuvo que contenerse para no soltar una inconveniencia mientras, en posición de firmes y con el yelmo en el brazo izquierdo, saludaba militarmente: Popeo no medía más de cinco pies y, aunque canoso y entrado en la cincuentena, parecía un niño ataviado con uniforme de general. Por eso mostraba tanto empeño en exhibir oropeles que ensalzaran su *dignitas*.

—Buenas noches, amigos. ¡Qué grata sorpresa! Por supuesto, no me refiero a ti, Peto. Tú sólo me sorprenderás el día que sepas dominar tu necia verborrea.

—Como tengas a bien, general —contestó Peto, que ni siquiera se inmutó tras escuchar tal insulto. Vespasiano se preguntó si Crates habría tomado nota del comentario.

—Acercaos, os lo ruego —continuó Popeo, sentándose tras el escritorio.

Dieron un paso adelante y se pusieron en hilera delante del diminuto general. No les indicó que tomasen asiento. Dado que siempre tenía que mirar a los demás desde abajo, estaba claro que prefería hacerlo desde la posición de superioridad que le confería aquel enorme escritorio.

—Adelante, prefecto, y procura ser breve.

—Ayer salimos de patrulla hasta Filipópolis: sin novedad. Hoy, hicimos el camino de vuelta, sin otra novedad que la de encontrarnos con cuatro de los nuestros a los que dábamos por muertos —expuso Peto, a medio camino entre la insolencia burlona y la concisión militar.

Popeo frunció el ceño. Estaba claro que no podía ni ver a aquel patricio joven y desenvuelto, del mismo modo que Peto daba a entender que era algo que le traía sin cuidado. De sobra sabía que, al proceder de un linaje tan antiguo como el de la familia Junia, un nuevo rico como Popeo jamás se atrevería a encararse con él.

—Enterado, prefecto —dijo el general, con todo el aplomo que pudo reunir—. Puedes retirarte.

—¡Como ordenes, general! —contestó Peto, imitando lo mejor que supo el vozarrón de un centurión; dio media vuelta y salió de la estancia a toda prisa.

Popeo se irritó, pero supo recomponerse y, tras observar con detenimiento a Corbulón y Fausto, sus negros ojos penetrantes fueron a fijarse en Vespasiano.

—Adelante, tribuno. Habla.

—Se presenta el tribuno *angusticlavius* Tito Flavio Vespasiano, que se dispone a incorporarse a la Legión Cuarta Escítica.

—Así que tú eres el joven recomendado de Marco Asinio Agripa. Envió una carta muy elocuente al legado Pomponio Labeón. ¿Por qué crees que se habrá tomado tantas molestias para que te incorpores a su estado mayor?

—Quiero servir donde haya oportunidad de pelear, no quiero verme relegado a la rutina de vigilar fronteras.

—Un joven inquieto, por lo que veo. Por tu acento, deduzco que vienes del campo. Bueno, tendrás ocasión de desfogarte, pero todavía no has respondido a mi

pregunta. ¿A qué se debe tanto interés por parte de Asinio? ¿Qué relación te une con él?

—Mi tío, Cayo Vespasio Polión, es cliente suyo —mintió Vespasiano, recurriendo a lo que le pareció una explicación convincente del interés que Asinio se había tomado por él.

Popeo se lo quedó mirando fijamente durante un momento hasta que, al cabo de un instante, hizo un gesto de asentimiento que daba a entender que estaba satisfecho con la explicación que acababa de escuchar.

—Muy bien. Me alegra que te unas a nosotros, tribuno. Una vez que te hayas retirado, preséntate a Pomponio Labeón. Lo encontrarás en el cuartel general, los *principia*, de la Cuarta Escítica. Él te dirá cuáles serán tus obligaciones que, al inicio, por fuerza habrán de ser mínimas. No olvides que estás aquí para aprender.

—No lo olvidaré —respondió Vespasiano, al tiempo que saludaba marcialmente. Fue el turno de Fausto.

—Centurión, me alegra verte por aquí. Sin ánimo de menospreciar a quien ahora ocupa tu cargo, estoy seguro de que tanto Pomponio como los hombres y oficiales de la Cuarta Escítica estarán encantados de contar de nuevo con su primipilo.

—Gracias, general —gritó Fausto, en posición de firmes.

Popeo entonces se dirigió a Corbulón.

—Tribuno, me gustaría saber cómo habéis logrado salir con vida. El tribuno Galo me aseguró que te habían hecho prisionero. Adelante, cuéntamelo todo, te lo ruego.

Corbulón comenzó a relatar sus peripecias desde el momento en que se despidió del cuartel general de Popeo en Mesia camino de Génova, seis meses atrás. Hizo un escueto resumen, reseñando sólo los hechos más notables. No olvidó mencionar, sin embargo, que Vespasiano se había incorporado más tarde, lo que hizo que Popeo alzase una ceja y dirigiese una mirada interrogativa al joven. Alabó sin reservas el arrojo del muchacho durante la refriega a orillas del río, y refirió cómo el amuleto de Caenis les había salvado la vida, aunque nada dijo acerca de que la muchacha fuera esclava de Antonia. Tampoco dijo nada del cofre repleto de denarios.

Al cabo de casi media hora, daba por concluido su informe.

Popeo guardó silencio durante unos minutos mientras recapitaba sobre lo que acababa de escuchar y finalmente, para sorpresa de Vespasiano, les dijo que podían retirarse sin hacerles ninguna pregunta sobre la rebelión de los ceneos. Ya se disponían a irse, cuando Corbulón intervino:

—General, me gustaría mantener una conversación privada contigo, completamente a solas.

—Entiendo —contestó Popeo, pensándose mucho—. Lo que me pides va en contra de lo establecido, tribuno.

—Sólo tú debes oír lo que tengo que decirte.

—Muy bien. Puedes retirarte, Grates.

El esclavo depositó el punzón en el escritorio y acompañó a Vespasiano y Fausto

a la salida.

Cuando salieron de la tienda, ya se había hecho de noche. No vieron a Magno por ningún lado.

—Vamos a presentarnos a Pomponio, tribuno —le insistió el centurión—. El cuartel general de la Cuarta Escítica estará por aquí.

* * *

Una hora después, tras una larga espera y una atropellada conversación con Pomponio, que, medio borracho, le reservó un trato displicente por demás, Fausto acompañó a Vespasiano hasta las tiendas de los tribunos de la Cuarta Escítica. Allí estaba Magno, quien, tras haberse apropiado una tienda, estaba atareado con los preparativos de la cena.

—He encontrado un poco de cerdo fresco, lentejas, cebollas y también esto —dijo arrojándole un odre de vino; Vespasiano se sentó junto al fuego y se sirvió un buen vaso—. ¿Qué tal os fue con el general? —le preguntó, mientras echaba los trozos de cerdo en el aceite de oliva caliente que había en el cazo, sin dejar de dar vueltas a la carne que chisporroteaba.

—Escuchó el informe de Corbulón, y nos dijo que podíamos retirarnos. No mostró ningún interés por la revuelta de los ceneos.

—A lo mejor Galo ya le había puesto al corriente de lo que necesitaba saber.

—Es posible, aunque yo, en su lugar, hubiera preferido estar al tanto de todo.

—Pero tú no eres Popeo, y el asunto que el general ha de resolver lo tiene aquí mismo, no entre los ceneos, a unas cuantas millas de distancia.

Antes de que pudiera decir nada, se les unió Corbulón.

—Tengo que hablar contigo, Vespasiano.

—Siéntate, y toma un poco de vino.

—A solas.

—Magno es de confianza, está al tanto de todo.

Corbulón se quedó mirando al púgil retirado y, al recordar cómo había despachado a los guardianes tracios, consiguió sobreponerse a sus prejuicios patricios. Se sentó, pues, en un taburete, y aceptó el vaso de vino que Vespasiano le ofrecía.

—Le he contado a Popeo lo de los denarios que tienen los tracios y cómo han llegado a sus manos —dijo en voz baja, como si alguien pudiera oír lo que decía en medio del alboroto que armaban veinte mil soldados cenando—. Le he explicado que sólo los vi yo, que vosotros estabais fuera de la tienda y que no os dije nada al salir.

—Creo que has hecho lo correcto, amo —comentó Magno, mientras echaba las cebollas al cazo.

Poco acostumbrado a que alguien de tan baja extracción social interviniese en las conversaciones que mantenía, Corbulón frunció el ceño.

—Me pareció lo más acertado. Popeo me insistió mucho sobre el particular, aunque supongo que al final me creyó porque le había pedido hablar a solas con él. Además, ¿por qué habría de mentirle?

—En ese caso, ¿por qué lo hiciste? —quiso saber Vespasiano.

—Había empezado a contarle lo del cofre, cuando apareció un esclavo que venía del dormitorio, situado en la parte de atrás de la tienda. Popeo le ordenó a voces que se fuera de allí, y el esclavo salió a todo correr por la puerta delantera. Cuando abandonó la estancia, acerté a ver a Crates y a otro hombre al otro lado. A hurtadillas, escuchaban nuestra conversación. Entonces caí en la cuenta de quién era el otro hombre. Recordé la descripción que nos había hecho Coronus del cuarto romano que había ido con el arcón: fornido, piel atezada, cabellos largos y negros y barba recortada. Tenía que ser el mismo. Es Hasdro, el liberto de Sejano.

Vespasiano lanzó una mirada de entendimiento a Magno, que se dio por enterado y comenzó a añadir agua al guiso.

—Continúa —le pidió a Corbulón.

—Si el liberto de Sejano fue quien llevó el dinero a los ceneos para que acabasen con los refuerzos que esperaba Popeo, ¿dónde anda ahora? ¿Por qué Crates permitía que escuchase lo que yo tenía que decirle al general?

—¿Así que piensas que Crates está compinchado con Hasdro? —apuntó Vespasiano.

—Puede ser. Desde luego Hasdro parece disponer de dinero suficiente como para comprar la lealtad de un esclavo. Si tal es el caso, Popeo y yo corremos un grave peligro de que nos asesinen por lo que sabemos. Al darme cuenta de que Crates y Hasdro habían escuchado lo que decía, pensé que lo mejor que podía hacer para cubrirme las espaldas, y las tuyas de paso, era no decir nada sobre la participación de Sejano en el asunto, afirmar que no sabía quién había entregado el dinero a los ceneos y que nadie había llegado a verlo —concluyó Corbulón apurando el vaso.

—Tuviste una muy buena idea, Corbulón —comentó Vespasiano, acercándole el odre de vino.

—¿Qué dijo Popeo cuando le hablaste del cofre? —preguntó Magno, mientras echaba las lentejas y un poco de apio silvestre al cazo.

Corbulón tomó un sorbo de vino, y se quedó pensativo un momento.

—Me hizo jurar que no le diría nada a nadie. Quiere mantenerlo en secreto a toda costa, mientras él indaga por su lado, aunque, si Crates tiene algo que ver en el asunto, bien poco podrá sacar en limpio —se echó un buen trago de vino y meneó la cabeza—. ¡Será hijo de puta ese griego! —se lamentó con rabia—. Estoy seguro de que está compinchado con Hasdro y con Sejano, y que hará cuanto esté en su mano para que nadie se entere de que habían planeado acabar con nosotros.

Capítulo XXV

Las órdenes que, a la mañana siguiente, Pomponio impartió a los mandos de la Cuarta Escítica fueron realmente escuetas. Vespasiano debía salir de patrulla con Peto más allá del círculo de trincheras y empalizadas que rodeaba al enemigo.

—No me acabo de creer que haya sido capaz de recordar siquiera que estabas entre nosotros —comentó Peto con una sonrisa cuando, a lomos de sus monturas, salían del campamento por la Porta Principalis, al frente de dos *turmae* de las tropas auxiliares ilirias—. Anoche debiste de causarle una buena impresión a ese necio y viejo beodo.

—Si apenas se fijó en mí —respondió Vespasiano, aunque eso era lo de menos: estaba encantado de alejarse de los olores y el bullicio del campamento.

Cabalgaron unos cuantos centenares de pasos hasta llegar a la puerta principal de aquel campamento tan grande que medía cuatro millas de longitud. Al igual que hiciera el día anterior, Peto saludó con un gesto amistoso al centurión que estaba de guardia y le mostró las órdenes que llevaba. Les abrieron las puertas de par en par y dejaron atrás el recinto.

—No sé en qué estaría pensando Pomponio al mandarnos aquí —comentó el prefecto espoleando su caballo a medida que el terreno se hacía más escarpado—. Estos parajes tan empinados y con tantas peñas no son adecuados para la caballería. No obstante, he de reconocer que, gracias a misiones de vigilancia como ésta, hay menos peleas entre los nuestros y los caballos hacen un poco de ejercicio. Pasaremos cerca del fortín de los tracios. Impresiona, ya lo verás; merece la pena.

Siguieron ladera arriba durante algo más de una hora. El fortín parecía agrandarse por momentos hasta que pudieron verlo con toda claridad. Las murallas parduzcas que, de lejos, a Vespasiano le habían parecido de madera en realidad eran de piedra y estaban construidas con peñas arrancadas de la montaña en la que se asentaba. El muchacho se quedó asombrado de verlas.

—En el caos que siguió a la muerte de Alejandro, Lisímaco, uno de los generales del macedonio, se apoderó de Tracia y se proclamó rey de este territorio. Él fue quien levantó este fortín hace tres siglos para defender la frontera norte de su reino de las incursiones de otras tribus más belicosas asentadas al norte de la región, al otro lado de los montes Hemo, que solían dejarse caer por el desfiladero de Susi y se dedicaban al pillaje en el valle del Hebro. El fortín dio al traste con tales incursiones. Nada podían contra sus defensas inexpugnables ni tampoco podían ignorarlo y seguir avanzando sin correr el riesgo de que sus ocupantes les cortasen la retirada.

—¿Cómo no se le ocurriría hacerse fuerte en el propio desfiladero y cerrarles el paso? —planteó Vespasiano.

—Demasiado elevado: no es fácil llevar víveres hasta allí.

Mientras así hablaban, en el fortín, a poco más de una milla de donde estaban, se produjo un alboroto que les llamó la atención. Las puertas se abrieron de par en par y

comenzó a salir gente.

—¡Qué raro! —observó Peto—. Si estuvieran planeando un ataque, habrían enviado a la caballería por delante y nosotros estaríamos cabalgando como locos hacia nuestras defensas. Pero sólo veo gente a pie.

Vespasiano clavó la mirada en la multitud, cada vez más numerosa, que dejaba atrás las puertas.

—Creo que también van mujeres y niños con ellos.

—Cierto. Parece que se disponen a entregarse. Hay que avisar al general de inmediato —se volvió y dio una orden tajante en griego; a galope tendido, cuatro de los soldados partieron montaña abajo.

Los más rezagados salieron del fortín; tras ellos, las puertas volvieron a cerrarse. Encabezados por dos hombres a lomos de un par de mulas, tres mil personas cuando menos se dirigían hacia donde ellos estaban. El más alto de los dos, un anciano de pelo blanco cortado al rape y larga barba blanca, portaba una rama de olivo como símbolo de la intención que los animaba. A su lado, un hombre al que Vespasiano reconoció de inmediato.

—Por Júpiter, ¿qué pinta ése aquí?

—Nada en particular. ¡Qué cosas tienes! Es Rotisis, uno de los sacerdotes de los tracios. ¿Acaso lo conoces?

—Tuve ocasión de presenciar uno de sus rituales. Disfruta sacrificando romanos.

—No me cabe ninguna duda tratándose de ese jodido cabrón. Se presentó aquí hará cosa de una semana y, desde entonces, Popeo se sirve de él como correveidile para negociar su rendición. Por lo que tengo entendido, algo ha conseguido.

El anciano se detuvo a diez pasos de los romanos y alzó la rama de olivo por encima de la cabeza.

—Soy Dinis, jefe de los dios —dijo a voces para que lo oyera la mayoría de los suyos—. Vengo en compañía de aquellos de mi pueblo que han tomado la decisión de seguirme.

Hemos decidido entregarnos confiando en la benevolencia de Roma.

—Sé bienvenido, Dinis —contestó Peto, también a voces—. Os escoltaremos hasta el campamento.

* * *

Un par de horas tardó en llegar a la puerta de las fortificaciones la lenta comitiva tracia formada por guerreros, mujeres y niños, viejos y jóvenes, sanos y enfermos. Advertido de su llegada, Popeo había ordenado que en la explanada que quedaba entre las defensas y el campamento principal formasen cinco cohortes de las dos legiones, la Cuarta Escítica y la Quinta Macedónica, impresionante demostración de fuerza pensada tanto para intimidar a quienes venían dispuestos a entregarse como a aquellos que hubieran pensado en poner tierra por medio una vez que se encontrasen

al otro lado del muro.

Abrieron las puertas, y Peto, con Vespasiano al lado, traspasó el umbral al frente de los jinetes que estaban a sus órdenes y se detuvo delante de Popeo. A la cabeza de los suyos, el diminuto general, montado en un caballo blanquísimo, lucía todos los oropes que convenían a su rango, a saber, una espléndida coraza de plata reluciente, un largo manto de lana de color rojo oscuro que cubría la grupa de su montura, unas grebas de bronce y un yelmo del mismo metal con incrustaciones de plata en las carrilleras, y un ostentoso penacho de plumas de avestruz teñidas de rojo como remate. Por detrás, ataviado con una armadura no menos aparatosa, iba un joven amanerado de unos veinte años, con una diadema de oro, a lomos de otro caballo tan blanco como el primero.

Peto saludó.

—General, se presenta Dinis, jefe de los dios, que se declara dispuesto a entregarse a Roma.

—Entendido, prefecto. Llévate de aquí a tus hombres y que formen en el flanco derecho. Quitaos de en medio.

Peto hizo caso omiso de respuesta tan desabrida, y se dirigió a la posición que le habían ordenado.

Los tracios comenzaron a desfilar lentamente por la puerta, desplegándose a derecha e izquierda. Algunos, atemorizados ante semejante poderío, se hincaban de rodillas e imploraban piedad; ceñudos, los más curtidos, aguardaban en silencio la suerte que el destino les tuviese reservada. Cuando todos hubieron cruzado al otro lado del muro defensivo, cerraron las puertas. Junto con Rotisis, Dinis se acercó andando a Popeo y le tendió la rama de olivo, que el general rehusó.

—Pueblo de los dios —gritó el romano con una voz estridente que retumbó por la explanada, mientras, en un tono no menos desagradable, Rotisis traducía lo que decía a la lengua de los tracios—, vuestro jefe me asegura que estáis dispuestos a rendiros, un gesto que no puedo aceptar sin exponer mis condiciones. Os habéis levantado en armas contra vuestro rey, Remetalces, vasallo de Roma —dijo, mientras señalaba al joven que estaba a sus espaldas—. Muchos han sido los romanos y soldados tracios leales que por ello han perdido la vida, un hecho que no puedo pasar por alto —un lamento contenido surgió de la multitud—. Bastaría una orden mía para que los soldados cumplieran su cometido y os mataran. Pero Roma es generosa, y ni siquiera reclama vuestras vidas. Lo único que Roma os pide es que elijáis a doscientos de los vuestros: a cien les cortaremos las manos; al resto, les sacaremos los ojos. Si satisfacéis esta petición, tendré a bien aceptar la rama de olivo. Disponéis de media hora para tomar una decisión, antes de que dé la orden de que acaben con todos vosotros.

Un sentido grito de dolor brotó de la muchedumbre allí congregada. Popeo les dio la espalda para hacerles ver que ésa era su última palabra.

Dinis inclinó la cabeza, volvió al lado de los suyos y comenzó a hablarles en su

lengua. Mientras tanto, por orden de Aulo, aparecieron unos legionarios con cinco braseros encendidos y cinco tajos de madera; los dejaron en el suelo, a la vista de los tracios.

Desde la posición en que se encontraba, en el flanco derecho, Vespasiano observaba todo lo que pasaba a la luz declinante de aquella postrera hora de la tarde. Unos treinta ancianos y quince mujeres, de edad también más o menos avanzada, dieron un paso adelante. Con los ojos vendados, Dinis caminaba entre la multitud tocando al azar a los suyos con la rama de olivo. La mayoría de los así elegidos no dudó en sumarse a los voluntarios que aguardaban; otros, en cambio, comenzaron a proferir alaridos y hubieron de llevarlos a rastras a sufrir la suerte que el destino les había deparado. Tan sólo los niños se libraron del sorteo. Por fin, delante de tajos y braseros, se formaron dos grupos de víctimas elegidas.

Dinis dio un paso adelante y se unió a los suyos. Desde allí, gritó a Popeo:

—Esto es lo que nos has exigido, general. Permite que dé ejemplo a los míos y sea el primero en recibir el castigo. Quédate con mis ojos.

—Como quieras —contestó Popeo, mirando a Aulo—. Centurión, cumple tu cometido.

Aulo dio una orden, y dos legionarios le sujetaron con fuerza los brazos a la espalda, mientras un tercero sacaba un badil al rojo vivo de uno de los braseros y se acercaba al anciano jefe. Dinis se arqueó, pero no abrió la boca. Con las cuencas ennegrecidas y aún humeantes, caminando con la cabeza alta, se lo llevaron a un lado. Los suyos guardaban silencio.

A empujones, otros cinco tracios echaron a andar hasta situarse enfrente de los tajos. Unos legionarios les ataron las muñecas y les obligaron a extender los brazos hasta las pulidas superficies de madera aferrándose, con las manos, a las aristas de los tajos. Otros soldados los sujetaron por los hombros, obligándoles a permanecer erguidos. Los cinco revoltosos miraron para otro lado, mientras otros tantos legionarios desenvainaban sus espadas y les cercenaban los brazos a la altura de las muñecas. Entre aullidos de dolor, los cinco cayeron al suelo de espaldas; no paraba de perder sangre por los muñones; las manos seguían aferradas a los tajos. Las mujeres que estaban entre la multitud comenzaron a chillar, lamentándose a gritos.

Les aplicaron de inmediato unas antorchas encendidas embadurnadas de pez sobre las heridas, y se llevaron a los cinco hombres a un lado.

Los gritos y los chillidos aumentaron cuando cinco ancianos de ambos sexos fueron conducidos hasta los braseros. Impasible y en silencio, Vespasiano contempló el centelleo de los badiles al rojo vivo. Otros cinco tracios se acercaban a los tajos cuando, a sus espaldas, por encima de tanto lamento distinguió la voz de Magno.

—Amo, tienes que venir enseguida —le dijo mientras guiaba su caballo hasta ponerse a su altura.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, encantado de poder apartar la vista del macabro espectáculo.

Magno se arrimó aún más y, en voz baja, le dijo:

—Asinio acaba de llegar al campamento. Quiere que vayas a verlo de inmediato. Incrédulo, el joven miró a su amigo.

—¿Cómo que Asinio está aquí? ¿Cómo ha venido?

—A caballo, como es natural. ¿Piensas acercarte o no?

—Pues claro —contestó, antes de volverse a Peto para decirle—: Con tu permiso, tengo un asunto urgente que atender.

—Faltaría más, querido compañero. Ojalá pudiera ir contigo. Las mutilaciones es lo que menos me gusta de los espectáculos de nuestro circo. Normalmente aprovecho para estirar las piernas hasta que da comienzo algo más de mi agrado, como la caza de animales salvajes. Eso me encanta. Ve, pues —lo despidió Peto.

* * *

El sol ya se había ocultado tras las cumbres de los montes Ródope, dejando el campamento sumido en sombras; sus rayos mortecinos teñían en tonos ambarinos y dorados las nubes bajas que se arremolinaban en el cielo.

Magno condujo a Vespasiano hasta una tienda enorme que se alzaba al lado del *praetorium*, siempre dispuesta para acoger a los visitantes ilustres. Custodiaban la entrada dos de los once lictores que habían escoltado al procónsul Asinio hasta la provincia. Vespasiano y Magno fueron recibidos al instante.

Asinio estaba sentado en un diván buscando alivio para sus pies en un barreño de agua templada y con una copa de vino en la mano. Un par de esclavos, todavía cubiertos del polvo del camino, trajinaban a sus espaldas con toallas de hilo y ánforas de agua caliente.

—Vespasiano, tenemos que hablar a solas —dijo, despidiendo a los esclavos; Magno, dándose por aludido, salió con ellos. Asinio le indicó al muchacho que tomase asiento en un taburete plegable que estaba colocado frente a él—. Te habrá sorprendido, sin duda, verme por aquí.

—Una agradable sorpresa, en cualquier caso. Tengo muchas cosas que contarte.

—Todo a su tiempo. Antes, deja que te explique qué me ha obligado a venir hasta este perdido rincón del imperio —apuró la copa, y recurrió a una jarra que reposaba en una mesa baja a su lado para llenarla de nuevo—. El ampuloso informe que Popeo envió a Roma sobre cómo había sojuzgado a las tribus rebeldes bastó para que el senado decretase otorgarle las insignias del triunfo, decisión un tanto precipitada a mi juicio dado que sólo hoy, según tengo entendido, está aceptando la rendición de una exigua facción de esos rebeldes que siguen desafiando a Roma enrocados en su fortín. Pero no hay vuelta atrás. El emperador no ocultó su satisfacción por la concesión de tales honores y reclamó la presencia de Popeo en Roma de inmediato para la celebración. Creo que Tiberio arde en deseos, como siempre por otro lado, de apartar a un general victorioso de su ejército y hacerle volver a Roma para no

perderlo de vista. Pomponio Labeón asumirá el mando. Como yo estaba a punto de partir de Roma para hacerme cargo de la provincia de Bitinia (hubiera preferido Siria, pero esa bicoca fue a parar a manos de un amigo de Sejano, como bien te puedes imaginar), el senado me encargó que diera un pequeño rodeo y fuera yo, en persona, quien se lo notificase al excelso general. Al parecer, los senadores pensaron que no sólo se sentiría halagado si era un excónsul quien le daba tan grata noticia, sino que aceptaría de mejor grado su traslado a Roma —Asinio tomó otro trago de vino; al ver que su acompañante no bebía nada, le hizo un gesto para que se sirviese—. En otras circunstancias —continuó—, habría buscado la forma de zafarme de un cometido tan poco agradable, pero mira por dónde tu hermano Sabino me informó de algo que me llamó poderosamente la atención. Al parecer, hace aproximadamente dos meses, unos hombres que exhibían una orden del emperador se llevaron de la ceca tres cofres con cincuenta mil denarios. Según la autorización que llevaban, se trataba de dinero destinado a pagar la soldada de las legiones estacionadas en Tracia. Hasta ahí, nada fuera de lo normal. Sin embargo, al repasar los libros de cuentas, Sabino se percató de que era el segundo pago que se hacía por ese importe para el mismo número de meses. Extrañado, comprobó la cantidad de denarios acuñados aquel mes y la comparó con las reservas de plata que se guardaban en las arcas públicas. Por lo visto, tu hermano tiene buen ojo para los libros de cuentas. Bien orgulloso puede estar quien le haya enseñado.

Vespasiano sonrió al pensar en las largas horas que había pasado tratando de que su hermano, a pesar de sus reticencias, aprendiese los rudimentos del cálculo contable. A lo que parecía, sus esfuerzos no habían caído en saco roto.

—¿Te parece divertido?

—Ten a bien disculparme, Asinio. Continúa, te lo ruego.

—Cuando Sabino repasó las reservas de plata, descubrió que había cincuenta mil denarios de más, pero que las cuentas del tesoro cuadraban, de manera que no había forma de demostrar que aquellos cofres hubieran salido de la ceca. En pocas palabras, era como si el dinero se hubiera esfumado, un plan perfecto para financiar en secreto una rebelión. Fue entonces cuando pensé que, si venía a transmitirle a Popeo el encargo que me había encomendado el senado, tendría la oportunidad de seguir la pista de esos cofres que, al parecer, nunca existieron —hizo una pausa y volvió a llenar la copa.

—Alguien habrá repuesto la plata que faltase —aventuró Vespasiano.

—Exacto. Pero ¿quién dispone de tal cantidad de plata? Sejano no es tan rico como para permitirse semejante dispendio.

El joven se quedó pensativo.

—¡Ya lo tengo! ¡Popeo! —dijo casi alzando la voz—. Peto me contó que la familia de Popeo se había enriquecido gracias a las minas de plata que poseen en Hispania. Habrá echado mano de sus propios recursos para acuñar esa cantidad de dinero.

—¿Me estás diciendo que Popeo es un hombre de Sejano? —exclamó Asinio, incapaz de dar crédito a lo que acababa de oír.

Vespasiano le contó entonces todo lo que había pasado desde que Magno y él llegaran a Tracia, sin omitir lo que la reina Trifena y Corbulón le habían contado.

—¿Cómo he podido ser tan estúpido? —musitó Asinio, cuando Vespasiano hubo concluido su relato—. Todo encaja. Sejano y Popeo se han puesto de acuerdo para crear una situación de crisis en la que sea imposible demostrar que ambos están detrás. Popeo jurará que, mirando sólo por los intereses del imperio, envió oficiales de reclutamiento a Tracia porque necesitaba más hombres para defender la frontera norte de Mesia. No hay ninguna prueba escrita ni material que los relacione con el dinero utilizado para incitar a los jefes tracios a la rebelión, puesto que nadie ha sacado esa suma de las arcas del tesoro. Popeo ha actuado con rapidez para sofocar la rebelión, mientras los agentes de Sejano, por su lado, animaban a otras tribus a sublevarse, poniendo en peligro nuestro acceso por tierra a las provincias orientales. Popeo sale de este asunto convertido en un héroe, y Sejano consigue lo que quiere, más tiempo para seguir con sus manejos en Roma. ¿A qué precio? La plata extraída de las montañas de Hispania. Un plan ingenioso, desde luego.

—Pero ¿por qué se tomaron la molestia de acuñar toda esa plata? ¿Por qué no se sirvieron de la plata en bruto?

—No lo sé. Quizá pensaran que sería más difícil saber de dónde procedían las monedas que averiguar el origen de los lingotes de plata. Al fin y al cabo, son pocas las familias que poseen minas de ese metal.

Desde fuera les llegó el alboroto de las tropas que, de vuelta en el campamento, rompían filas.

—Sé de una persona que podría probar que ambos tienen algo que ver con el dinero.

—Lo sé. Rotisis, el sacerdote. Pero ¿cómo daríamos con él? Aun en el improbable caso de que lo encontrásemos, habría que llevarlo a Roma para que declarase ante el senado, y siempre sería la palabra de un bárbaro contra el testimonio de un prefecto de la guardia pretoriana y de un gobernador.

—Y si te dijera que está aquí.

—¿Quién, Rotisis? No puede ser.

—Ha actuado como intermediario entre Popeo y los rebeldes.

Asinio rio con ganas.

—Las argucias de ese sacerdote no conocen límites. Primero anima a los suyos a alzarse en armas y, luego, los convence para que se entreguen. ¿Qué gana con esos tejemanejes?

—Yo tampoco lo entiendo.

—Creo que deberíamos tener una conversación con ese repugnante mierdecilla. Quizá nos diga dónde han ido a parar los otros cofres. Estoy seguro de que, entre Magno y tú, os las arreglaréis para traérmelo sin armar mucho revuelo. Mientras, voy

a informar a Popeo de mi llegada y a ver de qué pie cojea. Según cómo me reciba, a solas o de forma protocolaria, nos aclarará hasta qué punto se siente seguro.

* * *

A pesar del ruidoso tumulto de las cohortes que volvían a sus tiendas, Vespasiano se encontró con que Magno lo esperaba fuera. Las llamas temblorosas de las antorchas que habían encendido a lo largo de la Via Principalis y la Via Praetoria se reflejaban en los repulidos yelmos y las corazas de hierro que llevaban los legionarios. Tras haber visto cómo se rendía la cuarta parte de sus enemigos, los hombres tenían la moral por las nubes. Caso de que tuviera lugar, la batalla que les quedaba por librar no habría de ser tan ardua.

—Así que Asinio quiere que le traigamos a Rotisis para sacarle el buche —concluyó Vespasiano, tras haberle puesto al tanto de la conversación que acababa de mantener.

—Será un placer —respondió Magno con una sonrisa torva—. Confío en que pueda cortarle el cuello después.

—¿Quién ha dicho nada de que haya que matarlo? Puede sernos de utilidad.

—Creo que sería lo más sensato, ¿no te parece? Si Asinio lo deja salir con vida de ésta, irá a Popeo con el cuento de que el gobernador está al corriente del asunto de los cofres y, si quiere salvar el pellejo, el general tendrá que liquidar a Asinio.

—Tienes razón. No estaría de más. Pero, primero, habrá que dar con él.

—Nada más fácil. He visto que volvía al campamento con Popeo. Ambos están en el *praetorium* en este momento. En cuanto a lo de atraparlo, eso es otro cantar. Parece que se ha traído una escolta formada por cuatro de los tracios que se han entregado hoy. Necesitaríamos a alguien que nos echase una mano.

—¿En quién podríamos confiar?

—Puede que en Corbulón, pero es posible que piense que le sale más a cuenta estar a bien con Popeo que jugarse el cuello por Asinio. En cuanto a Galo, no sabría decirte. Así que sólo nos queda Fausto. Estoy seguro de que, si le dices que nada le habría gustado tanto al general como que acabasen con su vida, se unirá a nosotros y traerá a algunos hombres de su confianza.

—Esperemos que tengas razón. Por si acaso, quédate aquí, y no pierdas de vista al sacerdote.

* * *

Poco después, Vespasiano volvió donde estaba Magno. Con él, iban Fausto y dos legionarios de aspecto siniestro que pertenecían a la primera cohorte.

—Todavía no ha salido, amo —le susurró Magno—. ¿Cómo estás, Fausto?

¿Dispuesto a saciar un poquito esa sed de venganza?

—¡Jodido cabrón! ¡Necrófilo de mierda! ¡Será mamón! —Desde que Vespasiano le hubiera puesto al corriente de la jugada de Popeo, Fausto no había dejado de soltar cuantos improperios se le pasaban por la cabeza; estaba más que encantado de darle su merecido al sacerdote en cuestión.

Al poco rato, Rotisis, rodeado de su nueva escolta, salió del *praetorium* y se encaminó a toda prisa hacia la Via Principalis, donde, agazapados entre las sombras, acechaban Vespasiano y sus compañeros.

—Seguiremos el mismo camino que ellos, pero por esa calle de ahí —les dijo Vespasiano en voz baja, dirigiéndose a la trocha que discurría entre la primera y la segunda hilera de tiendas.

Al cabo de unos cien pasos, los tracios torcieron a la izquierda. Vespasiano se detuvo un instante y echó a correr entre dos tiendas; los otros fueron tras él. Ocultos en la oscuridad, observaron que tomaba la senda que pasaba por delante de ellos y se detenía en el exterior de una tienda suntuosa, custodiada por dos tracios. Intercambió unas palabras con los guardias que, tras dejar entrar a Rotisis y los suyos, hicieron otro tanto.

—Es la tienda del rey Remetalces —le susurró Fausto al oído.

Vespasiano fue con sus hombres hasta la entrada y se detuvieron a escuchar lo que decían. De dentro, les llegó la voz inconfundible y chillona de Rotisis. Fuere lo que fuere lo que estuviese diciendo, el tono era amenazante. Otra voz, que supuso que era la de Remetalces, respondía en un tono más mesurado. De repente, oyeron el silbido de unas espadas recién desenvainadas; casi de inmediato, unos gritos sofocados y los golpes sordos de dos cuerpos que iban a parar al suelo.

—¡Venid conmigo! —gritó Vespasiano, blandiendo su espada e irrumpiendo en la tienda.

Rotisis tenía al rey agarrado por el pelo, amenazándolo con una daga a la altura de la barbilla. Dio un grito, y enseguida sus hombres lo rodearon. Sin dudarle, Vespasiano le clavó la espada en el pecho al que tenía más cerca; al chocar contra las costillas, le rechinó la muñeca a medida que traspasaba huesos, nervios y músculos hasta hundírsela en el pulmón. El tracio emitió un hondo gemido, sofocado muy pronto por un cuajaron que le llenó la boca, y se cayó de bruces ahogándose en su propia sangre. Sin tiempo de reaccionar, los otros tres no tardaron en rodar por el suelo junto a su compañero y los dos guardias que custodiaban la tienda del rey.

—Un paso más, y le rajo el cuello —amenazó Rotisis—. Quitaos de en medio.

Vespasiano alzó la mano, y sus compañeros no se movieron de donde estaban. Se quedó mirando al sacerdote de cara de comadreja que resollaba dejando al descubierto una hilera de dientes amarillos, mientras empujaba hacia adelante a un aterrorizado Remetalces.

—Si lo matas, morirás —dijo Vespasiano—. Si permites que se vaya, al menos seguirás con vida.

—No puedes hacerme nada. Soy un sacerdote —chilló Rotisis.

Vespasiano miró a Magno, a Fausto y a los otros dos; los cuatro soltaron una risotada.

—¡Nos importan un carajo vuestros inmundos dioses! —le espetó Fausto, disfrutando del gesto de sorpresa que se dibujaba en la cara de Rotisis—. Con gusto te degollaría al pie de sus altares y me iría a dormir a pierna suelta, sapo repugnante.

Rotisis tiró con fuerza de la cabeza del rey hacia atrás y apretó la hoja contra su garganta, haciéndole un corte en la piel del cuello. El joven rey no apartaba sus ojos suplicantes de Vespasiano.

—Adelante, tú sabrás lo que haces —dijo Vespasiano con voz tranquila—. Pero recuerda que es la única posibilidad que tienes de salir con vida.

Los ojos negros sanguinolentos del sacerdote echaron una rápida ojeada a la estancia donde se encontraban, pero sólo vio cinco espadas dispuestas a acabar con su vida. Profirió un alarido y, tras darle un empujón, soltó a Remetalces y se engurruñó en el suelo. De una patada, Fausto le obligó a soltar el cuchillo; le pateó a continuación en el pecho, poniendo fin a tanto lamento, mientras el sacerdote se debatía por respirar.

—Ésta por los muchachos que mataste a la orilla del río, pedazo de cabrón. Muchas te caerán encima antes de que hayamos acabado contigo.

—¿Habrías dejado que me matase? —preguntó Remetalces, casi sin aliento.

—No tenía otra elección —respondió Vespasiano sin tapujos—. Te apuntaba a la garganta con un cuchillo; si no te mataba aquí mismo, lo habría hecho en cuanto hubierais salido de la tienda. Supongo que era a lo que venía.

—Así es. Me acusó de haberme arrogado el poder de los sacerdotes, de haber ofendido a los dioses.

—¡Jodidos tracios! —rezongó Magno—. La misma acusación de siempre: parece una cantinela que nunca se les cae de la boca. Condena a muerte y, además, inapelable, ¿o me equivoco?

—Según nuestras leyes, no hay defensa posible frente a semejante imputación.

—¿Acaso crees que no la hemos sufrido en nuestras propias carnes?

—Registradlo por si esconde algún arma; luego, conducid a este mierda ante Asinio —ordenó Vespasiano, propinando otra patada al sacerdote jadeante, que de paso le rompió un par de costillas—. Más vale que vengas con nosotros —añadió dirigiéndose con un gesto a Remetalces.

* * *

Cuando Vespasiano y los suyos irrumpieron en la rienda, Asinio ya estaba acicalado y sin rastro del polvo del camino, y su esclavo personal le estaba ajustando los pliegues de la toga de cenefas púrpura. Arrojaron al suelo al aterrorizado sacerdote, que no apartaba las manos de su pecho hundido.

—Buen trabajo, amigos —dijo Asinio, despidiendo al esclavo, que se fue hacia la zona de descanso, situada en la parte de atrás de la tienda—. Espero que ninguno de vosotros haya resultado herido.

—Por suerte, no. Llegamos justo a tiempo, en el momento en que se disponía a asesinar a su rey —respondió Vespasiano.

—¡Remetalces! Doy gracias a los dioses de que hayas salido con bien. Ni te habría reconocido —continuó el procónsul, ofreciendo el brazo al joven tracio—. No te había vuelto a ver desde que eras pequeño, cuando estabas en casa de Antonia. ¿Cómo está tu madre?

—Muy bien, senador. Agradezco tu interés.

—¡Me alegra oír eso! Tenía mucha prisa por llegar aquí. Pero ten por seguro que me acercaré a presentarle mis respetos durante el viaje de regreso.

Un sonoro gemido que parecía proceder del suelo le obligó a reparar en el sacerdote.

—Centurión, que tus hombres lo pongan boca arriba.

—Como ordenes —contestó Fausto, con un saludo militar, mientras daba las órdenes pertinentes.

Asinio sacó el puñal que llevaba al cinto y se lo introdujo en la boca. El sacerdote pateaba, pero nada podía hacer, sujeto como estaba por los tobillos y las muñecas a manos de los dos hombres de Fausto.

—Sólo tienes una salida, sacerdote: o usas tu lengua para responder a mis preguntas o te la arrancaré.

Rotisis lo miró aterrado. Nunca antes le había tocado representar el papel de víctima; sumiso, asintió con la cabeza.

Asinio retiró el puñal.

—¿Quién te dio el dinero para que las tribus se alzasen contra tu rey y contra Roma?

Si bien con lentitud por culpa de las costillas rolas que le impedían respirar con normalidad, el sacerdote no tardó en contestar.

—Un romano de alto rango. No sé su nombre. Fue el año pasado, a través de intermediarios.

—No me vale —dijo Asinio, volviendo a introducir el puñal en la boca del tracio y haciéndole un corte de un dedo de ancho en la comisura de los labios, mientras la sangre le corría mentón abajo—. Empecemos de nuevo.

—Me aseguraron que venían en nombre del cónsul Marco Asinio Agripa.

Sin dar crédito a lo que acababa de escuchar, Asinio pareció dudar un momento.

—Pero... —empezó a decir Vespasiano, antes de que el magistrado le hiciese un gesto para que se callase.

—Eran tres guardias pretorianos, aunque su jefe era un civil, un hombre fuerte, de piel atezada y cabellos largos —añadió, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas hasta mezclarse con su sangre.

—¿Te hablaron de las razones que pudiera tener Asinio para instigar la revuelta?

—Me comentaron algo acerca de deponer al emperador, que iban a producirse otros levantamientos a lo largo y ancho del imperio y que, mientras las legiones se ocupaban de sofocarlas, ellos restaurarían la república —dijo Rotisis, arrastrando las palabras; la herida de la boca le impedía hablar como es debido.

—¿Llegaron a decirte que la rebelión tendría éxito?

—Así es. Me dijeron que se produciría un levantamiento en Mesia, que las dos legiones destacadas en aquel territorio no podrían moverse ni acudir en ayuda de Remetalces, y que podríamos hacer cuanto nos viniera en gana.

—¿Así que confiaste en su palabra?

—Sí. De Mesia llegaron oficiales de reclutamiento para exigir que nuestros hombres se uniesen a las tropas romanas allí estacionadas, como si las legiones necesitasen refuerzos. Pensé entonces en la posibilidad de librarnos de esta monarquía opresora y volver a nuestra antigua tradición, a saber, tribus independientes unidas por creencias comunes.

—Según eso, tú, como sumo sacerdote, aun sin ostentar el título, te convertirías en rey de este territorio.

—Sólo quería lo mejor para Tracia y sus dioses —dijo Rotisis casi a gritos, a pesar de la herida.

—De modo que, cuando aparecieron las legiones y la rebelión perdió fuelle, te presentaste aquí y te pusiste a las órdenes de Popeo. ¿Puede saberse por qué?

—Cuando los ceneos no fueron capaces de impedir la llegada de los refuerzos que habían de unirse a las tropas de Popeo, comprendí que no teníamos ninguna posibilidad de ganar, y me acerqué hasta aquí para tratar de negociar una rendición, antes de que la situación no tuviera remedio.

—Muy noble por tu parte. ¿Cómo es que Popeo depositó en ti su confianza?

—Le hablé de los dineros de Asinio y, a cambio de mi vida, accedí a ir a Roma con él para prestar declaración ante el senado y denunciar tales manejos.

Asinio meneó la cabeza.

—Muy bien —musitó con una sonrisa, y a continuación volvió a encararse con el sacerdote—. ¿De modo que Popeo está encantado de que seas tú, su nuevo amigo, el encargado de llevar las negociaciones con los rebeldes?

—Pone muchas trabas, plantea un montón de exigencias y condiciones. No creo que quiera de verdad la rendición de las tribus, más bien quiere alzarse con la victoria.

—¿Y aun así deseas ver muerto a tu rey?

—Acabar con la vida de Remetalces era lo único que íbamos a sacar en limpio de todo este embrollo —siseó Rotisis mirando al rey, mientras su cara ensangrentada de comadreja se retorcía en un gesto de odio más que elocuente.

Asinio retrocedió un paso y, mirando a Magno y a los dos legionarios, les dijo:

—Llévalo a la parte de atrás: dadle una buena tunda, atadlo de pies y manos, y

no os apartéis de su lado.

Encantados, se dispusieron a cumplir la orden que acababan de recibir.

—¡Quién me iba a decir a mí que Sejano y Popeo podrían ganarme en sutileza! —le comentó Asinio a Vespasiano—. Utilizar mi nombre para atribuirme esta maniobra me parece un golpe maestro. Jamás lo habría imaginado. Está claro por qué recurrieron a monedas acuñadas: a nadie le extrañaría que yo tuviera algo que ver con dinero contante y sonante, mientras que con las reservas de plata de las arcas públicas...

Sin saber qué pensar de aquel galimatías, Vespasiano se lo quedó mirando.

—¿No irás a decirme que tú también te lo has creído? —exclamó Asinio.

—No, claro que no —respondió Vespasiano, mientras recordaba lo que Coronus les había dicho: que Rotisis se presentó con Hasdro y tres pretorianos cuando había ido a ver a los ceneos.

—Menos mal —replicó el procónsul—. No puedo perder el tiempo defendiéndome de falsas acusaciones ante un tribuno raso.

—¿Qué tal si se lo explicas a un rey, Asinio? —aventuró Remetalces.

—Y a varios, si te parece. Me defenderé en el senado. Pero si necesitas más pruebas, piensa en la razón por la que no he ordenado a Magno que acabe con esa sabandija. Si tiene una oportunidad, testificará contra mí y, lo que es más importante, puesto que él también está implicado en el asunto, darán por buena su declaración. Si lo torturasen, y confío en que así sea, el resultado sería el mismo. Así que, ¿por qué habría de querer que siguiera con vida?

Remetalces se quedó mirando a Asinio y se encogió de hombros. Descorazonado, el gobernador se dejó caer en un diván.

—Para dar credibilidad a la declaración del sacerdote, estoy convencido de que Sejano habrá falsificado documentos que probarán que yo autoricé que se sacaran esos caudales de las arcas públicas. Aunque Rotisis muriese, tales documentos bastarían para condenarme. Si soy yo quien lo arrastra ante el senado, quedará claro que poco me importan las acusaciones que pueda formular. Tendré en mis manos los hilos del asunto y conseguiré que identifique a los intermediarios, es decir, a los pretorianos y a Hasdro, el liberto de Sejano, personas que nada tienen que ver conmigo como de sobra todo senador sabe. Así, el testigo de cargo de Sejano se volverá en su contra. Por eso es preciso que lo lleve a Roma con vida.

—Iré contigo y hablaré en tu defensa —balbució Remetalces, avergonzado.

—No hará falta. Bastará con una carta. Tienes que regresar a Filipópolis y empezar a curarte... —Asinio no llegó a decir nada más. En el exterior de la tienda, se produjo un alboroto. Alguien retiró el faldón de la entrada. Allí estaba Popeo, poniendo en su sitio a los lictores que pretendían cerrarle el paso.

—Buenas noches, Asinio —dijo Popeo, con afectación—. ¡Qué grata sorpresa! ¿A qué debo el placer de tu presencia por estos parajes?

—¡Popeo! —respondió Asinio, poniéndose en pie, haciendo un gesto a los

lictos para que volvieran a vigilar la tienda—. He venido para cumplir un encargo del senado y del emperador.

—Supongo que algo tendrá que ver con el rey y este joven tribuno.

—Como bien sabes, tanto el rey Remetalces como el tribuno Vespasiano son viejos amigos míos —Asinio calló un momento al escuchar gritos y alaridos apagados que parecían provenir de las fortificaciones—. Han venido a presentarme sus respetos.

Vespasiano saludó al general, que lo ignoró, igual que hizo caso omiso de los gritos que se oían a lo lejos.

—¿Y el centurión Fausto? ¿Otro conocido de los viejos tiempos? —dedicando una mirada recelosa al veterano militar.

—No digas necedades, general —repuso Asinio, indignado—. El centurión está aquí como escolta del rey, quien, por lo visto, nada sabe de los hombres que lo custodiaban.

Popeo pareció darse por satisfecho con la explicación que acababa de escuchar.

—Muy importantes han de ser las nuevas que me traigas de Roma para que te hayan elegido a ti, un excónsul nada menos, como correo.

—Confiaba en que mantuviéramos un encuentro protocolario, general.

—Le diré a mi secretario que fije un momento para que nos veamos mañana por la mañana. Te quedaría muy agradecido si me adelantases algo.

Asinio volvió la vista hacia el lugar de donde procedía el alboroto, que tenía todas las trazas de ser una refriega en toda regla.

—En tu lugar, yo no me preocuparía en demasía, Asinio —le dijo Popeo con aplomo—. Se trata de una incursión más de los pocos rebeldes que quedan ahí arriba. Un incidente sin importancia.

—Si tú lo dices. Como muestra de gratitud por la gloriosa derrota que has infligido a los rebeldes tracios, el senado te ha otorgado las insignias del triunfo, decisión que el emperador no ha dudado en ratificar —el procónsul calló un instante, mientras observaba la sonrisa de autocomplacencia del general—. El emperador también te ruega que tengas a bien regresar a Roma cuanto antes para celebrarlo como es debido.

—¿Que vuelva a Roma de inmediato? —se extrañó Popeo—. ¿Por qué?

—En tu parte de guerra dabas a entender que habías aplastado a los rebeldes, aunque de forma un tanto precipitada, añadiría yo —contestó Asinio, prestando atención al creciente alboroto que les llegaba desde más allá del campamento—. El emperador ha pensado que nada más podías hacer aquí, y te pide que vuelvas a Roma cuanto antes. Desde este instante, Pomponio Labeón será quien asuma el mando.

—¡Pomponio Labeón! ¡Esto es cosa tuya! —se revolvió Popeo, señalando a Asinio con el dedo.

—¿Mía? Si no soy sino un correo que cumple con el encargo de transmitir buenas noticias antes de incorporarme a la provincia que me corresponde —replicó Asinio,

con malicia—. Sólo cumplo órdenes del emperador y del senado. Si buscas un culpable, vuelve a leer tu ampuloso informe.

Popeo apretó los puños. Parecía dispuesto a abalanzarse sobre el senador. La inesperada llegada de Corbulón bastó para que los ánimos se tranquilizaran.

—General —dijo, casi sin resuello—, ¡gracias a los dioses que doy contigo! Esos bárbaros atacan nuestro muro defensivo por cuatro o cinco sitios a la vez; en uno de ellos, al menos, han abierto una brecha. Parece que los tracios que quedaban allí arriba se han decidido a lanzar el ataque definitivo.

—¡Todo el mundo en marcha! ¡Convoca a todos los oficiales al *praetorium*! —llegó a decir Popeo, que no acababa de reponerse de su asombro.

Corbulón saludó y se apresuró a cumplir las órdenes.

—¡Tribuno, centurión, a vuestras legiones! —bramó el general, dirigiéndose a la salida de la tienda.

—Demasiado tarde para merecerte de verdad los honores del triunfo, general —tuvo la entereza de decirle Asinio—. Otro será quien dé las órdenes en tu lugar.

Popeo se detuvo en la entrada de la tienda, y le dedicó una mirada cargada de rencor.

—¡A la mierda tú y tus órdenes! ¡Ya hablaremos! —abandonando la tienda en el momento en que todas las *bucinae* del campamento resonaban llamando a los hombres a las armas. Asinio se encogió de hombros.

—Acaba de desobedecer una orden directa del emperador y del senado. Él sabrá lo que hace. Esa conversación aplazada promete.

Despidió a Fausto y a los dos legionarios, y reclamó la presencia de los lictores, que no tardaron en presentarse.

—Bien pensado, es una suerte que se haya producido este ataque —dijo Asinio, sonriendo contento a Vespasiano—. ¡Llama a Magno!

Tras ser relevado de su cometido por dos lictores fornidos, Magno abandonó encantado la parte de atrás de la tienda.

—¿Ya hemos acabado, amo? Parece que ahí fuera se ha montado un bonito jaleo.

—Te quedarás conmigo, Magno —le ordenó Asinio—. Me vienes que ni pintado para el encargo que pienso encomendarte.

—Me las compondré yo solo, amigo mío —lo tranquilizó Vespasiano, queriendo acallar las protestas de su compañero—. Alguna vez tenía que pasar: habré de pelear por mi cuenta. Haz lo que te diga.

—Como tengas a bien —contestó el otro de mal humor.

—Así me gusta.

—¿Qué quieres que haga, amo? —rezongó Magno.

—Quiero que encuentres cualquier carta que establezca una relación entre Popeo y Sejano. Exceptuando a los esclavos, el campamento está casi vacío, así que creo que ha llegado el momento de registrar el *praetorium* de arriba abajo.

Capítulo XXVI

Vespasiano y Magno salieron a la oscuridad de la noche. Había empezado a llover. Por todas partes, se oían voces de centuriones y *optiones* que llamaban a los hombres a formar. Tanto la Via Principalis como la Via Praetoria estaban atestadas de legionarios que, provistos de corazas y yelmos, formaban en centurias, algunos con la cena todavía en la boca. Como habían realizado la maniobra en más de una ocasión, la mayoría sabía lo que tenía que hacer; sólo los recién llegados no escapaban a las varas de sarmiento que blandían los centuriones, mientras aturcidos, a la luz vacilante de las antorchas que iluminaban el campamento, buscaban a sus compañeros.

—¡Que registre de arriba abajo el maldito *praetorium*! —refunfuñaba Magno—. ¡Qué ocurrencia! ¿Cómo cojones voy a hacerlo?

—Seguro que guarda su correspondencia personal en un cofre en la parte de atrás de la tienda. Nada como hacer un buen agujero en el cuero, y te cueles dentro —apuntó Vespasiano.

—Pero luego tendré que abrir el cofre.

—Utilizas una palanca.

—Estás tan perturbado como Asinio. Sólo hay un inconveniente en el que ninguno de los dos habéis reparado: ¿cómo sabré qué cartas llevan la firma de Sejano, si no sé leer?

Sin palabras, Vespasiano se detuvo en seco.

—¿Estás de broma?

—Pues no.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Te lo comenté hace tiempo, si bien es cierto que nunca, hasta ahora, me había visto en semejante aprieto.

Los oficiales de más alto rango habían comenzado a salir del *praetorium*. Vespasiano no sabía qué hacer.

—Tengo que dejarte y presentarme a Pomponio. Hazte con cualquier documento que lleve el sello del emperador o la firma de alguien cuyo nombre empiece por S, ya sabes, esa letra que parece un garabato, la que se asemeja al movimiento de una culebra.

—¡Qué gran ayuda! ¡Menuda mierda!

Al otro lado de la Via Principalis, a la luz de las antorchas, cuatro hombres salieron de una tienda. Tres llevaban el uniforme de la guardia pretoriana; el cuarto parecía un civil; el pelo le llegaba hasta los hombros.

—¡Hasdro! —acertó a musitar Vespasiano.

Los cuatro se dirigieron al *praetorium*, y entraron en la tienda sin pararse a saludar siquiera a los guardianes.

—¡Lo que me faltaba, encima plagada de pretorianos! ¿Y ahora qué hago?

—No tengo ni idea. Ya se te ocurrirá algo. ¡Hasta dentro de un rato y buena

suerte!

—¡Lo mismo te digo! —respondió Magno, dándole una palmada en el hombro.

Vespasiano cruzó la calle, sorteando las centurias que, en formación, se disponían a salir del campamento. Avanzó entre los caballos destinados a los oficiales de la Cuarta Escítica que se agolpaban a la entrada de la tienda del comandante, y se deslizó dentro antes de que Pomponio regresase del *praetorium*. Cuando el legado entró en la tienda, los mandos lo saludaron en posición de firmes.

—Está bien, ya basta —iba diciendo mientras pasaba entre ellos para dirigirse al otro extremo de la tienda. Una vez allí, se dispuso a transmitirles las órdenes pertinentes, no sin antes acomodar su voluminoso trasero en el borde de un escritorio que quedaba a sus espaldas—. Parece que, haciendo de tripas corazón, por fin esos cabrones se han decidido a presentar batalla —dijo, mientras en su rostro colorado y rechoncho se dibujaba una sonrisa maliciosa—. Nos haremos cargo de la defensa de la parte del muro que queda a la derecha de la puerta; los hombres de la Quinta Macedónica se ocuparán del otro lado. Las cohortes auxiliares nos cubrirán los flancos. No puedo daros ninguna orden especial: simplemente dejaos guiar por vuestro instinto y acabad con ellos. Retiraos y regresad cuanto antes junto a los vuestros. Tribuno Vespasiano, procúrate un caballo y ven conmigo; serás mi ayudante de campo.

* * *

Vespasiano esperó a lomos de una de las monturas reservadas a los mandos, mientras ayudaban a Pomponio a encaramarse a la suya. La lluvia había arreciado hasta convertirse en un auténtico aguacero que, a pesar de las corazas, les empapaba las túnicas que llevaban debajo. En lugar del humo de las fogatas que el agua que caía se había encargado de apagar, el aire estaba impregnado del aliento de millares de hombres sudorosos y calados hasta los huesos. Aún a sabiendas de que habrían de esperar al día siguiente para hacer el cálculo de aciertos, los chasquidos, siseos y fuertes batacazos indicaban que, pese a las inclemencias del tiempo, las máquinas de artillería alojadas en las torres habían entrado en acción, lanzando a ciegas flechas incendiarias y peñascos redondeados contra el enemigo.

Popeo y Corbulón salieron del *praetorium* y, de un salto, montaron en los caballos que los esperaban ya enjaezados. Con gesto teatral, Popeo alzó un brazo y dio la orden de ponerse en marcha. Resonaron las seis notas graves y sonoras de un *cornu* con que se daba la señal de avanzar. Las puertas de los tres muros del campamento se abrieron de par en par; por dos veces los *signiferi* inclinaron los estandartes de que eran portadores, y las cohortes que iban en cabeza echaron a andar a paso ligero.

—¡Pomponio, ven conmigo! —ordenó Popeo, espoleando su caballo y adelantándose a las columnas de legionarios que aguardaban para ponerse en marcha. Siguiendo a los comandantes, Vespasiano dejó atrás el campamento y, al galope, se

dirigió hacia el muro defensivo.

* * *

Con el propósito de derribar las puertas, el grueso de los tracios había formado un frente de más o menos una milla. A pesar de la lluvia, algunas partes de la empalizada estaban en llamas y difundían un resplandor vacilante que alumbraba imágenes de lucha a vida o muerte. A la derecha de la puerta, en dos sitios al menos, se apreciaban los boquetes que el enemigo había abierto y las incesantes idas y venidas de los legionarios de dos valiosas centurias, pertenecientes a las dos cohortes encargadas de la defensa, que se habían visto obligadas a intervenir para repeler el asalto.

Popeo cabalgó hasta la puerta, se apeó y, precipitándose escaleras arriba, llegó a lo alto del parapeto. Bajo la lluvia de piedras y flechas que soportaba, la empalizada parecía estremecerse. El centurión que estaba al frente lo recibió con un saludo militar. A sus espaldas, los hombres a su mando iban de un lado para otro a la desesperada, echando abajo escalas que se apoyaban en el muro, cortando maromas que se habían trabado en las estacas y arrojando sus *pila* contra los atacantes.

—¡Novedades, centurión! —exigió el general nada más llegar, a voces para hacerse oír por encima del estruendo de la lluvia y la refriega.

—Aparecieron de repente, general, hará cosa de media hora. Debieron de burlar a nuestras patrullas de vigilancia, puesto que nadie nos había avisado —contestó, mientras esquivaba por los pelos una flecha que pasó rozándole la oreja—. Rellenaron el foso con cañizos y cadáveres en seis puntos distintos, y consiguieron llegar hasta el muro. Con ayuda de unos garfios, derribaron un par de tramos de la empalizada y le prendieron fuego en otros puntos. Éramos tan pocos para repeler la avalancha que bastante hemos tenido con contenerlos.

Un relámpago cruzó el cielo en ese momento, permitiéndoles observar los daños que había sufrido la empalizada.

—¡Buen trabajo! —gritó Popeo, satisfecho al comprobar que habían llegado a tiempo—. A lo vuestro; pronto llegarán refuerzos —los animó y, a continuación, dio una voz a Pomponio, que aguardaba al pie de la escalera—: Legado, que cuatro de tus cohortes acudan en ayuda de las dos que defienden la empalizada que se alza a la derecha de la puerta; que otras dos formen aquí mismo, al pie del portón, dispuestas a efectuar una salida en cuanto yo se lo ordene...

El doble restallido de un trueno retumbó sobre sus cabezas, obligándole a guardar silencio mientras el eco resonaba por las montañas hasta que fue perdiendo fuerza y él pudo continuar.

—Que las dos cohortes restantes formen detrás de la empalizada, pero fuera del alcance del grueso de los asaltantes. Ocupate de que se provean de unos tablones para cruzar el foso y, después, ordénales que caven alrededor de las estacas de la empalizada a lo largo de un tramo que permita el paso de veinte hombres a un

tiempo. Cuando hayamos efectuado la salida, que echen abajo esa parte del muro, crucen el foso y, por ese flanco, se abalancen contra esos malnacidos. Voy a pedirles a los hombres de la Quinta que hagan lo mismo, pero por el lado izquierdo, de forma que caigamos sobre ellos por ambos lados.

—Se hará como dices; estaremos preparados —gritó Pomponio, al tiempo que volvía grupas—. Vespasiano, regresa junto a los hombres y dile al primipilo Fausto que la tercera y la cuarta cohorte formen en columna a este lado de la puerta. Que los de la quinta, sexta, octava y décima cohorte echen una mano a los de la séptima y la novena, que están defendiendo la empalizada. Yo mismo me encargaré de vigilar sus movimientos. Mientras, Fausto y tú poneos al frente de la primera y segunda cohorte y de las tropas auxiliares de la caballería que podáis reunir y disponed el ataque por el flanco. Avísame en cuanto estéis preparados.

Bajo una lluvia torrencial, Vespasiano volvió atrás para transmitirle a Fausto las órdenes que acababa de recibir. Al cabo de un momento, mediante toques de *cornu* y gestos más que elocuentes, cada cohorte estaba en su sitio. Al observar el rápido despliegue de la legión, Vespasiano reflexionó sobre lo mucho que le quedaba por aprender del mundo ignoto en que se movían los centuriones. A su izquierda, a pesar de la lluvia y de la oscuridad de la noche, a la luz del fugaz destello de un relámpago, llegó a ver como los hombres de la Quinta Macedónica se dirigían a toda prisa al lugar señalado con el fin de llevar refuerzos allí donde más se necesitaban, a saber, cerca de las brechas que el enemigo había abierto en la empalizada.

A lomos de su caballo, Vespasiano se puso al frente de la primera cohorte, formada por casi un millar de hombres, una cantidad que duplica el número habitual de efectivos. A pie, sin apartarse de su lado, Fausto resollaba; a paso ligero, los hombres los seguían al abrigo de la empalizada. Tras ellos, iba la segunda cohorte, además de un ala al completo de la caballería auxiliar, cuatrocientos ochenta jinetes, a las órdenes de Peto. Mientras, los legionarios de las otras cohortes se abalanzaban hacia las diferentes escaleras que llevaban a lo alto del muro. Gracias a una rápida sucesión de relámpagos, la celeridad con que llevaban a cabo la operación pareció romperse en una secuencia de gestos crispados. Más truenos retumbaron por encima de sus cabezas, lo que hizo que algunos trastabillasen sin querer, como si hubieran de temer más la ira imaginaria de Júpiter que el peligro mucho más inmediato de la lluvia de proyectiles que el enemigo no cesaba de lanzar.

Hasta que, por fin, los gritos y alaridos de la refriega perdieron intensidad. Lo peor del ataque tracio había pasado. Vespasiano echó pie a tierra y, a voces, le dijo a Fausto que lo siguiese. Treparon por unos escalones donde no había nadie hasta llegar al adarve que discurría a espaldas del parapeto. Tras ellos, empapados y preguntándose sin duda qué pintaban allí, tan lejos de la lucha, los legionarios esperaban órdenes.

Vespasiano se quitó el casco y asomó la cabeza con cautela. Lo que vio lo dejó sin respiración: nunca antes había visto una batalla de verdad. Millares y millares de

guerreros tracios se acercaban hasta el pie de las defensas romanas erizadas de torres, apilando matojos y cadáveres en el foso. Lanzaban escalas y trepaban por ellas con el arrojo de quienes saben que sólo les espera la muerte y nada tienen que perder. A lo largo de la empalizada, arqueros y honderos atacaban con saña el extremo superior de las escalas, obligando a los defensores a agacharse, hasta que sus guerreros llegaban a lo alto, momento en el que dejaban de lanzar proyectiles para no herir a sus compañeros. Se producían entonces encarnizados enfrentamientos cuerpo a cuerpo que solían concluir con los alaridos de los atacantes que se precipitaban al suelo desde lo alto de las escalas para acabar estrellándose contra los suyos veinte pies más abajo. Acto seguido, llovían andanadas de proyectiles contra aquellos defensores que no se habían agazapado al instante, que, con la cabeza abierta, los ojos, el cuello o los brazos asaeteados, caían al suelo de espaldas, como peles, a los pies de sus conmlitones, que se apresuraban a reemplazarlos.

La aparición en el momento oportuno del grueso de las tropas romanas había permitido recomponer muchas de las brechas que los tracios habían abierto en la empalizada. Los asaltantes que habían conseguido superar la barrera defensiva, o bien yacían sin vida en el barro hollado, o bien continuaban luchando hasta el final con una fiereza que no conocía límites. Ni podían concebir la idea de rendirse: si habían llegado tan lejos, era para matar y morir matando.

Cerca de las puertas, en aquellos lugares donde habían arrojado al fuego unos pellejos de aceite, la empalizada seguía ardiendo. A la luz de las llamas, empujado por centenares de individuos que, desde donde estaban, parecían diminutos, vieron avanzar un artefacto semejante a una gran tienda de campaña que, con lentitud, se acercaba al portón.

—Se preparan para atacarnos con un ariete —le explicó Fausto, poniéndose al lado de Vespasiano—. Más vale que se nos ocurra algo.

El muchacho dio un paso atrás.

—Manos a la obra —le dijo a Fausto mientras, con cautela, volvía a ponerse el casco—. La refriega que nos queda más cerca tiene lugar a unos ciento cincuenta pasos de aquí. Vamos a atar unas cuerdas en lo alto de unas estacas y vamos a cavar alrededor de la base en que se asientan para desencajarlas. En cuanto hayamos acabado, ordena a los hombres que desmonten el adarve y se sirvan de los tablones para cruzar el foso.

—Como ordenes —dijo Fausto, dispuesto a cumplir el encargo recibido.

—Y que agachen la cabeza. Se trata de que el enemigo no descubra que estamos aquí.

—Claro, claro. No queremos aguarles la fiesta, ¿verdad? —repuso el centurión con una sonrisa feroz, al tiempo que echaba a correr a donde estaban los hombres.

Los legionarios de la primera y la segunda cohorte se pusieron a ello con entusiasmo, disfrutando de antemano con la sorpresa que supondría un ataque inesperado por aquel flanco contra los tracios. Al cabo de un cuarto de hora, habían

dispuesto las cuerdas en las estacas de la empalizada a lo largo de un tramo de sesenta pies, y nada quedaba del adarve que discurría por aquella zona.

Vespasiano corrió a informar a Pomponio, a quien encontró al frente de un par de centurias de la octava cohorte, taponando mediante una muralla humana la última brecha de la empalizada. Los proyectiles tracios se cebaban en los defensores que, en aquel terreno resbaladizo, sólo con dificultad conseguían mantener la formación de asalto en testudo. Los innumerables soldados romanos que, muertos o heridos, yacían en los alrededores de la brecha daban fe de la excelente puntería de los arqueros y honderos tracios, que se hallaban a tan sólo treinta pasos de distancia.

—Estamos en condiciones de iniciar el ataque por el flanco —le gritó a su comandante en jefe.

—¡Ya era hora, maldita sea! —exclamó Pomponio aliviado—. Estos cabrones no piensan ceder mientras quede uno sólo de ellos en pie, así que acabemos con ellos antes de que sigan matando a los nuestros. Informa a Popeo, que está junto a la puerta, y vuelve conmigo hacia este flanco.

—¡A tus órdenes! —contestó Vespasiano, espoleando su caballo.

* * *

A fuerza de resistir las sucesivas embestidas de la punta de hierro del ariete, las puertas no dejaban de temblar. Tras ellas, cuatro cohortes aguardaban dispuestas para salir a luchar a campo abierto. A fin de acabar con los guerreros encargados de llevar el aparato y los cientos de tracios que iban tras él, Popeo distribuyó a todos los arqueros de las tropas auxiliares a ambos lados del adarve, manteniéndose preparado a salir una vez que las flechas hubiesen debilitado al enemigo. Por detrás de las líneas de los arqueros, Vespasiano se abrió paso hasta el diminuto general que, a pesar de su corta estatura, era fácilmente reconocible gracias al ostentoso penacho que lucía. Ante las numerosas andanadas que lanzaban los arqueros contra las nutridas filas del enemigo que quedaban a sus pies, los tracios empezaron a acusar los efectos de un ataque tan devastador. El ariete, en cambio, cubierto como estaba por un toldo de cuero recio que protegía a los hombres que lo portaban, continuaba con sus incesantes arremetidas contra las puertas, minando la estructura y haciendo que el adarve temblase bajo los pies de Vespasiano.

—Cuando vino a verme esta tarde, el hijo de puta del sacerdote tenía que haberme advertido de que disponían de un ariete en el fortín —maldecía Popeo, cuando el joven lo alcanzó—. Pero no me dijo nada. Como lo encuentre, ¡ya puede despedirse de su lengua! Espero que me traigas buenas noticias, tribuno.

—Creo que sí. Preparados por el flanco derecho —contestó dando un paso atrás, mientras un arquero, con una Hecha atravesándole el cuello, se desplomaba a sus pies echando sangre por la boca. De una patada, Popeo lo echó abajo.

—Enterado. Vuelve a tu puesto y dile a Pomponio que, tan pronto como nuestros

arqueros obliguen a retirarse un tanto a esos cabrones, abriremos las puertas y haremos con ellos lo mismo que ellos tenían pensado hacer con nosotros. Cuando se percaten de lo que les tenemos preparado, abrir las mismas puertas que están intentando derribar, se van a quedar boquiabiertos —dijo Popeo, frotándose las manos, al tiempo que, impasible a las flechas que llovían sobre ellos, ordenaba a los arqueros que no se tomaran ni un segundo de respiro. A pesar de que lo tenía por traidor, Vespasiano no pudo por menos de admirar su serenidad en aquellos momentos: quedarse agazapado en la retaguardia y dar órdenes que podían llevar a los hombres a una muerte segura era algo que no iba con él; muy al contrario: estaba en primera fila, como todo general romano que confía en que sus hombres luchen y mueran por él.

Vespasiano esbozó un saludo que pasó inadvertido, se dio media vuelta y, con paso firme, con la esperanza de saber mantener la misma sangre fría que Popeo en el fragor de la batalla, se volvió por donde había venido.

* * *

Los hombres de la primera y la segunda cohorte estaban preparados. Otro relámpago vino a desgarrar el firmamento, tiñendo en tonos dorados las repulidas corazas de hierro, que desprendían innumerables destellos entre las filas romanas. La lluvia se deslizaba por sus cascos y se les colaba por el cuello mientras, quietos y muertos de frío, esperaban la orden de atacar. A pesar de la inclemencia del tiempo, estaban eufóricos. Respondían incluso con gracia a los comentarios de los centuriones que recorrían las filas inspeccionando sus pertrechos, alabando su valentía y recordándoles otras batallas y victorias que, juntos, habían vivido.

Al pie del muro, con las maromas entre las manos, una centuria esperaba la orden de derribarlo. Tras ellos, otra centuria sostenía los tablones que habían sacado del adarve, dispuesta a cubrir el foso que se abría al otro lado. En lo alto del parapeto, un centinela solitario vigilaba el campo de batalla, sin perder de vista las puertas principales, claramente visibles a la luz de las llamas que las cercaban, a la espera de dar la señal de aviso en cuanto se abrieran para dejar paso a las tropas de Popeo.

Vespasiano se quedó de pie junto a Pomponio al frente de la primera centuria. A su derecha, sólo con dificultad alcanzaba a distinguir la caballería de Peto. Una sensación de exaltación parecía recorrer su cuerpo, mientras su mente asimilaba que se disponía a matar sin compasión, sin titubeos. Movi6 los músculos del brazo que portaba el escudo para que no se le durmiese y, por enésima vez, comprobó que llevaba el gladio en la vaina.

—Cuando nos dispongamos a salir —le dijo Pomponio por tercera o cuarta vez —, habrá que hacerlo deprisa, aunque teniendo cuidado de no tropezar con alguna estaca.

Vespasiano se quedó mirando a su comandante, treinta años mayor que él, y se

quedó más tranquilo al contemplarla tensión que se dibujaba en aquel rostro rechoncho: la espera estaba poniendo tan a prueba sus nervios como los suyos.

Desde arriba, el centinela les dio una voz.

—¡Ya salen!

Pomponio miró a Fausto.

—¡Da la orden, centurión! —gritó.

—¡Vamos a ello, muchachos! —aulló Fausto.

Tensaron las sogas.

—¡A la de tres, tirad de ellas con tanta fuerza como si apartarais a un nubio de encima de vuestra madre! ¡Una, dos y tres!

Con un esfuerzo titánico y al unísono, sesenta pies de estacas de la empalizada se fueron al suelo como una sola. Los hombres siguieron arrastrando las maromas hasta despejar casi todas las estacas del camino por el que se disponían a pasar los legionarios que venían detrás. Cuando la centuria que llevaba los tablones cruzó la brecha, Pomponio dio la orden de ponerse en marcha. Se oyeron las graves notas del *cornu*, y las cohortes echaron a andar a paso lento por aquel terreno difícil y erizado de los restos de las estacas recién arrancadas, dirigiéndose al improvisado puente de madera que cubría el foso.

Antes de que la mayoría de los tracios se percatase de la amenaza que, desde la oscuridad, se cernía sobre ellos por aquel flanco, la primera cohorte había avanzado doscientos pasos; la segunda había franqueado la empalizada. Tras ellos, como una exhalación, pasó el ala de la caballería auxiliar, yendo a situarse a su derecha.

Pomponio dio la orden de que se detuvieran y formasen de dos en dos centurias a la izquierda. Al instante y como si fueran uno solo, mil quinientos hombres se plantaron de cara al enemigo.

Un sentimiento de pánico cundió entre las filas tracias. Si ya se habían percatado de que las tropas habían cruzado las puertas, aquella nueva amenaza suponía que tendrían que luchar en dos frentes a un tiempo, sin olvidar la nutrida lluvia de proyectiles que procedían de la empalizada. En ese instante, desde lo alto del peñasco, les llegó el grito estridente y prolongado de centenares de voces de mujer. Un relámpago iluminó la ladera y, durante unos segundos, pudieron ver quienes proferían tales gritos: llevando a sus hijos de la mano, las mujeres tracias acudían junto a sus hombres para vivir o morir a su lado.

Aquella imagen bastó para que los guerreros de nuevo se armasen de valor. Abandonaron sus frustrados intentos por llegar a lo alto de la empalizada y, como un caótico torbellino, se volvieron para hacer frente a la nueva amenaza.

—¡Adelante! —gritó Pomponio nervioso, tan alto que parecía que fuera a desgañitarse.

Los acordes del *cornu* retumbaron por encima de las filas romanas que, tras inclinar las insignias y golpeando de forma estruendosa las *pila* contra los escudos, se pusieron en marcha.

A unos cien pasos, cual sombras oscuras recortadas contra el fondo más claro y refulgente de las llamas, los tracios profirieron un aullido estremecedor y, en desorden, se abalanzaron contra los romanos. Gracias a los destellos de nuevos relámpagos que iluminaron el cielo, pudieron ver cómo, enardecidos, los rebeldes blandían *rhomphaiai*, lanzas y jabalinas por encima de sus cabezas, mientras corrían por un terreno encharcado y enlodado en el que muchos perdían el equilibrio y no volvían a levantarse, arrollados bajo la avalancha de botas que les seguían.

De todas partes, hasta Vespasiano llegaban las voces de los centuriones que ordenaban a los suyos que mantuvieran la formación y continuasen avanzando al paso establecido. Comenzaron a caerles encima las primeras flechas y jabalinas, y unos pocos infortunados cayeron muertos. No hubo tiempo de mandar que alzasen los escudos: los dos bandos habían acertado distancias a pasos agigantados. Los hombres aguardaban la orden de arrojar las *pila*. En cuanto la oyeron, los legionarios que marchaban al frente de las tres centurias dobles de la primera cohorte, al igual que los hombres de primera línea de las tres centurias regulares de la segunda, echaron el brazo derecho atrás, contaron tres pasos y lanzaron las pesadas lanzas cortas a lo alto, antes de empuñar sus espadas sin aflojar la marcha. Unas setecientas *pila* fueron a caer sobre la turbamulta enardecida y vociferante de los guerreros tracios, traspasando yelmos de bronce o de hierro como si de cascaras de huevo se tratase, derribando hombres que se revolcaban en su propia sangre, mientras otros caían de espaldas por la violencia del impacto y las afiladas puntas de las lanzas los atravesaban de lado a lado y acababan por clavarse en el compañero que venía detrás, quedando ambos impudicamente entrelazados por aquellas varas de hierro, antes de rodar por el barro que habría de acoger los postreros estertores de su existencia.

Cuando se dispuso a dar los últimos pasos, Vespasiano aspiró aquel aire lóbrego que le reseco la garganta. Llevaba el escudo en alto, de forma que podía ver por la ranura. A la izquierda, a su lado, observó que Pomponio estaba jadeando por el esfuerzo que realizaba y, durante un instante fugaz, se preguntó cómo un hombre tan entrado en carnes podía tener bríos para luchar en primera línea. La violencia del choque con el enemigo fue tal que recorrió todo su cuerpo y le llevó a pensar en otra cosa. Aunque inferiores en número, la primera línea romana, más sólida y compacta, obligó a retroceder a los tracios, haciendo que los guerreros que marchaban en cabeza trastabillasen, mientras ellos avanzaban un par de pasos antes de hacer un alto amenazante. El infranqueable muro de escudos romanos permanecía intacto.

Dio comienzo entonces la matanza cuerpo a cuerpo. Al compás de los mortíferos fulgores que asomaban entre los bordes de los escudos rectangulares, tachonados por dos relámpagos entrecruzados y una cabeza de carnero, los emblemas de la Cuarta Escítica, las hojas letales de la maquinaria de guerra romana comenzaron a hacer su trabajo sin pararse ante nada. Del primer tajo que asestó, Vespasiano le rebanó el cuello a un tracio que, medio aturdido, trataba de levantarse; la sangre le salpicó las piernas. Enseguida, volvió a fijarse en la horda vociferante que, a pesar de la

oscuridad, sabía que tenía delante. Las hojas de las *rhomphaiai* cortaban el aire nocturno; las puntas de las lanzas parecían surgir de la nada. Era imposible saber contra quién se luchaba. Poniendo todo su empeño en no dejar un resquicio entre su escudo y los dos que lo flanqueaban, repartió estocadas sin parar, topándose a veces con la dureza de un escudo de madera, notando otras veces la blanda resistencia de la carne que traspasaba y, otras, arremetiendo también contra el aire. Un inesperado alarido a su derecha distrajo un momento su atención: uno de los legionarios que luchaba a su lado se fue al suelo, y casi le hizo perder el equilibrio; la sangre del tajo profundo de una *rhomphaiai* en el cuello de su compañero le salpicó el brazo con que empuñaba la espada y un lado de la cara. No se le ocurrió nada mejor que agazaparse detrás de su escudo y asestar una feroz estocada contra la barriga de un tracio que trataba de colarse en medio. El hombre se dobló en dos. Un legionario de la segunda fila le dio un empujón con el escudo y lo tumbó de espaldas antes de ocupar el hueco que había dejado su compañero. Al sentir de nuevo el contacto con el hombro de uno de los suyos, Vespasiano siguió repartiendo estocadas a diestra y a siniestra.

Y así continuó haciéndolo, mientras las tropas romanas avanzaban paso a paso, atento sólo a salir de allí con vida. Asestando cuchilladas y estocadas a destajo, entregado por completo al combate cuerpo a cuerpo, con el escudo paraba golpes que parecían surgir de la oscuridad. Llovía a cántaros; el agua se mezclaba con la sangre que le resbalaba por la cara y le impedía ver con claridad, obligándole a parpadear sin cesar mientras blandía la espada. Al cabo de un rato, comenzó a darse cuenta de que, más adelante, había algunos claros: los tracios se retiraban.

Pomponio aprovechó la oportunidad para ordenar que se alinearan. Fila sí, fila no, dieron un paso a la derecha, colocándose a la altura de la fila que les quedaba al lado, abriendo unos huecos que, al instante, quedaron cubiertos por los hombres de las segundas centurias de cada cohorte. En cuanto ocuparon los puestos que sus compañeros extenuados habían dejado libres, las centurias de refresco formaron de nuevo un impenetrable muro de escudos. El *cornu* dio la señal de iniciar el ataque otra vez. Avanzaron, pues, hacia el enemigo que se retiraba, arrojando las *pila* a tan sólo diez pasos de una multitud que corría en desorden. Una nueva andanada de setecientas lanzas y otras tantas y pesadas puntas de hierro fue a caer sobre los tracios, que se sintieron desbordados. Quienes encontraron la ocasión procuraron huir de allí como buenamente pudieron; los demás, heridos y cubiertos de sangre, yacían desparramados en aquel lodazal ensangrentado. Aquellos a quienes aún les quedaba un soplo de vida gemían de modo lastimero agonizando en el suelo de su patria, cuya independencia, al igual que sus vidas, se había esfumado para siempre.

* * *

Vespasiano se limpió la sangre de la cara y aspiró el aire frío y cargado de humedad, tratando de reponerse de los nervios y el miedo que había pasado.

Pomponio había ordenado suspender el segundo ataque y enviado recado a la caballería de Peto para que se uniesen a ellos, así como había reclamado la presencia de la décima cohorte, dado que ya habían acabado con los enemigos que quedaban en la parte del muro que les habían encomendado. En aquel momento, daba las instrucciones pertinentes a los centuriones y a Peto para asestar el golpe definitivo.

—Primipilo Fausto, hazte cargo de la primera, segunda y décima cohorte y ponte en marcha, de forma que el enemigo retroceda hasta las puertas, donde se encuentran los hombres de Popeo. Rematad a todos los heridos que encontréis por el camino. Como en la empalizada ya no hay peligro, ordena a los hombres de la cohorte que la defienden que se unan a los tuyos. Yo me pondré al frente de la caballería de Peto y trataré de cortar la retirada a quienes pretendan volver al fortín. ¿Alguna pregunta, centurión?

—Ninguna, legado —contestó Fausto, quien saludó marcialmente antes de internarse en la noche húmeda para transmitir las órdenes a los centuriones que acababan de poner bajo su mando.

—Peto, hazte con un par de monturas para el tribuno y para mí. Vamos tras ellos, antes de que puedan reagruparse.

—Como ordenes —dijo el prefecto de caballería, esbozando una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes blancos en mitad de la oscuridad.

Para cuando estuvieron a lomos de sus monturas y hubieron cambiado los escudos de la infantería por los ovals de la caballería, las tres cohortes a las órdenes de Fausto se habían provisto de nuevas lanzas cortas que se habían encargado de traerles unos esclavos del campamento en unos carros tirados por mulas. Comenzaron a avanzar más deprisa, cantando el himno de la victoria de la Cuarta Escítica y aporreando las nuevas *pila* al paso que llevaban contra los escudos. Armando un estruendo que podía oírse por encima del aguacero y dejándose ver a la luz de los relámpagos que rasgaban el cielo nocturno, obligaron a los tracios a retroceder hasta chocar con sus propios compañeros, acosados a su vez, pero en sentido contrario, por los hombres de Popeo.

Vespasiano no se separaba de Pomponio ni de Peto, mientras las tropas de la caballería vigilaban de cerca el avance de la infantería, atentas a desbaratar cualquier ataque que pudiera producirse por aquel flanco, dispuestas a frustrar cualquier intento de retirada en aquella dirección.

—Saben que, aunque se rindan, no tendremos piedad —comentó Vespasiano—, así que ¿por qué no acaban con esto de una vez y se deciden a atacar?

—Lo harán; de eso puedes estar seguro —le dijo Pomponio—. Ahora que se han reagrupado, dejarán un número reducido de fuerzas para distraer a las cohortes de Popeo, y el grueso de los rebeldes se abalanzará contra nosotros tratando de abrirse camino.

La refriega se había trasladado a aquellos tramos de la empalizada que aún ardían con fuerza suficiente como para convertir el intenso chaparrón en nubes de vapor. El

resplandor de las llamas bastaba para iluminar las todavía considerables hordas tracias que se preparaban para el ataque definitivo. A ojo, Vespasiano calculó que aún debían de quedar cuando menos unos tres mil del lado exterior de las puertas; nada llegó a ver de lo que hacían los hombres de la Quinta Macedónica por el otro lado.

Con un alarido que se impuso a los cantos y al estruendo que armaban los hombres de la Cuarta Escítica, los tracios iniciaron el ataque. Tal y como Pomponio había previsto, un grupo reducido se lanzó contra las cohortes que se disponían a cruzar las puertas; el resto, más de dos mil guerreros, se abalanzaron contra ellos.

Vespasiano observó la espeluznante andanada de jabalinas y flechas que les arrojaron. Desaparecieron por encima de las llamas para volver a aparecer sólo cuando estaban a punto de caer sobre las líneas romanas, que, en aquella ocasión, las esperaban a pie firme con los escudos sobre la cabeza para amortiguar el golpe. Con todo, algunos proyectiles dieron de lleno en el blanco que iban buscando y sufrieron algunas pérdidas. Los romanos bajaron los escudos y, acto seguido, una nube de *pila* hendió el aire como respuesta; gracias a la baja trayectoria que llevaban pudieron verlas camino de su objetivo hasta alcanzar a los guerreros tracios, derribando a muchos, aunque los más siguieron adelante aullando con rabia hasta caer sobre las líneas romanas, repartiendo tajos y estocadas, alanceando y embistiendo, sin conceder ni concederse un respiro, un enfrentamiento tan violento y brutal que, incluso desde donde él estaba, a unos doscientos pasos, podía escuchar cada golpe.

—Vamos a sorprenderles por ese flanco —gritó Pomponio—. Peto, da la orden de ataque.

Peto hizo una seña al *liticen*, que enarboló su *lituus* de bronce de cinco pies de altura rematado en forma de bocina curvada, instrumento que utilizaba la caballería en lugar del *cornu*, y acercó los labios a la boquilla de asta. Cuando se escuchó el sonido estridente de aquella suerte de clarín, de cuatro en fondo, los cuatrocientos ochenta hombres del ala auxiliar de la caballería empezaron a moverse. Otro toque al cabo de unos veinte pasos, y los animales avanzaron al trote. A tan sólo cincuenta pasos del enemigo, un último aviso y los jinetes se pusieron a medio galope, al tiempo que arrojaban una lluvia de jabalinas contra el flanco desprotegido de las líneas tracias. Vespasiano espoleó su caballo y se lanzó contra las hordas rebeldes, atropellando a cuantos salían a su encuentro, arremetiendo y asestando tajos contra aquellos que seguían en pie, embargado de nuevo por la emoción, exaltación incluso, de la lucha hasta que, a sus espaldas, oyó un aullido tan estridente como prolongado. Volvió la vista atrás y alcanzó a distinguir la insólita amenaza que, por la retaguardia, se les venía encima: las mujeres tracias les atacaban.

Dejadas de lado como meras comparsas, sin que nadie hubiera vuelto a ocuparse de ellas desde que aparecieran sobre el terreno, al ver el ataque del ala auxiliar de la caballería, habían dejado a sus hijos al cuidado de los ancianos de la tribu y, amparándose en la oscuridad, habían bajado de lo alto del monte. Sin otras armas que cuchillos y estacas afiladas y ennegrecidas por el fuego, cientos de mujeres cayeron

sobre los jinetes desprevenidos. Como arpías espectrales, dispuestas a todo, se colaron entre las filas de los soldados de la caballería y, guiadas por el único propósito de infligir el mayor daño posible, desjarretaban caballos, o les clavaban sus armas en la barriga o en la grupa para que retrocediesen y desarzonaran a los jinetes, mientras arrastraban a otros al suelo. Entre espantosos alaridos, los hombres así descabalgados, acuchillados, arañados, mordidos y destripados, heridos de muerte, desaparecían bajo aquella avalancha de mordiscos, arañazos y armas improvisadas.

Vespasiano volvió grupas en el preciso instante en que las primeras mujeres se disponían a abalanzarse sobre los jinetes que iban en cabeza. De un tajo, le cercenó el brazo a una que sostenía un cuchillo con intención de clavárselo en el muslo para, de inmediato, hundirle la espada en un ojo. A su alrededor, los jinetes se habían olvidado de los guerreros tracios que tenían delante y retrocedían para plantar cara a aquella amenaza con la que no contaban, repartiendo tajos y cuchilladas contra aquella insólita y enrabiada hueste melenuda. Demasiado tarde. Desbordada por las atacantes, que los duplicaban e incluso triplicaban en cuanto a número, la unidad había quedado prácticamente diezmada, mientras los que resistían trataban de hacer frente a los asaltos más insospechados.

Cerca de donde estaba, a su derecha, un grupo de unos cincuenta jinetes a las órdenes de Peto aún oponía resistencia. Vespasiano logró ver que Pomponio y su caballo se iban al suelo; rodeado de una turba de mujeres cubiertas de sangre, el legado trataba de abrirse paso hacia la seguridad relativa que representaba aquel escuadrón. El joven ordenó a quienes tenía más cerca que fuesen con él y, como una centella, acudió al lado de su comandante en apuros. Obligó al caballo a ponerse de manos, de forma que, con los cascos de las patas delanteras, aplastase los cráneos y los cuellos de aquellas que se cruzasen en su camino, pisoteando a sus víctimas a continuación. Seguido por media docena de hombres, consiguió llegar hasta Pomponio, que estaba de rodillas, rodeado de mujeres vociferantes. Al ver que el jinete se les venía encima, se abalanzaron sobre el legado y, a fuerza de golpes y arañazos, lo tumbaron en el suelo. El tribuno saltó del caballo y, arremetiendo con saña y sin miramientos contra aquel montón de cuerpos que se retorcían, comenzó a repartir tajos a diestra y a siniestra contra las espaldas indefensas de las mujeres, traspasando pulmones, perforando riñones, desgarrando arterias. Los hombres que lo acompañaban formaron un cordón de seguridad a su alrededor mientras, no sin esfuerzo, retiraba un montón de cadáveres. Debajo, horrorizado pero con vida, estaba Pomponio.

—¿Eres capaz de ponerte en pie? —le preguntó.

—Estoy bien, tribuno —respondió el legado, alzándose por sí mismo y tratando de tomar aire—. Te debo algo más que la vida: te debo el honor. ¡Imagínate la afrenta si, en estas circunstancias, hubiese muerto a manos de unas mujeres!

En aquel momento, los hombres de Peto se dispusieron a atacar. En formación, juntando rodilla con rodilla, avanzaron llevándose por delante a cualquier mujer que

se pusiese en su camino. Los menguados grupos de jinetes que aún seguían con vida sacaron fuerzas de flaqueza y se lanzaron a la pelea con una fiereza que causó asombro entre sus adversarias, muy superiores en número. Poco a poco, las pequeñas fracciones fueron agrupándose, obligándolas a retroceder y matando a cuantas caían a su alcance hasta reunir a todos los supervivientes del ala auxiliar de la caballería. De los cuatrocientos ochenta hombres que la componían, sólo ciento sesenta se mantenían a lomos de sus monturas; algo más de noventa, entre los que se contaban Vespasiano y Pomponio, iban a pie. Casi la mitad, pues, yacía descuartizada en aquel terreno anegado por la lluvia. Había llegado la hora de resarcirse.

Mientras la batalla continuaba a sus espaldas y, tras comprobar que la aparición de las dos cohortes que, hasta entonces, habían defendido la empalizada bastaba para reforzar aquel flanco de la Cuarta Escítica, las tropas auxiliares comenzaron a acorrallar a las mujeres. Algunas consiguieron eludir el cerco y corrieron al lado de sus hijos, pero la mayoría quedaron atrapadas. De pie y en silencio, aguardaban a que se cumpliera su destino. Ni una sola se postró implorando misericordia; de sobra sabían que, después de lo que habían hecho, no habría compasión. Se dispusieron, pues, a morir como sus hombres, delante de sus hijos, desafiantes hasta el final.

Los jinetes echaron pie a tierra y, con el estridente chirrido del roce de metal contra metal, empuñaron las armas. Recibieron la orden de ponerse en marcha. Vespasiano echó mano de la empuñadura de su espada, esgrimió el escudo oval de la caballería y avanzó hacia las mujeres, que permanecían inmóviles. Ni siquiera cuando hundió su espada en el cuello de una joven que tenía delante, ninguna de ellas hizo un gesto o emitió un gemido. Indefensas, permanecían de pie, retando a los romanos a que acabasen con ellas a sangre fría. Y eso fue lo que hicieron, acabar con ellas, de forma calculada y vengativa, en recuerdo de sus compañeros de fatigas.

Y siguió adelante. Sin importarle nada, sin sentir la exaltación de la pelea, cegado sólo por el odio y la rabia, Vespasiano mató sin compasión, lo mismo a jóvenes que a viejas, a mujeres hermosas o feas. Aún a sabiendas de que, sólo gracias a eso, ellos, los ejecutores, podrían sentirse purificados y a salvo, en su fuero interno experimentó ese íntimo reparo que sienten los humanos a matar a sus semejantes, aunque no sean de su tribu ni compartan sus creencias.

Sólo cuando la última de las mujeres cayó bajo el filo de sus espadas bañadas en sangre, satisfecha su sed de venganza, las tropas auxiliares dieron media vuelta. No hubo aclamaciones por la victoria conseguida, ni los habituales abrazos entre compañeros que, aliviados, celebran con regocijo el haber salido con vida. Montaron de nuevo en sus caballos y, en silencio, esperaron órdenes, sin atreverse casi a mirarse a los ojos. La afrenta que habían sufrido en su orgullo era demasiado honda.

Capítulo XXVII

Para cuando asomaba la luz incierta que precede al amanecer, Vespasiano había recuperado su caballo y, a lomos de su montura, al lado de Pomponio contemplaba el desenlace de la batalla que se desarrollaba ante él. El grueso de la Cuarta Escítica había luchado hasta llegar casi a las puertas del parapeto, protegidas por las cohortes que, a las órdenes de Popeo, habían efectuado la salida a campo abierto. La resistencia cedía a medida que las espadas incansables y disciplinadas de los legionarios proseguían su tarea, mientras, uno tras otro, los tracios que aún seguían en pie iban cayendo a manos de las dos formaciones de la infantería romana. Delante de las puertas, los soldados de la Quinta Macedónica rivalizaban en denuedo con sus compañeros de armas. La caballería ya no era necesaria. A las órdenes del mismo general que, en cierto modo, la había propiciado, la rebelión tracia había sido sofocada.

—Deberíamos ir a ver a Popeo y felicitarle por la victoria —observó Pomponio con parsimonia, al tiempo que alzaba un brazo y daba orden a los jinetes de que, al trote, se dirigieran a las puertas.

—Creo que es una victoria que sólo a ti te corresponde —replicó Vespasiano.

—¿Qué me dices? —le preguntó el legado, espoleando a su caballo.

Imaginando que a Asinio no le vendría mal contar con un aliado de peso en el enfrentamiento que, por fuerza, habría de producirse con Popeo, Vespasiano le puso al tanto de la negativa del general a obedecer la orden de volver a Roma, mandato que había recibido del senado y del emperador. A grandes rasgos, le hizo un resumen de la intriga que había planeado junto con Sejano, y con la participación de Rotisis y Hasdro. A medida que recorrían un terreno sembrado de cadáveres, que retumbaba bajo el clamor de los gritos exultantes de los legionarios, la irritación de Pomponio iba en aumento, no tanto por la falsía de Popeo como por el agravio infligido a su *dignitas* como persona: las tropas que vitoreaban al general victorioso deberían estar aclamándolo a él. Le habían arrebatado una gloria que sólo a él le correspondía; en contrapartida, había sufrido la humillación de que un grupo de mujeres bárbaras casi hubiera acabado con su vida. Para cuando llegaron a las puertas del parapeto, Pomponio estaba tan indignado que echaba pestes. Ver a Popeo agitando el yelmo, mientras cabalgaba ufano entre los soldados que lo aclamaban, acabó por colmarle la paciencia.

—Traidor asqueroso —explotó—. Mira cómo disfruta con los vítores que le dedican los soldados. Seguro que no lo aclamarían tanto si supieran que contribuyó a alimentar esta revuelta y que sus compañeros han muerto sólo por satisfacer su ambición.

A las puertas, ante los rescoldos todavía humeantes del ariete, habían levantado un estrado. Jaleado a su paso por legionarios enardecidos —todos querían tocarlo, verlo, escuchar una palabra de aliento de labios de su general—, hasta allí se acercó

Popeo, a lomos de su montura. Al cabo de un rato, cuando llegó, se las compuso para saltar del caballo a la tribuna. Alzó los brazos al aire y, con estudiada afectación, los extendió y los recogió, dándoles a entender que, gracias al esfuerzo de todos, habían alcanzado la victoria, gesto que los hombres de la Cuarta Escítica y de la Quinta Macedónica no dudaron en agradecer con bramidos y vítores ensordecedores que, tras haber comenzado como un murmullo, acabaron por convertirse en una consigna que todos coreaban. Al principio, como sólo eran unos pocos los que la gritaban, no se entendía muy bien lo que decían, pero poco a poco, a medida que los soldados la repetían, el griterío fue *in crescendo* hasta fundirse en un elogio clamoroso:

—*Imperator! Imperator! Imperator!*

A la luz de los primeros rayos del sol, millares de hombres, espadas en alto, coreaban aquel grito que Popeo, de pie y solo en el estrado, escuchaba complacido. Con la cabeza inclinada hacia atrás y los brazos abiertos, giraba lentamente sobre sí mismo agradeciendo los elogios que le llovían de todas partes.

Alzando las cejas, Pomponio se volvió a Vespasiano.

—Valiente ha de ser el general que, en estos tiempos que corren, acepta que sus ejércitos lo aclamen como *imperator* —llegó a decir por encima de la barahúnda.

—Y también un grave motivo de deshonor, si llegase a oídos del emperador —repuso Vespasiano a voces.

—Desde luego —musitó Pomponio, mientras observaba un pequeño revuelo junto al estrado.

Cuatro de los lictores de Asinio habían conseguido, no sin dificultad, abrirse camino hasta la tribuna y lo ayudaban a subir. Ataviado con la toga de bordes púrpura de los procónsules, se acercó a Popeo y le dio un abrazo. Desde donde estaba, Vespasiano reparó en la sonrisa forzada del general cuando, obligado a corresponder a aquel gesto, se dispuso a devolvérselo. Alzando la mano derecha del militar, Asinio consiguió esquivar tal muestra de afecto. Los gritos se convirtieron en vítores desbordados. El gobernador dio un paso adelante, y alzó las manos para pedir silencio. Cuando cesó el griterío, comenzó a hablar.

—Soldados de Roma —el aire fresco del amanecer llevaba su voz a todos—, algunos de vosotros sabéis quién soy. Para quienes no me conocéis, os diré que se presenta ante vosotros Marco Asinio Agripa —palabras que fueron recibidas con aclamaciones desvaídas—, portador de un mensaje del senado y del emperador para vosotros y para vuestro general victorioso, un recado tan importante que decidieron que sólo alguien de rango consular debía comunicároslo.

Estas últimas palabras fueron acogidas con mayor entusiasmo. Al darse cuenta de la trampa que le habían tendido, el gesto de Popeo se endureció. Asinio esperó a que volviesen a guardar silencio, antes de continuar.

—Como no podía ser de otra manera, los desvelos de vuestro general se han visto recompensados. El senado ha decretado otorgarle las insignias del triunfo, y el emperador no ha dudado en confirmar la concesión de tales honores a un soldado tan

sobresaliente y esforzado —añadió, sin que nada en su voz dejase traslucir la verdadera intención de sus palabras, que se recibieron con atronadoras muestras de satisfacción.

Asinio hizo una seña a Pomponio para que se acercase. A lomos de su montura, Vespasiano fue tras él, abriéndose paso entre los numerosos legionarios que se apiñaban al pie del estrado. El procónsul reclamó silencio de nuevo.

—El general Popeo habrá de trasladarse de inmediato a Roma para recibir la justa recompensa que le corresponde por los valiosos servicios que ha prestado —prosiguió sonriente, volviéndose a Popeo que, iracundo, escuchaba aquellas palabras, sin poder hacer nada delante de la multitud—. El emperador ha tomado además la decisión de sustituirlo por un hombre no menos esforzado y valeroso, a quien muchos ya conocéis. Soldados de Roma, me cabe el honor de anunciaros que el emperador ha nombrado general a Pomponio Labeón.

Pomponio fue alzado en volandas por algunos de los hombres de su legión y, no sin cierta dificultad, llevado a hombros hasta la tribuna, donde abrazó a Popeo que, atónito, no salía de su asombro al ver cómo lo habían privado de aquel momento de gloria. Pomponio se dirigió a la multitud, que volvió a guardar silencio.

—Popeo ha conseguido hoy una gran victoria, y es merecedor de los honores que se le han dispensado. Haré cuanto esté en mi mano para mostrar el mismo acierto. Puede volver a Roma con la tranquilidad de saber que deja a sus hombres en buenas manos. Pondré todo de mi parte para que nunca olvide las aclamaciones que hoy le habéis dedicado, de forma que el grito de *imperator* llegue hasta el senado como reconocimiento por la gran gesta de este día. Juro por Marte Vencedor que toda Roma se enterará de los elogios con que hoy lo habéis distinguido.

Cuando los vítores comenzaron de nuevo, Vespasiano observó que Popeo torcía el gesto: acababa de darse cuenta de que se había excedido al aceptar tan alegremente un título que sólo podían ostentar los miembros de la familia imperial.

Asinio se colocó junto a Pomponio en la parte delantera del estrado y, de nuevo, demandó silencio.

—Soldados, no me olvido del papel decisivo que habéis desempeñado en la consecución de esta victoria. Por eso, aquí tenéis vuestra recompensa.

Mientras así hablaba, Magno y los otros siete lictores se abrieron camino hasta la tribuna donde, no sin esfuerzo, depositaron dos cofres. Aunque de mayores dimensiones, a Vespasiano se le antojaron muy similares al que había visto en el campamento de los ceneos.

Con gesto ceremonioso, Asinio levantó las tapas de forma que todos pudieron ver que estaban repletos de monedas de plata. Popeo se quedó pálido; abrió la boca como si fuera a decir algo antes de cerrarla de nuevo, al comprender que no había forma de poner fin a aquella pesadilla.

—El emperador y el senado han decretado —continuó Asinio con voz altisonante— que, en reconocimiento al valor de que habéis dado muestra a la hora de sofocar la

revuelta de los tracios, tanto los legionarios como las tropas auxiliares recibáis una generosa gratificación a cargo del erario público.

Al oírlo, los hombres armaron un guirigay que superó con mucho los vítores que antes habían lanzado. Vespasiano espoleó su montura a través de la multitud, y se acercó a Magno.

—¿Es lo que estoy pensando? —preguntó al tiempo que echaba pie a tierra.

Magno sonrió sin tapujos.

—Si crees que éstos son los ahorros de mi vida, te diré que andas equivocado; si lo que me preguntas es si se trata de los otros dos cofres de Popeo, he de decirte que sí.

—¿Dónde los encontraste?

—En la tienda de Popeo, dónde, si no, cuando me colé para buscar las cartas. Pensé que dejarlos allí sería un despropósito; así que me fui a toda prisa a ver a Asinio, que me cedió a algunos de sus lictores para que me ayudasen a sacarlos de allí, no sin antes hacerme con un par de bolsas, ya me entiendes, para resarcirnos de los gastos del viaje.

—Y tanto que te entiendo —rio Vespasiano, dándole una palmada en el hombro.

Asinio tomó la palabra otra vez.

—Cumplida la misión que se me había encomendado, he de proseguir viaje a la provincia que me ha correspondido. Ha sido un honor traeros en persona la recompensa que tiene a bien ofreceros el emperador. Estoy seguro de que el general Popeo estará deseando repartir este dinero antes de volver a Roma. Centuriones, que los hombres formen filas aquí, este mismo campo de batalla donde han alcanzado la victoria, y todos serán un poco más ricos cuando vuelvan al campamento. ¡Ave, César!

Cuando el procónsul se acercó al borde del estrado, donde lo esperaban Vespasiano y Magno para ayudarlo a bajar, Popeo lo agarró del brazo y, dirigiéndole una mirada de odio, le musitó:

—Pagarás caro por esto.

—Querido Popeo, ¡qué cosas dices! —replicó Asinio, restando importancia a esas palabras amenazadoras—. Me parece que tú eres el único que lo está pagando caro.

* * *

Mientras regresaban al campamento, Asinio parecía de muy buen talante. Sus lictores les abrían paso a través de los millares de soldados que, de forma apresurada, acudían a formar en centurias y cohortes en aquel terreno cubierto de cadáveres para recibir la gratificación que les habían prometido. Correspondía a los vítores que le dedicaban al pasar, mientras, eufórico, hablaba con Vespasiano y Magno.

—Magnífico el trabajo que hizo anoche este amigo tuyo —le iba diciendo al tribuno, mientras daba una palmada a Magno en la espalda—. No sólo consiguió las cartas. Se hizo también con el botín de guerra de Popeo, una proeza como jamás

habría soñado. Está acabado. No obstante, algo me induce a pensar que no está repartiendo todo el dinero que había en los cofres, ¿o me equivoco?

—Por supuesto que no, amo —respondió Magno—. He restado un pequeño porcentaje para cubrir gastos.

—Me alegra oír eso. Te lo mereces. No os ocultaré que yo también me he quedado con algo para repartirlo entre los lictores.

—¿Qué hay de las cartas, Asinio? —inquirió Vespasiano.

—Magno se las compuso para sustraer media docena de misivas que demuestran la complicidad de Popeo y Sejano en la revuelta. Le entregué tres a Remetalces antes del amanecer; a estas horas, ya estará cerca de Filipópolis. La reina Trifena se las hará llegar a Antonia, quien las guardará con las cada vez más numerosas pruebas que entregaremos a Tiberio en el momento oportuno. Me imagino que las otras tres bastarán para que ambos, Popeo y Sejano, se lo piensen muy mucho antes de acusarme de traición ante el senado —contestó, al tiempo que acariciaba una bolsa de cuero que llevaba colgada al cuello.

—¿Qué piensas hacer con el sacerdote?

—Se lo entregaré a Popeo como regalo de despedida —bromeó Asinio—. Creo que los dos han hecho buenas migas.

—No permitirá que siga con vida.

—Confío en que tengas razón.

Habían llegado a la tienda del procónsul, que hizo un alto para despedirse de ellos.

—Debo irme cuanto antes. No quisiera estar aquí cuando vuelva Popeo y descubra que le han sustraído las cartas, y mucho menos ser su compañero de viaje cuando, sin tardanza, haya de ponerse en camino. Si quieres un consejo, Vespasiano, procura no dejarte ver hasta que se haya ido y Pomponio haya asumido el mando.

—Lo tendré en cuenta, Asinio. Que los dioses te protejan.

—Sin duda lo harían, si no fuera porque no creo en ellos. Buena suerte. Nos veremos en Roma dentro de unos cuatro años —dijo mientras le apretaba el brazo con ambas manos. Se volvió a Magno y añadió—: Gracias, amigo mío, estoy en deuda contigo. Jamás lo olvidaré.

—Cuando vuelva a Roma, si alguna vez necesito algo, acudiré a ti.

—Mis puertas siempre estarán abiertas. Hasta la vuelta.

Entró en la tienda acompañado por cuatro lictores, no sin antes haber dejado dos a la entrada y ordenado a los otros cinco que se ocuparan de los preparativos necesarios para seguir viaje.

—Ya lo has oído —dijo Vespasiano, mientras se dirigían a su tienda—. Desaparezcamos durante un par de días.

—Estupendo.

No habían dado diez pasos cuando un entorchado de armas y un grito los obligó a detenerse en seco. Se volvieron en el preciso instante en que los dos guardias de la

puerta entraban a toda prisa en la tienda de Asinio.

—¡Maldita sea! —musitó Vespasiano, desenvainando la espada tan pronto como oyó el sonido inconfundible de dos cuerpos que se iban al suelo en el interior de la tienda.

Al percatarse del tumulto, los cinco lictores se volvieron de inmediato y, espada en mano, echaron a correr junto a su amo. Sin pensárselo dos veces, Vespasiano, Magno y los lictores irrumpieron en el interior del recinto.

—¡Quedaos donde estáis, o acabaré con él de mala manera! —les gritó Hasdro que, con la espada a la altura del cuello de Asinio y forzándole a bajar la cabeza con la mano izquierda, como si se dispusiera a cometer un acto execrable, obligaba al procónsul a ponerse de rodillas, mientras los otros tres pretorianos, de pie entre los cadáveres de los lictores y blandiendo sus espadas a dos pasos de ellos, acechaban a Vespasiano y a quienes iban con él. Detrás de Hasdro, estaba Grates, el secretario de Popeo, con tres cartas en la mano. Tumbado en un rincón, acertaron a distinguir a un Remetalces aturdido.

—Lo tenéis difícil —repuso Vespasiano, casi sin aliento—. Os superamos en número. ¿Acaso pensáis que vais a salir con vida de ésta?

—Más bien será cosa de nada, diría yo —replicó Hasdro, mientras aquellos ojos negros revelaban a las claras sus perversas intenciones y una malévola sonrisa se le dibujaba en la comisura de los labios—. Basta con que el procónsul nos entregue lo que queremos y, a cambio de su vida, os dejaremos ir en paz.

—No consintáis... —un puñetazo en la cara le obligó a guardar silencio.

—Una palabra más, y te quedas sin nariz —bramó Hasdro, sacudiéndose la mano dolorida; de un tirón, le arrancó el cordel que Asinio llevaba al cuello, y arrojó la bolsa de cuero a Crates—. Échale una ojeada —rezongó.

El secretario sacó las cartas de la bolsa y les dio un vistazo rápido.

—Aquí están —dijo, juntándolas a las tres que había arrebatado a Remetalces.

—Quémalas, a ver si así el cretino de tu amo entiende que no debe dejarlas al alcance de cualquiera.

Crates arrojó las cartas al brasero.

—No dejéis que eso pase —gritó Asinio cuando comenzaron a arder, estirando el cuello hacia delante y presionando contra el filo de la espada que empuñaba Hasdro. La hoja atravesó la carne blanda; la sangre salpicó el recinto. Hasdro contempló con horror el cuerpo convulso del rehén, que ya no le servía de nada, mientras agonizaba a sus pies cubiertos de sangre.

—¡Ahora! —gritó Vespasiano, dando un salto.

Se abalanzó sobre el pretoriano que le quedaba más cerca, le acertó en la muñeca derecha y la espada de su contrincante salió volando. Al instante, con un movimiento rápido, hundió la suya en el vientre del hombre asustado, sintió la sangre corriéndole por el brazo, y se la retorció en las tripas. El pretoriano se dobló en dos, obligándole a retroceder. Eran tales los alaridos de dolor que profería que casi se quedó sordo

cuando trató de retirar la hoja que le había clavado. Magno lo dejó atrás de un salto, y se fue a por Hasdro, que resbaló en la sangre de Asinio. Enzarzados y luchando a brazo partido, los dos rodaron por el suelo. De nada valían las espadas en tales circunstancias. Tras ellos, los lictores se abalanzaron sobre los otros dos pretorianos, que cayeron en el acto bajo una lluvia de estocadas y cuchilladas, que continuaron incluso cuando yacían ya sin vida.

Vespasiano prefirió librarse de aquella víctima vociferante, y allí lo dejó, con la espada clavada en la barriga. Con el rabillo del ojo, acertó a ver cómo Crates trataba de escabullirse.

—¡Lo quiero vivo! —les gritó a los lictores, mientras se hacía con otra espada.

De un salto, se situó a espaldas de Hasdro que, en aquel momento, a horcajadas encima de Magno, apretaba con fuerza sus manos recias alrededor del cuello de toro del veterano pugilista. Vespasiano echó hacia atrás el brazo con el que blandía la espada. Magno volvió la vista al observar el gesto, lo mismo que Hasdro, que, a juzgar por la expresión de su cara, se dio cuenta de lo que se le venía encima. De un solo tajo, fuerte y limpio, Vespasiano le separó la cabeza de los hombros, que voló por los aires dejando una estela de sangre. Lo que quedaba de sus largos y negros cabellos se le quedó adherido a la espalda. El cuerpo decapitado fue a caer sobre Magno, arrojándole encima todo lo que salía de aquel cuello cercenado.

—¡A quién se le ocurre! —farfulló Magno, librándose del cadáver—. Estaba a punto de acabar con él.

—Más vale prevenir que curar —repuso Vespasiano, sin creerse del todo lo que acababa de hacer—. Desde donde yo estaba, me pareció que era una situación un tanto apurada —observó mientras tendía la mano a su amigo para ayudarlo a incorporarse: parecía la víctima de un sacrificio singularmente sangriento.

A sus pies, Vespasiano contempló el cuerpo de Asinio que, inmóvil, no apartaba sus ojos sin vida de aquel brasero en el que sólo quedaban los restos chamuscados de las preciadas cartas.

—¡Mierda! —exclamó, al comprender lo que suponía su pérdida. Se dirigió entonces a Remetalces que, sentado en un rincón, era incapaz de levantar la mirada de la cabeza tronchada de Hasdro—. ¿Qué ha pasado? Tenía entendido que Asinio te había dicho que te fueras hace unas cuantas horas.

El joven rey apartó la vista de aquella imagen macabra y, no sin dificultad, con los labios tumefactos, acertó a decir:

—Así es. Pero vinieron a por mí y me atraparon. Mataron a la escolta que llevaba y me trajeron de vuelta, obligándome a esperar hasta que Asinio regresase. Estaban al tanto de las cartas. Justo antes de que Asinio estuviese de vuelta, apareció Grates para cerciorarse de que eran ésas las que faltaban. Luego, llegasteis vosotros. No sé nada más.

Se volvió entonces a Crates que, muerto de miedo, se engurruñaba entre dos lictores. Le puso la punta de la espada en el cuello.

—¿Qué tienes que decir? —le preguntó.

—Al ver el roto que había en el cuero de la tienda y reparar en que habían desaparecido los cofres del dinero, comprendí que alguien había estado allí. Fui a controlar la correspondencia, y me di cuenta de que faltaban algunas cartas. Pensé en Asinio de inmediato, y avisé a Hasdro —dijo el esclavo de forma atropellada tratando de contar lo que había pasado, percatándose, horrorizado, de que era su vida lo que estaba en juego—. Nos acercamos hasta aquí y, en el dormitorio, encontramos a Rotisis, el sacerdote, maniatado. Nos dijo que Asinio le había ordenado a Remetalces que se pusiera en camino para Filipópolis.

—Nada dijo, pues, Rotisis de las cartas.

—No, pero todos pensamos que se las había llevado. Parecía lo más lógico.

—¿Dónde está el sacerdote?

—Se fue.

—¿Adónde?

—Con Hasdro y los suyos, a la caza de Remetalces.

—Ya. Pero ¿dónde está ahora?

—No lo sé.

Vespasiano le hundió un poco más la espada. Aterrorizado, el secretario echó atrás la cabeza.

—Te juro que no lo sé. Cuando vine para cerciorarme de que ésas eran las cartas, ya no estaba aquí.

—Huyó en cuanto me atraparon —gimoteó Remetalces desde el rincón—. Dijo que me matasen. Cuando Hasdro se negó a hacerlo, huyó a uña de caballo. Ni siquiera los pretorianos pudieron detenerlo. Al ver que sólo llevaba la mitad de las cartas, Hasdro decidió que regresáramos aquí y esperar a Asinio hasta dar con el resto.

Un destello de esperanza brilló en los ojos del joven tribuno: si actuaban con celeridad, no todo estaba perdido. Esbozó una sonrisa, mientras contemplaba a un compungido Crates.

—Así que, aparte de nosotros, eres el único que podría decirle a Popeo qué ha sido de las cartas cuando las eche en falta, ¿no es así?

Crates tragó saliva.

—Sí, pero por mi vida te juro que no lo haré.

—Ya, pero yo no te creo —replicó Vespasiano clavándole la espada en la papada y hundiéndosela hasta el cráneo. Con gesto de sorpresa, abrió los ojos de par en par y se fue al suelo—. Vámonos antes de que regresen Popeo y las legiones —ordenó, limpiando la sangre de la espada en la túnica del secretario—. Llevaos el cadáver de vuestro amo, y galopad tan rápido como podáis hasta Filipópolis, donde lo incineraréis de forma discreta. Luego, volved a Roma; cuando lleguéis, id a ver a Antonia. Yo la pondré al tanto para que vuestra lealtad no quede sin recompensa. Remetalces, ve a echarles una mano. Lo mejor es que nadie sepa nada de la muerte de

Asinio durante el mayor tiempo posible.

—¿Por qué? —preguntó el rey, poniéndose en pie con esfuerzo.

—Cuando Popeo eche de menos las cartas, vendrá aquí sin falta y, aparte de Crates, Hasdro y los pretorianos, encontrará muertos a seis lictores de Asinio, pero nada sabrá del gobernador ni del destino de las cartas. Se pondrá entonces en lo peor y se dará cuenta de que sólo tiene dos salidas, y no de las más apetecibles por cierto: o suicidarse, o volver a Roma y confiar en que no pase nada. Debes pedirle a tu madre que escriba a Antonia y le cuente lo que ha pasado. Si Popeo piensa que tiene las cartas, Antonia estará en condiciones de amenazarlo y sonsacarle información comprometedoras sobre Sejano. El sacrificio de Asinio no habrá sido en balde.

—¿Y qué pasa si Popeo descubre que también Asinio ha muerto?

—Da lo mismo. Lo importante es que no se entere de que ha muerto aquí, cosa que puede ocurrir si vuelve y nos encuentra hablando. ¡Así que vete!

Los lictores se hicieron cargo del cadáver de Asinio y lo cubrieron con una manta. A toda prisa, Vespasiano los condujo por las calles desiertas del campamento hasta donde estaban los caballos. Una vez allí, ataron el cuerpo sin vida del procónsul al lomo de una de las monturas. A lo lejos, se oía el alboroto que armaban los soldados mientras recibían el dinero prometido.

Al ver alejarse a Remetalces y los lictores del campamento, llevándose la prueba que podía devolver la tranquilidad a Popeo, Vespasiano sintió que se había quitado un peso de encima. Había decidido participar en un juego muy peligroso y, si bien aún era pronto para cantar victoria, al menos seguía con vida. Recordó entonces las palabras que había oído decir a su madre: «Si la profecía ha de cumplirse, la diosa Fortuna mirará por él como por la niña de sus ojos». Haría, pues, un sacrificio a la diosa Fortuna para que no lo abandonara. Echó una mirada a Magno y le dirigió una sonrisa.

—Deprisa, amigo mío, vamos —dijo, saltando a lomos de un caballo.

—¿Adónde, amo?

—Antes que nada, a buscar un sitio donde haya agua y puedas lavarte. Luego, como nos dejó dicho Asinio, deambularemos por ahí un par de días hasta que Popeo se haya ido.

—Me parece muy bien. Y ¿qué haremos después?

Vespasiano se encogió de hombros y espoleó su caballo.

—¿Quién sabe? Supongo que iremos allí donde nos lleve la milicia.

Nota del autor

Puesto que se trata de una novela escrita al hilo de hechos que acaecieron en la realidad, sólo a mí pueden atribuirse los errores que se adviertan en estas páginas. La mayoría de los personajes que la pueblan fueron protagonistas de su tiempo, salvo algunas excepciones que, por su importancia para el desarrollo del argumento, no debo pasar por alto, como las encarnadas por Magno y sus compañeros, Rotisis, Hasdro, Fausto, Atalo, Coronus, Crates y Palo. Teniendo en cuenta, por otra parte, que se trata de una novela histórica, no puedo por menos de señalar que, también en cuanto a las figuras históricas, me he tomado algunas libertades. Al menos que yo sepa, no disponemos de testimonio alguno que nos permita afirmar que Corbulón o Peto sirvieran en Tracia durante los años que Vespasiano estuvo destinado en aquella parte del mundo. Pero, habida cuenta de que algunos vástagos de los primeros contrajeron esponsales con la progenie del hermano mayor de los Flavios, me pareció un buen momento para introducirlos en la trama. Debo, qué duda cabe, pedir disculpas a los descendientes de Popeo: sus intrigas con Sejano son sólo fruto de mi imaginación; nada, en realidad, permite pensar que fuera algo más que el servidor entregado y gris que nos describe Tácito. De no haberlo sido, resultaría difícil entender que Tiberio lo hubiera mantenido tanto tiempo en el puesto, o hubiera otorgado su beneplácito para que se le concediesen las insignias del triunfo en el año 26, tras la derrota de los tracios.

A la hora de narrar los pormenores de la revuelta, he procurado atenerme al relato que de los hechos hace el mismo historiador latino, con una notable salvedad, sin embargo, que no es otra que el ataque que, en la novela, protagonizan las mujeres de los guerreros tracios. Desde luego, Tácito da testimonio de su presencia en el campo de batalla aquella noche para alentar a los suyos. Que se quedasen cruzadas de brazos viendo lo que pasaba me pareció una situación de la que se podía sacar tanto partido que no supe resistirme a la tentación de narrar ese ataque imaginario.

En cuanto al sistema de toques de atención de uso común en las legiones romanas, me he atenido a las observaciones que, sobre este particular, se encuentran en dos libros, a mi juicio imprescindibles: *The Roman War Machine* [La maquinaria de guerra en Roma], de John Peddie, y *The Complete Roman Army*, de Adrian Keith Goldsworthy [*El ejército romano*, traducción de Álvaro Ramón Arizaga Castro, Akal, Madrid, 2005]. Para facilitar la lectura, he ignorado la *tuba*, por cuanto las connotaciones actuales del instrumento nos evocarían una imagen que poco tendría que ver con aquella realidad. He conservado, sin embargo, los toques de *bucina*, dentro del recinto del campamento, y de *cornu*, en el transcurso de marchas y batallas. Del mismo modo, he mantenido el *lituus*, instrumento que cumplía las mismas funciones en la caballería. Confío en que estas libertades no disgusten demasiado a los puristas.

Por lo que se refiere a los hitos que jalonan el ascenso al poder de Vespasiano, me

he atendido a la biografía que del emperador escribiera Barbara Levick, con el escueto título de *Vespasian*. Como bien dice la historiadora, podemos dar casi por seguro que Vespasiano llegó a Tracia al poco de que la rebelión hubiese concluido. Pasó, pues, tres o cuatro años de su vida dedicado a las tareas de rutina propias de la milicia. Como, en ese caso, poca emoción podría derivarse del desempeño de tales funciones, me tome la libertad de adelantar su llegada en unos cuantos meses para que pudiera estar presente durante la contienda.

A propósito de los prodigios que rodearon la llegada al mundo de Vespasiano, he seguido al pie de la letra lo que nos ha transmitido Suetonio, que tenía mucho interés en esta suelte de presagios, como casi todos los escritores romanos por otra parte, y se los tomaba muy en serio. Por él tenemos noticia del reparo que Tertula hace a su lujo Tito cuando, al referirle éste que los augurios pronostican que Vespasiano llegará a lo más alto, le pregunta si está en sus cabales. Por él sabemos, asimismo, del reproche que Vespasia le dirige a su hijo pequeño, a propósito de si tiene intención de vivir para siempre a la sombra de su hermano, cuando Vespasiano se niega a abandonar la hacienda familiar. Finalmente, también tenemos noticia de la copa de plata de Tertula por Suetonio, cuando afirma que Vespasiano la conservó tras el fallecimiento de su abuela y que se servía de ella en las ocasiones señaladas.

En aras de la brevedad, una vez presentados los personajes históricos que aparecen en la novela, he utilizado un solo nombre para designarlos. Asimismo, para mantener la fluidez narrativa, no he dudado en recurrir a mi fantasía y gusto personal para nombrar a aquellos que son fruto de mi imaginación, procurando que no todos los personajes acabaran por llamarse Tito o Sabino. A nadie extrañará, pues, que, como en muchos otros casos, ya desde el título me haya referido a Vespasiano, en su transliteración castellana, a pesar de que su nombre en realidad era Vespasianus.

Tanto Caenis como Palas trabajaron al servicio de Antonia en su casa. Caenis, además, desempeñó las funciones de secretaria, de suerte que debía conocer el contenido de aquellos papiros, en caso de que hubieran existido, ¿y quién se atrevería a decir lo contrario? En cuanto a si pertenecía a la tribu de los ceneos, o keneos como se nombran en algunos mapas antiguos, es discutible, pero me inclino a pensar que así era.

Cuando afirmo que Antonia era la mujer más poderosa de Roma, no es del todo cierto. Aún vivía, y desplegaba una intensa actividad política, Livia, viuda de Augusto y madre de Tiberio. No obstante, como su muerte aconteció en el año 29, es decir, antes de que Vespasiano regresase de Tracia, he tomado la decisión de dejarla fuera del relato. Por otro lado, es cierto que el ascenso de Vespasiano se debió, en gran parte, a Antonia, sobre todo por la relación que éste mantuvo con Caenis, de quien nunca renegaría hasta la muerte de ésta, acaecida en el año 75.

La afirmación de Antonia de que Cneo Calpurnio Pisón fuera el responsable del envenenamiento de su hijo Germánico, en connivencia quizá con Tiberio, Livia o Sejano, era una verdad a voces entre la mayoría de los historiadores romanos. Que se

suicidase antes de que finalizase el proceso que se entabló contra él se consideraba una prueba irrefutable. En cualquier caso, Robert Graves se inclina por otra explicación en *Yo, Claudio* [traducción de Floreal Mazía. Edhasa, Barcelona, 1986]. Para quien guste de adentrarse en una interesante teoría acerca de esta conspiración, le recomiendo la lectura de *Blood of the Caesars*, de Stephen Dando-Collins [*La maldición de los césares*, traducción de Jorge Conde Peidró, Ediciones Robinbook, Barcelona, 2009].

Nada sabemos de cuándo ni cómo Vespasiano conoció a Calígula. No obstante, lo más probable es que, debido a las buenas relaciones que mantenía con Antonia, llegase a tener trato con el futuro emperador.

En cuanto a Asinio, sabemos que fue cónsul en el año 25 y que falleció al año siguiente. Cómo y dónde, lo ignoramos. Pero el suceso en sí, tal como aquí se cuenta, casaba a la perfección con la trama de la novela. Que se aliase con Antonia en contra de Sejano es fruto de mi imaginación, pero no parece descabellado.

Aquel mismo año, el 25, Tiberio denegó a Sejano el consentimiento para que se casase con Livila, a pesar de lo cual ambos mantuvieron la relación durante el tiempo que el prefecto de la guardia pretoriana aspiró a hacerse con el poder.

Puesto que en ninguna parte se dice que tuviera hijos, la forma de vida que llevaba Cayo es linio de mi invención, aunque no demasiado alejada de la realidad, me temo. Me proporcionaba, de paso, una buena excusa para esbozar una divertida incursión en la decadencia de Roma.

Son numerosas las personas con las que estoy en deuda. En primer lugar y de forma muy especial, con mi agente, Ian Drury, de Sheil Land Associates, por soportar mis cuitas y animarme siempre a seguir adelante. Asimismo, quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Gaia Banks, y a Emily Dyson en particular, del Departamento de Derechos Internacionales de la agencia, por el trabajo que han realizado en mi nombre. Vaya también mi gratitud hacia Nic Cheetham, de Corvus Books, por avenirse a publicar la novela, y encargar a Richenda Todd que la editase; trabajar con ella fue una muy grata experiencia. Gracias también a Emma Gibson, de Corvus, por asesorarme a lo largo de todo el proceso editorial, del que no tenía experiencia ninguna.

Toda educación que se precie debería necesariamente darse por fallida si no se mencionase siquiera a algunos de los profesores que nos dejaron una huella indeleble. En este sentido, me gustaría tener un recuerdo agradecido para tres maestros de la Christ's Hospital School, de Horsham: para Richard Palmer, por acercarme a Shakespeare y Donne, y enseñarme a disfrutar de los deleites de la lengua inglesa; para Andrew Husband, por inculcarme la pasión por la Historia, algo que no debió de parecerle tan evidente en su momento, y, finalmente, para Duncan Noel-Patton, de quien aprendí que la imaginación no tiene límites.

Mis más sinceros agradecimientos a mi tía, Elisabeth Woodthorpe, y a mi hermana, Tanya Potter, por su apoyo y ánimo mientras escribía la novela.

Vaya, en fin, mi más profunda gratitud hacia mi compañera, Anja Müller, quien, cuando hace ya seis años le hablé de lo que me proponía, me compró una libreta de apuntes (en cuya portada figuraba un retrato de Vespasiano) que contenía todo lo que encontré en la red —¡tenga cuidado!— acerca del emperador, al tiempo que, con la mayor delicadeza del mundo, me pedía que dejase de hablarle del asunto y me pusiera manos a la obra. Cuando, por fin, le hice caso, todas las noches se sentaba y, armándose de paciencia, escuchaba lo que había escrito. Gracias, amor mío.

Tiempo habrá para hablar del ascenso al poder del futuro emperador en la próxima novela de este ciclo.



ROBERT FABBRI, (Génova, Italia, 1961). Robert ha trabajado durante más de veinte años en la industria del cine y la televisión como asistente de dirección. Es profesor de teatro en la Universidad de Londres, labor que ha compaginado con la colaboración en diversas producciones televisivas y cinematográficas, entre las que se cuentan títulos como *Hornblower*, *Hellraiser*, *Juego de patriotas* o *Billy Eliot*. Su pasión por la historia antigua, y en particular por la del Imperio romano, le llevó a escribir una primera novela sobre *Vespasiano*, que inmediatamente se situó entre las diez obras más vendidas de debutantes en 2011. Fue educado en el “Christ’s Hospital School”, Horsham y la Universidad de Londres. Él trabajó durante veinticinco años como asistente de dirección en las industrias del cine y la televisión. Después de haber tenido su parte justa de noches largas y frías de pie bajo la lluvia en campos embarrados y los días de calor insoportable en los desiertos, decidió empezar a escribir. Es gran aficionado a la «antigüedad», tiene una colección de más de 3500 pintados a mano soldados de plomo de 25 mm y un amante de la ficción histórica romana el tema era obvio.